MIS RECUERDOS POR LAS LAGUNILLAS

- ¿Qué cómo era el paraíso que perdimos?
- Sí, pero desde tus vivencias y recuerdos de aquellos tiempos.
- Pues Las Lagunillas fue una aldea habitada por siete vecinos. Del trabajo en sus huertas y el ganao, sacaron sus hijos adelante a lo largo de muchos años de lucha con la tierra. Cuando lo "dexpropiaron", la gente quedó muy mal. Y según tengo yo entendío, por personas muy amigos de mi padre, fue por un error. Alguien dijo al gobierno que en Poyo Segura, Santiago y toa la zona esta de las sierras no vivían más de doscientas familias y le engañaron porque vivíamos casi dos mil. Informaron mal o, acaso hecho, quisieron que aquel informe fuera así.

Al salir de las tierras, a las familias las parten toas por medio. Unas pa un lao, otras pa otro. Unas se las llevan a la zona esta de Espeluy, otros por Pueblo Nuevo y el resto, emigraron: unos pa Valencia, pa Barcelona... Total, el destronque familiar. Quiere decirse que aquello, a muchas familias hasta incluso les costó una enfermedad. Mi padre fue uno de ellos. Como éramos una familia numerosa, seis hermanos: tres varones y tres hembras. Según nos dijeron, a nosotros nos pertenecía una casa familiar, pero luego resultó que dicha casa no existía.

¿Entonces qué pasa? Pues que mi padre cayó enfermo. Cuando nosotros salimos de allí, fuimos los últimos en salir de Las Lagunillas. Incluso hasta fue alguna vez el teniente de la Guardia Civil a molestarnos. Varias veces subieron al cortijo a decirnos que teníamos que dejar las tierras. Nos quedamos los últimos y solos. Salimos casi esposaos. No nos faltó na mas que nos llevaran a punta de escopeta. A los demás vecinos, según se fueron yendo, les iban dando una casa, su huertecilla y tal. Una parcela que le llamaban a aquello, de grande, tanto la casa como la parecela, con arreglo a las propiedades que dejaban.

Mi padre, la verdad es que tenía una familia muy larga. Descendía de su bisabuelo, su tatarabuelo... de toda la vida haberse criado todas las familias ahí, pues claro: cuando le dicen a una persona que está criando a su familia que se tiene que ir de su propia casa, pues imáginese qué es lo que puede sentir.
- Porque según yo sé, tenías tierras buenas.
- En las tierras que mi padre tenía, se recogía de sobra para criarnos a tos nosotros y hasta quedaba para vender a otras personas.
- ¿Y animales?
- ¡Pues tú verás! Mi abuelo se llamaba Antonio Marqués. Por parte de mi padre. Quiere decirse que el ganadero más fuerte que existió en esa zona, fue él.

¿Pero qué pasa? Pues que también en la época de la revolución, le recogen escrituras, se las queman, las que había en el registro tanto como las que tenía él y se queda sin nada. Sigue pagando un canon, que entonces se pagaban en Pontones, porque eso pertenecía a Pontones y sigue con su ganao y sus fincas, pero ya sin papeles que le acreditaran que era

propietario. Pero él tenia una escritura, dicho por mi abuela, que le demostraba que desde en Tranco hasta el "royo" Bujaraiza, que era suyo. Bueno suyo: de su bisabuelo y tatarabuelo y de mucho antes. Desde lo que es la sierra hasta lo que es el Pantano del Tranco.

Ya te digo: a raíz del "dexpropio", nosotros tuvimos que saltar. Resulta que a mi padre le dan, por una casa que era grandísima, porque aquello tendría sus mil metros cuadraos. Entre casa que tenía por delante, que daba la puerta al sur y to lo que era de ganadería, los corrales y las tinás y to eso, por la parte de atrás. Entre lo que valía la casa, aforado según ellos, doscientas olivas que teníamos también, se ponen a darnos, que por eso no quiso mi padre hacerse cargo, ochenta mil pesetas.
- ¿En qué año fue eso?
- Eso fue en el año cincuenta y ocho. Como le he dicho, por to lo que tenemos allí nos dan ochenta mil pesetas y nos fuerzan a salir de Las Lagunillas. La casa que tuvimos que comprar para poder vivir, aquí en Villanueva, nos costó ciento veinticinco mil pesetas. ¡Se imagina!

Y claro, ya se lo decía: a raíz de eso, mi padre cogió una enfermedad y al poco tiempo, muere. Tenía sólo cincuenta y ocho años. ¿Murió porque tenía que morir o fue por el disgusto de quedarse sin tierras sin casa y sin raíces? Sé de otras famlias que se quedaron en la ruina. Nosotros a raíz de esa tragedia, cada uno salimos para un lado. Mi familia se queda aquí en Villanueva. Yo me voy pa Valencia. Y atrabajar con un negro y condenaos a estar fuera de tu tierra para siempre. Quiere decirse que con lo bonito que es la sierra esa de Las Lagunillas, lo que nosotros hemos pasao bregando en ella y los recuerdos que quedan, se puede escribir un libro bastante gordo.
- Cosas buenas ¿Verdad?
- Yo diría que mucho más que buenas.
- Por donde están los cortijos de Las Lagunillas yo nunca vi olivos ¿dónde tenías los que tú dices fueron mal pagados?
- En las tierras altas de los cortijos sí hay algunos olivos, pero salteaos y muy pocos. Los nuestros estaban por las partes bajas. Por encima de los cortijos y el Collao de Mojoque. Por esas tierras crecían los nuestros y hasta estas laderas teníamos que bajar para coger las aceitunas y transportarlas luego en mulos.

- Para ir a la escuela ¿cómo te las arreglabas allí?
- Yo no fuí nunca a la escuela. Fue el mayor de los hermanos y desde que era un muñeco con cinco años tuve que engancharme con mi padre a ayudarle para poder sobrevivir. Todo el tiempo en el campo. Recorres toda la sierra con el ganao y pendientes, pues de esto: del ganao pa riba y pa bajo y de los trabajos de casa. Igual bajas al Tranco a por comida porque entonces allí no llegaba carretera ni vehículo ninguno. Había que bajar con bestias aparejas. A parte de ese aparejo, tenías que llevar tu soga. Subir la harina para amasar, hacer la las tortas, hacer el pan... Llevando las tareas que eran muchas y duras.

- Porque allí arriba ¿Teníais molino?

- Hornos pa cocer sí había. Ya después nos hacemos con un molino que nos trabajaban a "Maquilia".
- ¿Qué es "Maquilia?".
- Resulta que cuando se muele, el trigo crece. Si se llevaban un costal de trigo, de harina salia costal y medio. Se quedaban con el medio y nos devolvía el costal entero, pero claro, ya con menos peso. El molinero venía a recogernos el grano.
- ¿Al Chorreón?
- Al Chorreón, claro. Se lo llevaba, lo molían y nos los devolvía. De ahí, los padres, los abuelos y tos, que eran los que sabían, amasaban y a cocerlo.
- ¿Era común el horno?
- No. Cada familia tenía uno. Luego había otro familiar que es donde cocían los que no tenían horno particular.

- A Las Lagunillas ¿de qué le viene el nombre?
- Allí había una laguna. Lo que dice el cortijo, por la parte de atrás, la zona baja, aquello es una laguna. Ya no lo es tanto porque en aquellos tiempos, a fuerza de sangre, con espuertas y personas, se rellenó. En lo que resultó, una laguna, pero no tanto y sí llanura, se fueron haciendo los "Piazos". Cuando allí vivían las familias, ya no era aquello laguna. Se quitó y ya se queda lo que es un terreno para poder criar de toas clases de legumbres.

Como yo era el mayor, toas las cargas iban sobre mí. He tenío que salir con el ganao por el campo. Si se ha presentao una nube y me cogía a cinco kilómetros de casa, la tenía que aguantar. Con miedo y fatiga, tiraba pa lante. Cuando una nube de estas caí como el ganao no tenía más apego que yo, todos se venía a mi lao. Alrededor de mí se juntaban los animales. Y había mucho peligro: resulta que el pelo atrae a los rayos de las nubes. Tenía que salir pitando y engañarlas de una manero u otra porque se iban detrás de mí.

Si desde Las Lagunillas sales para la sierra alta, te encuentras enseguida un boquete que se llama el Barranco Lacer, arriba está el Morro de los Almagreros. A continuación viene el Poyo Morgoso, continuas y te encuentras la Hoya de la Zamarrilla , esto ya en el vértice, desde donde se divisa la parte de las Villas con la parte de Poyo Segura. Continua al vértice de arriba y das con el juego de la Bola de Arriba. Porque hay dos juego "la bola", uno que es el de abajo, que está a la izquierda a unos quinientos metros y desde ahí te dejas caer a un despeñadero de agua que hay que se llaman Los Chorreones.

Ese es el que baja a Bujaraiza. Es que la Cabañuela tiene dos "royos", uno que baja desde la Morra y desde el Poyito de la Estercolera y otro que ende arroyo Frío, en la parte derecha. Que ese es el Chorreón, por donde se despeña. La tiná el Fraile esta cerca. Por ejemplo: si lo miramos ende arriba se encuentra: el juego la Bola de Arriba, continua y te encuentras el juego de la Bola de Abajo. Te asomas a un mirador que se llama el juego de la Bola de Abajo y desde ese punto, divisas to lo que es Cabañuela, la Tiná el Fraile, la Cañá el Fraile, la Morra de los Pinos Secos, que está al lao, otra tiná que hay, pero que es subterránea, como una cueva que es donde se metía el ganao. Se llama el Picacho la Demajuana. Desde ese trozo ya te dejas caer a la Huerta de la Tía Dorotea. Y en este rincón

nos deberíamos parar un rato.
- ¿Por qué?
-Ese rincón tiene para contar una historia grande. Esa mujer quedó viuda y subsistió con sólo seis u ocho cabras que tenía y una huertecica, pero en medio de aquellos riscales. Una huertecita que no era más de un bancal de habichuelas, otro de patatas, de garbanzos y cuatro cosas más. Con ese puñado de tierra recogía para sobrevivir a lo largo del año. El agua la sacaba de "royo" Frío y eras también una odisea.

Venía por una canal hecha a mano por ella misma. Cuando se acercaba un pastor por allí le decía: "oiga, ayudame a cortar el pino éste". Con la sierra, cortaban el pino, le hacía su canaleta, se lo llevaba a la pared de roca, buscaba los salientes y los agujeros, lo sujetaba como podía y lo tendía desde arriba hasta las tierras que cultivaba y por las canales aquellas por su propio pie, venía el agua. Salía a la parte alta de la huerta y de allí era de donde ella se la llevaba por los surcos para regar. ¡Lo que pasó aquella mujer tan sola! Tenía una casilla muy pequeña. Ni veinte metros cuadros tendría. Allí vivía sola, porque no tenía familia ninguna. Era viuda. Pero allí caía un nevazo y se tiraba quince días con la nieve encerrada en la casilla sin poder salir. ¡Tú fíjate, una mujer tan sola y en aquellos rincones!

- Y vosotros en Las Lagunillas, cuando caían ese nevazo ¿cómo os lo apañabais?
- Pues ya sabes: los que valíamos pa ir con el gano, teníamos que bajarnos a la ladera del pantano pa que los animales pudieran comer y no morirse. Por la noche, lo dejabas en las partes bajas que había unas tinás y tal, y si querías dormir en tu casa, aunque ya estuviera oscuro, tenías que subir ladera arriba hasta que podías llegar a Las Lagunillas. Tan pronto ibas un paso pa riba como dos pa bajo. Como la nieve lo cubría todo y además de noche, aunque supieras por donde iban las veras, tardabas tres horas en llegar. Dabas un paso y a lo mejor caía el pie en un hoyo y pegabas la "trapajá". Te levantabas y hasta que llegabas al cortijo. Eso es duro.

Yo me acuerdo que una vez cayó una nevá de un metro y pico. Esto sería en los años sesenta. Teníamos el ganao en tiná el Fraile. Se levantó mi padre por la mañana y al asomarse a la puerta y ver el panorama, dice: "Está nevando. Ya veremos a ver por dónde sale esto". Nos aguantamos un poquito en el cortijo a ver si paraba algo y no paró. Estuvo todo el día nevando y al final dice: "Pues hoy no soltamos las cabras". Estuvieron los animales to el día encerraos, pero es que aquella noche y a otro día, siguió nevando. Se acumuló un nevazo de un metro y medio por lomenos.

Pues a los dos días ya dice mi padre: "El ganao hay que sacarlo porque se nos muere". Salimos de la casa y como la nieve nos llegaba a la cintura, mi padre tiró de lante y yo detrás. Tendría entonces diez años escasos. Haciendo verea como pudimos llegamos a la tiná. Nos cogía a unos cuatro kilómetros de Las Lagunillas. Cuando llegamos ni la tiná se veía. Y ahora, saca el ganao de allí. Sólo había un sistema: sacarlo por el punto más fácil. Un camino que iba desde la Tiná el Fraile dirección Collao Selbar. Collao Selvar está por debajo del Puntalón y el Puntalón está entre el Robleo y el Barranco Lacer. La Tiná el Fraile se encuentra a medio kilómetro a la derecha de la Huerta de la Tía Dorotea.

¿Mi padre que dice? “Coge el cayao y sigue haciendo camino hasta Collao Selbar. Tuerce luego para abajo en busca de Prao Alto y coge la verea que baja a Los Casares”. Tiré delante y el ganao empezó a seguirrme. Uno detrás de otro en fila como los indios. Aquello parecía una hebra de hilo. Cuando llegó la primera cabra abajo al pantano, todavía salían otras de la tiná. Entonces las animales se quedaron en aquellas zonas bajas, donde no había tanta nieve y allí empezaron a comer. En aquella ocasión el ganao se salvó, pero es que detrás de esta nevada venía otra y así cada invierno.

Cuando estabas con los animales en el monte, si te fijabas, muchas veces ellos mismos te decían cuando iba a caer una de estas grandes nevadas. En los tiempos en que ahora vivimos estamos pendientes del tiempo para ver si va a llover o no. En aquellos tiempos con fijarte en el sistema que tenía el ganao, ya adivinabas lo que iba a pasar. Te fijabas en las cabras. Cuando las cabras barruntan un fuerte temporal, al caer la noche y acercarse al corral donde iban a dormir, se comía las “arcubas” de los pinos. La arcuba es la hoja del pino.
- ¡Pues para que la cabra se coma las hojas de los pinos tiene que tener hambre!
- No. Lo que pasaba es que los animales se lo comían por barruntaban un fuerte temporal. El instinto del animal era llenar el estómago para así tener reservas y poder aguantar los días malos que se acercaban.

También tenían otro sistema que yo lo observé mucho. Cuando a las cabras les abrías la tiná por la mañana ella sabía el camino que tenía que tomar para defenderse tanto del agua como del frío. Había varios careos para el gano. Según el tiempo, así cogían un careo u otro. Si barruntaban mal tiempo, se encaminaban hacia el punto donde había más covachas, más monte, mejor comida, más abrigo para así defenderse.

- ¿Y lo del Coto Nacional?
- Eso tiene su historia. Resulta que muchas personas creen que el Coto lleva ya cien años y fue sobre el año cincuenta y cinco cuando empezó. En el año cincuenta y siete, es cuando aparecen los primeros ciervos en la sierra. Y resulta que esos animales venían criaos por las mujeres de los ingenieros y de sus ayudantes. Primero soltaron dos. Uno de ellos lo bautizan con el nombre de “Perote” y otro con el nombre de “Panza Negra”. Como venían criaos por las mujeres, pues ya estaban picaos a ellas.

¿Qué es lo que pasa? Pues que como entonces las mujeres de los cortijos tenían que lavar en un tornajo, en la fuente o en la piedra en cualquier arroyo. Conforme lavaban, tendían la ropa. En el árbol más cercano, en el monte o una cuerda que se hacía de esparto verde. Mientras que se secaba la ropa a lo mejor le daba el olor al animal. Estuviera donde estuviera, se venía en busca de la ropa y cogía y toa la ropa de las mujeres la masticaba. A la del hombre no le tocaba. Quiere decirse que aquellos animales venían picaos por algo.

Lo único que le hacían al hombre era alguna trastada. A mi padre un par de veces lo tuve yo que rescatar de uno de estos ciervos. Cerca de Las Lagunillas hay un punto donde teníamos unos pedazos de tierra. Se llama el Robleo. Eso está, subiendo a la Laguinillas,

a la parte izquierda. En aquel pedazo de tierra cada uno de los vecinos tenía su huerto con su agua propia. Era volcar la reguera del arroyo y a regar. Y mi padre, pues por las tardes se iba a regar la huerta. Dos veces se le apareció el animal aquel. Mi padre, pues pino arriba y a lo alto.
- ¿Que venía detrás de él?
- ¡Claro! El animal detrás de mi padre y él tronco arriba y a la copa. Llega el Panza Negra aquel y se acostaba allí, debajo del pino, en las patatas o las habichuelas hasta que se hacia de noche.

Nosotros que ya sabíamos el tema: "¡Eh! Que no viene José María". Cogíamos los vecinos, con los perros, porque sabíamos ya lo que pasaba, y allí estaba el ciervo: acostao bajo el pino. Con los perros lo asustaba, se iba y así rescatábamos a mi padre. Eso le pasó unas cuantas veces.
- ¿Pero eso es real?
- Tal como te lo estoy diciendo.

Aquel Panza Negra tuvo más aventuras. Resulta que había un autobús que venía de Cazorla al Tranco, hacia trasbordo en el pantano y se iba pa Cortijos Nuevos, uno y el otro se bajaba pa Villanueva.
- ¿Es correo?
- Sí, el correo. El animal cuando se paraba el autobús, como le daba el olor de las mujeres, metía el morro por una ventanilla y seguía al coche. El autobús andando y el bicho con la trompa metía por la ventanilla "goliendo" a las mujeres.
- ¿Pero eso no es cuanto?
- No, no. Eso es eral.

¿Y qué pasaba? Pues que como el animal no podía seguir el autobús, se paraba en medio de la carretera. Entonces había pocos coches, lo que más había eran bicicletas. Como estaba en medio de la carretera, venía uno con la bicicleta, le daba con el morro y lo echaba a la cuneta. Otras veces, cuando lo veías en medio de la carretera, tenías que frenar, bajarte, dar la vuelta y volverte para atrás.
- ¿Tú viste alguna vez a este ciervo?
- Lo vi una vez.

El mayor de la familia era yo y por eso sobre mí cargaba gran peso de la familia. Cuando había trabajo tenía que agarrarme a él estuviera donde estuviera. Y si no había traja, siempre con el ganao. Desde Las Lagunillas me desplazaba a trabajar al Collao del Almendral. Por la parte derecha de donde está hoy el Parque cinegético bajábamos hasta el pantano. Ya estaba lleno entonces. Había un barquero que tenía unas barcas de remos. Subía seis o siete personas y las colaba hasta el otro lado. Porque íbamos a trabajar a unos cortijos que se llaman Los Archites. Por allí estaba entonces la repoblación de pinos y eso era en la época de Icono.

Cuando el barquero nos dejaba en tierra en aquel lao del pantano nosotros seguíamos

a pie hasta llegar al tajo. El barquero se volvía y daba los viajes que fueran necesarios hasta que colaba la gente a la otra orilla. Luego por la tarde hacía igual. Desde allí, el regreso lo tenía que hacer andando otra vez a Las Lagunillas. Mi padre, como entonces no existían las linternas de pila, me cortaba teas. Durante el día, en sus ratos libres, se ponía y me cortaba un haz de teas. Me las hacía largas y cuando por la madrugada salía yo, porque tenía que levantarme de noche para llegar a la hora al trabajo, encendía la tea y con eso me alumbraba. Bajaba por aquellos caminos y cuando "me se" quemaba aquella, la tiraba y encendía otra. Hasta que se hacía de día. Luego, cuando ya tenía suficiente luz del día para ver el camino, allí dejaba las que me habían sobrao y continuaba. Cuando volvía, por la tarde por el mismo camino, las cogía y me las llevaba otra vez para el día siguiente.

- Estoy siguiendote según me vas contando las cosas y para mí me digo que desde el pantano hasta Las Lagunillas hay una buena distancia.
- Ya lo creo que la hay. Aquello me lo hacía yo en unas tres horas andando sin parar. Pa riba y pa bajo. Por la mañana antes de empezar el trabajo y por la tarde después de terminar de trabajar.
- ¿Qué jornal ganabas en aquel trabajo?
- Porque aquel entonces empecé a cobrar el primer jornal de hombre. Todavía era un niño, lo que pasaba es que tenía un tío que estaba de capataz y él me echaba la misma tarea que a un hombre. Entonces, yo me hacía el trabajo de los mayores y claro: me apuntaba el jornal de hombre. Te estoy hablando del año cincuenta y seis. Yo llegué a ganar ocho duros de jornal que era lo entonces se cobrara como jornal de hombre. Era un buen sueldo. Aquello era dinero y por eso valía la pena hacer el esfuerzo que se hacía.

- ¿Qué nombre recuerdas tú de aquella zona de Las Lagunillas?
- Pues empezamos por el Puente Mojoque. Subimos por la ladera rallando a la Lancha Mojoque. Subiendo todo el arroyo arriba, que es por donde va el camino, llegamos a Mojoque. Eso es los cortijos que se ven en la solana donde ya no vive nadie. Continuamos para arriba, viniéndonos hacia la izquierda como si fuéramos al Collao Mojoque y antes de llegar al collao, sale otro camino a la derecha. Sube haciendo zigzag y saltamos a la Atalaya.
- ¿Qué monte es la Atalaya?
- Por encima de Mojoque, hay un pico que tiene un gran morro, esa es la Atalaya.

Entonces, tú en la Atalaya, tomas fuerzas. Descansa para poder continuar. Sigues y llegas a la "Pasá el Corralón". Hay verás una tiná para el ganado que se encuentra en la parte derecha del arroyo. Esa es la Pasá el Corralón. Por la zona esa haces otro descansito porque todo es subir. De la Pasá el Corralón, ya da un giro el camino y va a salir a la Fuente del Tejo. Esta fuente se encuentra ya en el mismo arroyo, dirección a Las Lagunillas.
- ¿Hay por ahí unos pedazos que se sembraban antes?
- Sí. En la Fuente del Tejo hay un pedazo que era de mi padre. Era una tierra negra muy rica. En ese rincón se criaban las mejores patatas y los mejores tomates de toa aquella zona. Se llama aquello la Fuente del Tejo porque allí mismo brota un manantial muy caudaloso.

Solamente teníamos que volcar la reguera y regar. Porque aquello nace en la punta de arriba.

Tiene aquel manantial también una cosa muy curiosa: Llegas, bebes agua y a los cinco minutos ya no tienes habla.
- Espera un poco. Explica el misterio.
- Pues que ese agua te deja mudo por completo.
- ¿Y eso?
- Porque esa fuente, no sé qué tipo de agua tiene tan fuerte, que “acora” toas las cuerdas bocales. Un agua que tiene un paladar muy bueno, pero si bebes de ella, te quedas mudo. Nace de un “bujero”, lo cual el bujero y las piedras por donde pasa el agua, están negras completamente. El bujero de donde sale el vaho del agua y las piedras por donde pasa, todo es negro. Pero luego ese agua, para crirar hortalizas y toas esas cosas, es fabulosa.
- Pero tiene problemas a la hora de beber.
- Si. Eso es problemático.

Pues seguimos con la ruta imaginaria hasta mi cortijo de Las Lagunillas. Contianuando para arriba y tenemos el Boquete del Agreal. Aquello se llama también el Covacho Barranda. En la misma parte de abajo teníamos nosotros un pequeño peazo más de tierra. Y aparte, allí empiezan ya toas las huertas de los vecinos del cortijo. Aquello ya es tierra buena. Para que se te queda claro: el Covacho Barranda está justo debajo del Picacho del Agreal.
- ¿Ese picacho nos queda arriba del todo?
- Justo en to lo alto. Todo lo que se quemó en un fuego que hubo estos años atrás. Entoces ese es tanto el Boquete como el Picacho y también el Morro del Agreal. El apellido siempre es Agreal y en nombre puede ser uno de los tres que entes te he dicho.

La huerta que teniamos en el Covacho Barranda, tenía el mismo sistema para regarla: cortaba el royo y el agua al peazo. Como ya nos encontramos en lo alto, hemos coronao lo que es la gran cuesta, nos ponemos al nivel de Las Lagunillas. Ese es el collao de Las Lagunillas. Desde ahí ya se ven los cortijos. Pues ya continuas y tienes el Hoyo. Este punto queda a la parte derecha que es donde están tos los nogales. Todavía crecen allí. Por el camino que va por la parte baja, saltas y pasa el royo mismo del Hoyo. Y ya a salir a la Covachilla. Este punto se encuentra un poquito más adelante del royo y en cuanto remontas una cuentecillas, llegas al cortijo de Las Lagunillas, desde donde se divisas toa la parte alta.

Pero te voy a decir que por otro camino que viene desde los Cortijos de Mojoque, al Collao Mojoque y atravesando la ladera, se viene también Las Lagunillas. El camino sale desde los cortijos de Mojoque mismo, va al colla Mojoque que es donde empiezan las olivas del Cerezuelo. La parte alta. El camino sigue ladera arriba y dando tantas, saltas a la Hoya de las Alegas. Continua y viene a la Hoya de los Romeros, que está por debajo de Las Lagunillas.

Desde ese punto se sale a la punta bajo del Hoyo, pero teniendo en cuenta que por allí

hay dos hoyos: el del collado es el Hoyo de las Asperillas. Desde este segundo punto, si lo seguimos, nos encajamos en el Robleo, que es donde venía mi padre a regar cuando el venao se le plantaba. Justo en ese punto, se encontraba lo que nosotros llamábamos "La Garita Colorá", desde donde nos comunicábamos con el Cerezuelo cuando queríamos algo. Pa da alguna razón, desde esa altura le echabas voces y los de abajo te contestaban.

- ¿En la llanura de Las Lagunillas había una fuente antes?
- Sí, en la punta de arriba de las Laguinillas, en los que son los peazos de Las Lagunillas, hay una fuente que donde se abastecían de agua los del cortijo y con el mismo mamantial se regaba todo. Allí había una alberca de unos treinta mil litros de agua. El sistema de riego, en estas tierras, era distinto. Cada vecino tenía su tanda y regaba cuando le tocaba. Nos poníamos de acuerdo y si uno tenía una cuerda y el otro media, ya sabíamos que uno tenía el agua más tiemop y el otro menos.

- En los cortijos de Las Lagunillas vivíais varias familias.
- Recuerdo a mis tías. Dos de ellas enviudaron allí. Pepa fue la primera que enviudó. Se quedó con dos hijos y ella sola los crío pasando fatigas. Le ayudaba mucho en el ganao, mi padre y así fue saliento. El madiro de la otra, se lo llevaron enfermo a Jaén y ya no lo vemos más. Nos dicen que muere y que lo han enterrao y ese fue el final. Tú fíjate como eran las cosas en aquellos tiempos. Ni siquiera pudimos verlo en sus momentos finales. Esa tía mía se queda también con tres hijos. Dos hembras y un varón. Con la ayuda de este hijo, que era un poquito mayor, pues va susistiendo igual. Con lo que recogen en las tierras, el ganao y ayudado por los hermanos y los vecinos, pues van pa lante. Hay otro vecino que es Vicente. Este hombre sube de la Solana de Padilla. Le compra la casa a un hermano de mi abuelo. Cuando subió a las Laguinillas, según me han contano a mí, sería sobre el cuarenta y ocho. Se instala allí, se hace ganaderao y continúa con la misma táctica de tos nosotros. Había otro vecino que se llamaba Ambrosio. Tenía dos hijas dos hijos. A una de las hijas le da un ataque de minigitis y se queda muda. Pero aquello era muy listo. Una mujer extraordinaria, con un temperamente y un ariego fabuloso. También esta familia vivía de la ganadería y lo que iban sacando de las tierras.

Luego estaba mi abuela, que para mí, era la mujer más grande que había en toa la sierra. Nosotros y tos los vecinos la llamaban la "Abuela Javiela". Entre otras cosas bonitas de mi abuela era recoger a toa la persona que por allí llegaba. To el que por allí aparecía, tenía comida en aquella casa, sin pagar nada. Si alguien iba de paso ¿a dónde iba a parar? A lo de la abuela Javiela. En esta casa encontraba comida y una cama para pasar la noche. Todos los años mataba siete o ocho cerdos y a veces más, pensado en acoger a las personas que a lo largo del año iría pasando por allí. Y claro, con esto de los cerdos, a veces tenía algún problema, si es que se le puede llamar problema.

Había un aforo que venían de Pontones. Era para que pagáramos los arbitrios municipales de cada uno de los cerdos que engordábamos. Llegaban y ajo de buen cubero, les ponían el peso que les parecía. Y arreglo a eso te cobraban de los marranos que habías engordao. Cuando nos enterábamos que iba a venir, allá que estábamos nosotros

escondiendo tos los cerdos que podíamos. Dejabas uno o dos porque sino te cobraban un dineral por criarlos. Entonces, encima de hacer un favor a las personas, si te costaba tanto criar un cerdo, tu fíjate. Como te decía, parte de la matanza de estos cerdos, mi abuela ya la tenía dedicada para los que sabían iban a venir por los cortijos. De la orza grande comía el padre, el hijo y hasta María Santísima.

- ¿Y el camino que iba de Las Lagunillas al Aguadero?
- Exacto. Sale de los cortijos mismos, pasa por la Era Alta, que se encuentra enfrente mismo de Las Lagunillas, baja al Canalón, sube al Collao del Hornico, son terrenos quebraos que bajan y suben. Coge luego por la Cañá del Fraile. Esta cañá es muy larga. Tiene sus dos kilómetros buenos. Aquello era to terreno de sembrar. Lo que allí se sembraba era trigo y toa clase de legumbres. Muchos de aquellos herederos, eran de la Cabañuela. En la misma Tiná del Fraile vivió una tía mía. También murió muy joven. Se dejó a tres hijos y al marido, solos. Ellos salieron adelante lo mismo que todos los que estábamos por allí: con la ganadería y las tierras.

Siguiendo con el camino, desde la Tiná del Fraile, en la punta de abajo de la Cañá, se va hasta la Cabañuela. Pero desde esta misma Tiná del Fraile, salen dos caminos: uno que sale parejo por la Huerta de la Tía Dorotea, se va todo el poyo adelante y entre al poyico de la Estercolera de Arriba, que se encuentra debajo de la Morra. Y otro que ya se deja caer a la Cabañuela. Desde allí hay otro camino, mucho más corto, que es el que se deja caer a Bujaraiza. Este camino también continúa y desde la Cabañuela salta a lo alto de Cañá la Cruz. Está cañá se encuentra en la punta de acá del Aguadero. Esa cañá también es muy larga. Al volcar nos encontramos con los cortijos del Aguadero al fondo y en primer plano, un gran bosques de encinas. Aquello se llama Las Carrascas.

Yo no sé si te lo vas a creer, pero te voy a decir que en aquellas carrascas conocí yo por primera vez en mi vida la serpiente cascabel. Estaba en la cruz de una carrasca y supe que era esta serpiente porque oí como hacía el canto del cascabel. Me creía que era un animal con un cascabel, pero luego vi que era una serpiente. La única que he visto en mi vida. Luego, el jaspe y la víbora y eso, si las he visto varias veces. Muchas veces he ido andando y al echar el pie, he tenío que dar un salto pa tras para no pisarla.

No se lo digo a él, pero ciertamente lo de la serpiente de cascabel en estas sierras, no me lo creo, aunque sí le debería decía que me lo creo. El otro día hablaba con Cecilio, que vivió en el cortijo de los Pingos, cerca de Aguas Blanquillas y me decía lo siguiente:
- El jaspe, es el macho de la víbora. Tiene la cabeza muy plana y el rabo termina muy finillo. Como la serpiente de cascabel. Pero no es la serpiente de cascabel, es el jaspe.
- ¿Cuando mueve el rabo suena?
- No suena. Se mueve, pero no suena. Levanta el rabillo y lo mueve igual que la serpiente de cascabel, pero de sonar no suena. Y se suben en los árboles. Cerca del agua y entre todos los árboles les gusta las carrascas.

Sigue Juan Antonio diciendo que:

- Hasta me acuerdo que mi abuelo, en el nacimiento de arroyo Frío, que se encuentra por la parte de abajo del Juego de la Bola de Arriba, tuvo un problema gordo con una víbora. En el mismo nacimiento de este arroyo, hay una almolteja. Un árbol parecío a una morera, muy bonito. Justamente el agua del manantial nace en el mismo tronco de la almolteja. Como la hoja de este árbol es muy rica para el gano, mi abuelo subió a echarles unas ramas a las cabras. Al poner la mano encina, una víbora que había, le picó.

Entonces, él mismo se curó. Se bajo, cogió, se hizo un torniquete, prendió fuego a una mecha de encender el cigarro, se hizo una cruz con la navaja donde le había picao la víbora y se que toa la herida que se hace con la navaja. Se viene al medico, al otro día, porque tuvo que venir andando hasta Las Lagunillas y luego hasta el Tranco. Ya aquel día no había ningún vehículo de transporte para venir a Villanueva, hasta el día siguiente a las once de la mañana, que venía un autobús. Cuando llegó al pueblo, lo reconoce el médico, que por cierto fue el mismo médico que tuvo Francisco Franco, que era un tal don Gabriel Tera, lo reconoce y le dice: "Usted se ha curado solo. Usted no tiene ningún veneno en la sangre".

Tú fíjate la sangre fría que mi abuelo tuvo, pero como gracia a ese acto valiente, se salvó. El había oído hablar, que en caso de picaduras de víboras, había que actuar así, pero cuando luego te encuentras con el problema, hay que tener valor y sangre fría para aguantar ese dolor. Esto te lo cuanto para que sepas cómo eran antes las cosas en aquellas sierras.

Ahora seguimos. Te iba a decir que por allí, donde mi abuelo tuvo los problemas con la víbora, si continuamos la sierra adelante, nos vamos al Collao el Pocico. Aquello se llama así porque había un pozo en otros tiempos. Con las tormentas, las nieves y eso, el pozo aquel se cierra, entonces el agua sube y por su peso, nace una fuente allí. Tiene aquello también buenas tierras y por eso lo aprovechábamos para sembrar el tabaco. Como se encuentra en un punto tan alto, nadie iba nunca por aquel rincón. Con la seguridad de que ningún guarda podría nunca denunciarnos, porque pa encontrar aquello es complicadísimo, sembrábamos el tabaco verde. Allí es donde se criaba y además de muy buena calidad.

Continuamos para adelante y llegamos al Collao Roseco. En el vértice mismo de Poyo Segura con las Sierras de las Villas. Lo más alto de la sierra. En la parte alta de este collao, se encuentra la Lancha de las Aspersiones. Aquello se llama Collao de las Aspersiones y Lancha de las Aspersiones. En lo que es la lancha, no pueden entrar ni cabras. Tendrá aquello como un kilómetro de larga por otro de ancho. Pues en esa lancha, cuando se metía alguna cabra, luego ya no podía salir. Todo lo que hay allí, son picos, agujeros, voladeros... como un laberinto donde el animal que se mete, luego no sabe salir.

Arriba, en lo más alto del Collao de las Aspersiones, hay una raja vertical donde se almacena la nieve. Y yo no sé, pero me parece en ese agujero dura la nieve de un año pa otro. Remontando un poco más, coronamos la cordillera. Desde allí se da vista a Caña Somera. Justamente en el pico ese, debajo, hay una buitrera. Es un agujero en medio de una piedra, grandísimo, y allí es donde ellos tienen sus nidos.

Me acuerdo yo que cuando llegaba el verano, precisamente la parte alta de ese monte le gustaba mucho al ganao. Pero tú tienes que saber que el ganao es muy perro. En esos meses que apretaba tanto la calor, siempre tenía que bajarla a que bebieran agua a arroyo Frío porque si no, ellas por su cuenta, nunca bajaban. Pero claro, con aquellas calores, si los animales no bebían agua, la cabra que estaba preñá, malparía. Tenía que madrugar, antes de que saliera el sol, las arrancabas y las llevabas a que bebieran. En cuanto las dejaba, ya empezaban ellas a buscar la altura. Porque la cabra se va al punto más alto. Tú la puedes dejar donde quiera, pero la cabra se va a lo más alto de la sierra. No se quedan a dormir en cualquier lado.

- Ya que estamos en estas cumbres de la sierra, aquellos cortijos que hay de Cañá Somera para abajo ¿cómo se llaman?
- En la parte alta de Cañá Somera, nunca hubo cortijos ninguno. Ya más abajo estaba el "Prao Chortales". Se baja por el Majar de la Perra y dirección a Prao Chortales. Ese era el primer cortijo que había. A la izquierda había otro que se llamaba el Tejuelo. Las tierras esas son ya de Las Villas. Lo que es todo el sur, frente al Tejuelo, es el Caballo del Torraso. Por allí hubo otro cortijo que se llama el Tosero.

Desde el Prao Chortales, teníamos dos caminos: el que venía a Las Lagunillas, subiendo por los Almagreros a Piedra Plumera, dejándose caer por el Barranco Lacer, a la Era Alta y a Las Lagunillas. El otro continuaba pa Cueva Buena. Eso se encontraba dirección ya del Tranco. Había un poyo que se llamaba el Poyo de las Culebras y desde allí continuaba a Cueva Buena. Es decir, al Corralón salían dos caminos. Uno que saltaba desde Cueva Buena por la parte derecha, a la Lancha del Sabinal, al Collao los Aires y ya se daba vista a Las Lagunillas. Salía justo a la punta de abajo del Morro el Agreal. El otro camino, se bajaba por Cueva Buena a entrar por lo que es la central del pantano. Venía a salir al justo al Tranco.

MEMORIAS DEL FURTIVO MAYOR DE LAS SIERRAS DE CAZORLA

Es ya final de julio y esta tarde el verano sí calienta fuerte. Sobre las rocas de la ladera que mira a las aguas del Pantano del Tranco, el sol cae en forma de lenguas de fuego. Sobre esas rocas y entre los pinos, se aplasta la aldea. Un puñado de sencillas casas que sirvieron de refugio, viviendas y almacén en la etapa de la construcción del muro del pantano. Cuando éste se terminó, aquí se quedaron a vivir las familias y desde entonces, muchas de ellas, todavía siguen aquí. En la casa de la derecha, arriba y bajo los pinos, es donde Nazario encontró su nido y desde aquel día en que el ministro le dijo que si dejaba la caza ellos daban carpetazo a todo lo suyo, aquí lucha por el trozo de pan que cada día necesita.

Son las seis de la tarde cuando llego. Pregunto y la mujer me dice que duerme la siesta.
- No hará ni media hora que se ha quedado dormido.

- Pues dile que ya estoy aquí y que si me espero o empezamos.
Entra, lo llama y de seguida oigo su voz que dice:
- ¡Pasa!
En la amaca y en la misma sala que sirve de restaurante para que los turistas coman, frente al televisor, se extiende. Me da la mano y me dice:
- Ahora mismo empezamos. Sientate.
- Pero yo quiero saber tu opinión.
- ¿Qué opinión?
- Si esto se escribe y sale algo medio bueno, si luego lo leen y se enteran de las cosas, ¿tendrás problemas o no?
- ¡Tú tranquilo, hombre, que no voy a tener problemas! El ministro y yo llegamos a un acuerdo. El me dijo que si paraba, al asunto se le daba carpetazo y aquí no ha pasao nada. Venga, vamos. ¿Por dónde empezamos?

- Por la Fuensanta.
- Ese nombre corresponde al Santuario de la Fuensanta en Villanueva del Arzobispo. Enfrente nací yo hace cuarenta y ocho años. El abuelo, mi padre, de garrote. En el río madera y en ese cortijo donde ahora han construido el campig y por eso todo el mundo lo conoce por "Garrote Gordo". Toa la familia de mi padre, está registrada en Hornos de Segura. La abuela, mi madre, pertenece a Villanueva del Arzobispo. Del tejar del Villanueva. Se dedicaban a cocer tejas e historias. En el año veintiséis, en la dictadura de Primo de Rivera, le dieron el trabajo al abuelo aquí y fue cuando nos venimos todos. Que quede claro: los hijos pertenecemos todos al registro de Villanueva de Arzobispo, pero el abuelo viene de la sierra.

Pues ¿cómo te lo explico? Empezó la historia emigrando para buscarnos la vida. Desde Villanueva para otros sitios. Necesitábamos trabajo porque había que comer. Valencia, Barcelona, buscando trabajo porque aquí no había. Pero aquella no era nuestra tierra. Nos dimos cuenta según pasaba el tiempo. En cuanto pudimos, poco a poco, fuimos volviendo a nuestro sitio, a "Nuestra sierra". Ya zagales, bien mayores, nos dedicamos a las tierras de labor que mi padre tomó en Bujaraiza. En ese pueblo que se tragó el pantano, nosotros teníamos una casa. A mi padre ahí lo querían porque daba mucho trabajo. Había muchas tierras de labor.

Pa que tú lo sepas, cuando estaba aquí el cura, don José Antonio Veres Gabete, íbamos con él pa hacer de monaguillos. Nos llevaba y nos traía desde Bujaraiza hasta las casas del Tranco. En la repoblación de pinos que hubo por arroyo Montero, estuve trabajando. Yo iba de pinche, a llevarles agua a los obreros.
- Para un poco, Nazario: lo que me estás contando de Bujaraiza y eso, me interesa, pero yo estoy esperando que me hables de lo otro.
- ¿Qué es lo otro?
- Lo que todo el mundo sabe y tú mejor que nadie.
- Bueno, Vale. Te voy a decir que sido un furtivo de la sierra. Que he cazao, unas veces legalmente y otras veces, "malamente". Pero que quede claro, que siempre fue para el

personal no pa mí. Con claridad: para comer, haber si me entiendes.

Yo no he hecho comercio con la caza. He cazado por la cara. Es decir: que ha venío un amigo mío y me ha dicho: "venga Nazario, vamos a cazar", ye he cazado, pero sin hacer daño. Que no he sío un furtivo pa hacer daño, no he sío un carnicero. He sido un cazador, pero que no he comercializao la caza que he practicao en estas sierras. Por aquí han venío muchos amigos míos y otros de otros sitios y se han llevao trofeos de la zona por cara mía.

A mí me dijo el Gobernador hace unos años: "Nazario, aparcate y deja de practicar estos deportes que nos estás tocando esto ya las narices". Le contesté y le dije: "Si me pegas un carpetazo y me aparco ¿vale? Y dijo: "¡Vale!" y yo dije: "¡Vale!" Por aquellos días también mi mujer me dijo: "Nazario, aparcate" y dejé de practicar el deporte de la caza furtiva.
- ¿Se olvidaron de todo lo que habías hecho?
- Totalmente. Eso sí lo tengo aparcao. Porque me lo prometió y yo también se lo prometí y he dejado de cazar.

- ¿Pero antes?
- Pues que he andado toda la sierra de un lado a otro. Las Sierras de Las Villas, Cazorla, Pinar Negro, la Nava de San Pedro, donde tengo muy buenos amigos. El tío Domingo Mentirola que es muy amigo mío y me han ayuda mucho.
- ¿Es guarda?
- Es medio, aquí te caigo aquí te levanto. Bueno, él no, pero los hijos sí. Trabajaban con Icona. En aquellos tiempos hasta dormía allí. Me han hecho migas, me han dao comida.
- ¿Y eso cuando tú iba cazando?
- Eso es. De furtiveo.
- ¿Lo sabían ellos?
- ¡Hombre! ¿Cómo te lo explico? Si es que me metía allí y soltaba cosas un poco raras. Allí he soltao yo material del bueno. Porque ellos no me vendían a mí. Por eso digo que son buena gente. No me cobraban un duro.

Llegaba con mi hermono, por ejemplo, que es militar, y me daban hasta la lleve de un chozó que tenía allí. Nos metíamos y dormíamos en literas. Sin problemas. Al otro día baja al Vado de las Carretas y ni ladraban los perros. Porque me conocía, claro. Estaba hinchao de bajar allí. En cuanto me olía ya sabían quien era. Y lo pasaba bien. lo he pateado todo. Es decir, que por esa parte, conozco toa la zona. Pero siempre respecto a la caza.

Con un "aldetroller", eso es un rifle del nueve largo de los que llevan los guardas, debajo del Mirador de Rodríguez de la Fuente, en la cola de Bujaraiza, un día le pegue un tiro a un ciervo. Y cayó. Le solté el rifle a un amigo, cogí el "vardeo", el cuchillo y le dije: "Esperate que vaya". Cuando llego veo que el bicho había metío una mano en la cuerna. Cojo y le saco la mano pa meterle el vardeo y se levantó. Cogí y me monté encima de él y a puñalás bajé hasta la cola del Pantano. ¡Te lo juro por los míos!
- ¿Montado en lo alto del ciervo?

- En lo alto de él, a puñalás y diciendo: "este no se me escapa". No se me escapó. ¡Palabra, eh!

- Pero tu afición ¿cómo empezó?
- Era yo pequeño y le quitaba la escopeta a mi padre. Me escapaba por la ventana de la casa y me iba al monte a cazar. Mi iba a escondía y me metía en la sierra hasta el Quijarón. Donde está la esa de los aparatos estos, del telefonillo. Entonces empecé a cazar. Con doce o trece años. Y él no se enteraba cuando yo le quitaba la escopeta porque como estaba o en Bujaraiza o en la presa, di vigilante que ha estado toa la vida ahí. No se enteraba. Cuando yo venía pues le dejaba un par de perdices o un par de conejos a la abuela pa comer.
- ¿Eso era lo que tú cazabas?
- Eso de momento. Porque había mucha caza. Y muchos guardas. Por eso tenía que esconderme.

Cuando había nieve, me metía por el desfiladero para que no vieran los pisotones esos, porque ya te digo: aquí había muchos guardas. Manolo era uno. Manolo en guarda estaba siempre detrás de mí. Ese estaba en los Parrales. A tiros, le quitaba hasta las palomas que criaba en la casa y ni me veía ni me pillaba.
- ¿Nunca te cogió?
- Nunca. Y vino un día y le dijo al abuelo: "¿Es que tú chiquillo no va a dejar un animal vivo en toda la sierra?" Y mi padre le contestó: "Pero si el muchacho está ahí acostao". Y es que claro. Yo ya lo había visto que venía y llegué antes que él y me aplasté en la casa. No se lo creía y por eso preguntó: "¿Dónde está el chiquillo?" "Pero si está aquí", le decía mi padre. Salí pa fuera y digo. "¿Pero qué pasa?" Al verme dice: "¡Si tú estabas ahora mismo pegandole tiros a las palomas de mi palomar!" "Pues ya ve usted que no sería yo porque estoy aquí". "Un día, me las vas a pagar todas juntas. No sólo estás dejando el monte sin ciervos sino hasta mi palomar sin palomas".

Le quitaba las palomas del palomar a tiros. Al un vivero que había allí abajo, donde plantaban pinos e historias, bajaban las palomas a beber agua. Yo estaba sentao en la fuente y en cuanto las veía, paz, paz y me las llevaba. Una escopeta del dieciséis que la tiene Alfredo, el mayor.
- ¿Y no te cogían?
- Nunca. No si no me han pillao. Ni con armas ni con caza. Lo que pasa es que había una sospecha. Y claro, ellos pensaron que yo, últimamente, estaba comercializando la caza. Pero ya te lo he dicho: nunca he cobrao un duro. He cazado furtivamente aquí, con mis amigos y con la gente, pero sin comercializarla. Y te digo otra cosa, se lo han llevao to regalao. "Nazario que me dé..." "Venga, tómalo". He matao mucho.
Es decir que he sido un furtivo sano. Un furtivo bueno porque carnicero tampoco he sido.

Otra historia pequeña de aquellos primeros tiempos, es la de la fuente y el tornajo.
- ¿Qué fuente es esa?
- Allí arriba. Lo que nos manda agua pa bajo. Pues ponía palos con liria y con eso cogía los pájaros. Cada vez que me ponía, me traía un canasto lleno. Todas las mañanas en la misma

fuente. Claro, venían a beber, se liaban en la liria y a cogerlos.
- ¿Y la liria de dónde la cogías?
- Eso con resina se hacía. Pones la resina caliente, lías los palos, te llevabas una hachilla, vas haciendo cotanillas y vas poniendo palos en el tornajo. ¿Me entiendes lo que te explico?
- No del todo.
- Mira: el tornajo donde estaba el agua, en el borde hacía unos cortes, ahí sujetaba los palillos llenos de resina, llegaba el pajarillo, se liaba en el palo y tú a cogerlo vivo. Los ponía espesos, ellos venían al agua y se liaban con dos o tres palos en las alas. Así hemos trabajo.
- ¿Ya estaba el pantano terminado?
- ¡Claro! ¿Para coger los pájaros con la liria? Eso es mejor que una red. Donde alla un chorro de agua que ellos la tome, te quedas con tos los que entren. No se escapa ni uno. Estabas allí camuflao y al levantarte, ellos volaban y se quedaban pegaos.

- Y después de la escopeta de tu padre y las palomas del guarda ¿qué vino?
- Pues ciervos. Pero no te voy a decir porque este hombre se ha muerto ya. El primero lo mate en Mojoque, con mi cuñao. Grandísimo. Un poco más y me mato. Yo he matao mucho, te enteras.
- Pero sigue con el primero.
- Con el primero, el de Mojoque. Mi cuñao llevaba el coche. Salio a la carretera a las luces y le solté el tiro. Cayó el animal delante de nosotros. Pasamos por lo alto del ciervo con el coche. Con una rancheras de aquellas que era lo que llevábamos. Pa "habernos matao", porque ya no controlaba y allí se lío un cisco como el demonio y al lao del palo del control. Le digo yo a mi cuñao: "Amonos de aquí que como vengan los civiles nos engatillan". Y nos vimos, con dos pares de narices pa meterlo en el maletero, quitarlo to de enmedio, la sangre, echando tierra a la sangre pa que no la vieran. Ese fue de los primero que matamos.

Antes de la Fuente Bailén, que eso esta ahí en las Villas por encima de Cañailla, se nos echó una gran tormenta. Se cubrieron los picos y empezó a tronar. Le dije: "Cuñao, quítate el rifle de encima y déjalo en el suelo que nos cae un rayo". Me hizo caso y puso el rifle junto al tronco del pino. ¡Chiquillo! Fue poner el rifle allí y pegó el estampido. Cayó una lámina de fuego, entró y reventó aquello y se quemó hasta la caja del rifle, macho. Es en serio lo que te digo ¡eh! Donde estaba el rifle cayó el rayo. De la corriente estática esa como se llame eso. Si lo lleva encima, si no me hace caso, se queda tieso. "Anda que si lo llevas colgao. Te hubieras quedao como un chicharrón". Le dije. ¡Pegaba unos truenos aquello! Y agua por un tubo.

Pues cuando se pasó la nube seguimos pa bajo y allí en un rasete, se nos presentó la suerte. Una "pepa" que comía, nos la cargamos.
- ¿Qué es una pepa?
- Una hembra. La matamos pa comer. Estaba cerca de Cañailla y aquello nos gustó, pero ahora, píllala de las patas y sácala ahí a la curva del cargaero. Te estoy hablando de la curva esa que hay redonda, en la carretera que baja a la central. Ahí la trajimos arrastrando.
- Es que según tengo visto, el monte ese de la Cañailla, es muy quebrao.

- Sí, aunque a mí me gusta ¡eh! Pero que nos dio un sorbo, que rebuznábamos ahí como los borricos.
- ¿La tormenta?
- La nube se fue, pero es que había que sacar el bicho. Una vez que lo has matao, tienes que sacarlo. Porque había que machacar. Y hacer también algunos dineros. Vendíamos algunas piezas a los amigos, a restaurantes e historias, pa hacer dinero. Teníamos que comprar balas, gasolina...

- ¿Gasolina para el rifle?
- No hombre, no. La gasolina era para el coche.
- ¿Y a dónde ibais con el coche?
- ¿Tú sabes dónde están los Campos?
- ¿Los de Hernán Pelea?
- Esos mismos.
- Pues sé dónde están porque varias veces he subido al Banderillas y, además, tengo amigos pastores por las aldeas de Pontones y también por las de Santiago.
- Pues cuando íbamos a los Campos, siempre nos subíamos, por Fuente Segura. Es que si nos íbamos por aquí nos podían controlar y a nosotros no nos interesaba. Nos metíamos en los Campos bien por Pinar Negro o bien por Rambla Seca.

Los pastores, que también han sido siempre amigos nuestros, como conocía to aquello, nos ayudaban.
Pues para que lo sepas ya de una vez: con la moto teníamos que entrar allí.
- ¿Desde aquí con la moto hasta los Campos?
- No hombre. Les quitábamos las ruedas y las metíamos en el "fulgón". Y claro, para el coche, necesitábamos gasolina. En las nogueras de abajo, ya por Fuente Segura, dejábamos el coche y nos motábamos cada uno en su moto de todo terreno. La mía era una trial de tres y medio. Una Fanto, eso era una máquina. Con las escopetas y por la nieve.

Allí no había quien entrara. Pero ya ibas tranquilo porque allí no había vigilancia ya; na más que pastores. Bueno, quien te encontraras, pero forestales no. Cuando subías por "Cañá Somera esa como le digan"
- Espera, Cañá Somera está en las Sierras de las Villas. Aquella se llama Cañá de la Cruz.

- Eso: Cañá la Cruz para arriba y entrabas a las lagunas aquellas, me cago en la mar. Aquello era la locura. ¡Madre mía! Unas lagunas que hay allí y con un nevazo de medio metro. La moto de mi cuñao era una Frontera que aquello consumía latas y latas de gasolina. ¡Si allí no nos matamos de milagro!

Y lo primero era visitar todos los refugios y saludar a los pastores. Luego le preguntábamos: "¿Dónde están los bichos estos?" Ellos siempre nos decían: "Pues por ahí los tenéis. Liaros con ellos" ¡Madre mía! Era una delicia ¡eh! Pero como te lo digo, una delicia vernos a nosotros y verlos a los bichos. Ellos saltando por la nieve y nosotros locos perdíos, detrás. Si no nos hemos matao es porque Dios no ha querido.

- Y cuando matabais ¿qué solución le dabais luego?
- To pa fuera nos lo sacaban con los mulos al otro día.
- ¿Los pastores?
- Claro que sí.
- ¿Y ellos colaboraban?
- ¡Hombre, claro que colaboraban! Se quedaban con material y carne. ¡Claro! Hombre ¿pues no te lo estoy diciendo? Le decíamos: " En tal sitio". Iban por la rodás y daban con los animales. ¡Panza arriba! No les valía.
- ¿Qué eran ciervos?
- Gamos y muflones. Los machos estaban muy alto.

El montés se refugiaba en las Empanadas. Siguiendo el Guadalentín para arriba. Me acuerdo ahora que una vez subimos por allí. Andábamos por el barranco y hecho los prismáticos. Y me los veo a los dos jugando casi en lo alto de la cumbre. Eran buenos. Le digo al compañero: "¿Subimos a por ellos?" Mejor que ese.
Nazario me señala a la pared que nos queda a la derecha. De ella cuelgan la cornamenta de varios machos monteses y también la de dos muflones.
- El compañero me dice: "Venga, vamos a por ellos". Subimos para la cumbre sin cantimploras y sin na y cuando llegamos a lo alto íbamos asfixiaos ya. Los muflones no los vimos porque estábamos echando aire, pero nosotros nos moríamos de sed.

Empecé a mirar y digo: "Me cago en la leche, ahora no tenemos agua. ¿Dónde hay agua por aquí?" "Pues ahí tienes un vaso". Me dice el compañero señalando al hoyete de una piedra donde había un sorbo de agua. "¿Pues sabes lo que te digo? Que ya me la estoy bebiendo. Si tú quieres te dejo una poca". "¿Pero cómo te la vas a beber si en ese hoyete no cabe la boca?" Empiezo a mirar y con una pajita de esas como los juncos, que están huecas, la preparé y me bebí la mitad de aquella agua. La otra se la dejé a él. Allí bebimos aguas los dos con el pajito aquel. ¡De verdad, en serio! Pero para, porque no acabó aquí la historia.

La aspi, ¿cómo se llama?
- ¿La víbora?
- La aspí no sé qué, se llama. Una víbora.
- ¿La hocicuda?.
- Esa con la verruga. Cuando terminó de beberse el agua, suelta el rifle y se sienta en lo alto de la piedra. Yo que lo veo, digo: "¡No te muevas!" Porque era muy temprano. Si no si le pica.
- ¿Estaba allí la víbora?
- Estaba enrocás, medio aletargá porque era muy temprano. Al verla se quedó de piedra. "¡No te muevas que te pega un picotazo que te deja listo!"

- Pues mira, ahora que hablas de víboras, caigo en la cuenta que con tantos trotes por los montes de la sierra, más de una vez habrás tenido problemas serios.
- Ni una sola vez he tenido yo problemas con estos bichos. Siempre que he subió un anti

veneno. Me lo da el médico de Orcera, que es amigo mío. Tú tienes que conocerlo. Yo le pido y me da tanto jeringuillas como antídoto por si acaso. Cuando voy por ahí arriba, sí. Porque en este tiempo, como pises la sierra, y más la Villas, como no lleves algo, prepárate.

En el Collado de los Perros, antes de Carrales, en la fuente de los Frescales esos, están. Y por la fuente aquella de arriba... ¿cómo se llama aquello?
- ¿Es la Cueva del Peinero?
- ¡Exacto! Pues eso está to lleno de bichos. Eso es el ganao que más trabaja por ahí. Mucho más que en la sierra de Cazorla. Ahí se ven a puñado y más ahora en lo fresco. Están con los ratoncillos, los pajarillos, están pendientes de lo que viene a las fuentes. Y trabajan bien. Esas muerden y sueltan. Pero es que saben que no se va la pieza. Además, son bonicas. ¡Y anda que son grandes!
- ¿Tú las has visto alguna vez?
- ¡Un montón de veces! Son así, con el rabo recortao y tienen una verruga en el morro. Son como lo que son: víboras.

Por encima de Vadillo, para que veas que he recorría las sierras por todos los rincones, el gorrino que tengo en mi casa, que está aquí mi mujer que lo puede atestiguar, me líe con él después de un cebollazo fallido. Bueno, cayó por una alcantarilla, la única que hay allí. Me dije: "¿Dónde va el gorrino? Lo espero en la boca de abajo". Cuando salió, lo pillé de una pata y me líe a meterle castaña. Con el vardeo.
- Pero eso es peligroso.
- ¡Peligroso! Te estoy diciendo que no estoy echando mentiras.
- Si yo te creo.
- ¿Cómo que me crees? Si yo no te puedo echar mentiras. Te puedo decir que he matao a un elefantes, pero eso es mentira. Ahora, que les he tirado sin caridad. Ese me lo cargué. Y lo tengo en mi casa, que si algún va por allí, lo puedes ver. Pero para... si tengo más. Mira, ese es el cráneo del lobo.

Y Nazario me señala al cráneo de un lobo que tiene colgado en la pared del recinto, según estamos sentados frente al televisor, a la derecha. Hasta este momento no me había dado cuenta. Lo observo despacio y descubro que junto al cráneo aparece un gran cuadro con una escena de lobos en un paisaje nevado. En la pared de enfrente, cornamentas de muflones y machos monteses. Pero Nazario me aclara que esta no es su casa verdadera. En la otra, donde vive de verdad, es donde tiene lo bueno.
- Esa boca, es resina y escayola. La boca suya la tiene en el lobo de verdad que está disecao en mi casa. Es igual que ésta.

- ¿Pues qué le pasó al lobo?
- ¡Veras! Voy a Asturias, vamos a la historia aquella del "Grober", a la fiesta del marisco. Y me dice un amigo mío: "Pues sabes, teníamos que ir a traernos un lobo que tiene un amigo mío allí en la nave". Digo: "Pues vamos a por él". Nadie fue capaz de coger el lobo. Me metí en el corral, le eché una manta por encima y le puse un bozo. Y me lo traje, pero qué te crees, vivo. Vivo me lo traje metío en el maletero del coche. ¡Echaba una peste el

lobo! Me paré en Salamanca, en una gasolinera a poner gasolina y había unos mastines y unos pastores allí. En cuanto lo olieron, los perros se pusieron rabiosos. Empezaron a ladrar y se tiraban rabiosos. Dice el de la gasolinera: "¿Qué lleva usted ahí?" Digo: "Una perra que tengo movía, una pastora que la llevo en el maletero". "Pues váyase usted pronto de aquí que fíjese cómo están los perros". Y era el lobo y el pestazo que echaba. ¡Qué aventura! Ahora que si me pillan, me apañan.

Lo he tenío pues año y medio o más.
- ¿En Villanueva?
- En el arroyo de Ojanco, en unas naves que tengo allí. Y dice mi suegro: "Nazario, llevate el lobo. Quítame el lobo de encima que se pasa el día mirando a los corderos y a las ovejas y este se las come cualquier día de estos". Tenía que matarlo. Es que se volvió loco. Dando vueltas hizo un anillo en todo el recinto y por eso le tuvimos que poner unas vallas e historia allí porque aquello era peligroso. Un día cogí el rifle y le solté un tiro. Y lo tengo disecado en mi casa. Es precioso. Como desde aquí allí enfrente llega el lobo. Tenía setenta u ochenta kilos. Engordado, pero precioso, ¡eh!

- ¿Tú sabes dónde están los Chorros?
- De pende de qué chorros, porque según voy descubriendo la sierra y hablando con gente, me encuentro que cada vez hay más sitios que llevan el nombre de "chorros". Ahí mismo, por el Cerezuelo, hay varios chorros, según me dicen los que por el lugar viven, por río Mundo, por Cañada Morales, por la Sierra de las Villas. ¿Te te refieres a los que caen por las laderas del pico Gililllo?
- A esos me refiero. Donde hay unas buitreras con varias familias de buitres.
- Pues esos también los conozco. En los tiempos en que habitaban esas familias de buitres y ahora, que allí ya no anida ni un sólo buietre.
- ¿Y eso?
- Por la cosa de los turistas y más historias. Además, no hace mucho, arreglaron la casa forestal que había allí y la han convertido en refugio de montaña. Cada dos por tres está la gente asomandose al balcón aquel y además de voces, siguen tierando piedras y montando espectáculos sobre aquellas rocas. Ya los buistres se han ido. No han tenido más remedio que irse.

- Pues mira lo que te digo: a mi me llamarán carnicero y dirán que soy un furtivo, pero hasta el extremo de hacer que los buitres abandonen sus buitreras para siempre, no llegué jamás. Un servidor ha respetao mucho en la sierra. ¡Y mira que he pateao sierro yo!
- Hombre, aquellos Chorros están lejos de aquí. Eso sí es verdad.
- No te lo estoy diciendo: le he dao la vuelta a toda la sierra entera. Hasta en la piedra aquella que hay allí lejos que le llaman la Sagra, tengo aventuras. Luego te las contaré, porque ahora vamos a lo del Chorro. Nos llevamos una bota de vino bien hermosa.
- ¿Quienes íbais?
- Mi amigo Foronda y yo. Y nos sentamos en el mirador. Empezamos a echar allí pa bajo alimentos y cosas y decíamos: "Esto pa los buitres". Lo que nos iba sombrando. De pronto, salio un buitre y nos caimos de espeldas. Es que era grandísimo. Tenía quello por lo menos

tres metros de grande. Nos dio así con las alas al subir, porque dijo: "a lo mejor hay carroña", pensaría el animal. El caso es que nos dío un susto que si nos caemos nos matamos. Porque es que hay un cortadero allí "desajerao". Aquello es precioso, pero eso que me acabas de contar, ya no me gusta ni un pelo. Había allí unas buenas buitreras y si los animales se han tenido que ir, pues fíjate tú.

Ibamos otro día, un amiguete de la Puerta y yo, y nos paramos por encima de la Cabañuela. ¿Cómo se llama el valle ese?
- ¿Estás pensando en la Cañada del Fraile?
- ¡Exacto! Pues en esa cañá nos paramos para almorzar y nos quitamos los macutos. Recuerdo que aquel día llevábamos un rifle. Estando allí miro por el telescopio y veo un macho. Me pregunta el amigo: "¿qué estás mirando?" Y le digo: "Un macho que he visto". El no lo había visto. Yo estaba de frente y lo vi allí en una sabina. Que ese macho te voy a decir cual es, ahora mismo.
Nazario señala a la pared que tenemos enfrente, donde cuelgan los trofeos de muflones y dice:
- Aquel que hay allá arriba. ¿A que no es chico?
- Sí que es un buen macho. Pues estando allí frente a él, empezamos a pelearnos a ver quien le tiraba primero. Mi amigo me dice: "Déjame que lo mate yo". Digo: "No, no. Para, para que lo he visto yo primero. Yo primero y luego tú". El rifle era de él. Era un doscientos setenta, un Crico de esos.

Pues le suelto el tiro y lo empancé. Dice: "No le has dado". Digo: "¿Que no le he dao?" El caso es que se quedó el bicho, pues tranquilamente. Digo: "¿Que no le he dao?" Cojo los prismático y los miro y no vi el tiro. Y el bicho quieto. "¡Me cachi en la mar! Pero si lo tengo empanzao". Entonces me dice el amigo:
"Trae para aca, que tú no sabes tirar". Digo: "No, no. No le tires que el bicho está empanzao. Que en ver de darle un tiro en su sitio, le he dao en la barriga. Que no le tires que voy ahora mismo a por él". "Bueno, pues llévate el cuchillo para arriba".

Cojo el cuchillo y me voy en busca del macho. Y mientras subía mi amigo: "Por allí..." Pegaba unas voces... y el bicho allí quieto. Ahora, cuando llegué y me vio, empezó a moverse. Entonces él, desde abajo, dijo pues ahora es la mía. ¡Un poco más y me mata a mí allí a tiros! Además, que un bicho empanzao, ya no lo puedes matar así como así, como no le des en un sitio vital y pararlo. Porque empanzao, imposible matarlo ya. Lo calienta la bala y sigue él su historia y ya no hay quien lo mate.

Pues le tiró seis tiros, pero es que me los tiraba a mí también. En busca del bicho pa pararlo, sabes.
- ¿Y tú allí escondido?
- Yo tapándome y gritando: "No tires". Y él desde abajo, pan, pin... ¡Oyes, se oían, palabra de hornos, se oía aquello, llinnnn, punnn. Con toas las piedras y las balas silbando. Claro rebotaban allí las balas y el bicho andando tranquilamente. Y le daba ¡eh! Le daba, pero no había amanera de pararlo. Es que había que pararlo en un sitio vital. Pero le dio tres tiros

por lo menos. Y el mío que ya lo llevaba en el cuerpo. ¡Ese fue! Aquel de allí arriba.
- ¿Cómo lo hicisteis vuestro al final?
- Se murió ya el hombre de pena. Porque ya tenía que morirse.

Con un compañero de mi hermano, del ejército, que es hoy coronel en el estado mayor, echo un rato con él en Las Lagunillas. Restando porque estaba nevao. Cuando nos asomamos por aquella llanura, vimos un buen elemento sobre la era de aquellos cortijos. Dice: "Mira donde está". "Si lo he visto ya. Venga, vamos pa bajo". Pero no nos dimos cuenta que había ciervas. Y esas ladran. Y le avisan al macho. Le digo: "Tirale, se te va a ir. Tirale antes de que se mueva". Y las ciervas venga ladrar. Empieza el otro: "Que está muy largo". Digo: "Que le tires". No hubo manera de matarlo. Le tiró to el cargador y él no hacía na más que decirme: "Es que está muy largo".

- Por Las Lagunillas hay muchos animales.
- Muchos. Allí mismo, en la berrea de septiembre, bañándose en una alberca, maté dos ciervos. Se habían metido a bañarse en un albercón que había y no me vieron. Yo oía ruido, pero no veía na. "¿Qué pasa aquí?" Me preguntaba. Yo conozco eso como la palma de mi mano. Digo: "¿Habrá algo bañándose en la alberca?" Voy así mirando, mirando, cuando veo un cuerno. "¡Conque bañándose ¡eh! Ja, ja, ja!" Y me líe a tiro allí me los cargue a los dos. A los dos me los cargue, pero es que luego había que bajarse las cabezas pa bajo.
- ¿Y la carne?
- No te puedes echar carne a cuestas desde allí en lo alto. Con las cabezas tienes bastante.

Pero para y verás: viene un muchacho, habían puesto lazos en la finca de aquí. En lo del Foro, por debajo, pusieron lazos pa los ciervos. Y cayó un ciervo en el lazo y se dejó las dos patas. Una empenzuñá, la otra inflamá y con el lazo arrastrando. Y me viene el Foro y me dice: "Allí hay un ciervo. En el Charco de los Ahogaos". Digo: "¿Cómo que hay un ciervo? Pues anda que hay pocos". Dice: "No, pero está averiao. Si quieres bajas". Estaba la veda echá. La gente controlándome, yo no podía soltar un tiro. Porque si no se enteran que soy yo el que le he pegao el tiro.

Le digo a mi hijo: "Jesús ¿te vienes?" "¿Adónde?" "Que hay un ciervo en el Charco de los Ahogaos". Le habían intentao meter mano ya al bicho y el animal, con los cuernos y a pezuñazos con las manos de alante, se defendía. Y me lo endiñaron a mí. Digo: "Conque sí, pues te van arreglar. No vamos a hacer ruido". Cogí el de los limones, que es un vardeo así de grande y aquello fue una corrida. Anda, que te lo cuente mi hijo. Con un chiquillo de trece años y un hombre que estoy medio invalido de las patas, me bañé con él. Le empujé hasta que se metió en el río. Digo: "Aquí es donde te vas a jugar el pescuezo". En el río lo pillé de un cuerno y le metí dos o tres viajes que me lo cargué. Me tubo que ayudar el chiquillo y ese sí nos lo trajimos entero. Pero preguntale a mi hijo: ¡una corrida, pero una corrida! Como los toreros. Madre mía de mi alma. Pero tuve que bañarme con él. Dentro del agua ya no se podía mover. ¿No te lo digo en serio? Si me ves allí, alucinas. Dices: "Este tío está loco".

VENTA DE LUIS
APARTAMENTOS HOYAZO

No acabo de tener claro cuántas fueron las ventas que en aquellos tiempos se instalaron a lo largo del extenso valle del Guadalquivir. La Golondrina, Manuela, me ha dicho que esta de Luis es una venta antigua. De los tiempos de la suya, pero algo después. Todas aquellas ventas se han perdido y las que han resistido a los embates de los días y tantos y tantos ataques, ya no son lo que eran. Pero las que aún quedan, aunque sean otra cosa, tienen sus raíces clavadas en aquellos tiempos. Tienen sus señas de identidad, sus pilares propios y tras ellos, una historia que se funde con la gran historia de estas sierras. Y diría más: son como la síntesis de la historia, la cultura y la identidad serrana más pura. Como símbolos emergidos desde las grandes marejadas y los tremendos desconciertos de estas sierras, para testimonio de aquel mundo tan preñado de valores. Como si no quisieran morir porque aguardan el momento para que muchas verdades salgan a la luz y algún día las cosas sean como tantos y tantos esperan que sean. Como si desde ese silencio olvidado siguieran con su intento de emerger a fin de conectar el presente de estas sierras con las raíces más lejanas de aquel paraíso y aquella gente tan machacado por tantos.

Por algo de esto, al caer la tarde hoy también me acerco a esta sencilla casa junto a la carretera. Casi no grita y eso contrasta con lo que tanto gritan otras muchas cosas nuevas ahora por aquí y casi no parece lo que es. Entre unos olivos, que verdes emergen desde la tierra reseca y el pasto blanco, se alza blanca y un poco solitaria. Esa es la primera sensación que transmite al pasar por la carretera. Pero, sin embargo, es de las que, con amor, se abraza a las limpias aguas del Guadalquivir justo cuando este ya se deshace en la amplitud del pantano.

Busco a Aurelio, que así se llama el que ha tomado el relevo en la historia que tantos siglos atrás se puse a caminar por este rincón y lo saludo.
- El nombre arranca desde mi abuelo. Por eso al lugar le pusieron Venta de Luis. Su vida fue la lucha en la tierra, el ganado, los olivos, el molino, el puente... No había otra cosa.
- ¿Eran muy extensas las tierras que tenía el cortijo?
- No es que fuera muy grande. Lo que pasó es que parte del cortijo fue expropiado por el Patrimonio Forestal del Estado, que es lo que ante existió. No quisimos, pero todo lo que se sembraba por aquí se lo comían los bichos. No tuvimos más remedio que ceder las huertas, parte de las olivas y otros rincones porque sembrábamos sólo para los animales.

Tú ya conoces la historia de los muchos que emigraron. Los que tenían menos tierras, se encontraron desamparados y nos les quedó otra salida que irse. Ya sabes a los sitios que se marcharon. A Barcelona, Valencia, Espeluy, Calonge... a muchos sitios que ni conocían y donde no tenían ni raíces ni vivencias.
- ¿Fue una etapa dura aquella?
- Lo fue. Aquí quedamos un cuatro o cinco por ciento que son los que estamos hoy en todo este río, que nos resistimos, pero a fuerza de mucho penar. Muchas calamidades y muchos

problemas precisamente por al Patrimonio Forestal. Aguantando denuncias un día detrás de otro que son abusivas. Dentro de una propiedad.

El caso que te conté ayer. Por sacar ahí mismo un bebedero para que beba un caballo que tengo, y me plantan una denuncia. Y esto no es de la etapa del Patrimonio Forestal. Es reciente, de los tiempos estos nuevos.
- Donde ahora vemos estos apartamentos ¿estuvo siempre el cortijo?
- Siempre estuvo a la parte de abajo. Pegando al mismo río Guadalquivir. Lo que sucedió que cuando el pantano, las aguas llegaban hasta ahí mismo y entonces la Confederación Hidrográfica nos lo expropio. Entonces es cuando tuvimos que hacerlo aquí arriba. Pero que aún las ruinas del cortijo antiguo, están ahí. Donde se ve el pino ese, hay unas casas viejas y precisamente, ahí al lado del pino, nací yo. Por la hondonada de abajo pasa el río.

- ¿Había muchas aldeas por aquí?
- Por el lado este de la solana tenemos el Hoyacillo, el Aguadero, la Cabañuela y las Lagunillas. Pero todo eso, como ya sabes, fue expropiado. Por este lado expropió también todo eso de las casas de las Tablas, las Canalejas, las Malezas, los Archites, los Centenares, la Losilla. Todo esto eran aldeas donde vivían quince o veinte vecinos. Por el arroyo de Mirabuenos, el Aguaderico. Porque hay dos cosas: el Aguadero y el Aguaderico, cada una en un lado del río.

Para ir al Aguaderico, tienes que entrar por la pista que sube a Fuente del roble, todo el arroyo arriba y en una ladera que te queda a la derecha verás muchos olivos. Esta gente también tenía su olivar. Todos tenían sus parecelas de olivos y sus huertas. Pues abajo, en el mismo arroyo, se ven todavía las ruinas de unas casas. Esas eran el Aguaderico. Los cortijos esos donde antes me decías que te encontraste unas máquinas de coser antiguas y que junto al arroyo se veían muchos árboles frutales. Antes en casi todas las casas tenían una máquina de estas para coser. Le daban con los pies y de este modo las ponían en movimiento. En la Loma de los Asperones, que la tenemos aquí mismo, vivía una mujer que se llamaba Carmen. Tenía tres o cuatro hijos y con su máquina yo la he visto muchas veces cosiéndoles sus ropas.

- El arroyo este que nos entra por aquí mismo ¿cómo se llama?
- Es el arroyo de la Loma de los Asperones.
Recuerdo que en el libro de la Sierra, se dice que "Es lugar este de piedra arenosa ideal para que las perdices se afinen el pico, pues tiene tal roca un componente silicio que le da consistencia y dureza".
- Por ahí mismo sube la senda que lleva al Aguadero. Un camino que, como tantos otros ya en esta sierra, hace mucho tiempo ya ha dejado de sentir los pasos de los serranos para oír la algarabía de los turistas. Pero, aún así, la senda que sube, es magnífica por mil cosas. Los paisajes que atraviesan son muy bellos y el collado final, es el rincón donde se desmoronan las casas y se borran las tierras de los hortales.

- Por este lado de la cuerda de las Banderilla, el cortijo de las Anima ¿de quién era?

- De mi padre. Una fábrica de aceite con almazara número 804 que todavía tiene que estar registrada en Jaén.
- Hace unos cuantos años, pasé por ahí y todavía se veían las maquinarias allí oxidadas.
- Las ruinas se las están comiendo las zarzas, el molino se pudre abandonado y las tierras las cubren los pinos. Hay un motor, que se compró en el último pueblo de la provincia de Jaén, Noalejo, y es de gasoil. Un croleye de diecisiete caballos que es con lo que se movía ese molino. ¿Que cómo no nos lo trajimos? Aquí ya teníamos luz eléctrica y como la finca dejó de existir existiendo, ¿para qué lo queríamos?

Pero antes de aquella fabrica, aquí mismo pegado al río, mi padre tenía un molino que lo movía con la fuerza de toros. El Molino de la Venta de Luis se llamó esto de siempre y ya te digo: con la fuerza de las bestias, machacaban las aceitunas y con la presa sacaban el aceite. Por el lado de arriba, había un puente que servía para cruzar desde el cortijo hacia las Animas.
- Eso, la historia del puente.
- Pues no tiene más historia que lo tenía mi abuelo, que le llamaban el tío Luisillo. Entonces no existía ninguno de estos caminos forestales ni tampoco ningún puente sobre este río. Lo construyó mi abuelo.
- A mí me han contado que para pasar por este puente, se tenía que pagar un peaje ¿Es verdad?
- Yo eso no lo conocí. Puede ser de la etapa de mis bisabuelos. Conque fue mi abuelo y yo tampoco lo conocí. Decían que era muy pequñito, muy valiente y tenía muy buenos caballos aquí. Pero es muy lógico que si construyeron el puente del dinero de su bolsillo, les cobraran a las personas que pasaran por aquí porque el puente era suyo. En aquellos tiempos las cosas eran así. Luis se llamaba mi abuelo y por eso le pusieron la Venta de Luis. Mi padre se llamaba Eladio.
- ¿Y aventuras de aquellos años?
- Toda la lucha ha sido con el Patrimonio Forestal. Desde el comienzo todo fue nada más que poner impedimentos y dificultades para todo. La parte del cortijo que nos queda, ahora mismo la tenemos echa mistos. Destrozada por los ciervos y los jabalíes de meterse dentro de la propiedad. Pero sin solución ninguna porque hemos hecho cincuenta mil reclamaciones y nos hemos dirigido a todos los sitios y no hay remedio. Aquí no tenemos ninguna solución nada más que los ciervos se meten en la propiedad, se comen todo lo que se planta y que nadie abona nada.

Y esto lo consideramos nosotros como una cosa abusiva. Nos van dejando a ver si nos hartamos y dicen que cada vez hay menos bichos, pero no es así. Aquí ellos, van a lo suyo y a los serranos nos cierran todas las puertas. Antiguamente les mandaban todos los dineros directamente a los ingenieros y ellos hacían lo que querían. Se los mandaban a Cazorla y ellos daban parte a la Dirección General de Montes y les decían: “en tal sitio ha habido y fuego y necesitamos tantos millones”. Si no se los mandaban todos, le enviaban cantidades grandes y ellos disponían y hacían lo que querían con esos dineros. Así tenían el poder que tenían.

Recuerdo que en el Libro de la Sierra, se dice: “Cada ingeniero que venía a Cazorla era un jefe del Estado. No era un funcionario que viniera a los montes a vigilar a los guardas, a llevarlos a cualquier casa de esas. Era un jefe del Estado que venía a ordenar. Ya sabes tú cómo tratan a la gente. Ahí disponía lo que les deba las gana, fuera bueno o malo. Entonces el Estado tenía más dinero que ahora con todo lo apretados que estábamos y todo lo que fuera. El dinero valía y como valía pues llega allí a un ingeniero... ¿Tú ves los presupuestos de las plantaciones de pinos de la Torre del Vinagre? Ahí se pusieron quinientas hectáreas de pinos y se gastaron muchos jornales de catorce y diecisiete pesetas. Y dime tú las plantaciones de la Hortizuela. Te metes en el Juego de la Bola y subes para las Villas; la Hoya la Armadilla... todo eso es mucha tierra, ahí se han puesto muchos pinos”.

Si le llegaban doscientos millones aquí el personal sabía que esos dineros no se gastaban en los obreros. Esos dineros se perdía y se pierde por otros caminos. Por eso cuando se iban de aquí los ingenieros se iban millonarios todos.
- ¿Y los serranos les temías mucho?
- ¡Ya ves tú! Aquí los serranos oír la palabra “ingeniero” era nombrar sufrimientos e injusticias. Cuando venía el Caudillo, sembraban todas estas sierras de guardia civiles. No podíamos salir ni atrabajar en las propiedades. Una vez estábamos cogiendo aceituna y se nos acercó una pareja y nos dijo: “¿Qué hacen ustedes ahí?” “Pues mire usted, trabajando en las tierras que nos dan de comer”.

Nos llamaros a todos, nos tuvieron investigando para ver quienes éramos y lo que hacíamos. Al final nos dijeron que dentro de nuestras casas. Lo mismo que el caso que ya te conté. Fue otro día de esos y me puse yo enfermo. Quisimos salir y no me dejaban. Había una pareja de guardias ahí en la curva y al verme me dijeron: “¿Usted a donde va?” “Pues miren ustedes que me he puesto malo”. “Pues tiene que esperar porque tengo que comunicar al teniente su presencia por aquí”. El teniente estaba donde se encuentra ahora la Torre del vinagre. Comunicaron con él para ver que se hacía y después de dos horas, me dejaron salir. Ya mi hermano, que tenía un niño pequeño, se lanzó y dijo: “Miren ustedes, si yo no me pongo enfermo, si quieren que esté todo el día en mi casa, ahí estoy, pero si se me pone malo el niño, yo salgo de aquí como sea”.

Te cercaban todo y te hacían la vida imposible. Cuando venía a cazar el Caudillo aquí había guardia civil por todos sitios. Se escondían en los zarzales para que no los vieran y nos complicaban la vida por completo.
- ¿Vino muchas veces?

- El Caudillo venía aquí todos los años. Por el mes de septiembre y a lo largo de doce o más años. Cuando ya los nietos estaban grandes, también venía por aquí. El cazando por la parte esta parte, Cerro del Almendral y toda la ladera de la Cabañuela y los nietos por el lado del cortijo de las Animas. Se llenaba la sierra de guardias civiles, guardas forestales y muchos caballos que traían de Jaén y de Baeza. Caballos muy bien domados para que el Caudillo se montara y no tuviera ningún problema aunque fuera con el rifle y pegara tiros.

Ya te digo: estábamos asustados y seguimos asustados. Yo te digo la verdad: si ahora mismo se le levanta una baldosa o se me cae una piedra de la casa y nada más que me vea un guarda forestal, ya tengo la denuncia. Yo tengo denuncias ahora mismo por todos sitios. Tres o cuatro años llevo que por cualquier chominá, me han plantado una denuncia.
- Pero ahora no son las cosas como antes.
- Eso es lo que dicen algunos. Pero el guarda forestal llega, que yo no sé si tiene poderes para entrar en una propiedad y denunciar una cosa que de un particular y te plantan la denuncia. No sé yo el poder que la Junta de Andalucía le ha dado a los guardas forestales, pero las cosas son tal como te las estoy contando. Ya te he dicho que tengo denuncias por ponerle una pileta al caballo para que beba y por levantar una pared de veinte centímetros de piedra para que no entren los jabalíes al jardín de la casa.
- ¿Y eso es en estos tiempos del Parque Natural?
- De cinco años para acá.

- Pues entonces aquello que tanto se ha dicho que la declaración de estas sierras en Parque Natural, a los primeros que iban a beneficiar, era a los serranos ¿cómo lo entendemos?
- En el plan del turismo, si es verdad que nos han beneficiado. Si en esta vega del Guadalquivir estamos unos trescientos nativos, que no nos hemos marchado, pues es verdad que el turismos nos está dando de comer. Pero lo otro, lo que te digo de los animales, nos ha perjudicado. La sierra, para los serranos, sigue con los mismos problemas y dificultades de siempre. La Junta de Andalucía nos ha traído muchos problemas. No quiere que se haga nada.

Cuando aquello del Coto, fue la expropiación de todas las aldeas que antes te he dicho. Al principio echaron pocos animales y no se notaron pero ya han crecido tanto que ahora los montes son nada más que para los animales y los turistas. La gente tuvo que emigrar porque los animales se comían todas la huerta y todas las sementeras. Un noventa por ciento tuvo que irse. Quedamos aquí un diez por ciento que somos los que estamos en este hueco del río. Los trescientos poco más o menos que hemos resistido, somos los que quedamos por aquí. La zona donde había más propiedades que no pudieron expropiar.

Pero aunque el turismo nos ha beneficiado, muchas de las otras cosas, siguen como antes. Ya que vivimos aquí, qué menos que tener un beneficio del turismo.
- Pero las tierras que tienes en propiedad ¿las sigues cultivando?
- Sí o no. Porque lo que pasa es que tienen unas alambradas puestas que no las arreglan. Nos las pusieron hace treinta o cuarenta años y lo que pasa es que lo mismo que las pusieron así están. A nosotros, ni nos dejan arreglarlas ni ellos las arreglan tampoco. Todo lo que sembramos, aunque estén dentro de la alambrada, se lo comen los bichos. El ciervo salta por encima, el jabalí hociquea por un lado o escarba y se mete. ¿A qué se mete? Pues a comerse la hortaliza, el pepino, el tomate, las aceitunas cuando se caen. Si el animal tiene hambre, busca la comida donde la encuentra. De todos esos daños, nosotros no percibimos ni un duro.

Lo que no te puedo decir es si así está establecido. Nadie sabe si la Junta de Andalucía sí lo paga, pero luego no llega al final o no lo paga porque así está mandado. A nosotros no nos llega nada. Todos los años, escribo yo dando un parte donde reflejo los daños y perjuicios que nos ocasionan los ciervos. Ni una sola vez a mí me han pagado nada y tampoco obtengo ninguna respuesta. Aquello del cortijo de las Animas, que son dos hectárea, ni sembrado lo tengo. Si lo siembro lo único que me va a dar son disgusto para no recoger nada, mejor dejarlo para los pinos y los ciervos. Las olivas que tengo aquí, pues lo mismo.
- ¿De la tierra que tienes, ahora mismo, sólo lo que dan las olivas?
- Claro. La aceituna que se cae, pero eso si tú llegas antes de que lo animales se lo hayan comido, la cogemos y nos la traemos enseguida. Si dejamos los sacos entre los olivos, también la perdemos. Esta finca tiene una dos mil y pico olivas. Sin contar algunas parcelas que fueron expropiadas por el Patrimonio Forestal.

Como no eran expropiaciones forzosas, aunque sí lo fueron. Ellos no te obligaban a que dejaran las tierras, pero eran forzosas porque aquí la gente se quedó por completo a merced de los animales. Que esto es una manera de obligar a que dejes las tierras. Lo que nosotros dejamos fueron los picos de las tierras. En las Animas, se expropió la totalidad de la finca. Nos quedamos sólo con lo que cogía la huerta porque nosotros creíamos que aquellas tierras las íbamos a poder sembrar para recoger tomates, pepino y pimientos para nosotros y nos equivocamos. Como los bichos iban en aumento, pues resultó que aunque lo alambraron, aquello no dio resultado. Desde hace tiempo ya dejamos de sembrarlo.

En estas olivas, exactamente igual. Dejamos eso de las Loma de los Asperones.
- ¿Eso era de la misma finca?
- Si, pero había otros vecinos que viven hoy en Coto Ríos, Lorenzo Ríos. Eran dos familias que vivían ahí y las expropiaron. Los Ríos tenían su parte y nosotros la nuestra, pero cuando dejaron ellos las tierras también dejamos nosotros las nuestras. Ahí ya no vive nadie.
- ¿Y de ese ciervo que se perdió?
- Le ocurrió a un hombre que le llamaban Lucio el Pescaor. Se murió un ciervo y como no lo encontraban, lo cogieron a él. Se lo llevaron a los Casares y ahí le dieron palizas, lo colgaron y todo era porque querían que apareciera el ciervo. Tuvo muchos problemas este hombre con la guardia civil. Aquí la guardia civil venía y hacía lo que Icona le había ordenado. Es que hoy es preferible matar una persona antes que a un ciervo.

A mí me han contando lo siguiente: en tiempo de la caza, va un guarda con un alemán A lo mejor el guarda le dice: "Tiene usted que tirarle a esta pieza, a este bicho, al otro o lo que sea". Si al montero no le gusta tal pieza y sí otra de mejor cornamenta, pues ha untado al guarda y así le ha deja matar lo que él ha querido. Esas cosas pasan.

- ¿Y lo de los fuegos en el monte?
- Eso es todo un puro comercio. Sé que una vez vino una brigadilla de la guardia civil, llamó a un guarda forestal y le dijo que se acabaran ya los fuegos. En tres o cuatro años no

hubo más ningún fuego en estas sierras.
- ¿Eso qué quiere decir?
- Pues que tenía en sus manos el control de que hubiera o no fuegos en la sierra. Ellos mismos sospechaban ya que tanto fuego no era normal. Les cuesta muy poco trabajo a los ingenieros da un parte y decir que se han quemado tantas hectáreas y que por lo tanto, necesitan tantos millones para arreglar el desastre. Está más que claro que lo de los fuegos en un comercio.

Hace año, me cogió ahí mismo en la curva. Vi salir humo de un sitio que le llaman la Agracea. Era en pleno mes de agosto. Me había salido ahí a la curva a tomar un poquito el fresco y de pronto, veo como un candil. Me dije: "Madre mía, qué podrá ser aquella luz". Me quedé allí quieto casi una hora y hasta que de pronto, frente, vi una moto. Como no sabía de quien podía ser aquello, se me ocurrió coger el coche, da la vuelta y cogerlo de momento. Pero luego no me atreví. Pensé que si por cualquier circunstancia me hubieran cogido a mí por ahí, hasta hubieran sido capaces de echarme la culpa.

Aquello pasó, pero se me quedó a mi clavado que lo del fuego en los montes, es todo un comercio. Aquí ni el turista viene a pegar fuego ni aquí pega fuego nadie. Es que en aquellos tiempos estaba la cosa más clara. En lo alto de la montaña, los pastores con el ganado, a las cuatro o a la seis de la mañana, hacían grandes fogatas para asar el tocino, la carne y todo eso. Y aquí nunca se ha hablado de fuegos. Pero ahora llevamos unos años que nada más que fuegos y fuegos. Luego eso es un negocio. Antiguamente aquí, yo en mi vida, he oído nada de fuego. Nadie hablaban nunca nada de fuegos.

En aquellos tiempos que te digo, sólo había un guarda forestal que atendía a toda la sierra y ahora hay setenta y cinco u ochenta guardas. Y en aquellos tiempos esta la sierra poblada de ganado. Y ya te digo: nunca se hablaba de fuego. ¿Qué es lo que pasa ahora? Yo te lo repito: es todo un gran comercio.

- Y acercándonos más a tu rincón ¿qué me cuentas de tu familia?
- Nosotros somos siete hermanos y todos hemos nacido aquí. Mi padre ha estado trabajando toda la vida para sacarnos adelante y darnos de comer. La finca y el molino fue todo su mundo. Este molino que tenemos aquí junto al río fue más antiguo que el de las Animas. Ya en aquellos tiempos en este lugar del molino del río, estaba la venta donde se vendía de todo. Todo el que tenía olivas por aquí cerca las traía a este molino. Pero ya ves tú lo que podía molturar porque con toros y con mulos tirando de los rulos, aquello corría poco. Antiguamente había otra fábrica de aceite que le llamaban la Hortizuela. Que hoy esa fábrica, el Estado lo ha hecho hotel.

En esa zona había tres molinos. El de los Membrillos que estaba en el arroyo del Zarzalar, abajo, el del tío Piojillo, que era propiamente dicho el molino del Zarzalar, arriba junto al cortijo con el mismo nombre y el de la Hortizuela, que era fábrica de aceite. Junto a ese molino antiguo estaban las dos casas forestales que ahora la Junta de Andalucía ha reparado para que aquello sea un hotel.

Recuerdo que en el Libro de la Sierra, de este lugar se dice: “La Hortizuela era en tiempos finca perteneciente a propietarios de Santiago, con una huerta pequeña. Me gustaría indicar la posición de la hoy casa forestal y quejarme de la mitad de los mapas que la colocan bien a la derecha del Río, como si fuera la Loma de María Angeles, o bien a la izquierda, casi en la cuerda, como si del Juego de la Bola se tratara”.

Que ese es el problema por lo que decimos que se mete con los particulares. Es decir: que si hay una ley que en toda la sierra no se puede edificar, pues esa ley debe ser igual para todo el mundo. Pero claro ¿cómo se entiende que el mismo estado sí puede hacer lo que a los particulares no nos permiten? Porque el Estado está explotando el turismo. Eso se ve con tantos hoteles que hace, aunque luego los convierta en cooperativas, tantos campings y tantas otras cosas. Explota los animales que hay en la sierra y explota la madera. El primer explotador ahora mismo en estos montes es el Estado.

Es lo que yo me pregunto: si hay una ley, debe ser para todos iguales. Si yo no puedo hacer nada en mi propiedad, pues que el Estado que no haga nada tampoco. Por eso digo yo que esto es una cosa abusiva. Yo también tenía una fábrica de aceite, en el cortijo de las Animas, y a mí no me dejan hacer nada. He pedido mi permiso para reparar y hacer algo ahí. He llegado al ingeniero y se lo he dicho: “Entonces ustedes, en una fábrica de aceite en la Hortizuela, sí se puede hacer un hotel, y yo que tengo otra fábrica ce aceite en el cortijo de las Animas, no puedo ni mover una piedra. ¿Qué ley es esta?” “Es que es el Estado”. Me contesta el ingeniero. “Pero sea para quien sea, la ley dicen que lo mismo para uno que para otros”

- Y ese que dicen es el único que hace aquí en la sierra lo que quiere, ¿Está del lado de los serranos o no?
- De ese mejor no hablar porque es familia mía y como todo el mundo sabe lo que sabe, ¿para qué lo vamos a sacar aquí? Se pone del lado que le interesa, pero siempre para obtener beneficio propio y caiga quien caiga. Un maestro de escuala que hubo aquí que lo hicieron director de Icona fue el que firmó para que se construyeran muchas de las cosas que a otros no nos permiten de ninguna manera. Que ha caído en gracia y los demás no somos simpáticos. Por eso aquí nativo, nativos... ayer por la tarde creo que vi a un hijo de la Venta de Hilario.

Si empezamos desde el Tranco para arriba, tenemos el Cerezuelo, donde quedan unos pocos nativos. Los hijos, porque los padres ya han muerto. A continuación esta finca, de aquí a la Golondrina, luego el Collado Simón que es donde estaba la Venta de Hilario y ya desde ahí, a Arroyo Frío. Por encima de la Torre del Museo, hicieron la Venta del Chato que han hecho ahí un hotelazo de miedo.
- ¿Y este que nos queda aquí cerca?
- Si te refieres al Hotel de Bujaraiza, no es nativo. Un señor de Cazorla, hizo ahí un chalé y luego se lo vendió al alcalde de Santo Tomé. Ese es el actual dueño de ese hotel. Se llama Santos, que es el alcalde que hasta hace poco hubo en Santo Tomé.

El centro este Ledesma que tenemos aquí mismo, que antes fue un lugar para curar a personas enfermas, es de un señor de Cazorla. Mirasierra, de un señor de fuera de estas sierras, san Fernando, de un señor de Madrid, La Noguera, de otro de fuera, Los Enebros, también de fuera. Monte Piedra, es de los mismos del camping de Coto Ríos. Lo del camping es una cooperativa, pero el hotel lo han hecho, ellos mismos de su cuenta. Eso era en ventorrucho de nada y fíjate lo que han hecho. Y en Arroyo Frío, ya te pierdes. Es más grande que Coto Ríos. Ya te digo: muchas cosas yo no las entiendo. No me entra lo que el Estado está haciendo aquí. Esto lleva mal camino y por algún sitio tiene que salir porque tantos hoteles, camping y otras cosas, a l final no va a ser bueno para ninguno. ¿Qué ley es la que impera en esta sierra que primero expropian todo y ahora están permitiendo la construcción de pueblos enteros?

- De aquella etapa de las maderas ¿qué recuerdas?
- Pues que transportaban los pinos por el río. Todos sueltos y hombre que llevaban sus ganchos. Aquí mismo montaron una aserradora. Desde el monte la sacaban con mulos, en la aserradora la convertían en tablones y luego la echaban al río. Desde el Aguadero, me acuerdo yo que la gente bajaba hasta este camino, con bestias. Un hombre que se llamaba Julio y que era de las Canalejas, se dedicaba con un camión a repartir por aquí harina. Todas las semanas entraba desde el Tranco para arriba hasta la Loma de María Angela. A uno le dejaba una saca de harina, a otro, media y de esa forma vendía él su camión de harina a la gente de estos cortijos.

La finca de este cortijo era muy grande. Vivíamos siete familia, los siete hermanos, pero luego ya empezaron a emigrar porque esto no daba para todos. Unos se fueron a Suiza y la mayoría, a Granada. De los siete hermano soy el único que quedó aquí. Quedamos dos, Luis y yo, pero él también se fue. Yo que casé ya delantero y como él tenía chiquillos, pues busco otra salida por Granada. Que por cierto, hace seis o siete años que murió. Soy el más pequeño y fui comprando todas las partes a los hermanos.

Cae la tarde. Se nos acaban los temas de conversación y como digo de marcharme, Aurelio me invita a que bajemos a ver donde estuvo el primitivo cortijo de la Venta de Luis. Salimos del recinto del bar que para los turistas tiene montado y donde hemos estado charlando durante este rato. Nos asomamos hacia el surco del río y bajamos. Echo un vistazo y una vez más reconozco que este rincón de la sierra me es por completo extraño a pesar de encontrarse en el mismo paso del pantano al valle y al revés. Cruje el pasto bajo nuestros pies porque es pleno agosto. Calienta el sol y cantan las chicharras.

- Un día, siendo mayor, por gusto bajé con mi madre para que me dijera donde había nacido. Por eso ahora te puedo decir que el día 28 de octubre de 1993, a las diez de la mañana, nací ahí mismo. En este rincón que nos queda aquí bajo el pino grande, tapado por las piedras de las ruinas de aquellas paredes, cubierto por el pasto y arropado por el monte que va creciendo. Como nacían antes todas las criaturas: en los cortijos sin ayuda de nadie. Me acuerdo que mi madre me contó que vino una matrona, de estas mujeres que había por aquí, le ayudo, nací, ahí me he criado y aquí estoy.

Lo que se ve por la parte de abajo es el surco del río Guadalquivir. Ahí mismo estaba la fábrica de aceite, vivían los abuelos y ahí nacieron y vivieron mis padres. Tres o cuatro generaciones enteras es lo que en este rincón a respirado y por eso ya te puedes imaginar cómo lo siento. El agua, para este cortijo ya desaparecido, la cogíamos del arroyo de la Loma de Los Asperones. Todos esos llanos que se ven, siguiendo la dirección de río, eran tierras de huertas que mis padres cultivaron a lo largo de muchos años. Se las comió el pantano porque hasta este mismo punto llegaron expropiando. Así que lo que no se comió el Patrimonio, se lo tragó el pantano y lo poco que queda, ahora los ciervos.

Sobre la cerca de alambre que encierra los olivos, las tierras y la casa que ahora mismo sigue en pie, nos apoyamos. Durante rato observamos el silencioso rellano donde las piedras que dan testimonio de la presencia de la vieja venta. Frente nos queda, al otro lado del río, la ladera por donde surca el camino forestal que baja hasta las Animas, Cerro del Espartal y a los llanos y arroyo de Montero. Más arriba se alza el cerro poblado de monte. Es ese macizo de Mirabuenos entre el Pico Puntal, 1483 m. El arroyo de las Grajas y el arroyo de Mirabuenos que viene de la zona de Fuente del Roble. Ahí mismo, en un rincón bello es donde también se ha desmoronado el pequeño, pero enormemente bello puñado de casas del Aguaderico.

Los pinos tiñen de verde las grandes laderas y por entre ellas, el azul del horizonte rebosando por encima de las cumbres y el silencio de los espacios profundos, parece surgir la otra realidad. La que encierra en sí la verdad profunda de la creación entera y permanece quieta en espera del momento exacto. Oyéndola, uno se dice que son tonterías sin sentido todas estas luchas de unos y otros a lo largo de los años y los siglos en las tierras de estos montes. Al final todo acaba y todo vendrá al lugar que el Creador le tiene asignado a cada cosa y a cada uno. No serán triunfos lo que aquí se aceptó como triunfo y sí seran triunfos muchas de aquellas cosas destrozadas y para siempre machacadas en estos lugares.

Voy despidiendo a Aurelio y confieso que no me marcho contento. Apetecía, deseaba, esperaba de él otra realidad a la que de sus labios he oído. De aquí que me sienta como no lleno, pero también pienso ahora que así son las cosas de estas sierras. Cada serrano es como es y lleva dentro la sierra que ha vivido. Cada uno ha recorrido sus caminos particulares y cada uno tiene su experiencia propia. Quizá tenga que ser así para que se pueda comprobar que las mismas cosas no son iguales en todos ni para todos. La suma de esta diversidad quizá dé como resultado la sierra en toda su verdad.

PIO DE LAS VACAS

Del nacimiento del río aguamulas

LA SIERRA CONTADA **RECUERDOS Y VIENCIAS DEL CORTIJO:**

POR LOS SERRANOS EL MULON

DIA PRIMERO
Desde Coto Ríos
Repasando los recuerdos

Pío vive en la calle Aguamulas del poblado de coto Ríos. Todo el mundo me ha dicho que él sí sabe de la sierra y, además "tiene buena labia para contarla". Tenía yo muchas ganas de llegar a Pío para echar un largo rato y enterarme de todas esas cosas que también quiero saber de la sierra. Esta tarde, he venido y en la puerta de su casa, sólo he visto a su mujer sentada. A caer la tarde, los ancianos, como en aquellos tiempos, se salen a las puertas de sus casas y mientras toma en fresco, observan lo que por la calle ocurre al tiempo que charlan con los vecinos. Es costumbre que a ellos les ha quedado de aquellos cortijos donde entre los montes nacieron y hasta que el Señor se los vaya llevando, no dejarán de practicarla.

- ¿Dónde está Pío?
Le pregunto. Me mira un poco fija porque ella ve muy poco.
- Vino un muchacho y se lo llevó para enseñarle unas vacas y por ahí está.
Salgo del pueblo por la parte de arriba y lo busco por donde tienen las vacas, las ovejas y las huertas cada uno de los serranos aquí recluidos. Tampoco está por los huertos que pegan al río.
- El tiene su corral entre los pinos aquellos.
Me dice una de las mujeres que con sus carreterilla de hierro lleva alfalfa para sus vacas.
Subo hacia la parte alta que es el lado que pega al cerro del Corta fuego y por entre los huertos y corrales de los pinos, lo busco. Tampoco por aquí lo han visto.
- Por allí detrás tiene él el corral de sus vacas.
Y me voy por allí detrás. Miro y como no lo veo me pongo a curiosear las cosas que en el corral de sus vacas él guarda. Sogas, paja, madera, ganchos de ramas... De todo un poco tiene aquí Pío.

Miro y por entre los pinos, desde la Loma de María Angeles, se acerca. Viene subido en su burra blanca, con la cabeza agachada, las gafas puestas y la gorra medio tapándole los ojos. Todo un caballero de la triste figura o una visión mitológica que por entre los pinos de las profundas sierras, aparece recorriendo los caminos.
- Te estoy esperando.
- Ahora mismo estoy contigo. Encierro las burras y nos sentamos en la sombra de los pinos.
Me uno a trote lento de sus burras, llegamos al corral, las mete dentro, la traba, les quita el aparejo, les pone en el pesebre un puñado de paja y después de moverse de acá para allá rápido y encorvado, salimos a la sombra de los pinos.
- Esto es para que te siente tú.
Abre una pequela silla de hierro con un trozo de tela de plástico y después de insistirle que ahí debe sentarse él, me siento yo.
- Pues a mi opinión, el valor de la persona, es el dote de sentimiento. Una persona que carezca de ellos no

tiene valor ninguno. Cada uno opinamos de una manera. La mía, yo me creo que es opinión sana. Que sirve para todo el mundo. Porque yo me digo que no quiero nada más que lo que es mío. Para usted lo suyo y me alegro del bien de la Humanidad entera y me gusta respetar a todo el mundo. Es que así de esa manera, sí se podrá marchar en la vida.

EL PRINCIPIO

- Pero yo creo que es mejor empezar desde el principio.
- Pues empezamos desde el principio. Yo, Pío del Mulón, nací en la Cueva del Torno, a unos dos kilómetros o tres de donde nace el río de Aguamulas. Puede que no llegue a tres kilómetros. ¿El río se toma a la derecha para abajo o para arriba?
- Creo que es para arriba.
- Pues entonces a la derecha del río. Al este lado del río que nace en la Huelga Campico, debajo de la Piedra de Aguamulas, en el Recodo Aguamulas. Tendría yo año y medio cuando mi familia se vinieron y me trajeron al cortijo del Mulón, que es donde me he criado. Eso está en el kilómetro ocho, enfrente.

- Más abajo, está la Casa de las Tablas, al molino de la Casa de las Tablas que se llamaba el Molino del Tío Blas. Era el principal. Allí vivió una prima hermana mía que era nieta suya. Han vivido varios, pero que el molino se conocía por el Molino del Tío Blas de la Casa las Tablas. Eran dos molinos en uno.

Sigue Pío.
- Allí he estado hasta que nos bajamos a la casa de las Tablas para que fuera a la escuela una hija que tenemos. La profesora que había era doña Carmen, de Córdoba, que aquí tiene una hija. Y desde allí nos vinimos al poblado de Coto Ríos. Y aquí estamos. No es que se acabe la historia todavía. Cuento donde he nacido y ya estamos aquí.

Desde el principio, pues ya verás si tengo cosas desde el principio: ayer hizo cincuenta y nueve años que estuve yo en la guerra. Creo que hay quien dice que Dios, esto y lo otro. Yo lo he visto, no puedo asegurarlo porque no lo he visto, pero creo en que debe de existir. Enfrente de Lanjarón de Orjiba, este mismo día veintinueve de agosto del treinta y siete, estuvimos en un ataque. Sentías las balas pasar silbando junto a mi cabeza. No hacía nada más que decir: “hoy es último día de mi vida. Ya no me puedo escapar”.

Entonces no podía uno decirle a nadie que se encontrara adiós ni ande usted con Dios, na más que salud. Como dentro de los sentimientos de uno, de la fe de uno, no hay quien lo pueda averiguar eso, no es muy fácil, pues yo decía: “¿Y si Dios quiere guardarme, salvarme? Porque en todas las guerras quedan ¿Pues si Dios quiere salvarme de ésta?” No pesqué un chispazo. Me salvé. En fin, ya vinimos. Que el novio de una prima hermana mía que vive aquí, murió aquel día. Era del Olivico, hijo de uno que le decían el tío Nemesio.

Cuando volví de la guerra todavía estábamos en el cortijo del Mulo. Tenía entonces veinticinco años y cuando nos vinimos a Coto Ríos tendría sesenta. Conque fíjate. Mira: un día, en la cueva del Torno, estaba picando esparto un hermano mío y como yo era chico, voy y pongo la mano así, me dio con la maza y me partió este dedo que ves. Que por cierto, eso no me ha estorbado nunca nada más que para pisar las cuerdas de la guitarra. Así que de la Cueva, recuerdo poco, pero después de mayor, si fui por el lugar. La puerta que teníamos en la cueva donde estábamos, la tengo ahora en mi casa de recuerdo.

Mas abajo de la Fresnedilla es donde se encuentra la cueca. Al asomar ahí por el cortijo ese que hay olivas que es el cortijo del Mulón, al dar vista al barranco que en lo hondo se ven muchas nogueras e higueras, en una cueva que se ve allí, aquello es la cueva del Torno. Lo que nosotros teníamos eran tierras, muchas nogueras, higueras, granados, ciruelos y animales. Mis padres nacieron en la cueva y murieron los dos en el Mulón. Yo me casé ya bastante mayor, de cuarenta y un año.

Tengo estudiado cinco parrafillos y, además, tengo grabada una cinta que salen los cinco parrafillos, con las vacas uncías con los frontiles que te enseñé el otro día. Yo hablando, digo: Le ruego a las juventudes, defienda la agricultura, que de ella vivimos todos, sin ningún lugar a duda. También la ganadería, que son los apoyos grandes, de provecho y la alegría. Dejemos el egoísmo, que es lo que nos mata a todos, y no nos deja vivir y nos trae tos los trastornos. Atender este consejo, que este anciano os dirige, podremos vivir agusto y tranquilos y felices. Este consejo que doy, es de todo corazón, quiero el bien para el mundo entero, dice Pío el del Mulón, que soy yo.

Con los animales en el cortijo, pues siempre navegando con ellos, con agua, nieve, frío. Yo en los

campos de Hernán Pelea, he estado también. A la escuela no he ido. He aprendido un poco a leer y escribir preguntándole a unos y otros. Me ha gustado leer cosas originales. Lei un parrafillo que decía, que aunque ya la memoria va marchando, las cosas que me gustan las tengo grabadas y no se me olvidan. Cuando llega la ocasión, se me viene a la imaginación. Decía: "Cuando se obra bien se siente uno alegre y cuando se obra mal, se siente remordimiento. Es la voz de la conciencia que habla dentro de nosotros y nos dice lo que está bien hecho y lo que está mal hecho". Y a mí no se me ha olvidado.

LOS NOMBRES

Desde el cortijo del Mulón, los nombres te los puedo contar de esta manera: estamos enfrente de Peña Plumera, que es el punto más alto que se ve desde allí. Aquello y Pedro Miguel, que se ve un barranco abajo. Por debajo hay un sitio que le dicen la Charca, a la Fuente de la Maleza, el Chorreón de la Charca, el Cinto, por ahí se ve todo el Hoyazo, las Banderillas, el Cinto de los Frailes. Los Pardales ya no se ven, sólo llega a verse el Cinto. Desde la Cueva del Torno al Mulón, por el camino, tenemos el arroyo de Aguamulillas, se pasa por este arroyo. Por la Fuentecica, que hay unos huertos que los sembraban, por debajo una huelga que se llama Huelga Grande. Ya más abajo, la Roza del río a un huerto de olivas que hay que le dicen La Rocilla y llegamos al Mulón.

Desde allí salimos para abajo, hacia la Casa de las Tablas. Pasa uno por lo de Montoya, un hombre que vivió y tenía una huertecilla allí, hay otro pedazo que le dicen Huelga Blanca, que era nuestro. Más abajo el Puente de los Borregos, la junta del arroyo del Hombre. Esto todo en la orilla del río Aguamulas. Desde la junta del arroyo del Hombre, para abajo a la Casa de las Tablas. Se pasa por un sitio que le dicen el Vallejo de los Frailes a dar al molino, que era lo primero que se encontraba uno. Los cerros que hay, conforme se baja, los cerros que hay en la Casa de las Tablas, es el Cerro de la Torquilla y el otro que hay por encima, se llama el Cerro de la Bandera. Y otro, la Piedra del Mulón, también está enfrente del Mulón. Una piedra más alta que se ve sobre salir en medio de una loma. Esa es la Piedra del Mulón.

Desde la casa de las Tablas, si seguimos bajando, según por donde tome uno, nos vamos encontrando lugares y nombres distintos. Si nos arrancamos para abajo venimos a los Bonales, a colar otra vez por el molino de Eusebio el Molinero a la carretera para venir a Coto Ríos. Y se toma uno por el camino viejo, que venía también una mesta para el ganado, al Collado de las Tablas, al Prado de las Seteras, a dar a las Presas, que estaban un poco más allá, un cortijo que había en ese rincón, por encima de donde había otro cortijo donde vivía el guarda de esta finca de Coto del Río. Eso se llamaba Los Salaos. Más allá de las Presas.

¿De antes en esta zona del Poblado de Coto Ríos? Ya verás tú si me acuerdo: cuando se casó un hermano de una que hay ahí que tiene un bar y una tienda, ella se llama Adela y en la boda de un hermano suyo que se llamaba Domingo, estuve yo en la casa, y estuve de músico. La mujer era de una que había que le decían la Abuela Agustina. Le dicen Quilina y ahora vive en Villanueva del Arzobispo. Todo esto del poblado era sólo tierra de labor, de aquí para arriba. No había nada más que un cortijo donde vivía el guarda del Coto. Muchas obrás he echado yo aquí y me las pagaban a trece duros. Las subieron aquel año, de doce duros que valía una jornada de trabajo, a trece. Yo estuve aquí sembrando grano. ¡Ya ves tú!

Ahí mas allá está el Collado Quiteria, que ahora le dicen el cortijillo. Hay dos casas: una el Collado Quiteria y otra el Cortijillo. Conforme se va hacia el Olivico. Desde aquí mismo siguiendo este cortafuego para arriba, al coronar este monte de Coto Ríos, al terminar la calle, tenemos una cueva que le llaman la Cueva del Puntal. Un abrigo en todo lo alto de la loma donde cabe mucho ganado. Por debajo hay otros covachos que le dicen los Cenajos de las Hastas. Aquí derecho de Aguarrocín, que es el arroyo este que sube ahí para arriba. Por esa ruta mañana me voy a ir a traerme las vacas que ya te he dicho tengo en Los Villares.

Por ahí se sale a un sitio que le llaman la Fuente del Sapo, a lo alto de los Collados del Hornico, que yo le digo los Collados de Pedro Cano, porque están en la salida de Pedro Cano. Entre la Fuente del Sapo y la Cueva del Puntal, hay otra cueva que le dicen la Cueva del Torcal. Cuevas grandes que se metía ahí mucho ganado. Otras veces, como no había albergues, porque no había medios de hacerlos, pues ahí ha tenido que apañarse el ganado. Ese terreno ha tenido siempre mucho ganado. Es un terreno natural para eso. Hay mucho monte de chaparros buenos, estupendas hierbas y mucha agua. Un rincón delicioso para los animales.

VACAS Y NIEVE

Mañana iremos a los Villares a por mis vacas.

- Que entráis ¿por este lado del Calarejo?
- Sí, por este lado, a la punta de abajo y a las mismas casas de Los Villares. Pasamos por encima de los

cortijos de Ruejo. Otro que va conmigo de la Loma de María Angela que se llama Juan Antonio, ese me acompaña porque también tiene una vaca. Él sale desde la Loma y se sube por donde tú dices: los Astilleros para arriba. Allí nos juntamos.

- De la vida que tenía allí tu padre ¿qué recuerdas?
- La vida que tenía entonces, era como ya te he dicho. Cazaba turones. Don Miguel Alamino, en Granada, era el pellejero que le compraba las pieles. Trabajando siempre en el campo y con el ganado y por eso a mí la agricultura me gusta.
- ¿Y qué pasó aquel día de nieve?
- El día de nieve grande que fue el año 1992, me cogió, que tenía yo cinco vacas, por Cañada Somera. Eso está por la Sierra de las Villas. Como había una seca tan grande, las llevé hasta ese lugar y casi no había agua en los tornajos. Y las volqué por encima del Aguadero. Había mucho lastón seco y ni una gota de agua. Las dejé por allí y me vine.

Y aquella noche cayó una miaja "nevarrusca". Pero es que a otra noche, pues ya cayó un poco más. Digo se bajará. No se paró y estuve tres días buscándolas por aquí y que ni Dios ni su madre. Que no las veía por ninguna parte. Ya a otro día saqué conmigo, a un zagal joven y otro que ha sido capataz mucho tiempo y luego pues hasta estuvo de "celador" de esos. Me dijo: "Yo voy a ayudarle". Pero cuando salimos por el Aguadero con el nevazo que había, dando la nieve por encima de la rodilla, a un sitio que le dicen el Aguadero Alto, ya vi yo que el hombre estaba aburrido.

El otro, que se llama Bonifacio, como era joven, empezó a saltar a lo alto. Nos salimos para acá a venir a los Quemaillos. Desde allí no se veían, pero yo las llamé. Me las había dejado por lo alto de una loma grande. Al filo del Aguadero Alto. No las vimos. Ya nos vinimos por ahí a dar por encima de la Hoya de Miguel Barba, a un sitio que le dicen la Hoya del Aserraor, y bajamos por Aguas Blanquillas.

A otro día busque a un coche de esos que van por todos los terrenos, hijo de uno que le decían José, pero no le decían nada más que Perillo. Nos llevó a mí y a dos muchachos que se llaman Uno Bonifacio y otro José el de Zarzalar. Nos fuimos por aquí hasta la Venta de los Agustines, saltamos pista arriba hasta donde nos encontramos unos pescadores. Tenían tapado el portillo y no me cayó bien porque no pudimos subir más. Podíamos haber subido todavía pista arriba hasta el Prado de los Chortales. Pero como se plantaron, las cosas como he dicho, del egoísmo, nos tuvimos que quedar allí. No se dan cuenta que es que todos necesitamos beneficio. Pues allí hubo que bajarse e irse andando que más de un kilómetro largo tuvimos que recorrer. Ya ves tú "trapaleando" nieve de esa manera. Desde aquel punto, nos tiramos más de veinte kilómetros andando.

Desde Cañada Somera, saltamos toda la sierras y venimos a caer a Coto Ríos. Cruzamos la sierra entera. Así que fíjate. Arrancamos por el Caballo del Torraso, cruzamos por Cañada Somera, desde arriba, luego a los Tornajos, salimos a lo alto de la cumbre al lindero donde hay un mojón de la Sierra de Las Villas. No es el mojón de los tres términos que se encuentra algo más arriba. De pronto, vimos rastros de las vacas. Donde sintieron que las llamé, en aquel punto nos la encontramos al otro día por la tarde. Donde me sintieron, allí acudieron a un sitio que le llama Los Bonales del Aguadero Alto.

Cuando las vimos era anocheciendo, a las seis de la noche. Tuvimos que dejarlas allí. Así que las llamamos y las reconocimos. No les había pasado a ninguna nada. Nos tiramos ladera abajo y así que nos metimos por esos pinares, con la oscuridad y nieve, cualquiera veía. Pero al fin pudimos bajar a la venta de Luis. Porque llevábamos una linterna nueva, que si no, entre la nieve de esa ladera nos hubiéramos quedado para siempre. Dijo: "Vamos y que el Aurelio nos ayude". Pero no estaba. Se había venido al poblado. Ya es que no aguantábamos. Cogimos carretera adelante y a las tantas de la noche llegamos al pueblo. ¿Sabes tú cuantos kilómetros anduvimos aquel día pisando nieve y laderas? Más de treinta. Pero al final salimos y ahora todavía lo puedo contar. Los ramales que nos habíamos atado en los pies se los comió la nieve de tanta como pisamos.

Cuando ocurrió esto que te he contado, tenía yo setenta y nueve años. Los que fueron conmigo, yo nos los olvidaré nunca. Otros decían que si, que no, pero al final los que me acompañaron fueron estos. Así que esos, cuando yo me muera, se me irán de la imaginación, pero antes no. Acciones de sentimientos y fe, yo siempre las valoro. A las vacas no les pasó nada. En cinco días que estuvieron allí, nos le pasó nada. Tenían salud los animales y pudieron resistirlo.

SENTADO EN LA PIEDRA

Otra como ésta, me ocurrió cuando yo era pequeño. Estaba de porquerete, con perdón tuyo, más arriba

de Pontones en un sitio que le dicen la Fuente de la Puerca. Los tenía en las "landreras". Engordaban con eso. Hombre no había otra cosa. Son unas matas que se crían en los espinos majoletos. Salen así como unas patatas y eso es bueno, con eso engordan mucho. Pero es muy fuerte. Eso pica mucho. La primera vez que lo catan se arrascan en la barriga y todo de lo fuerte que es. Pero que es muy bueno también para alimentarles.

Y yo estaba allí y me los dejaba de noche y venía hasta donde estaba mi hermano. A un sitio que le dicen Poyo Pinar en la punta arriba de la Piedra Aguamulas. Había un cenajo y allí estaba con el ganado. En el poyo aquel teníamos el hato en un covachete. Pues aquella noche fue de viento y lluvia y yo venía empapado hasta los huesos. Traía un capote que aquello era de lona, pero aquello ya no me quitaba agua ninguna. Llego chorreando al covacho. Pero con temporal tan grande mi hermano se había dicho: "Ese se ha ido a las Hoyas de Albaldia". El no se esperaba que yo fuera a venir. Pasé una noche de infierno. Los pantalones que tenían eran de pana colorada y se me "entintaron".

Pasé la noche sentado en una piedra que había y liado en una manta. Por pocas me muero, pero me amaneció y al otro día por la mañana me vine a la Fresnedilla. Había una tía mía y allí ya me reconforté. Ya, a pique de haber peligrado, pero en fin: me escapé, no pasó nada.

En este momento, Pío que se ha sentado en el suelo, sobre las hojas secas de los pinos, se rebulle buscando una mejor postura. Quiero dejarle el asiento de la silla y me dice:
- No, si yo estoy bien aquí. Me conviene recostarme sobre el tronco del pino porque me sirve de apoyo. Ya necesita un apoyo. También, para que lo sepas, te voy a decir que yo lo que más he guardado han sido vacas. Antes había muchas vacas en estas sierras. Recuerdo que una vez, una de ellas, metió el pie en la raja de una piedra y no la podía sacar. Metió la pata por donde era más ancho y al tirar, lo fino de la pata, se le vino a la canilla y ya no la podía sacar.

Aquello fue un problema porque la vaca era muy borde y no dejaba que ma acercara a ella. Tuve que ideal cómo salvarla y lo que se me ocurrió fue coger una soga. Por detrás del animal, me acerqué, con la soga le enganché la pata, tiré de ella para atrás y en ese momento ella quiso darme una patada y fue la solución. Al echar la pata para atrás, tiré yo y la saqué de la grieta. Tenía yo entonces quince años.

EL RECUEDOR DE AQUELLO

Ahora, ya que llevo mucho tiempo viviendo en este poblado, de vez en cuando me acuerdo de aquel sitio. Me acuerdo de todo. Me da alegría de ir a donde viví. Recuerdo yo con especial cariño una cueva, entre las muchas que por allí hay, que le dicen el Poyo del Agua. Dentro de la misma cueva nace una fuente. Hay una pila y cae allí el chorrillo. Aquello no se ve. Pasa uno a cinco metros de la entrada y no ve la cueva. Toda la puerta esta tapada con los bujes. Pero es una cueva que da gusto de ver. Hasta das allí una voz y retumba y aquello da gloria. El agua es buenísima. De la mejor que puede uno beber.
- ¿Cómo me has dicho que se llama?
- Eso se llama la Cueva del Agua.

Por allí sale una garita, un poyo con un camino por donde podían subir las bestias y todo. Por eso te decía que aquello se llama el Poyo del Agua. Va a salir a las Pegueras. A la entrada del Cinto de Majatrada, enfrente de la Fresnedilla. De lo que había por aquellas tierras, ya verás tú si me acuerdo. En la Casa de las Tablas vivía una hermana de mi madre, mi tía Consuelo y un tío mío que le decían Demetrio. Que era el padre de uno que he nombrado que le dicen el "cojo de la Fresnedilla". Ese es primo hermano mío.

EL ESPECIALISTA BORDE

Caigo yo en la cuenta ahora que de este hombre se ha hablado y se ha escrito mucho. Conozco la historia de aquel especialista que siempre andaba diciendo que las plantas e incluso los animales son prácticamente intercambiables entre sí.
- Parece que lo que existe es propiamente la especie. En el caso del hombre no es así. No parece existir el hombre, sino únicamente hombres. El animal cuando nace está ya biológicamente terminado. No así el hombre porque tiene que hacerse a sí mismo.

Además de esto, también decía que precisamente porque el hombre es más que todas las plantas y todos los seres vivos, tiene derecho a su dignidad, a su libertad, a ser respetado y amado por los otros tenga o no estudios o dinero. Decía que los títulos no dan ningún derecho sobre los otros a no ser a practicar más la justicia y la bondad.

Cuando era pequeño, con los otros niños, hijos de guardas y pastores, cogió hinojos por debajo del

carril; comió hinojos, pan de pastores, algarrobas, madroños, escaramujos de los rosales silvestres, moras y todo lo que se presentaba. Jugó todos los días con estos niños y por estas tierras. Luego se fue a la escuela y cuando volvió ya era mayor y, además, tenía una carrera. Un gran especialista de montes nada más y nada menos.

Y, además, sucedió que otro de aquellos niños que de pequeño jugaron juntos fue nombrado técnico, cuidador y unas cuantas cosas más de estos montes. Un tercero se hizo pastor, no porque le gustara mucho sino porque la suerte le vino así y por más que deseó irse de la sierra, como otros tantos jóvenes, no pudo llegar a otra cosa en su vida. Construyó su cortijo sobre el rellano cerca del manantial donde de pequeño había bebido agua muchas veces y aquí cuidó sus ovejas y cultivó su huerto. Como pasaron los años una noche de tormenta se cayó un buen trozo del cortijo y como fue precisamente la parte del tejado, por allí entraba no sólo el agua sino la nieve, el hielo y el frío.

Bajó un día al arroyo y del pino seco que el nevazo de hacía dos años derribó, cortó un buen trozo de madera y se lo trajo al cortijo. Se trajo también de por allí, unos metros de malla metálica para vallar su huerto que cada día se lo comían las cabras monteses. En cuanto se enteró aquel que había sido amigo suyo de pequeño, pero ahora era más amigo del especialista mayor que del pastor, vino y le dijo:
- Está prohibido que los pastores uséis la madera de la sierra.
- Ya ves que se me está cayendo el cortijo.
- Pero tú sabes que la madera y la malla son del estado.
Aquella tarde el que había sido su amigo se fue de la casa del pastor y enseguida le comunicó al especialista lo que sucedía. Este vino al día siguiente y presuroso subió a la casa del pastor.

- Te advertí que debías llevarte bien con este amigo mío que cumple mis órdenes y me obedece fielmente. Ahora soy yo el que manda en esta sierra.
- Pero hombre, tenemos la misma raíz y tú mejor que nadie sabes de mis necesidades y mi cariño por estos montes. Hubo un tiempo en que decías que el hombre es único y merece todo el respeto; que tenemos que hacernos. ¿No te acuerdas?
- Pero ahora, sobre estos montes, tenemos un nuevo proyecto y en esta empresa vosotros no encajáis muy bien. Así que ese tronco de pino y esa malla que te has subido del arroyo ya estás devolviéndolo a su sitio cuanto antes.
- Se me caerá la casa. ¿Dónde voy a meterme yo y mi familia?

"La condena de cuatro meses y un día de prisión mayor, impuesta por el Juez de la localidad jiennense de Villacarrillo a un pastor de la sierra de Cazorla, por haber cortado y llevado a su casa un trozo de cien metros de malla metálica, colocada por el Icona en los límites de una zona repoblada de pinos, ha provocado una fuerte reacción de repulsa entre diversas asociaciones de defensa de la naturaleza, que consideran esta sentencia como una represalia vergonzosa a una persona conocida por su rotunda oposición a vender sus fincas al Icona para que este organismo la repoblara de pinos. El pastor ha sido también condenado a indemnizar a Icona 9585 ptas. por el trozo de malla metálica que no pudo devolver de los cien metros sustraídos. La malla metálica fue colocada por el Icona para impedir que los pastores entren con sus cabras en las zonas repobladas de pinos, dañando a los brotes de estos árboles.

Como consecuencia de estos enfrentamientos por la defensa de sus pastos, el pastor fue condenado hace unos quince años a seis meses de prisión por desacato a la autoridad. Esta circunstancia ha sido considerada como agravante al dictarse la sentencia por el tema de la malla metálica. El conflicto entre pastores e Icona se remonta a los años cincuenta, cuando el entonces Servicio Forestal del Estado decidió repoblar todas estas sierras con pinos. Según denuncias de los pastores de la zona, las expropiaciones fueron realizadas en muchos caso bajo coacción y sólo una pocos habitantes, entre ellos nuestro pastor, resistieron todas las presiones que les hicieron. El ingeniero jefe de la delegación de Icona en Jaén, declaró que la administración no podía consentir que nadie dañe las repoblaciones pagadas con el dinero de todos los españoles y que la denuncia presentada por el Icona contra el pastor, por la que ha sido condenado, fue por hurto y no por pastoreo ilegal. En opinión de los grupos ecologistas, la condena del pastor simboliza los métodos empleados por Icona en su política forestal, que ha arrasado cerca de dos millones de hectáreas de los espacios naturales mejor conservados de España y que ha eliminado cerca de un millón de hectáreas de pastos de los montes comunes".

Esto es lo que por aquellos días dijeron los periódicos. En un libro que se titula "Parque Naturales y espacios protegidos", editado por el diario Jaén, unos días más tarde, leí lo que sigue: "El factor humano de los antepasados de estas sierras podríamos analizarlo a través de la figura de nuestro pastor. Su historia es una de las muy numerosas e injusta que sufrieron los pobladores de las Sierras de Segura y Cazorla,

simbolizando las penalidades que han tenido que pasar las poblaciones rurales de la alta montaña en España.

Para la familia del pastor todo comenzó por el año 1.780 cuando el bisabuelo de éste, Juan José Fernández Fuentes, habitó una cueva cerca del Arroyo de Venancia y allí se hizo ganadero para más tarde habitar en Puerto Lézar donde vivió con su ganado y recolectando sus cosechas. Por aquellos tiempos destaca también otro personaje: el tío Alejo, hermano del Padre de Máximo, que fue guarda de la Sociedad de Ganaderos de Santiago de la Espada durante 18 años. Con el transcurso de los años llegan las desamortizaciones que privan de pasto a los ganaderos y pastores, así como del derecho a TALAR O RECOGER LEÑA DEL MONTE que hasta entonces libremente habían practicado. Llegan los años sesenta, fecha de la creación del Coto Nacional y comienzan las expropiaciones forzosas de los habitantes de la sierra.

Entre las personas que se oponen y se resisten está nuestro pastor que lucha por defender las tierras heredadas de sus antepasados; una lucha de más de treinta años, con un tesón incansable contra un gigante llamado Administración y durante esa lucha tan desigual se le somete a malos tratos, se le dinamita la vivienda y se le encarcela, todo por su oposición a vender sus tierras al estado. Por último, Máximo estuvo en la cárcel durante seis meses. Era ya un hombre anciano, cojo y medio ciego. Romper una malla metálica y llevarse un trozo de la misma fue su delito. Todo esto en año 1982, en la última etapa de Icona, cuando ya nadie presionaba desde arriba para que estas cosas se hicieran. Al salir de la cárcel y tras cuatro años de progresiva pérdida de salud, motivada por su estancia en la prisión, el día 16 de junio de 1986, a los setenta años de edad, Máximo fallecía en la ciudad de Andújar. Lejos quedó el valle del Río Aguamulas, aunque su espíritu eternamente seguirá estando en aquel barranco. El y el quebrantahuesos, eran los últimos testigos de una historia de muerte y destrucción. Hoy ambos han desaparecido de estas montañas".

Esto es lo que dijo la prensa de aquel pastor que fue amigo, de pequeño, del especialista que luego de mayor le persiguió. Esto es lo que fue de aquel niño que de mayor se hizo pastor porque la suerte así le vino. Un especialista que dicen defendía los derechos humanos por encina de las plantas, sin dejar de amar también a las plantas, pero que cuando tuvo en sus manos el poder, se le subió a la cabeza y se olvidó de toda la buena gente humilde de estas sierras y de su dignidad como personas. Pero, además, aquel especialista y otros parecidos a él luego ni siquiera dejaron la historia de la sierra escrita. Ignoraron la identidad profunda de estos lugares machacando a las personas que eran trozos de paisajes entre estos montes y ni siquiera escribieron nada digno donde se recogiera la realidad cierta de esta gente y sus montes.

"El animal cuando nace está ya biológicamente terminado. No así el hombre porque tiene que hacerse a sí mismo". Era lo que siempre repetía aquel ingeniero hombre.

UN RECUERDO PARA MAXIMO

Pío sigue conversando y dice:

- Desde que nació lo conozco yo, porque ya te he dicho que era primo hermano. Su padre y mi madre eran hermanos. ¿Pues cuantas noches habrá dormido en mi casa? Como él estaba soltero, pues se venía aquí y se quedaba con nosotros. Donde estaba el cojo era una finca. Una propiedad que compró mi abuelo. Tenía una escritura, pero no movieron las cosas y él ha estado probando a sacar esa escritura. El por los animales, no ha pagado pastos, pero ¿cuántas denuncias le habrán puesto? ¿Cuantas veces no le habrán amenazado? Y lo más malo de todo, hasta pegarle. Le han pegado muchas veces y en silencio él sufría. No se lo contaba a nadie y por eso se ensañaban tan duramente con él.

La Guardia Civil le ha pegado mucho, pero él no ha cedido. Si lo matan, lo matan y él no cede porque estaba defendiendo una cosa de amor propio, que era suya. Siempre decía: "Si me matan que me maten, pero yo defiendo lo mío mientras que viva". Hasta morirse. Pero luego se hizo amigo de los ingenieros y todo. Les decía: "Ustedes denuncien. Yo por eso no lo tomo a mal, pero yo defiendo lo mío y a ver". De la Fresnedilla se vino cuando se vio mal. Se fue con una sobrina suya a Andújar y allí ha muerto. Eran nueve hermanos y ya no queda nada más que una hermana que es de mi tiempo que ahora vive en Barcelona con una sobrina suya. Que como se dice, la ha criado como si hubiera sido su propia madre.

- Que tu primo era de los que le gustaba quedarse en su tierra.

- Eso es verdad. Ese ha estado aquí mientras ha podido andar. No se fue de su casa y allí sigue como testimonio de su cariño por esta sierra. No está expropiada y hasta en el cortijo del Mulón tiene una parte. Tampoco lo han derribado porque tenía él parte, aunque ya estará casi en el suelo. En la fresnedilla, lo suyo,

tampoco. Vamos, una casa que no tenía él parte, sí la han derribado, pero la otra, no la han tocado aunque también estará en el suelo ya. Hace tiempo que no he ido por allí, pero donde el cojo, que estaba cojo, tenía parte, no lo han derribado. No ha dado él lugar a que lo derriben.

Lo que sí te digo, por si alguna vez vas por aquel rincón, es la emoción que se siente cuando uno entra a aquella casa. No sé qué tendrá ni por qué será, pero pisar aquella casa, observar las paredes y contemplar las vigas viejas de madera, el alma se te llena de temblor y encogimiento. Vamos, que te asusta ver aquello tan en silencio, impregnado de tantas emociones de las personas que a lo largo de los años han ido pasando por el recinto y tan lleno ahora de abandono, polvo y telas de araña. Un día, cuando tú puedas y quieras, tenemos que ir y ya verás como no te miento. Sólo por gusto de entrar a la casa y respirar un poco el aire y la soledad que de aquellos rincones ahora manan. Pero sobre todo las vigas de madera que sujetan el tejado, con su color parduzco y su humedad rezumando nostalgia y ausencia.

LA EMOCION QUE SE SIENTE

Y otra cosa que yo te quería decir a ti es la emoción que se siente al recorrer las laderas que de los montes caen hacia el barranco por donde corre el río.
- ¿Qué les pasa a esas laderas?
- Pues que como todas, de aquellos tiempos, están surcadas de canales por donde bajaba el agua para regar las huertas, recorrerlas ahora pisando aquellas canales, es un gozo que sabe a muerte. Arrancaban desde los charcos de agua que a lo largo del curso el río Aguamulas se iban formando. Talladas en la misma tierra y en la misma rocas, se van alargando por las laderas y luego caían por las pendientes o se remansaban en las llanuras de las huelgas. Yo recuerdo que siempre bajaban repletas de agua limpias. Las aguas cristalinas que manan en las covachas y agujeros de los barrancos donde nace el río.

Recuerdo que aquellos magníficos y bellos canales, en muchos sitios, estaban empalmados con trozos de maderas. En otros, pasaban casi tallados en las mismas rocas y a lo largo de todo el recorrido iban oradando la tierra para abrir el camino por donde el agua tenía que pasar. Cuando luego, poco a poco, los serranos nos fuimos viniendo de aquel extraordinario rincón del nacimiento de Aguamulas, también las regueras se quedaron abandonadas. Comidas por la vegetación, muchas de ellas, rotas por las avalanchas de agua que bajan por las laderas cuando las nubes descargan, pisadas por los animales silvestres y surcadas por las raíces de los pinos que repoblaron. Allí se quedaron aquellas regueras y con el tiempo se han ido rompiendo como tantas otras cosas.

Pero aquello, en mis sueños yo lo sigo viendo muchas veces y en más de una ocasión me he dicho que más que canales para regar las huertas, aquellos surcos eran como las venas fundamentales que llevaban vida a las tierras que nos daban de comer. Como surcos repletos de sangre que surgiendo de las entrañas de las montañas, acudían a nuestra ayuda para llenarnos de vida y prestarnos lo que para la vida necesitábamos. Por eso te digo, que un día, tenemos que ir por las tierras esas tan bonitas para que veas y goces las cosas que tan nuestras fueron y que los hombres, tan duramente nos han ido quitando.

- Iremos algún día por allí y ya desde ahora te digo, que me va a gustar mucho pisar la tierra que tan dentro llevas. Pero en este momento, quería preguntarte de cuando tú estabas en el cortijo del Mulón ¿qué ingenieros o guardas recuerdas que fueran por el lugar?
- Recuerdo que iba mucho el ingeniero don José María la Cerda. Estaba otro que le decían don Antonio, no me acuerdo del apellido, don Javier Cavanilla. Todos esos han estado por aquí cuando expropiaron. Don Mariano, por casualidad el otro día lo vi, que ya está jubilado.

LO MÁS GRANDE DE LA VIDA

Pío se para en su relato, mira fijo hacia los montes de enfrente como si por allí, inconsciente, buscara algo. Cargado de dulzura y como si en este momento esperara no sé qué de mí, dice:
- Es que lo más grande que hay en la vida, es decir verdad. Te pondré un ejemplo: el que inventó el espejo para mí ese fue un talento. Porque si dice, “mira que tiznajo tienes o tiene usted en la cara”, y dice uno: “¿Cómo? Yo no me he acercado a nada”. Le presenta el espejo y uno mismo vez como es verdad lo que dice que tiene. Cuando uno dice la verdad nunca podrá tener miedo a que lo descubran engañando. Al que engaña a los demás, le doy yo muy poco valor. Vivir engañando y gustar de engañar, no señor, yo eso pa mí no tiene importancia. Te digo esto para que se te quede claro que cuanto te estoy diciendo yo esta tarde, sentado aquí sobre el tronco de este pino y frente a la sierra que el sol va dorando, es verdad. La pura verdad y nada más.

- Yo nunca he dudado ni dudo de estas palabras tuyas ni tampoco la de otros serranos. ¿Por qué crees que estoy aquí a tu lado escuchando tus recuerdos?

- Porque le tienes cariño a la sierra. Eso no lo dudo, pero quería preguntarte una cosa.
- ¿Qué es?
- Si alguna vez tú fuiste por el cortijo de la Fresnedilla y el nacimiento del río Aguamulas.
- Fui una vez hace ya muchos años. Un día de agosto que hacía mucha calor y que subimos hasta lo más alto de las Banderillas. Lo escribir y desde entonces lo tengo recogido de la siguiente manera:

l2-8-86
SUBIDA A LAS
BANDERILLAS

"Ya hace bastante tiempo que deseo subir al Pico y a las cumbres de Las Banderillas. He oído hablar mucho de este lugar y aunque he preguntado a mucha gente, la información que me dan es escasa. Incluso las personas que son de por aquí conocen poco los rincones de este Parque. Por la tarde, preguntamos al que tiene el chiringuito junto al Badén de la piscifactoría y nos orienta algo, pero poco. Por encima de todo nos destaca los peligros que existen en toda esta zona. En los Llanos de Arance, ponemos las tiendas y al amanecer comenzamos la subida. La pista forestal pasa por el Camping y se alarga Guadalquivir abajo hacia el pantano.

A cuatro kilómetros ya está el Río Aguamulas; hay un control cuatro casas y junto a ellas una piscifactoría que recibe agua del río y cuyo cultivo de truchas se dedica a la venta al público. Cualquiera puede comprarlas adquiriendo un vale en la Venta de la Golondrina, la entrada de esta pista forestal. Al cruzar el control el encargado nos dice que antes de las diez de la noche tenemos que regresar. Esto es porque todo este rincón pertenece a la zona del Coto Nacional dándose por aquí muchas cabras monteses, muflones y ciervos. De aquí esta vigilancia y la exigencia de volver antes de las diez de la noche. Es una medida contra los furtivos.

Retorciéndose, el coche sube el carril de tierra siguiendo la cuenca del río. Los pinos pinaster por aquí se espesan y forman sotobosques densos tejidos por sabinas, enebros, romeros, madroños, cornicabras, brezos y algunas manchas de robles, encinas, quejigos y acebos. Conforme subimos, ala derecha, surge la imponente mole del Alto de La Campana. Por lo hondo del barranco brama el río rasgando el viento encajonado entre rocas y oculto en la oscuridad de espesos bosques verdes; lanza su grito de cascadas salvajes y se aplasta por las peñas buscando el pantano. La cuenca de este río no es muy grande pero su cabecera recoge aguas que procedentes de los Campos de Hernán Pelea, se filtran y atravesando la cordillera de Las Banderillas, vienen a brotar en lo que se llama La Cueva del Nacimiento: inmensos paredones rocosos por cuyas grietas fluye a chorros el limpio líquido.

Por esta zona hay bastante fósiles, nadie nos lo ha dicho, pero nosotros los descubrimos antes de llegar al final de la pista, en los cortes de las rocas que rompieron para abrir el carril. Son gasterópodos que se observan bien, incrustados en la masa rocosa; cogemos algunos, respiramos el aire de la mañana, gozamos de los paisajes y seguimos. La pista termina al llegar al llamado cortijo de La Fresnedilla. Hay un pequeño barranco por el arroyuelo que desciende por la ladera izquierda. Un poco antes, donde este arroyo se junta con el río, están estos cortijos.

Hay una pequeña casa cerca de la pista, otra más arriba, pegada al arroyo y la otra está en este mismo arroyo pero más cerca del río. Alrededor de estas casas hay grandes trozos de terrenos cultivados, como huertas, en otros tiempos, y por donde todavía pueden verse muchos árboles frutales aunque comidos por las zarzas y las parras silvestres. Llamamos a los habitantes y nadie contesta. Junto al arroyo, entre la vegetación, ladra un perro. Un hombre lo llama mientras sube hacia la casa. Nos vamos hacia el lugar, lo saludamos, le preguntamos por la ruta que lleva a las cumbres. Nos aclara que no hay senda, que es muy difícil y que, además, hace tan sólo unos días, dos muchachas se han matado por los "volaeros" que existen en la zona.

Miramos hacia las paredes y desde luego, sobrecogen. Se alzan desde el barranco en vertical hacia la cordillera formando escalones. Le hacemos caso, creemos que por aquí es imposible subir; sin conocer el lugar sé que el peligro es grande. Lo pensamos; nos lanzamos tomando la senda que sube por el arroyo de la izquierda. Comienza bien, pero poco a poco se inclina, el monte lo borra; crece espeso junto a él y las mil piedrecillas y tierras arrastradas por las aguas de las lluvias casi lo hacen impracticable.

Paramos de vez en cuando. Es dura la subida. Aprovechamos los descansos para recrearnos en el gran barranco que bajo nosotros va quedando. En uno de estos respiros, al mirar al suelo, descubro un fósil. Es una pequeña almeja marina. Entusiasmado por el hallazgo a partir de este momento, la subida se nos

suaviza. Buscamos con interés y uno detrás de otro vamos hallando gran cantidad de pequeños animalillos marinos convertidos en auténticas piedras. Al coronar el cerro, sobre una pequeña vaguada tapizada de hierba, encontramos muchos más casi todos incrustados en grandes piedras. Durante una hora casi, nos dedicamos a recoger todo lo que encontramos inclinándonos por las almejas, ostras y algún caracol raros. Descansamos un buen rato a la sombra de los pinos y respiramos el aire puro que a estas horas de la mañana se pasea por las cumbres. Algo más arriba encontramos una "Tiná" para las ovejas. Tomamos por la derecha y coronamos la cordillera justo por Pinar Negro. Sin buscarla vamos a salir a una pista forestal que seguimos dirección poniente sin saber con seguridad a dónde puede llevarnos. Cruzamos por hermosas dolinas, bosques de pinos, llanuras, grandes karst y deliciosas praderas de zamarrilla.

Ya son las dos de la tarde. El sol quema con fuerza, la soledad de los paisajes se nos mete dentro, la sed nos acosa y como no sabemos con certeza a dónde vamos a salir, la preocupación empieza a dar vueltas por nuestra mente. Y de pronto, al salir de lo hondo de una gran dolina frente a nosotros, aparece una casa. Es la famosa casa de Pinar Negro. Como es la primera vez que llegamos a estos parajes, nuestro asombro crece de momento en momento. En la casa no hay nadie. Bebemos del agua del pozo que hay por detrás junto al hoyo depósito excavado en las rocas y después de comernos un bocadillo, reemprendemos la subida derechos a las cumbres. Tampoco estamos seguros que estas sean las cumbres de Las Banderillas, pero nos guiamos por la intuición. Toda la ladera, desde la casa hasta la cumbre, es escabrosa, con poca vegetación y llena de mil piedras erosionadas y sueltas. Entre una de estas piedras me encuentro lo que parece la masa encefálica de un cerebro humano. Es una roca de cuarzo cristalizado. La echo en mi mochila. Algo más arriba me encuentro más pero no tienen interés para mí.

Son casi las tres de la tarde cuando coronamos la cumbre del pico de Las Banderillas. Descubrimos una pequeña casa donde vive Alfonso. Es el encargado de vigilar, a lo largo de todo el verano, los incendios en este Parque. Desde este punto se divisa una gran extensión de tierra. En caso de avistar algún incendio, Alfonso da la noticia por radio y desde Vadillo, sale un helicóptero y en pocos minutos pone en marcha los retenes contra incendios. Al borde del acantilado, nos sentamos con él y durante rato charlamos de mil cosas. A Nuestros pies, el inmenso barranco o cuenca donde se embalsa el Pantano del Tranco, más al fondo, el Yelmo y todo el gran Valle de Segura.

Más acá, la vertiente de la cordillera sobre cuyas cumbres estamos nosotros con los barrancos llenos de espesos bosques de pinos. Casi a nuestros pies, el barranco de Aguamulas con la pendiente de la cordillera y las cumbres del Alto de la Campana más próxima a nosotros. La panorámica es de ensueño. En días claros, desde aquí se ven cientos de kilómetros a la redonda. Hoy está algo brumoso, pero merece la pena haber subido. En las grietas de las rocas encontramos pequeñas florecillas. Es el Erodium daucoide; las fotografío y algo más tarde, comenzamos el descenso, según la información de Alfonso, siguiendo la raspa de la cumbre.

A la altura del nacimiento del Río Aguamulas nos dejamos caer en picado hacia el barranco. Nada más comenzar la bajada entre una sabina, descubrimos la boca de una oscura sima. Uno del grupo, al saltar, por poco cae dentro. Despacio, inspeccionamos el agujero y comprobamos que puede tener de noventa a cien metros. Algo más abajo es un espeso bosque de robles, lo que casi nos impide seguir descendiendo. A partir de aquí, la bajada se nos va complicando cada vez más. El peligro está en los voladeros que el anciano de las casas de nacimiento nos anunció. Además de los impresionantes cortes rocosos, es pronunciadísima la pendiente. Se espesa el bosque y no hay manera de encontrar senda para seguir. No recomiendo a nadie ni la subida ni la bajada por este lugar.

Nosotros, al final, logramos regresar gracias a que se nos ocurre seguir las pequeñas sendillas que trazan los animales al bajar de las cumbres en busca del agua de los arroyuelos del barranco. Es de noche cuando llegamos al río. Nos bañamos, bebemos con ansiedad, pues estamos deshidratados y en cuanto llegamos a las casas, plantamos las tiendas. Entre mil comentarios, en minucioso repaso por la aventura del día, nos abraza el sueño para dormir toda la noche de un tirón".

Hasta aquí lo que en aquella ocasión vivimos para subir por primera vez al pico de las Banderillas, pero como ves, ya han pasado muchos años. Y precisamente han tenido que pasar tantos años para que hoy me dé cuenta de algunas verdades que en aquella ocasión ni advertí. Por ejemplo: descubro ahora que aquella persona que trabaja en los huertos de las casas que hay frente al nacimiento del río Aguamulas, era nada más y nada menos que el "Cojo de la Fresnedilla". Ciertamente estaba cojo y al vernos, desde la parte baja, subió lento, acompañado de su perro, hasta el cortijo. En la puerta ya estábamos nosotros esperando y cuando llegó lo primero que hizo fue saludarnos, invitarnos a que entráramos a su casa y luego de ofrecernos una silla, nos pasó un cacharro con vino para que echáramos un trago.

Fue aquella una visita corta, un encuentro muy a lo grande con aquel profundo rincón tan lleno de secretos y tan misteriosamente mágico. Apenas le dimos importancia a lo que antes nuestros ojos teníamos y menos todavía le dimos importancia al hombre sencillo que en aquel cortijo nos encontramos. Tú fíjate hasta donde llegan, en ocasiones, los despistes de los que por estas sierras nos metemos y la poco importancia que le damos a los grandes tesoros que por entre ellas se ocultan. Pero en fin: esto es como una espina que llevo clavada en lo más hondo de mí y que intento sacarla, pero no podré hasta que no llegue a conocer en profundidad lo que cada uno de vosotros escondéis en los pliegues de vuestras almas. Seguimos hablando de ti. Me decías que te casaste tarde.

Como ya tenía cuarenta y un año y mis padres se me habían muerto, me encontraba, pues como dicen: a expensas de mi hermana cuando tenía que vestirme, una o la otra. Me empecé a dar cuenta que a esa edad, ya no se está bien así. Descubrí que a mi mujer le pasaba lo mismo. Su madre murió cuando ella tenía año y medio, no la conoció, pero su padre su duró mucho. Ella estaba también con otra hermana que había casada y un hermano soltero que era así un poco demente. En fin, que ellos estaban allí. Yo pensé algunas cosas y me costaba trabajo pretenderla, porque era prima. La que más trabajo me costado de pretender. Porque para mí era como perderle el respeto. Pero en fin, yo dije: “¿Quién puede ser para mí como mi prima hermana? ¿Y para ella? ¿Quién se puede portar como yo, que soy primo y nos queremos como primos? Pues podemos, a lo mejor, marchar en la vida, a la medida de nuestras fuerzas, bien. Pues que la pretendí y nos casamos.

Cuando nos casamos, ella tenía casi treinta y cinco años. Eramos mayores. El cura que había en Pontones, se llamaba don Lorenzo. Pues fui y le dije: “Mire usted don Lorenzo, si usted nos considera bien y no nos cobra muy caro por la carta, pues queremos hacer las cosas bien. Usted sabe que van tres casados y en todos se han hecho las cosas como Dios manda. Pero si nos cobra usted mucho, no tenemos nada más que nuestros brazos, tendremos que hacer lo que sea. Juntarnos o lo que sea”. Me dijo: “No, no. Ya lo arreglaremos”. Digo: “Aunque a lo mejor la carta no me la cobre ni siquiera, porque viene la coincidencia que el Papa es tocallo mío”.

Te estoy hablando de la época del Pío XII. Don Lorenzo respondió diciendo: “No, si él no lo firma. Bueno, la firma, pero no se fija en la carta”. En fin, aquello no me gustó. No quedó la cosa clara, pero yo me fui con la sensación de que nos cobraría lo menos posible. Hablando aquel día con él, le había dicho: “Don Lorenzo, mire usted: en el día que más nos hace falta su compaña y moralmente, no los tenemos. Nuestros cuatro padres, los de mi mujer y los míos, están enterrado en el cementerio de las Canalejas. Si tenemos que venir a Pontones, al pasar, vamos a rozar las mismas paredes de ese cementerio donde ellos están enterrados. Por eso quiero que nos despose usted en el Mulón. Un día que tan preciso es para tenerlos junto a nosotros y no tenerlos y pasar por donde están enterrados, nos duele mucho. Es para nosotros una gran pena. Así que le voy a pedir el favor de que usted nos case no aquí en Pontones, sino en aquel rincón de nuestra tierra”.

Don Lorenzo me respondió diciendo: “No te preocupes Pío, que si se puedo, esos se hará como vosotros queréis”. Yo esto también se lo decía porque cuando mis hermanas se casaron, las casó él mismo y vino al cortijo del Mulón. Mi hermano porque se casó en Santiago, pero él había hecho dos desposos. Había desposados a mis dos hermana y había venido al Mulón. Como él nos dijo que se podría hacer, nos quedamos conformes. Pero luego, la verdad, fue otra. Cuando fue mi hermano a por él para desposarnos en Las Huelgas, por debajo del Poyo de la Higuera que era donde vivía mi mujer, don Lorenzo se enfadó. Pues “cuchusted”, que vino allí bastante enfadado. Decía que no, que teníamos que ir a las Canalejas o a las Casas de Carrasco. En fin, un dislate, a aquellas horas para toda la gente.

Le dije a mi mujer: “Pues nada, yo no voy a las Canalejas”. Ya me cabreé, la verdad. Así que le digo a la gente de la boda: “Venga a comer y beber. Si quiere desposarnos que nos despose y si no que siga la boda y nosotros ya nos entenderemos. A esto no le vamos a dar corte así”. Ese capricho. Si no hubiera principiao casando antes a otras personas en el mismo sitio, pues nosotros no hubiéramos insistido, pero después de casar a dos en el cortijo, ahora decía que a nosotros no nos podía desposar en el Mulón. Que estaba mi hermano que iba a ir a por él y luego lo iba a llevar, aquello ya no lo entendía yo y por eso me enfadé.
- ¿Coge muy lejos el Mulón de Pontones?
- Pues sí hay por lo menos tres horas y venir a las Canalejas, como una hora o así.

A mí me gusta, como dicen eso, que a las cosas no hay que darles importancia, sino que lo que hay que hacer es buscarle la mejor solución. Ya entro y le digo a mi mujer: “¿Qué dices tú?” Entonces novios, pues para venir a desposarnos. Ella contestó y dijo: “Pues yo, lo que se diga, lo que se arregle”. En fin, que ya se

convenció también y no quería venir a las Canalejas tampoco. ¿Cómo iba a querer pasar si su madre estrenó el cementerio? Aquello era una cosa dolorosa para nosotros y por eso no entendíamos que don Lorenzo se cerrara en lo que se empeñó. Vamos, ese favor nos lo tenía que haber hecho bien. No se portó bien con nosotros, no señor. Aquello no lo hizo bien.

Pero en fin, que ya vinimos a las Canalejas y nos desposaron. Y luego aquella noche durmió él en las Huelgas. ¡Fíjate tú! El allí durmió y no nos dio aquel gusto. En fin, pues lo que pasa con las personas. Recuerdo que para aquel momento, tenía yo preparado un parrafillo para haberlo dicho. Como ella estaba a expensas de su hermana y yo de la mía, le iba a decir, pero no lo dije aunque sí lo tenía pensado. Después lo dije y era el siguiente parrafillo: “Yo a mi prima la he sacado, del purgatorio señores y yo me encuentro lo mismo, ¡vaya dos combinaciones!” Que nos pasaba igual. Dos combinaciones.

Desde las Canalejas ya nos trajo el hato con sus bestias, un primo hermano. Vino también una hermana y nos acompañaron hasta el cortijo del Mulón. Y allí estuvimos hasta que nos mandaron a este poblado. Ya ha hecho cuarenta y un año de nuestra boda.
- ¿Cuantos hijos nacieron de vuestro matrimonio?
- Pues no hubo nada más que una nena, una hija que tenemos y un aborto que vino que no llegamos a saber si era hembra o varón. Ya no han nacido más. Eramos ya demasiado mayores y eso tiene sus problemas. Tenemos esta que vive, por cierto, en Valencia. Está casada con dos hijos. Uno ya con catorce años y una nena con siete. Que los cumplió el día veintinueve de marzo. Y el nene, los catorce, el día once de junio.

- ¿Cómo fueron las cosas cuando luego os vinisteis a este pueblo?
- El primer año que nos vinimos, el ingeniero nos dio permiso para hacer el barrancón este donde ahora tengo las burras y el corral de las vacas. Aquellas vacas las teníamos para labrar las calles y todo lo necesario en la labor de las tierras. Casi siempre era echando obrás. En invierno, me iba a labrar olivas y en verano a preparar las calles. Y por aquellos primeros años, nos fuimos a Francia, mi hija y yo. Para ganar algún dinero a ver si podíamos juntar lo que nos faltó para el pago de la casa y este barrancón. Es que esto lo hicimos de cuenta nuestra. Lo que hay de obra.

Lo que se ve con madera, eso lo he ido haciendo yo poco a poco. Como ya te decía, nos fuimos a Francia y echamos una campaña. Ya no pudimos ir a otro año porque yo, estando labrando en la calle que hay a este lado de la Fuente del Macho, me accidenté. De un porrazo que me di en la cabeza y me descompuse el cuello. Fue de la siguiente manera: iba andando aprisa, tropecé y me di con una cosa dura en la cabeza. Llevaba puesto el sombrero de paja nuevo, muy apretado. El aire que cogió, a la velocidad que llevaba, se me “escompuso” el cuello entero. Ea, me quedé sin movimiento ninguno. Lo único que me quedo fue el conocimiento que no lo perdí. Fue lo primero que me preguntaron cuando fui al médico.

Y ya pesqué y vine. Un tío mío, el padre de estos muchachos que estaban aquí ahora mismo, estaba enfermo en la cama que se murió. Como era tío mío me dije: “Voy a ver a mi tío Alejo vaya que le digan lo que me ha pasado y le va “pacer” que estoy “pior” y como no puede venir a verme, va a estar sufriendo. Pues voy para que me vea y ya no sufre porque ve que no es como lo que le pueden decir”. Y llegar y le digo: “¿Cómo está usted?” Nosotros a nuestros tíos les hemos dichos siempre hermanos. Los hemos tratado de esa forma. “¿Cómo está usted esta mañana, hermano Alejo?” Dice: “Estoy mal. ¿Y tú cómo estás?” Digo: “Mire usted, no estoy bien tampoco. Me he dado un porrazo que no es muy bueno”. Así que le dije lo que era, me dijo: “¿No habéis ido a la mujer del pariente ese nuestro? Es que esa sabe algo de arreglar las cosas estas”.

Yo no me había enterado. Pero entonces mi hermana esta, que estaba allí, fue y le avisó para que viniera. Ella vino y al verme, también se asustó de ver como estaba. Me lo arregló, pero yo me quedé sin movimiento. Fue el veinticinco de julio. El día de Santiago. Ahora mismo, este el movimiento que tengo. No puedo rodear la cabeza ni a la altura del hombro. Es el defecto que me ha quedado de aquel accidente. Me llevaron a Ubeda, me enyesaron el cuello y como allí no tenían cosas para curarme, me mandaron a Granada. Me pusieron un collar que lo tuve cuarenta y ocho días puesto. Me tenían que dar de comer así. Pero en fin, de aquello ya me curé.

Después de mucho tiempo en el hospital, cuando volví, un día, llegaba la feria de Burrunchel. Se trajeron las vacas y al caer la tarde las tenían ahí, por este lado de mi casa, en el llano ese. Me sacaron a la calle para que las viera. Y estaban ellas comiendo ahí en el llano ese, cuando me da por decirles: “¡Cherra!” Se quedan las vacas mirando y digo: “¡Cherrusa!” Mira, aquello fue de sentimiento. Pegaron un berrido y en unos segundos las tuve todas a mi lado. De la congoja que me dio de ver las vacas a sentirme, que hacía un mes que no me habían sentío, me “acudió” una cosa aquí que ya no podía hablar. Y tengo yo una miaga de

ánimos, pero “me se fueron”. Aquí en la garganta me acudió una cosa y ya no podía hablar al ver los animales lo que hicieron. Como personas humanas acudieron berrando, en cuanto me sintieron.

Por eso me dicen muchas veces que me quite de estas vacas y eso no lo hago. Mientras yo viva, tengo que tener una vaca para verla. Yo me las apañaré como sea. Si no me las puedo administrar solo, ya tendré quien me ayuda. Que ya casi lo tengo. Ya me he buscado ahí un muchacho que creo sí vale para compartir con él. Que mañana, como te he dicho, vamos a por ellas a las tierras de Los Villares. Es un muchacho que tiene fe.
- ¿Es que les tienes mucho cariño a tus vacas?
- Claro que les tengo cariño. Yo creo que es el animal más agradecío que Dios ha podido poner en este mundo. Ma agradecido que la vaca no hay otro animal. Tanto poder como tiene y lo bien que la maneja uno. Son discretas y agradecidas. Como las trato bien, los animales lo saben.

Tengo el toro que es “limosín”, que ese animal es una joya. Tengo capricho de que se lo llevé el domingo, a Peal, un amigo para que les coja las vacas y tenerlo allí. Pero lo que ahora mismo sueño, es sacarme una foto con él, porque con ese no tengo ninguna foto.
- Pues ese capricho tuyo se hace realidad enseguida. La foto te la hago yo.
- Los bajo de los Villares mañana.
- Pero a qué hora.
- Antes de estas horas, las cinco o seis de la tarde, tengo que estar aquí.
- Yo mañana voy a venir a casa de Ricardo de Los Villares. Puedo acercarme y hacerte una foto.
- Pues Ricardo te va a hablar de Los Villares dandote explicación de todo, bien dada. No atrasándote a ti en nada, es una persona buena. Que yo sepa, de Ricardo no podrá nadie decir que la ha hecho daña a ninguna persona. El bien que pueda, disfruta, pero daño, a nadie. Es esencial de sentimientos.

- Ahora me gustaría que me dijeras algo por lo que siento curiosidad.
- ¿Qué es?
- ¿Por qué te dicen “Pío de las vacas?”
- Pues porque tengo vacas y hay otro pío, que ahí más allá tiene un barrancón y tenía cabras. Pues Pío de las cabras y Pío de las Vacas, me dicen aquí. Pero yo soy Pío el del Mulón desde siempre y mi nombre completo es Pío Fermín Castillo Fernández. Por un tío mío, que se llamaba Pío, que murió ahí en los cerros esos que se ven desde aquí, se llamaba Pío y a mí me pusieron el mismo nombre por él. Eso por mi tío y Fermín porque nací el día de San Fermín el día siete de julio del año 1913. Así que, aunque tú me ves así tan espabilado, ya tengo ochenta y tres años.

Te iba a decir antes que yo he navegado con las vacas mucho, pero como el toro ese que tengo limosín, no he tentado otras.
- ¿Es muy manso?
- Un pedazo de pan y, además, la discreción que tiene. Si es que tiene maneras no de animal, sino de personas racionales. Eso que va uno a tocarle a él comiendo o lo que sea y en cuanto le tocas, ya está atento como persona que sabe guardar ese respeto y esa atención. El padre de ese costó un millón de pesetas en Dinamarca. Aquí en España, cuando yo lo quise comprar me costaba cincuenta mil duros y no tenía ya nada más que cuatro vacas. Vine y conté con los otros y decían que era muy caro que esto que lo otro, ¿y yo que hacía? No quería desistir. Hablé con el tratante, “ende” aquí, que me traje el número de teléfono y le dije lo que había. Que a otro y a mí se nos antojaba muy caro con tan pocas vacas. Su hubiera tenido una quincena de vacas, ya era otra cosa.

Le dije que le dijera al dueño que si me lo podía dejar en doscientas mil pesetas, que me lo traía enseguida. Ya era una miaja de “remijón”, menos, que en un pobre diez mil duros, pues sí es dinero. Me respondió y me dijo: “¿Cuándo viene usted a por el becerro?” Digo: “¿En cuanto?” Dice: “En lo que ha dicho usted se lo dejo”. Y me dijo que porque era yo. “Yo vivo de esto, mire usted, del corretaje, pero nada más que por venir con el que viene usted que es amigo nuestro, no le cobro nada de corretaje y tengo interés porque se lleve usted el becerro”. Fui y me lo traje de más allá de Santisteban del Puerto. De una dehesa que le llaman Cañailla.

- Y ahora, cuando se llevan el toro para que coja las vacas de unos y otros ¿tú qué les cobras?
- Yo no les cobro nada. Es un amigo que lo tiene allí mientras le haga falta y que les coja sus vacas. Cuando a mí me haga falta me lo traigo y aquí no hay interés de nada.
- Pero entonces tú no le sacas dinero al toro.
- Nada más que los becerros que ya le he vendido tres y dos que quedan aquí. Tengo otras dos vacas preñadas. Eso es lo que le saco. Vender becerros de una clase buena.

- Y otra curiosidad más.
- Dime que yo te la aclaro.
- Cuando vayas mañana a Los Villares, como las vacas han estado tanto tiempo solas ¿te siguen conociendo?
- En cuanto llegue y las llame se vienen conmigo. Ante de ayer fui a verlas, pues fue llamarlas y tenerlas a mi lado.
- Los animales es que te quieren mucho ¿No?
- ¡Hombre! Me quieren y me respetan. Si van a ir a un sitio y les hablo, saben ellas que es que por allí no se puede ir.
- Y si yo voy ¿cómo racionarán ellas?
- Pues a lo mejor tú vas y se espantan. Ellas no saben el tratamiento que tú les vas a dar. Los animeles tiene mucho conocimiento. Cuando uno va andando ¿qué es lo que puede uno dejar? Pues la vaca llega, huele y sigue el rastro hasta dar con uno lo mismo que un perro.

¿Por qué el toro bravo, cuando le pegan bien pegado, no busca el gañan y aunque lo encuentre no lo mata? Pues por eso, porque sabe que le ha castigado justamente. Si ahí allí otros vaqueros y huele ropa que sea extraña, la hace polvo y la del vaquero que lo trata a él, no le hace nada. Si le haces una cosa mala, injusta, el toro lo sabe. Te buscará a donde estés y va a por ti. Te matará en cuanto te descuides. Si le pegas mal pegado, se vengarán de ti. ¿Y eso por qué es?
- ¿Pero eso pasa?
- ¡Vaya que si pasa! A un toro se le pega mal pegado y de ese guardate. Te quita de enmedio en cuanto te descuides. El que le pegue mal pegado a un toro de eso puede dejarse la ganadería. Sé de animales que han llegado a la tienda donde están los vaqueros, han olido y han visto que no está su enemigo y se han ido. Ha cogido el rastro y donde se lo haya encontrado, lo ha matado.

- Ya, por hoy, nos vamos a despedir, pero todavía me queda otra curiosidad.
- Pues dime qué es.
- ¿Cuánto tardas desde aquí hasta Los Villares?
- Con las bestias echo tres horas y el volver otras tres.
- ¿Te llevas la comida?
- Me llevó la comida y ya te he dicho: sobre las cinco y por ahí, ya estaré aquí. Así que cuando mañana vengas para lo de la foto, donde mejor me puedes buscar es en mi casa. Mi retiro, siempre es mi casa y los ratos que estoy por aquí con los animales.

DIA SEGUNDO

Recorriendo el río Aguamulas
y subida al cortijo del Mulón

Hoy es siete de septiembre, el día que hemos señalado para subir al cortijo del Mulón dende vivió Pío. A la dos de la tarde hemos llegado a la casa de Pío. Nos hemos parado en Cazorla porque tenemos entre manos el proyecto de la Editorial Alpina, la realización de un mapa de la sierra de Cazorla por encargo de esta editorial. Queríamos preguntarle a uno de los que trabaja en la cooperativa del Quercus para que nos diera su opinión con relación a la zona que deseamos cartografiar, pero aunque sí quedamos con él sobre las doce de la mañana, no ha sido posible el encuentro. Tampoco ha sido posible lo de las fotografías que en blanco y negro había encargado en una tienda de este pueblo.

En fin, hemos seguido la ruta y en el museo de la Torre del Vinagre, también nos hemos parado. Hemos estado viendo el mapa que de Everest ha editado esta cooperativa del Quercus y luego el que Alfredo también ha hecho. Hemos charlado con Carmen, una de las que forma esta cooperativa y luego nos hemos puesto en marcha hacia Coto Río. El plan de hoy es ir con Pío a su cortijo del Mulón para que nos explique todo lo que él recuerde y por el lugar tenga desparramado. Llegamos a su casa en la calle Aguamulas de este poblado y justo en estos momentos aparece.
- Pues vengo ahora mismo de domar una novilla. Me fui esta mañana temprano y ya la tengo domada.

Comenzamos a planear la subida al cortijo del Mulón cuando aparecen en la casa varios vecinos. Comienzan a saludarlo y poco a poco me voy enterando quienes son. Ellos mismos me lo dicen:
- Yo me llamo Julián Fernández García y soy hijo del Tío Alejo, ese que sale en el libro de la sierra y primo hermano de Pío. Yo he estado de guarda en la Sierra de las Villas más de cuarenta años. Me conozco la sierra esa perfectamente de palmo a palmo. Si en alguna ocasión necesita que lo acompañe, poco puedo andar ya, pero para hacer esas sierras, si valgo. Este es mi hermano que se llama Santiago Fernández García y vive en la Matea. Somos siete hermanos en total y estamos aquí cinco hoy.

Como Pío está algo nervioso por lo que de pronto se le ha venido encima, nuestra presencia, la de sus primos que hoy han venido a Coto Ríos a celebrar no sé qué, todos los hermanos juntos, se mete para la vivienda y saca en sus manos un cuaderno.
- Aquí tengo lo que un día me regalo don Rafael.
Me lo alarga y me pide que lo lea. Lo cojo y en letras gruesas, grandes y negras, leo lo siguiente: “A mi amigo Pío Fermín Castillo. Hombre cabal de estas sierras, es un tesoro que encierra, las virtudes de español, habla como un ruiseñor, tiene un corazón de oro, su sabiduría un tesoro y con sus ochenta años, aun conserva la ilusión y le sobran los reaños, para subir, caminar por los senderos, bendito sea, yo lo quiero, con todo mi corazón. Rafael González Ripoll”.

Cuando termino de leer la página que Pío me ha dado, los primos lo miran y todos nos sentimos más que satisfechos de este otro pequeño granito de oro que temblando entre las manos del anciano. Su primo se me acerca y me sigue diciendo:
- Como me he enterado que van a subir al Cortijo del Mulón, aprovecho la oportunidad para decirte que la casa de Máximo, el “cojo de la Fresnedilla”, era de los herederos de Demetrio Fernández Cruz, que era tía carnal mío. Ya veréis que aquella casa no la han vendido. Claro, ya está medio en ruinas, pero los nogales que hay, sólo eso, vale una fortuna. Pero claro, es que los herederos de eso están uno en Andújar, otro en Gerona y en el pirineo, metidos en un desierto. Yo no he estado, pero un hijo mío que hay allí y uno de mis hermanos que hay aquí, sí han estado. Hasta que no me jubilé, pues yo no podía decir compro esto, que si no yo me había quedado con aquello porque los nogales nada más, valen una fortuna.

La parte del Mulón, no está “despropiada”, pero es del Cojo y nos la dejó a mí y a mi hermana, pero como no nos dejó papeles ninguno, no tenemos nada. Una parte que hay donde nos hemos criado nosotros, en el Mulón. Aquello es un trozo que no está expropiada y como estuvo dos mese muriendose en la casa, me decía: “Prima, si no me muero, pa ti la parte del Mulón”. La fresnedilla sí era completa de él y esa casa, ya te lo he dicho, no la han expropiado. Ya sabes tú que él no quiso vender y claro, ahí está todo su terreno, la vivienda y los hortales. Cuando catéis el agua que hay allí y el sitio tan bonito que es aquel ya veran como les gusta.

Los primos de Pío se van y como todavía estamos preparando para ponernos en marcha, mientras la hermana de Pío, Juana, charla con Santiaga, la mujer de Pío, acordamos que lo mejor es comer aquí todos juntos y luego salir hacia el río Aguamulas. Así que sin pensarlo mucho, sacamos de las mochilas lo que nosotros hemos traído. Nos sentamos en la mesa con Pío y su mujer y alrededor de un plato de calabaza que Santiaga tiene preparado para ellos, nos ponemos a comer. Compartimos la tortilla con Pío, el queso y un trozo de jamón. Compartimos las manzanas y ellos con nosotros el melón y su rico plato de calabaza frita con trozos de jamó y sobre las tres salimos a buscar el guarda.

VAMOS AL MULON

Nos tienen que dar la llave para que podamos pasar el control de la casa de los Bonales y seguir en conche por la pista que sube Aguamulas arriba. Si no nos dan la llave, será casi imposible subir al cortijo. Entre ida y vuelta hay que andar casi diez kilómetros y eso, nosotros creemos que es mucho para Pío y a las horas del día que son ya. Así que en cuanto terminamos de comer, salgo acompañado a Pío y buscamos el guarda. Lo encontramos comiendo y en cuanto llega le dice: “Mira que tengo capricho de subir con estos señores al cortijo del Mulón y no tenemos llave. ¿Tú te fias de mí?”

El guarda, que es un muchacho joven, le dice no sé qué de indios, de regañinas que le pueden venir a él, de uno si y otros no y mientras termina su último bocado, porque lo hemos cogido comiendo, mente las manos en el bolsillo.
- Mira a ver si esta abre.
Le dice alargandole una llave suelta. La cogemos, le damos las gracias y en cuanto llegamos a la casa, nos ponemos en marcha. Salimos del pueblo, cruzamos el Guadalquivir por el pequeño puente de cemento que hoy ya no tiene tapado sus ojos para que el agua se remanse. Ya los turistas del camping se han ido. Hay algunos, pero no tanto como en pleno mes de agosto. Cruzamos por delante de la Golondrina, de lo que aquí llaman “la casa del Cordobés, de la otra casa al lado de arriba que según Pío fue de Justo Cuadros, giramos hacia los Llanos de Arance, cruzamos el puente y ya estamos rumbo al río Aguamulas.

- Aquí donde desemboca el río Aguamulas en el Guadalquivir es donde estuvo el fabrica de hierro. Yo he conocido toda la clase de hierros que tenían ahí.
Pío ya se está entusiasmando y con energía grita dando explicaciones de los lugares por donde pasamos.

PISANDO LAS TIERRAS

Cruzamos el puente del río y trazamos la curva de la pista. Ya se siente y se ve la corriente. Giramos dejando a la derecha la piscifactoría y seguimos cauce arriba. Pío emocionado sigue diciendo:
- Por aquí para arriba hasta donde nace el río. Los nombre por donde vamos pasando yo te los iré diciendo. La casa forestal de los Bonales es lo primero que vamos a encontrarnos. Ahora vamos pasando por la presa del molino de Juan Blanco, que el que hay ahora era de Eusebio, pero este molino siempre fue de Juan Blanco. Aquí era su nacimiento que yo lo conocía. Luego conocía que se lo llevó una quebrada que hay enfrente y luego lo volvieron a hacer donde está. Lo que ahora hay ahí es el truchero. La piscifactoría del río Aguamulas. Si es que está todavía en molino en el mismo sitio. Todavía tiene los arreos para poder funcionar. En la corriente de este río había tres molinos y dos que había en la casa de las Tablas juntos. Aquellos eran los del tío Blas el molinero. Por ahí estaba el Covacho de los Pescadores en la presa del Molino del tío Blas.

Esto que ahora vemos es la Casa forestal de los Bonales. Que primero, fue una casilla que hizo aquí uno que no tenía donde vivir. Se llamaba Eugenio y la mujer Librá. Eugenio murió, pero la Librá vive todavía.

En la explanada de la casa forestal hay dos o tres coches y uno de ellos de la Junta de Andalucía. Debe ser de algún guarda que ahora hay por aquí. Nos paramos, Pío busca la llave, abrimos el candado, cerramos y seguimos. A la izquierda nos sorprende la fuente que plácida y copiosa, chorrea cristalina. El camino se abre silencioso, los barrancos se nos muestran profundos y arriba, el Banderillas, se presenta gigante como asomando desde las sierras más profundas y trazando barrera hacia lo desconocido. Me doy cuenta ahora que casi todo, para mí, es nuevo en este barranco a pesar de aquella primera vez donde lo que más sentía era que estaba perdido. Se me quedó una imagen de la sierra que al verla hoy otra vez, no coincide con lo que de aquellos días conservo.

AL CAER LA NOCHE

Y enseguida, según ya lentamente vamos subiendo y penetrando el en magnífico barranco que en silencio el tiempo ha modelado por aquí, brota en mi alma el mismo sentimiento de tantas veces. Cuando ellos vivían aquí labrando las tierras, surcando los caminos, guardando el ganado, cuidando de sus huertos y al calor de sus casas ¿qué era lo que sentían y veían al caer la noche sobre estos barrancos? Cuando en los días de invierno las nubes derraban la lluvia por estos profundos barrancos tan llenos de cumbres y bosques ¿Qué sentían ellos frente a estas nubes, la lluvia monótona y los arroyos corriendo? ¿Qué sentían cuando el paisaje se tornaba blanco y las Banderillas se fundían con las nubes?

Cuando el frío convertía en escarcha los charcos, las laderas y las cascadas ¿Qué era lo que ellos sentían y en qué soñaban tan perdidos por estos barrancos y refugiados en las cuevas de las gigantes rocas? Porque ellos eran seres humanos como nosotros llenos de sentimientos, sueños, ilusiones y tan capaces como nosotros de sentir el dolor, el gozo, el frío y el asombro. Por eso me hago la pregunta que tantas y tantas veces me he hecho y casi nunca nadie ni nada me responde. ¿Qué sentían aquellos serranos en medio de estos tan inmensos paisajes cuando las lluvias caían o las nieves vestían de blanco las cumbres y los valles? ¿Qué sentían en la soledad de aquellos tan especiales días repletos de nubes negras revoloteando alegres sobre estos montes? ¿Qué sentían cuando el amanecer llenaba de oro los paredones rocosos tan llenos de cuevas? ¿Qué sentían al surcar ellos las laderas acompañados del crujido del hielo y la nieve escarchada? Y si sentían, porque tenían que sentir lo que los demás humanos casi nunca hemos sentido, ¿a qué les sabían todos aquellos extraños asombros rodeados siempre de tan densa soledad? ¿Con quien compartían ellos aquellos latidos y qué hacían ellos con aquellas temblorosas sensaciones del espíritu?

Qué tremendo aquellos serranos recorriendo estos montes y con tan densas cargas de sensaciones a cuestas. Qué tremendo y qué hermoso y como se les destruyó de la manera que se les destruyó sin tener en cuenta para nada esta realidad tan aplastante. Quizá por esto y otras muchas verdades a Pío se le abre el alma según vamos penetrando en la hondura de lo que fue su mundo y exclama:

CON EL ALMA ABIERTA

- Si digo una cosa entre medias ¿pasa algo?
- No pasa nada. Deja que de tu alma corra lo que de tan empapada está ahora mismo.
- Pues ahora que se viene hablando de que es apañado este amigo que nos ha dejado la llave, les voy a decir lo siguiente: es que el amigo que tiene valor es el amigo verdadero. Porque la palabra de amigo verdadero aventaja al nombre de hijo. Hay padres e hijos que no se aman, pero amigos que no se amen, no pueden ni concebirse siquiera porque dejarían de ser amigos. El amigo verdadero, ha de ser como la sangre, que acude siempre a la herida, sin esperar que lo llamen.

Este rincón que ahora mismo estamos pasando se llama Los Estrechos de las Casas de las Tablas. Si miras bien verás que es una pequeña cerrada en el cauce del río, pero que nosotros siempre por aquí le hemos llamado Los Estrechos. Ahí de bajo, existe un puente que hicieron para que pasaran los que por estos ríos y montes vienen a cazar. Echaron ahí un puente con vigas de hierro para colar. Mira bien y verás que piedra más bonita hay justo mismo de la carretera. Es lo que nosotros hemos llamado siempre La Cagarria. Una piedra natural, alargada y puntiaguda que dejaron clavada en el mismo borde de la pista. Antes iban los caminos por aquí por lo alto y bajaban por una garitas hasta este punto. Ya cuando echaron la carretera, pues se perdieron casi todos los caminos.

Cuando tenía ocho años yo pasaba muchas veces por aquí con bestias cargadas. Una mula que teníamos y bajaba desde mi cortijo a llevar aceituna a la Venta de Luis. En esa venta molían con un mulo. Y tenía yo entonces ocho año que ya ves si hace, de ocho a ochenta y tres que tengo ahora. Esto que estamos viendo a la derecha nuestra, es ya la Casa de las Tablas. De aquí para arriba todo es tierra de la Casa de las Tablas. La primera casa que vamos a ver es donde vivió una prima hermana mía. Era aquí, esta era la casa. El que vivía aquí encima, que le decíamos casa del correo, era el Adrián. Pero la mayoría lo conocíamos por el apodo del "Cenizo". De aquí para arriba, estaban las escuelas, las casas de abajo y las casas de arriba. Ese que se junta ahí por la derecha es el arroyo de la Campana. Nace este arroyo casi en el mismo collado de Roblehondo, por debajo de las Banderillas y los Pardales. Recoge aguas de todo el macizo del Alto de la Campana y rodeando el Calarejo de los Nevazos desciende por la cerrada hasta juntarse por aquí con el Aguamulas.

PARADOS FRENTE
A LAS TIERRAS

Nos paramos. Desde el mismo borde de la pista nos situamos frente a las tierras llanas que forman un pequeño valle por donde todavía crecen espesos, los alamos. El Aguamulas baja repleto y el arroyo que a él se une, lo mismo. Enseguida entra por los ojos lo hermoso que era este rincón. Repleto todavía de higueras, parras que trepan por los troncos de las gruesas encinas, granados, ciruelos... señales ciertas de que en otros tiempos este lugar estuvo ocupados por un puñado de serranos. Y entran por los ojos lo buenas que son estas tierras para sembrar. Tanto entran que se adivinan las huertas que ellos aquí tenían tan repletas de todo tipo de hortalizas y tan regadas con la abundancia de las aguas limpias que por el río bajan. Se adivina el magnífico trozo de paraíso, extendido junto a las riveras de los dos cauce.

- Ese trozo de tapia que todavía se ve ahí, era la casa de unos que les decían los Jesusos. Esta otra casa que se adivina estuvo aquí abajo, era de otro que le decían José María, que es donde ha vivido la Pepa aquella que tiene el bar y el supermercado en Coto Ríos. Todo esto eran las huelgas donde sembraban los que vivían aquí. Allí enfrente, en las casas aquellas que se ven, o al menos yo si las veo, las escuelas. Siguiendo el río arriba había otro cortijo que era donde vivía el tío Josico. Era la casa del tío Basilio. Era toda una aldea lo que aquí había con su maestro de escuela y todo. Esos riscales que se ven ahí se llaman Los Pajarillos. En aquello que se ve algo más lejos, hay una hoyica que le dicen Hoya Alta. Y por la parte de arriba, al otro lado, se encuentra la Piedra del Mulón. El cerro de la Campana está algo más arriba que también le dicen el Calarejo. Es aquél alto que se ve en la punta de arriba.

Por ahí iba un camino para allá y era también paso de ganado. Siguiendolo se llega a las Presas y luego a Coto Ríos. Si miras bien verás muchas olivas y para que también lo sepas, muchas veces he labrado yo cada una de estas olivas. Es que, además, toda la tierra que ahora mismo estamos viendo llena de tantos pinos en aquellos tiempos eran puros sembrados.

Aquí pegado al cauce del río estaba la bolera y justo por ese rellanillo tengo yo un recuerdo muy bonito de mi niña. Ahí enfrentico, por aquel pedazo que se sembraba, mi niña le dio una gran lección a su profesora de escuela. ¿Preguntáis que cómo sería eso? Pues os lo voy a decir para que lo sepáis y para que se vea que muchas veces, las personas más sencillas, pueden dar lecciones a las personas con carreras.

LA NIÑA DE PIO

Yo tenía las vacas ahí en todo eso, para acá y para allá. Y la profesora le temía mucho a las vacas. Mi niña con doce años, cogió así a su profesora y le ayudó a pasar por entre las vacas para que no le hicieran nada. La profesora por ese lado, las vacas por este y mi niña dividiendo el camino al tiempo que protegía a su profesora para que las vacas no le hicieran nada. Los animales conocían a mi niña tanto que hasta incluso sí las miraba y les decía: "Para fulana", la atendían, la respetaban y se "ladiaban". Y la maestra, pues claro, iba con miedo. Así es que ahí le enseñó una lección que ella desconocía. Para que se vea lo que vale el saber. Yo siendo un analfabeto, que nunca he pisado una escuela, y mira como comprendo las cosas que tienen valor. Mi niña, que ya es una mujer casada y con hijos, pero que ahora mismo la estoy viendo por

aquí jugar y correr con aquellos hermosos doce años, se llama Santiaga Castillo Juárez. De la maestra sólo me acuerdo que se llamaba doña Carmen y el apellido de una hija era Navaja. Pero ese es el apellido del padre.

De la madera que bajaban por los cauces de estos ríos y arroyos, me acuerdo yo también. La bajaban haciendo balsas y las traían de los Cuchareros, de los Pardales y de otros muchos sitios. Por aquí pasaban para abajo en busca del río Grande. El barranco ese que se ve, también que eran olivas y se llama el Vallejo de la Grama. Aquellos riscales de allí que hacen filo, se llaman La Lastrilla.

Esto es una pena haberlo dejado aquí abandonado. ¡Tu sabes lo bueno que era este rincón! Yo no tenía ninguna propiedad por aquí, pero una prima hermana mía, tenía una casa, tenía tierras y muchos árboles buenos. Un día le dije: "Oye, ¿por qué no les proponemos que nos pongan aquí una alambrada? Yo dejo que me expropien el cortijo y aquí que hay mejores tierras y más vecindad, nos reunimos". Ningún vecino me hizo caso y ¿sabes lo que pasó? En cuanto nos fuimos de aquí, alambraron todas estas tierras. Y ya no ha habido nada que hacer. ¿Y cuanto mejor no estaríamos aquí ahora mismo todos los vecinos de Coto Ríos? Con estas aguas, estas tierras y paisajes como los que nos rodean. Aquí estaríamos en la gloria. Así es que unos y otros nos fueron quitando trozos y desde que empezaron a arriconarnos, todavía no han parado.

Ya comenzamos a subir y nos tropezamos con las ruinas de otra casa. Nos queda por el lado derecho, en la parte de abajo del carril.
- Esta casa era de uno que hay en el poblado que le dicen Cerilo Suárez. No tenía familia, pero él se valía aquí haciendo sillas y otras cosillas de madera. Era un hombre muy apañado. ¡Cuántos ratos de bailes habré vivido yo en lo que ahora son las ruinas de la casa de este hombre! Fijate, entre las piedras de las ruinas todavía siguen creciendo las parras que nosotros llamamos "soteñas". Unos metros más arriba, fijate y verás como todavía se adivina las ruinas el molino de la Casas de las Tablas. Aquí he vivido yo por lo menos cinco o seis años. Como ya mi niña estaba grandecita, nos bajamos desde el cortijo del Mulón a este molino para que pudiera asistir a la escuela.

Mira las nogueras del molino. ¡Qué gloria de árboles! Ahí enfrente estaba y este era el que tenía dos empiedros. De aquí para arriba ya no había ningún molino más. Pero lo que sí había mucho, eran truchas buenísimas. Yo nunca he pescado, pero mi nena, sí era muy buena pescadora. Le saqué un permiso y se lo pasaba de maravilla pescando por las aguas de este río. Es que yo he tenido un hermano que era el mejor pescador de todas estas sierras. No había quien le echara, como se dice "el hacho", para pescar.

PENETRANDO EN
LA PROFUNDIDAD

La pista, tallada en la tierra de la ladera y remontada sobre el río, avanza hacia la profundidad del barranco. Pío, sentado a mi derecha, todo emocionado y con la presencia de un rey si corona que vuelve a su reino, habla sin parar y a pesar de todo, se tiente orgulloso. A pesar de todo, él tiene sus raíces entre las peñas y los valles que manan leche y miel. Algo que en el fondo a muchos nos gustaría aunque de palabras expresemos otra cosa. Al otro lado del río, nos queda la ladera por donde, según él bajaba la senda.
- Desde el mismo cortijo de la Fresnedilla se dejaba caer barranco abajo y siempre iba por aquel lado del río. Cuando pasaba por aquella ladera que estamos viendo ahora mismo, se llamaba la Asperilla Húmeda. Si miras bien, aquí el río tiene otra hermosa cerrada. Lo que se ve algo más arriba es el Vallejo de los Frailes. Y coronandolo, la gran Piedra del Mulón. Fijate, cada vez la vemos más clara. ¡Cuantos recuerdos tengo yo por ahí!

¡Cuantas noches he echado yo a dormir las vacas por ese Vallejo de los Frailes! En esas lomicas dormían los animales porque ese monte era muy bueno para ellas. ¡Cuantas veces no habré subido yo esa tan hermosa Piedra del Mulón! Y por decirte más, te diré que justo por esta ladera, es donde yo tuve con mi madre el más hermoso de los encuentros humanos. Volvía de la guerra y era el día tres de abril del 1939. Ella bajó del cortijo del Mulón a esperar el correo que venía de las Canalejas a ver si traía carta mía. Para saber de mí porque para una madre siempre un hijo es lo que es. Se encontró con un hermano, el marido de mi prima Lola, don Alfonso el que está en Ubeda, que entonces era zagalote, unos dieciséis años y por ahí tendrías. Porque le llevo yo nueve años. Cuando llegué a la Casa de las Tablas, en compañía de otro de aquí que ya ha muerto, pues fue llegar, cogió el macuto mío con lo que traía y echó delante. Quería ayudarme, darme compaña hasta el cortijo el Mulón y al mismo tiempo, me quitaba la carga.

Por aquí más arriba del Covacho Bermejo, que es eso que se ve en aquel lado del río, se encontró con mi madre. Al verla le preguntó: "¿Qué hace usted aquí?" "Pues esperando a ver si llega el correo por si trae carta de mi hijo". Y don Alfonso le dijo: "Pues vengase usted conmigo que la carta la traigo yo". Echaron a

andar senda abajo y ahí enfrentico confronté yo con mi madre al volver de la guerra. Al verla y verme los dos nos abrazamos y tanta era la alegría de ella que se echó a llorar. "Un hijo que se lo llevaron a la guerra y que yo he soñado perdido para siempre, por fin hoy el señor me lo devuelve vivo". Me decía ella mientras me abrazaba, me besaba y se secaba las lágrimas. Tú fíjate donde fue el encuentro con mi madre al volver de la guerra. En lo más profundo del barranco del río Aguamulas, en esa ladera tan llena de monte y en la senda estrecha que sube por entre las riscas. ¡Qué gozo el de ella y qué gozo el mío donde los únicos testigos fueron sólo algunos pajarillos, el viento que nos rozaba y las limpias aguas de la corriente del río!

Alfonso, que nosotros todavía le decimos sólo Alfonso y no don, es hermano del marido de una prima hermana mía que todavía vive en Coto Ríos.
- ¿Y lo conociste tú de pequeño?
- ¡Madre mía! ¿Sabes tú lo que dije yo la otra noche que vino la cosa bien? Como yo soy comunista y no lo niego, porque los verdaderos comunistas quieren el bien de todos. Ataca, pero es al que no quiere dar vida a los demás. Sea religión o sea lo que quiera. Y claro, pues yo, cuando vi lo que ese hombre hizo conmigo aquel día, me gustó mucho.

Tanto que aunque ahora soy comunista, como te he dicho y él cura que lo conoces de Ubeda, si ahora entrara un mando comunista y llegara y dijera: "Pues a este cura hay que fusilarlo", ese no lo fusilaban mientras yo estuviera vivo.
- Es que don Alfonso es muy buena persona.
- ¿Sabes tú cómo yo le salvaba la vida?
- ¿Cómo?
- Lo mismo que se la salvó el padre del Almanzor y de Azulema, que fue a Lara y a Gonzalo Fernández de Córdoba. Pues lo mismo haría yo por don Alfonso para que no lo mataran. Me pondría delate de él y antes me tendrían que matar a mí y cuando ya estuviera muerto, lo mataría a él, pero antes yo y después don Alfonso aunque sea cura él y yo comunista.

DON ALFONSO

Y eso quiere decir que "Todas las parvas tienen granzas". La madre de don Alfonso me hizo a mí las entrañas. Cuando yo nací, como no había de donde darme otra cosa, pues mientras le venía la lecha a mi madre, mamé de la madre de don Alfonso. Ella estaba criando al marido de mi prima que es Juan José y me llevaron para que me diera de su leche. Vivía justo donde yo nací, en la Cueva del Tomo.
- Y digo yo, ¿cómo fue que luego don Alfonso se metió a cura?
- Pues que ya pegaron a venir maestros a la Casa de las Tablas y tenían la escuela a la par donde ellos tenían la casa. Cuando se dieron cuenta que desarrollaba, empezaron a indicarle ese camino. Ya ve tú si desarrolló que adelantó dos años de estudios en la carrera. Dos años antes lo nombraron cura porque es que ha sido muy eficaz.

Y no creas, que don Alfonso todavía, coge una herramienta y se pone a hacer caballones y los saca como si fueran de cera. Yo lo he visto labrar con un borrico y sacar unos surcos derechos como las velas. A las burras les hacía labrar primorosamente. Veníamos nosotros, yo y un tío mío a ayudarle a sembrar el grano, a este lado del Collado de las Tablas y yo labrando con mis vacas y él cavando los encuentros. Y él tan contento porque le dejábamos muy poca cava. Así que fíjate.

Juana nos corta la conversación diciendo:
- Es que las cosas más bonitas que don Alfonso se puedan contar, las he visto yo con mis propios ojos.
- ¿Pues qué es lo que has visto?
- En Los Pardales, ¿Ya sabes? Por debajo de la gran pared rocosa de las Banderillas, lo que es nos ayudó en tiempo de la guerra. Mi hermano se lo llevaron, mi padre ya era mayor y yo tendría unos dieciocho años o así. Mi hermana diez años mayor que yo, pero soltara también. Pues en aquellas tierras teníamos uno pedazos que los sembrábamos. Se llamaba la Huelga de la Ceniza. Don Alfonso siempre se iba con nosotras dos para darnos compañía. Todo el día estaba trabajando en lo que hubiera que hacer en las tierras y cuando llegaba la noche, si nos teníamos que quedar a dormir, pues en cualquier rincón de aquellos, nos quedábamos los tres. El siempre dormía allí con nosotras para darnos compaña. Aunque era pequeño, era un hombre y nosotras dos muchachas.

Para nosotras él fue mucho mejor que un hermano.
- Y eso de dormir allí ¿por qué era?
- Siempre llevamos una mula que teníamos y en ella mantas y comida. Ya sabíamos que en las tierras había mucho trabajo y eso de ir y volver en un día, no era posible por el terreno tan malo y lo lejos que nos caía

desde el cortijo. Como estaba muy retirado, se nos hacía de noche y allí encendíamos nuestras lumbrecillas y nos quedábamos. Las cosas buenas y naturales que se deban antes.

POR LAS JUNTAS DEL
ARROYO DEL HOMBRE

Esto son las Junta del arroyo del Hombre. Luego te contaré una historia que yo le he oído muchas veces a mis mayores. Por las mismas juntas pasaba el camino que hasta aquí sube, como te he dicho, por aquel lado del río. Justo en este punto lo cruza, se viene al lado contrario y sube arroyo arriba durante un buen trecho. Luego se divide y un ramal sigue, hacia la izquierda en busca de las Canalejas y el otro vuelve otra vez hacia el lado del río, dejando a la derecha este monte que vemos enfrente y se encuentra con la pista cuando esta ya da al barranco de la Fresnedilla. Te lo explico con más detalle. En las Juntas del arroyo del Hombre, el camino se convierte en tres. El que baja por el río hasta la Casa de las Tablas, el que sube por el arroyo del Hombre y llega hasta la Fresnedilla y el que se tira monte arriba pasando por el lado del abajo de la Piedra del Mulón y arriba, en todo lo alto se vuelve a dividir.

El ramal de la izquierda sube hasta la misma cumbre del Alto de la Campana y desde allí sigue hacia la caseta forestal de los Pardales y al Collado del Roblehondo donde de nuevo se divide en el que sube, que es el Tranco del Perro y en el que baja, que es el que lleva a los Villares. El ramal de la derecha, va en busca del cortijo de Camaona, que debe ser Campana y desde allí vuelve para atrás. Se divide otra vez en dos. Un ramal baja paralelo al arroyo de la Campana en busca de la Casa de las Tablas y otro ramal se va derecho al cortijo de la Presa, cruza el arroyo de Aguarrocín y se deja caer a Coto Ríos. Fíjate lo que te digo: en muchos sitios he visto yo escrito el nombre de este arroyo como Aguarrocí y eso está mal. Estos que te acabo de explicar son los caminos antiguos que siempre usábamos por aquí y que nos servían para ir de un cortijo a otro. No hay más caminos por estos barrancos excepto las pistas y ajorros que los de la administración han hecho ahora después.

En las juntas del arroyo del Hombre también había unas huelgas muy buenas. Y si algún día tienes el capricho de meterte por aquí, ya verás como siguiendo este cauce arriba te encontrarás con varias casas. El cortijo del tío Ratón la primera y luego el cortijo de Cubero, un sitio precioso donde hubo cinco o seis casas. Si desde aquel punto nos venimos un poco para la derecha buscando la cuerda de las Banderillas, nos encontramos con el cortijo del Recado y la Cueva del Nacimiento del río Aguamulas.

Pío sigue con su explicación y ahora me aclara que:
- Esto son las Caracolas de las Juntas. A eso le dicen las Caracolas. De aquí para arriba había unas huelgas, que ya no se notan, que se llamaban las huelgas del Estrellón. Entonces, un paraíso toda la orilla de este río, ahora, ya lo estás viendo: muchos pinos, algunas carrascas y un espeso matorral. A la izquierda nos va quedando un rincón que se llama Hoyica de los Almagreos, porque hay almagre. En la punta de arriba de este vallejo que yo la he labrado muchas veces. El almagre se usaba para marcar las ovejas. Y ahí, en el estrecho ese que se ve verdeguear, eso se llama el Puente de los Borregos. Es otra de las muchas cerradas del río Aguamulas con un buen charco. Por ahí se colaba aprovechando el puente que había. Ahora vamos llegando a unos pedazos que le decían los Piazos del tío Montoya. Quedan por debajo de la pista y los regaban con el agua del río. En aquel lado del río, ya mismo veremos un peñón, tú lo verás que yo ya no lo veo, que es donde vivía el tío Montoya. Estaba sordo y vivió ahí durante mucho tiempo. No en una cueva sino en una casa pequeña. Algo más arriba ya vemos el Vallejo de la Fuente de las Ranchales. Ya estamos dando vista al Mulón, nos queda bastante cerca.

EL CAHARCO AZUL

Aquí debajo de nosotros, en el río, se ve un charco cuyo nombre se parece al cielo cuando está limpio de nubes. El Charco Azul. Mira hacia nuestra derecha y verás el río por lo hondo. Esa cerrada se llama Los Tobones y el charco que se ve al comienzo de la cerrada no el azul; ese tiene otro nombre. Se llama el Charco de los Tobones. Fíjate qué nombres más bonitos les ponían los serranos a los ríos y monte que les rodeaban. Por aquel que ya hemos dicho que es el Charco de los Tobones, tenemos que colar andando si queremos subir al cortijo del Mulón.

Lleno de interés miro y tampoco me acabo de creer la realidad que ahora mismo entra por mis ojos. El río Aguamulas se ha cerrado una vez más y ello me indica que este río es casi una pura cerrada desde que nace hasta que muere en el Guadalquivir. Si como me está diciendo Pío tenemos que saltar el cauce por el cañón de la cerrada que ahora mismo estamos alcanzando, ¿dónde está el cortijo del Mulón? Desde mi asombro miro por la ladera de enfrente y no veo ningún edificio. Sólo una gran ladera que cae desde el

impresionante picón de la que según él es la Piedra del Mulón, mucho monte espeso cubriendo las tierras de la ladera, cortes de rocas, hondonadas más repletas de monte oscuro, cumbre que se alzan buscando las crestas del Banderillas y cortijo o señales de él, no se ven por ningún lado. ¿Dónde está metido el cortijo en que vivió Pío?

De nuevo me vuelve a decir:
- Pues por ahí tenemos que colar.
- ¿Por ahí?
- Sí Señor.
- ¿Y dónde está el cortijo?
- Míralo. Asoma un poco por entre los pinos de lo alto del monte como si estuviera acechando a ver quien pasa por este camino. Ahora es cuando puedes observa que el cortijo queda por completo frente a las Banderilla. Desde dentro mismo del cortijo, con sólo ponerse en la puerta, ya las estábamos viendo. ¡Qué espectáculo más hermoso cuando la gran cumbre se vestía de nieve! ¡Qué amaneceres, qué días y qué atardeceres yo tengo vividos desde la misma puerta de mi cortijo! En más de una ocasión me parecía que con sólo a largar mi mano, podía tocar las rocas blancas de esa eterna y silenciosa cumbre de las Banderillas. ¡Qué días aquellos de mi juventud en este cortijo mío tan cerca del infinito y tan perfumado siempre de romeros y bujes!

OTRO REPASO A
LOS NOMBRES

Cuando ahora, dentro de un rato, nos encontremos en la puerta de este cortijo mío que ya es pura ruina, vas a comprobar que no te engaño. Ya verás cuánto es lo que desde aquel cerrete se divisa. Fíjate un momento. ¿Ves aquello al final de este gran barranco?
- Sí que lo veo.
- Pues eso se llama La Fuente de la Maleza.
- Hace unos años, cuando subí por primera vez al nacimiento del río Aguamulas, hubo un incendio en esa zona y desde la curva de esta pista yo observe cómo ardía el monte.
- Cerca de esa zona, aquello que se ve donde hace canalizo, que a este lado hay un filete que rojea la piedra, el collado que hay encima se llama Collado de Antón.
- Y los Pardales ¿por dónde quedan?
- De allí para allá. Por donde transpone que se “desapara” el Cinto, de allí para allá son los Pardales. Donde se termina, se llama el Collado de la Basura y por debajo queda el Collado de Linarejos.

- ¿Y la Campana por dónde queda?
- Entre el Calarejo de los Villares y la Piedra del Mulón.
- Por ahí también quedan unos cortijos que yo no conozco, pero que en los mapas los he visto muchas veces y me parece que con nombre falso.
- Por ese lugar, en las partes más altas había un cortijo que nosotros siempre hemos conocido por el cortijo de Juan Dolores. Por debajo queda el cortijo de los Espardones. Yo he conocido a uno que ha vivido allí que se llamaba Emiliano, muy buen amigo mío. El otro cortijo de abajo, lo hicieron unos parientes míos, un primo hermano de mi madre. Se llamaba Antón Chacón.
- ¿Cómo se llamaba el cortijo?
- Todo el mundo lo conocía por allí por el mote que tenía. “El Cortijo de los Pelaos” era como le decíamos. Luego lo compró otro que le decían Cándido, que vivía en el Majal del Pino, en otro cortijo que hay más abajo aún y más arriba de la Casa de las Tablas. Eran tres o cuatro casas también.
- ¿Cuál es el que está más cerca de la Campana?
- El cortijo de Cándido es el que está más cerca que, además, es el último que ha vivido allí.

En uno de aquellos cortijos vivían unos que le habían puesto el mote de “Los Tetas”. Aquí, en el poblado de Coto Ríos vive una nieta de esos, que le dicen Quica. Está casada con uno que se llama Lorenzo Ríos. Que por cierto es el hombre que me afeita ahora. Como ya mi mujer no me puede afeitar y yo no veo tampoco, él se ha brindado, porque es amigo mío, a venir a afeitarme. Seguramente esta noche viene. ¿Seguimos con el repaso de los nombres por estos barrancos?
- Seguimos a ver si algo se me queda.
-Pues allí, a este lado de aquello, donde hace canalizo, hay un jorro que hace vallejo que es una garita que le dicen La Soga. Por allí se sube y se baja a las cumbres de las Banderillas y desde las cumbres a estos barrancos, cuando se puede y sino con un ramal.
- ¿Y el Cinto de las Banderillas?
- Observa despacio y verás con qué claridad se ve. A media altura entre las cumbres y la ladera, de un extremo a otro va un cinto. Queda exactamente entre una hilera de piedras por debajo y otra por encima. A

eso es a lo que nosotros siempre le hemos llamado El Cinto de las Banderillas. La Banderilla Grande, es esta primera, la otra se llama la Banderilla Chica.
- ¿Entonces son dos banderillas?
- A todo el macizo se le llama Cumbres de las Banderillas y son dos. A este lado, también el lo más alto de la cuerda, yo estoy viendo el Peñón de Piedra Plumera. Es aquello que se ve aquí a la izquierda de la Banderilla.
- ¿Y esta que tenemos aquí cerca?
- Esto se llama las Piedras Colorás. Por donde transpone el camino que se ve blanquear una cosa, aquello se llama el Portillo de las Alegas.

Por debajo se encuentra el Hoyazo, los Tornajos y el Hoyazo. En el agua que brota mete uno la mano y no la puede tener cinco minutos porque se le queda "encalambriá".
- Y la Pasá del Durillo ¿por dónde queda?
- Algo más allá y se llamaba así por lo mismo que la Soga, era necesario ayudarse de esta planta para subir hasta la cumbre.

Desde aquel punto se ve con toda claridad donde yo nací, la cueva o mejor dicho, el grandioso palacio de la Cueva del Torno y no del "Toldo" como en algunos libros lo he visto escrito. Las criaturas, hay que ver: pisan cuatro veces algunos caminos y rincones de estas sierras y ya están contando hazañas y escribiendo libros. Luego, así salen las cosas: equivocan los nombres, no los sitúan en su sitio verdadero, ponen caminos donde no hay...
En fin, lo que yo he dicho siempre: cada uno es maestro en su mundo y siempre debiéramos tener la humildad suficiente para reconocer lo que ignoramos y el otro sabe.

La Cueva del Torno está en lo hondo, en el mismo río y en el lado de las Banderillas. ¡Qué bonito es también ese rincón! En más de una ocasión yo me imaginaba que surgía de las mismas entrañas de la gran montaña. Que ella era la que me arropaba con el cariño del más querido de sus hijos y que para mí, sólo para mí, había dejado que sus duras rocas se abrieran en forma de morada sencilla. Porque a veces, también creo, que mucha gente cuando oye hablar de cueva, enseguida piensa en pobreza y soledad. Cosa que a mi parecer, están equivocados. La dignidad, belleza y grandeza que puede tener una cueva abierta en las duras rocas de estas montañas, ya quisieran tenerlo muchos palacios construidos por los hombres. Pero en fin, de la Cueva del Torno, si quieres otro día hablamos e incluso podemos ir para que la veas.

Lo que tenemos ahora más cerca son estas rayas que se ven en los filones de rocas por donde pasa la canal del río. Esto le decían el Sestero. Fíjate que rayas traza la piedra por ahí.
- ¿Por qué lo llamabais de esa manera?
- Es que los animales, en los días de calor, era por aquí por donde ellos bajaban beber. Sesteaban en estas sombras y luego volvían al monte con el fresco. No eran las vacas que bajaban aquí sino las cabras. Las vacas sesteaban donde había mejor terreno. Este rincón si es buena tierra para las cabras.

No se lo digo a Pío porque me parece que no es necesario sacarlo de su convencimiento, pero las rocas que me enseña donde se ven lo que él llama "rayas", son filones de las placas tectónicas. El río las ha cortado y con toda claridad han quedado a la vista, por completo horizontal. Y sí que son bonitas de verdad. Tanto que más parece un puro capricho de niños que en un juego silencioso hubieran dejado volar su imaginación hasta límites insospechados. Pero claro, toda la suma de estos barrancos, cumbres y laderas, no son otra cosa que eso: un puro capricho de niños graciosos que a lo largo de un mágico día de juego, se hubieran entretenido en modelar fantasías carentes de toda lógica.

En el rellano que la pista tiene al cruzar este pequeño vallejo, nos paramos, damos la vuelta, nos bajamos y antes de ponernos en machar para bajar al cauce del río y cruzarlo por Los Tobones, le pregunto a Pío.
- ¿Cómo se llama este arroyuelo por donde vamos a bajar?
- Esto se llama el Barranco de las Bañas. Y en cuanto lleguemos al río, aunque ya te he dicho el nombre de esta cerrada, te la voy a completar: se llama los Tobones de las Bañas. Que es una piedra desde la que hay que saltar de un lado a otro para cruzar el cauce del río Aguamulas. ¡Madre mía qué recuerdos tengo yo por aquí y cuantas veces no habré cruzado el río!

POR EL VIEJO CAMINO

Le pedimos a Pío que nos guíe y nos ponemos en marcha.
- ¿Llevamos el hacha?
- La llevamos.
- ¿Y el ramal?

- También.
- Pues entonces vamos para delante.
Cruza la pista, desciende hacia el barranco, busca el trozo de pista que se aparta de esta principal y baja hacia el arroyo, la seguimos unos metros y enseguida dice:
- Nosotros vamos por aquí arroyo abajo en busca del paso.

Como esta tarde también nos acompaña su hermana Juana, porque ella también tiene un gran trozo de vida desparramada sobre este rincón y como él cree que ella no puede subir la cuesta que precede al cortijo, le dice:
- Tú te vas por este camino y mira a ver si puedes colar por el río. Con nosotros no puedes venirte porque esto de Los Tobos esta malo para ti. En todo caso nos espera en el río que ya te traeremos uvas de las parras de tu cortijo.
- Pero es que a mí me gustaría subir a ver mis colmenas.
- Si eso ya estarán las abejas muertas.

Juana se resigna sin quedarse satisfecha y se va siguiendo el camino que baja. Ella también está mayor, no se le ve tan ágil como a Pío, pero ella quiere subir a ver las ruinas del cortijo donde durante tanto tiempo vivió. A Juana se le amontonan los recuerdos y por eso a cada instante le salen, en forma de nostalgia por su boca. Se va siguiendo el camino, pero quiere venirse con nosotros, pero ciertamente con nosotros no puede venirse. Pío baja recto hacia el cañón del cauce sin reparar ni en el monte ni en las rocas ni en los barrancos que el agua del arroyo ha ido tallando por la hondonada que vamos recorriendo. Por eso ya en estos primeros pasos, descubrimos que a pesar de sus años, este hombre se siente dueño total del terreno por donde nos quiere meter.

Y nos mete por donde a nosotros jamás se nos hubiera ocurrido. Desde los surcos y hondonadas del arroyo que baja, se viene hacia la derecha, sube a la superficie de una gran roca que en picado cae hacia en surco del río y por encima de ella, sin ni siquiera agarrarse, salta decidido. Mi asombro es tal que enseguida pienso que nos va a meter en el peligro más grande. Lo llamo con el deseo de frenarlo y ni siquiera hace caso.
- ¡Pero Pío, que aquí nos despeñamos!
Sigue saltando por los salientes de la gran roca sin hacer caso a ningunas de mis palabras. Se asoma al surco que el cauce ha tallado en la pura roca y aunque el surco el profundo, parece como si no le importara. Se hunde hacia él y ya aparece la impetuosa corriente y el Charco Azul. Es una pura cascada la corriente del río por este punto. Una pura cascada entallada por completo en los surcos de las rocas y, además, sonora y grande. El río Aguamulas, a mi parecer, en esta ocasión trae más agua que el Borosa. Incluso creo que le gana al Guadalquivir. Es un río respetable este Aguamulas sin dejar de mostrar también su perfecta transparencia y el cascabeleo dulce de cascadas inigualables.

Un poco antes de tocar la corriente, Pío se para y desde lo alto de la roca mira en la dirección que baja el río y dice:
- Esa huelga que se ve allá arriba, donde muere el trozo de pista que sigue Juana, era de mi hermana.
- ¿Y el camino colaba por el vado de esa huelga?
- No, no. Por ahí lo que colaba era una senda que hicimos nosotros para salir desde el cortijo, pero sólo cuando íbamos con bestias. Si veníamos andando, siempre saltábamos por donde ahora mismo vamos a colar. Y aquello que se ve, era otra huelga también de otra hermana mía.

Aprovecho el momento para ponerme delante de Pío. Sigo bajando por la superficie de la rugosa roca tobacea que forma como una rampa y al llegar al filo, salto. La corriente del río, en este punto, se queda encauzada por debajo del pico de la roca que hemos bajado. Y al otro lado lo que hay es también una pequeña plataforma rocosa y es tan perfecta y llana que al saltar, quedas encima de ella. Pero el salto no es pequeño. Metro y medio largo. Salta también Pepe, el compañero que hoy se interesa por las cosas de Pío y las cosas de estas tierras y ahora nos preparamos para cogerlo a él. Caemos en la cuenta que con sus ochenta y tres años, un salto de esta envergadura, tiene su riego. Le pedimos que se deja ayudar y no quiere.
- Toda mi vida he estado yo saltando solo este escalón. Aunque tuviera los ojos vendados me sabría mover por aquí sin peligro ninguno.
- Pero el hombro y la mano de un amigo a veces es necesaria para andar el camino. Ya no son aquellos tiempos aunque para ti sí lo sea a pesar de los años.

Se apoya en nuestros hombros y en un abrir y cerrar de ojos pasa de una roca a la otra. Ya tenemos la corriente del río cruzada al estilo y modo de aquellos tiempos. Sin necesidad de puente ni camino.

- Ahora sigue tú.
Y él, que no es necesario animarlo para nada, de nuevo se pone al frente. No hay senda y eso lo vemos enseguida. Arremete contra la ladera agarrandose al monte y penetrando por entre su follaje. Una vez más lo miramos y no acabamos de creerlo.
- Pero Pío, por aquí ¿a dónde vamos?
- Yo conozco el terreno y aunque ya veréis que si sube una senda al cortijo, como yo sé por dónde tengo que ir, llegaremos igual, pero adelantando mucho terreno.
- ¿Adelantando terreno cuesta arriba?
- Un serrano como yo siempre sabe lo que se dice y hace.

COMO EN AQUELLOS TIEMPOS

Y en eso estamos de acuerdo. Aunque la ruta que él ha trazado repecho arriba atravesando la espesura del monte, es dura, lo dejamos. ¿Cómo no va a conocer él el camino que lleva al cortijo donde se ha criado y ha vivido casi la totalidad de su vida?
- Una cosa sí te digo: que cuando vayas andando por el monte, campo a través como nosotros ahora, aunque no haya senda, al pasar por las raíces tienen fueran de la tierra, tú observalas. Si ves que estas "esolladas" es señal que por ahí han pasado tanto animales como personas a lo largo de mucho tiempo. Las "esollauras" de las raíces, con los años, cicatrizan, pero siempre se les nota arrugas y señales. Para los que son entre medio torpes y medio listos andando por laderas y cumbres como estas, es suficiente conque se guíen por estas señales, pero a los que ya hemos progresado algo más, nos sobran.
- Eso te iba a decir, porque cuando en aquellos años las nieves cubrían por completo a lo largo de tantos días las tierras y barrancos como esto ¿cómo os las arreglabais?
- Ya te decía antes que cada uno es maestro en aquellas cosas que ha mantenido entre manos a lo largo del tiempo. Por muy grandes que fueran esas nevadas que tú imaginas ahora y yo viví tantísimas veces, nunca tuve problemas para conocer la ruta que tenía que seguir. A los serranos se nos agudiza mucho la inteligencia y la comprensión de los paisajes por el motivo de estar viéndolos y tocandolos todos los días.

Mientras Pío nos va deleitando con estas palabras suyas tan cargadas de emoción y realismo, no deja de trepar por la complicadisima pendiente. Nos abre camino ladera arriba tan lleno de entusiasmos y con tanta agilidad que hay momentos que nos cuesta seguirlo. El sudor nos cae por la frente y la respiración es jadeante. Sin embargo, él, parece que ni quiera pisara la tierra. Como si no tuviera que hacer esfuerzo para vencer la ladera, el monte y las rocas que por la ladera existen. Como si sus años y su cuerpo encorvado no fuera ningún obstáculo para enfrentarse a estas cumbres.
- ¡Qué envidia!
Exclama el compañero Pepe de vez en cuando, expresando de esta manera el asombro por el cual Pío nos vas llevando a lo largo de la tarde.
- Si no lo estuviera viendo, por más que me lo contaran, no lo creería.

Y en uno de estos momentos Pío se para, mira hacia el cauce del río que ya lo hemos dejado bastante al final y dice:
- Pues el asombro para mí era para mí en aquellos tiempos. Tenía yo una perra que siempre me acompañaba por estos montes. Un animal noble donde los haya y de una inteligencia tan grande que aquello deba miedo. Luego os contaré qué fue de aquella perra y donde la tengo enterrada, pero ahora iba a otra cosa. Resulta que en más de una ocasión ese animal se quedaba junto a las vacas o las cabras por estos barrancos. Pero algunos días, cuando yo me encontraba sobre las cumbres donde teníamos el cortijo, la llamaba. Aquello si que era un asombro de verdad.

El animal, en cuanto oía mi voz, estuviera donde estuviera, saltaba por este monte y un abrir y cerrar de ojos estaba a mi lado. Esta ladera que ahora mismo estamos subiendo aquella perra mía se la bebía. Desde lo hondo del río pegaba dos brincos, volaba por entre las rocas y el monte y estirada como si fuera un rayo, subía por la pendiente sin apenas rozarla. En menos de lo que yo esperaba la tenía junto a mí. No nunca me lo expliqué, pero las cosas sucedían asín y precisamente aquella velocidad con que la perra subía las cuestas era lo que a mí más me asombraba. No acababa de entender que fuera real lo que aquella perra siempre hacía ni tampoco acaba de entender cómo lo conseguía. Porque ya lo he dicho: más que perra parecía un soplo de viento volando por el mismo viento.

Hemos remontado el puntalillo. Hemos venido a caer a la vieja senda que baja desde el cortijo y curiosamente Pío en lugar de seguir para arriba, por donde intuimos queda el viejo cortijo, se viene para atrás.
- Es por aquí.
Le digo decidido sin caer en la cuenta que estoy corrigiendo al más experto de cuantos expertos puedan

moverse por estos montes.
- Ahora seguimos por ahí. Nos asomamos a lo alto del puntalillo para que veáis la huelga por donde la senda que bajaba, cruzaba el río. De paso vamos a ver a ni hermana por si acaso ha colado la corriente.
Nos asomamos al puntalillo y allá en lo hondo se ve la llanura donde estuvo la huelga. En esa misma llanura muere el trozo de pista que descendía y ahí, a la sombra de los fresnos y junto a las aguas limpias de un gran charco, vemos a Juana, la hermana de Pío. También vemos a un grupo de turistas que se bañan mientras uno de los hombres sujetan a un gran perro para que no le ataque a Juana. Se ha puesto de moda, de un tiempo a esta parte, los turistas con sus perros surcando las veredas y amontonados junto a los charcos de los arroyos y ríos.

- No cueles.
Grita fuerte Pío dirigiéndose a la hermana que se mueve inquieta junto a las aguas del cauce. Los turistas nos preguntan, porque con el rumor de la corriente no oyen con claridad lo que pretendemos comunicarle y por eso repetimos el mensaje junto con el potente vozarrón de Pío que sobre sale por entre todos los sonidos. Al final Juana se entera y entonces él nos aclara que ella arde en deseos de subir al cortijo.
- Pero ya veis lo torpe que está. Le costaría mucho subir esta cuesta y luego sufría cuando viera lo que queda del cortijo. Todo su interés está en ver cómo están sus colmenas. Tenía ocho o diez colmenas que dejó junto al cortijo y aunque han pasado tantos años, todavía cree que están aquí. Seguro ya se habrán muerto y sino, las habrán roto los que por aquí vienen.

TOCANDO LAS RUINAS

Desde el puntalillo damos media vuelta dejando que Pío sigue al frente y antes de arrancar nos dice:
- Aquello que hemos visto se llama la Huelga el Maguillo, que era mío. Ahí había árboles de todas las clases. Melocotoneros, granadas, parras, higueras, ciruelos. Cuando maduraban los frutos no dábamos a vastos a comernosla. Y ahí pues riego, toda el agua que queríamos echarle directamente del río y limpia como el viento. Era una gloria la fruta y los hortales que se criaban por aquí en estas tierras tan buenas, con tanta agua y el buen estiercο de los animales. Aquello que se ve enfrente, fijaros qué perfectas: las Tres Piedras Colorás. Las sementeras que por estas laderas y cauce del río sembraba, eran de trigo, cebada para el pienso de animales, centeno, garbanzos y avena. Del cortijo este no se sabe su antigüedad. A mi familia llego porque lo compró mi abuelo. Ya os diré a quién se lo compró. De esto hace más de doscientos años.

Vamos llegando a las tierras del cortijo. La senda, muy cómoda y muy bien marcada, sube adaptándose al terreno. Cruza la hondonada de un pequeño arroyuelo y desde este punto ya se ven las paredes del cortijo, las parras “engarbadas” por los troncos de las encinas, las colmenas de Juana, por delante de las paredes que aún no se han desmoronado, en una repisa tallada en la tierra. A Pío le arde la emoción.
- Por aquí mismo había una parra grande de uvas blancas. Mírala, ahí está y ha arrojado sus frutos.
De la parra, por completo extendida entre las ramas de una gran encina, cuelgan los racimos de uva.
- Todavía no estarán maduras. Pero estas uvas son tan buenas, que en cuanto terminan de engordar, se pueden comer. Mas cuando están maduras del todo, el color que tienen es dorado como el oro.

Atravesamos las primeras tierras que por lo que se ve, fueron bancales en forma de escalones que caían desde la misma puerta de la vivienda hacia el arroyuelo de la entrada. Nos vamos derecho a las paredes por donde todavía se ve la puerta y las ventanas y dejamos que Pío nos lo explique. Entramos. Las piedras y trozos de tejos llenan todo el suelo. En el rincón de la izquierda, debajo de la escalera que sube a la cámara, las cantareras con dos viejas damajuanas de cristal. Las escaleras de la cámara y otra puerta.
- Esta era mi casa. Mira el cuarto que roto lo vemos. Hay disfruté yo mi luna de mil. ¡Dios santo qué recuerdos y lo que el tiempo ha destrozado!

POR ENTRE LAS RUINAS

Junto a la pared todavía está el viejo trillo. Una tabla ancha con trozos de hierro incrustados.
- ¿Es con el que tú trillabas?
- Este era de un cuñado mío.
- ¿Quieres que nos lo llevemos?
- ¿Ya para qué? Yo tengo trillo y a mi edad y sin tierras donde sembrar y recoger cosechas ¿de qué me sirve a mí otro trillo más? Tengo el mío de siempre que lo guardo de recuerdo.
- Y en este recinto de la concina ¿qué es lo que en silencio late?
- ¡Cuatro bailes tengo yo aquí disfrutados...! Madre mía.
- Cuatro que quieren decir muchos.
- Catorce primos hermanos nos hemos criado en este cortijo, con lo cual ya puedes hacerte una idea. Esto que se ve aquí le decíamos el pozo de las patatas.

A partir de ahora Pío se mueve por encima de las ruinas sin pronunciar palabras. Lo seguimos en silencio al tiempo que intentamos comprender lo que por su alma pasa. Entra por una puerta, sale por otra, se asoma a la ventana, observa las parras, las cumbres del Banderillas y pasado y un largo rato, salimos. La visión desde la puerta del cortijo es de lo más grandiosa. El monte que nos queda enfrente es por donde baja el barranco de las Bañas.
- Explicalo para que también sepamos los nombres de las tierras que tantas veces has visto.
- Los "piazos" que se ven es el Quejigal, por encima hay otro piazo que era nuestro que le decía el Majal, los puntos más altos de roca viva, es el Grande y el rayo Chico. Por la izquierda del rayo sube un jorro a todo lo alto, se llama el Jorro Cascajal, el de la Almoteja se encuentra un poco más allá. Lo que se tapa con el Rayo Grande, es un piazo que le dicen el Castellón de los Toros.
- ¿Que está muy llanico?
- ¡Exactamente! Y buena tierra. Es tierra tan buena como la mejor que haya en la campiña. Los garbanzos que da esa tierra son tiernos como el papel de fumar. Algunas veces, yo he sembrado una fanega de trigo y he recogido veinte. Eso es una tierra buenísima y la extensión no llega a las cuatro fanegas. Dos que eran nuestras y dos de una tía mía.

LAS UVAS

Desde la puerta, nos movemos un poco hacia los bancales donde estuvieron las huertas. Pío se entusiasma y al ver los racimos colgando de las ramas, trepa por el tronco de la vieja encina. Intentamos sujetarlo porque nos parece que a sus años, una aventura de estas puede ser grave y no podemos. Ni nos hace caso ni se arredra ante la dificulta que presenta el viejo tronco.
- Si esta encina y el tronco de la parra me conocen a mí. Ciento de veces he subido yo por aquí a coger las uvas que esta tarde, quizá por última vez en mi vida, también quiero cortar con mis manos.

En un minuto se encarama en lo más alto. Con su garrota engancha las ramas de las parras, con la navaja corta los racimos, lo echa a la bolsa que se ha subido con él y cuando ya la tiene llena, la amarra con una cuerda y nos pide que la cojamos. Las uvas no está madura todavía, pero es verdad que se pueden comer. Aunque a él no le importa amucho: en el fondo lo que quiere es llevarse un puñado para así sentir el gozo de que aún todavía algo en este rincón es suyo. De que por lo menos puede palpar algunos de los racimos de uvas que da las parras que él sembró hace tantos años. Se las lleva a su boca y aunque está fuerte, le saben a gloria. El es el mismo sabor que sitio cuando era niño y también el que paladearon sus padres, sus hermanos y tantas otras personas queridas suyas.

Lo dejamos que goce porque en el fondo también nos interesa penetrar, siquiera un poco, en las sensaciones y realidades que por el rincón laten. Lo seguimos con la actitud del que se siente perdido y lo ignora todo y cuando ya baja de la encina, le ayudamos a trazar una escalera. Quiere coger otros pocos racimos de la parra que se enreda en la carrasca pequeña. Los ciervos medio se la han comido. Pero en las partes alta, donde no llegan, los racimos cuelgan hermoso. Las uvas con gordas y a pesar lo verdes que están aún, resultan agradables al paladar.
- Y porque ya estáis viendo: nadie las riega, nadie las poda, nadie cuidad de ellas y hasta la tierra de los hortales está comida por las zarzas. Si esto fuera lo que era en aquellos tiempos.

Y estamos viendo que ciertamente la tierra está seca. Ni una gota de agua corre por ningún lado. Hasta la noguera, la gran noguera que crece por el lado de arriba unos metros antes de llegar al cortijo, se está secando.
- Pero seguro que tiene nueces.
Miramos detenidamente y sólo vemos una o dos en algunas de las ramas más verdes.
- Pues en aquellos tiempos, sacos enteros cogíamos nosotros de esta noguera.
La recorre por entre los peñascos que bajo las ramas se amontona y dejan que nosotros miremos despacio por si podemos coger aunque sólo sea un puñado. Mientras lo intentamos, nos mira sentado en lo alto de la piedra con la majestad del más solemne de los reyes. Nos lo estamos pasando bien y descubrimos que él también goza, pero en el fondo no nos ha hecho participes de lo que de verdad corre por su alma. Yo sé que es mucho, pero también sé que no se puede forzar, porque puede que a él también le pase como a tantos: no tiene palabras porque. El río que por su alma corre no se puede encerrar en simples palabras y menos cuando el río es tan denso y lo forma tantos trozos de vida.

TAMBIEN SE SECO LA FUENTE

Nos retiramos de la noguera. Pío quiere que veamos la fuente de abajo.
- De ahí cogíamos el agua para el cortijo y para regar la huerta.
Por la parte de atrás nos vamos a media ladera dirección al la gran molen de la Piedra del Mulón. Los granados también están repletos de frutos. Las encinas siguen enredando entre sus ramas a las viejas

parras y los olivos, a pesar del ataque de los ciervos, están cargados de aceitunas.
- Las de este son de agua.
- ¿Quieres decir que las cogías para endulzarlas?
- Y eran unas aceitunas riquísimas. Entre estas y las de arriba había alrededor de dos mil olivas. Ahí mismo había una casa de uno que le llamaban Sinando. La de la Ramona estaba más arriba.
- ¿Qué hacías con estas aceitunas?
- Pues cogerlas y llevarla a la Venta de Luis para molerlas. Del aceite que sacábamos nos alimentábamos a lo largo del año.
- La Venta de Luis coge lejos de aquí.
- Pero no había más cerca.

Y ahora caigo en la cuenta que hay que pararse un poco. Hay que mirar despacio hacia lo hondo del abarranco y verlo avanzar por la senda con las bestias cogidas del cabestro. Los animales van cargados con los negros sacos de aceitunas y caminan cansados. Son muchos kilómetros desde aquí a la Venta de Luis. Son muchas las cuestas, las hondonadas, el monte, los cauces y las horas. Ahora lo veo en el molino del río Grande moliendo sus aceitunas y un rato después lo veo subir otra vez por la misma senda. Un día largo entre ir y venir y no se ha terminado la faena. Mañana hay que volver otra vez, pasado también y así hasta que todas las aceitunas estén molidas y el aceite descanse en las vasijas y entre las paredes del cortijo del Mulón.

¿A quién se le ocurriría construir un cortijo tan lejos y en lo más alto de estas cumbres? La cantidad de pasos que hay que dar para reunir el alimento necesario a fin de que siempre haya algo que comer y sobre todo, en la temporada de las nieves. ¿A quién se le ocurriría construir un cortijo en semejante lugar? Las cuestas son tremendas y el esfuerzo al límite de lo que se puede aguantar. ¿O es que quizá ello eligieron este rincón porque está a dos paso del cielo, escondido casi entre las estrellas y, además, el aire es puro? Hay que ver lo que fueron aquellos serranos.

La fuente de abajo, de la que ellos cogían el agua para beber en el cortijo y para regar los hortales, no tiene agua. Se ha secado. Sólo muchas zarzas, un puñado de juncos, mucha mejorana, las viejas encinas y la tierra seca.
- ¿Qué ha pasado?
- No lo puedo explicar. Nunca, a lo largo de tantos años viviendo en este cortijo, yo he visto esta fuente sin agua.
- Pero ahora mismo estamos aquí y con nuestros ojos lo estamos viendo. Estás por completo seca. ¿Qué ha pasado?
- Vamos a llegar hasta la fuente de Arriba. Es que eran dos manantiales. Donde brota esa fuente de arriba es lugar de tierra tan buena, que era gloria pura. Ahí se criaba de todo y de una calidad insuperable.

- Ya que estamos aquí, vamos a llegar a la fuente de Arriba.

En mi interior pienso que también estará seca. Si ya no tiene agua la fuente de Abajo, seguro que tampoco corre la fuente de Arriba. Atravesamos las zarzas, rozamos las parras repletas de uva, algunas negras que son las soteñas y otra blancas que son las buenas, apartamos las zarzas, rozamos las matas de mejoran y ajedrea y llegamos al rincón. También esta seca esta fuente.
- Pues si no lo veo con mis propios ojos no lo hubiera creído.
- Los tiempos que ya son otros. Fíjate que hasta las fuentes dejan de manar aunque el agua sea abundante. Todos sabemos que este año ha sido un buen año de lluvia. Pero las fuentes ya no brotan por el mismo sitio.
- Como si con nuestra ausencia hasta la misma sierra hubiera perdido un poco su identidad.
- La sierra ya es otra a la que cuando vosotros estabais por aquí. Y por eso ahora me pregunto: si en estos días vivierais en el cortijo ¿qué hubiera sido de vosotros sin agua en vuestras fuentes?
- También habría que preguntarse: si todavía nosotros viviéramos en el cortijo ¿se habrían secado las fuentes?

- Claro que es una buena pregunta, pero ten en cuenta que en las fuentes no han intervenido los hombres. Es una decisión de la naturaleza y a mayor profundidad, puede que hasta un deseo de Dios. Pero la pregunta sigue valiendo. ¿Por qué se han secado las fuentes ahora que vosotros ya no estáis y antes nunca dejaron de manar?
- Cuando se lo diga a mi hermana y a mi mujer, no se lo van a creer.
Nos sentamos en el borde de lo que fue el canal que llevaba el agua desde esta fuente de Arriba hasta las tierras de los olivos y los hortales de la puerta del cortijo y como si quiera encerrar lo que por mis ojos ahora mismo está entrando, digo: "Desde la fuente de Arriba, por el lado que pega a la Piedra del Mulón, la

panorámica es impresionante hacia el cerro de las Canalejas. A nuestra espalda queda la preciosa Piedra del Mulón ahora a dos pasos de nosotros".

- Pues esa tierra que se ve ahí mismo se llamaba la Fuente del Ranchal. Aquí "en derecho", donde hace hoyo. Por ahí mismo sube el camino que ya hemos comentado antes. Cruzaba e iba a salir a los Cenajos de la Piedra del Mulón. Aquello, la Orquilla del Mulón y el punto más elevado, pues la piedra.
- A lo alto ¿has subido tú alguna vez?
- Mucho más de una. Se sube por aquel lado, siguiendo la lancha.
- Sigue ahí mismo y me dices si aquel monte que estoy viendo enfrente se llama Puntal.
- Es el Collado de las Cabras o el Puntal de Majá las Cabras. Se observas bien, se encuentra entre los dos morros aquellos. Por debajo esta Cubero. Más abajo quedan los Chorreones. Aquel lado están las Canalejas. Un poco más para acá, por este monte que asoma, se encuentran los Aguaciles. Aquel puntal más alto que se ve, es Majal Alto, donde está la caseta de los fogoneros. Fuente del Roble cae por de bajo, enderecho, aquí a la izquierda.

EL NOMBRE DEL ARROYO

- ¿Es buen momento para contar la historia del arroyo del Hombre?
- Sí que es buen momento. Pues que le llama de esta manera porque decían que había una mujer que tenía la manía, porque no era buena, de llevar a la Sima de Pinar Negro. Ella le contaba cosas hasta que ya una vez lo arrancó y fueron a verla. Ya cuando estaban allí, a ella le chocaba mucho, que estaba bien... dice: "Oyes, dicen que sale por aquí un airecillo muy fresco, acercate a ver que a mí me da miedo". Pues el hombre se acercó distraído y entonces ella le dio un empujón. Cayó, pero tuvo la suerte de quedarse agarrado a un durillo que había en la entrada. ¡Hombre, yo no lo vi, lo he oído contar! Ella al ver que no había caído a lo hondo salió corriendo para venirse.

Bregando el hombre pudo salir fuera y echando a correr, desde Pinar Negro vino a agarrarla ahí al arroyo del Hombre. Se la llevó y cuando llegó a la sima, la echó dentro. El no la echó para que se quedara en el durillo, la tiró fuerte y cayó a lo hondo. Se vino y a partir de entonces, como vino a agarrarla ahí, le pusieron a ese lugar el "Royo del Hombre". Porque hizo una hombrá. Cuando ya apretaron los temporales, decían que habían visto, las enaguas blancas que llevaba, no sé si era por los Chorros de Aguamulas o por los Chorros de Aguas Negras. Por un manantial de esos, decían que vieron las enaguas salir.

La historia, sencilla, algo trágica y con sabor a leyenda, ya la he oído yo en más de una ocasión. Que arranque de alguna realidad concreta ocurrida en otros tiempos por estas sierras ¿quién lo sabe y quien lo pone en duda? Nos levantamos de donde, por unos minutos, nos hemos sentado y seguimos bajando por lo que fue el borde de la canal que traía el agua desde la fuente de Arriba hasta los hortales de la misma puerta del cortijo. Salimos a la cañada de los olivos y como por aquí también crecen bastantes ejemplares de viejas encinas, él nos las vuelve a recordar.
- Fijaros que jaleo de carrascas tan hermosa y en la misma puerta de nuestro cortijo. No recuerdo yo que alguno de nosotros los serranos que vivíamos aquí, cortara una carrasca de estas. En invierno sí era verdad que las talábamos. Les cortábamos las ramas que viejas para ramón de los animales y eso hasta es bueno para los árboles. Las encinas, como cualquier otro árbol, es necesario podarla y eso es bueno para que se renueve con ramas sanas. Pero nunca nosotros fuimos capaces de cortar un árbol de estos. A la vista está. Cualquier encina de estas puede tener trescientos años.

A la vista queda que estas encinas tienen muchos años así como también los olivos y las parras que por los troncos de las encinas se enredan.
- Y por estas u otras cosas ¿cuales cómo fueron las luchas con los guardas?
- El más antiguo por todos estos contornos soy yo. Siempre tuve vacas, cabras, pedazos de terreno que sembraba y en ningún momento tuve problemas con los guardas. Casi todos los que tienen vacas por estas tierras son de las mías que se las he vendido yo.
Saltamos la reguera y nos vamos acercando a las paredes del cortijo.
- Hace ya más de cincuenta años, limpiando esta reguera para que bajara el agua, me hernie yo. Me hernié de este lado y a mí no se me conoce nada. Cuando se me salen las tripas, me pongo con los pies para arriba, me las entro y santas pascuas.

POR ENTRE LAS RUINAS
LATE LA VIDA

Le decimos que ahora, que ya se nos está acabando la tarde y tenemos que irnos de las tierras de este cortijo, ha llegado el momento de recorrer estas ruinas y saber de ellas y sus antiguos habitantes, algo más.
- Eramos cuatro de familia, pues nosotros, de estas tierras, recogíamos para comer. Para vender e ingresar

perras, tampoco. Nada más que para ir viviendo. Mi tío es que tenía ya diez hijo y poseía menos tierra. Esto era suyo. Ahí de la reguera para abajo y desde ahí más allá, toda la solana esta sí era suya. Unas trescientas olivas tenía él ahí. Es que era mucho jaleo con diez hijo. Esta carrasca era suya por el camino este para abajo iba la linde. De este lado para acá ya era de otro tío mío. Esto de aquí fue la era de arriba. La hicieron para trillar, pero nosotros en esta era no trillábamos. Eso fue la casa de mis primos esos que habéis visto esta mañana allá en Coto Ríos.

Era la casa de mi tío Alejo. Por aquí entraban. De siempre este trozo de vivienda había sido el pajar, pero cuando partieron, la convirtieron en casa, por eso le decían el pajar. Pero luego al casarse los hijos, pues aquí hicieron cámaras. Lo que se ve aquí, ya se ve: corralillos, chisqueras para los marranos, el horno para cocer el pan.
- ¿Quién cocía el pan?
- Pues nosotros, mis tíos, mi madre, mi mujer, mi hermana... todo el mundo. Y esto la casa de mi tío. Aquí tenía una parte el "Cojo de la Fresnedilla". Que por eso no han derribado el cortijo todavía. Ya sabes tú lo que el Cojo fue en este barranco de la Fresnedilla y claro, ahora después de machacado y muerto, parece que quieren respetar algo tanto este cortijo como aquel de la Fresnedilla. Pero claro: como se suele decir, a burro muerto, cebada al rabo. ¿Para qué necesitará él ahora el respeto si la ayuda la necesitaba antes, cuando luchaba con estas tierras para sacar de ellas el alimento? Entonces lo machacaron y ahora, parece como si lo veneraran.

Pero en fin, donde él tenía lo suyo, no lo han derribado y aquí está cayéndose poco a poco ayudado por la lluvia, el viento y el tiempo. Y esta la era de abajo. Aquí se trillaba toda la cosecha. Del castellón aquel de los Toros que ahora mismo tenemos enfrentico, he bajado garbanzos, trigo, centeno y lo he traído hasta esta era que ahora mismo estamos pisando y aquí lo he trillado.
Miro despacio y me parece tremendo. En linea recta desde esta era al Castellón no habrá más de ochocientos metros. Pero como Pío en aquellos tiempos y nosotros ahora mismo no somos pájaros, no podemos ir en línea recta hasta lo alto de aquel cerro. Para ir desde este punto hasta las tierras del Castellón, es necesario bajar a lo hondo del río y luego subir hasta la misma cima del monte que tenemos enfrente. Y si recorrer esta distancia es dura de por sí por lo accidentado del terreno, recorrerla bregando con las bestias cargadas, me hago una idea del esfuerzo y la lucha que ello suponía. ¡Lo que penaban estas personas para sacarle a la tierra las cuatro cosas que necesitaban para alimentarse!

- Por ahí enfrente bajaba un camino, por el portillo aquel que antes hemos dicho que se llama el Collado Quejigal, barranco ese abajo a caer ahí a la huelga del Maguillo. Por ahí colábamos el río para seguir luego camino arriba por donde hemos venido, aquí veníamos y aquí lo trillábamos.
Me asomo al borde de la era y descubro que es todo un balcón alzado sobre el barranco y el río al fondo.
- Sobre esos palos que ves ahí acinábamos las mieses y desde ahí, conforme se iba trillando, se iba echando a la llanura de la era.
- Según veo, cuando hacia mucho viento, la paja se iría por la pendiente de estas laderas para abajo.
- Eso lo teníamos muy bien pensado nosotros. Sólo se aventaba cuando venía el aire de abajo. Mucha de la paja se metía en el mismo pajar empujada por el viento.

El pajar queda por delante de la puerta del cortijo, entre las parras y la era. Es también un gran edificio con dos plantas.
- La parte de abajo era la cuadra, mi cuadra, y la parte de arriba, el pajar. Aquí metía yo paja para todo el invierno.
- Pues por lo que estoy viendo esto era un cortijo, una huerta, una era y construido todo encima de un balcón.
- Precisamente por esa verdad que dices es por lo que se ve tanto desde aquí. Mira recto hacia el barranco donde nace el río Aguamulas. Lo que se ve por la parte de abajo, se llama la Charca y por debajo, ahí donde cae, se llama la Majal del Cantorral.
- ¿Allí es donde nace el río?
- No, el río nace arriba, en la Piedra Aguamulas. El Cinto que ya lo hemos dicho y luego el Collado de los Pinos Blancos, por debajo hay otro que le dicen el Collado de la Escalerilla, más abajo están las Hoyicas de la Cueva, por encima de ésta.

MEDIO CORAZON ENTERRADO

Le hemos dado la vuelta a las ruinas del gran edificio donde con todos los anejos de cuadra, era y horno. Ya nos despedimos. Recogemos las uvas que hemos dejado sobre las piedras mientras recorríamos las tierras de las fuentes y ahora buscamos la senda que baja. Ya nos despedimos de este extraño, hermoso y, además, perdido rincón serrano. Ni me ha dado tiempo de enterarme de lo que por aquí todavía existe. Me digo que ya vendré más despacio cuando pueda otro día y siguiendo a Pío buscamos la senda.

Comenzamos a bajar y nada más cruzar la hondonada del arroyuelo, por el lado de abajo un endeble olivo medio seco. Frente a él, se para y dice:
- Ahí tengo yo enterrado medio corazón mío.
- ¿Y cómo es eso?
- Aquella perra que antes os decía, era mi mejor compañera y tanto me ayudaba en el ganado, cuando murió la enterré junto al tronco de este olivo. Se llamaba "Perrota" y tenía, entre otras, una condición especial: estaba mi mujer haciendo de comer y ella siempre así acostada frente a la comida, mirando fija en todo momento, pero si tocar jamas a la comida. Si mi mujer se iba al cuarto, a la cámara o a cualquier otro sitio en busca de algo que necesitaba y allí se dejaba la comida en el suelo. La perra no tocaba y mucho menos dejaba que por allí se acercara un gato. En cuanto lo veía se tiraba para él y lo hacía botar. Ella estaba allí fija de guardiana. ¡Mi Perrota! ¡Qué animal más noble e inteligente!

Se me murió de vieja y ahí la enterré, encima del tronco de esta oliva que estamos viendo. No la han sacado, no. Me ponía yo así de pie derecho y le decía: "Perrota, vamos a rezar", pegaba un salto y me quitaba la gorra. Y a todo los que hubiera allí conmigo. Otras veces, queriendo, me dejaba la gorra en el cortijo. Cuando iba por el vado del río, decía: "Perrota, cago en la mar, que me he dejado en la casa la gorra. Pues vas a tener "golverte" tú que estás más ágil que yo". Ya no tenía que decir nada más. Salía corriendo camino arriaba y al raro asomaba por ahí con su gorra en la boca más contenta que la mar. Cuando íbamos por el monte, una culebra, un lagarto y cualquier otro bicho, era echarle las uñas y del primer "zaleón", ya lo tenía listo, aunque fuera grande. Era la guardiana que tenía ahí en el río por si acudían los bichos a la niña. Estábamos yo y mi mujer y teníamos que irnos a trabajar y como no había quien se quedara con la niña aquí, pues ella la cuidaba.

Un día me enteré que por estos montes, los guardas estaban poniendo veneno. Cuando aquello del coto hasta a los perros mataron con veneno. Me fui a los Aguaciles y al llegar pregunto: "¿ Y Donato?", que era el guarda de la caza. Me dicen: "Está por ahí". Entonces les digo: "He llegado a verlo" "¿Qué querías?" "Pues mira, que no tenemos más defensa ni más guardiana de mi niña, que la perra. Si a Donato le ordenan que eche veneno, pues muy bien. Si a él se lo ordenan, tiene que hacerlo, pero que no eche veneno sin avisarme a mí. Que me avise y yo ataré la perra y haré lo que tenga que hacer para que no me la mate. Porque claro, si me mata este animal tan querido para mí, tenemos un disgusto demasiado feo. Ea, tenemos un disgusto y una cosa que se puede "enmendar", pues no tiene que llegar a esos extremos".

Entonces tenían los guardas mucha autoridad. Pero en fin, dijo la mujer: "Descuida que yo se lo diré". Pues se lo dijo. Estuvo la cosa fea, pero luego se mejoró. ¿Y sabes lo que hacían? Tenía yo las vacas ahí "cariar" y algunos días yo tenía que hacer aquí cosas y el guardar al pasar me decía: "Pío, no vayas a ver las vacas que como hemos pasado por allí, las hemos visto y están bien". Hombre, pues aquello era un detalle porque me ahorraba tiempo y trabajo subiendo estas laderas. Es lo que yo digo: las cosas haciéndolas como hay que hacerla, con todo dios se tiene uno que llevar bien. Hay que respetar a cada cual sus derechos y deberes y cada uno en sus casas y Dios en la de todos, así es como se debe ir por la vida. Ahora, si lo atropellan a uno, pues uno se rebela y atropella también.

- ¿Y aquella otra perra que tanto quería tu hermana Juana?
- También era un animal inteligente. Se llamaba Forosa. Cuando nos juntábamos los amigos, sacaba la petaca, porque antes no era como ahora sino tabaco del que sembrábamos, y le decía: "Forosa, toma la petaca y darle tabaco a los amigos". Cogía su petaca en al boca y de uno en uno les iba dando tabaco para que fumaran. Lloraba mi hermana que pa qué cuando echaron veneno y me la mataron. Nuestros perros de siempre, no podían esturrear a los bichos que ellos echaron en estos montes, ahora, los bichos sí se podían comer lo que sembrábamos en las huertas para alimentarnos nosotros y no pasaba nada. Pues si es que la perra, hasta los turones, que entonces pagaban muy bien las pieles de los turones, cazaba. A la perra les gustaba mucho. Una noche bajábamos por más arriba del cortijo, unas olivas que teníamos allí que le decían "El Encapao". Cuando la siento ladra. Entonces digo: "Ya tiene la perra un turón". El se quedó allí en el tronco del pino y yo bajé a por la escopeta. Le pegó un tiro y lo echó abajo. Pues nos dieron veinte duros por la piel, que este dinero entonces, era mucho dinero. Es que entonces los duros eran de plata.

ALGO DE LA MADERA

Te pongo otro ejemplo para que se vea que siempre es mejor entenderse con las personas que no ir contra ellas a la fuerza. Ese pedazo de tierra que te decía antes era una huelga, lo tenía yo labrado y preparado con el estierco extendido y todo para sembrarlo. Y llegó un capataz de esos de la madera. Me dice: "Bueno, ¿qué le pone usted de precio a lo que pueda recoger del trozo de tierra ese y se lo pagamos?" digo: "Hombre, pues lo que se vea. Una cosa que nos convenga a las dos partes". Lo arreglamos y quedamos en que me darían mil pesetas.

Ellos se liaron a ajorrar ahí madera y pasaba el tiempo sin pagar nada. Uno que se enteró de la cosa y me dijo un día: "¿Pío, te han pagado la cosecha que ajustasteis". Digo: "No, no me han dado nada". "Pues espabila que son capaces de no pagarte nada". Le digo: "Pues verás que pronto está esto ventilado". Voy a ver al encargado y le digo: "¡Qué! ¿Cuándo se va a cumplir lo que pastamos?" Me salió diciendo: "Hombre, que... ya verás... con nosotros no hay problemas". Salió con arengas y entonces voy y le digo: "No, mire usted: cuando pasen veinticuatro horas, si no me pagan lo que hay tratado que sepa usted que las cosas terminan mal. Unzo un par de vacas, le engancho una cadena y no queda un palo en el piazo. Esos van todos a parar al río. Eso va afuera de mis tierras. Así que ya sabe usted. Les queda ese tiempo para hacer real lo que se habló".

¡Pues tardaron en mandarme a uno con un vale para que fuera a cobrarlo! Y me lo pagaron tal como habíamos acordado. Hombre, yo eso no. Las cosas como son.

DIA TERCERO

CON LAS VACAS POR EL RIO

Hoy es catorce de septiembre y como todavía Pío tiene muchas cosas buenas que contarme, hemos acordado echar otro rato. Lo llamé anoche y me dijo:
- Mañana tengo yo que irme con las vacas por el río. El muchacho que las cuida tiene que ir a Cazorla y acordamos que me quedaría pendiente de ellas. ¿A qué hora vendrás?
- Llegaré por ahí a media mañana o así.
- Pues yo estaré por el río. Incluso por el camino puedes entrar con el coche. Sabiendo la hora ya estaré pendiente y ya mañana hablamos porque yo, como siempre digo, a los amigos hay que tratarlos como amigos. Si ahora echamos un rato por el teléfono, esto cuenta dinero y aunque no lo pague de mi bolsillo, me duele que un amigo gaste dinero pudiéndolo ahorrar.
- Pues mañana hablaremos.

Y como mañana ya es hoy, me acerco al poblado de Coto ríos. Saludo a Santiaga que en la puerta de la casa, sentada espera. La saludo, le pregunto y me dice:
- Pues yo lo estoy esperando porque la hora de la comida es ya él no se ha llevado nada para comer. Sabe bien que yo no puedo ir a buscarlo, así que si quiere comer, que venga.
- Seguro que viene, pero ¿qué le preparas de comida?
- Ya ves que estoy pelando unas patatas. Pondré un arroz con patatas, pimientos rojos, chicha y un trozo de chorizo. Yo otra cosa ya no puedo hacer.

PELANDO PATATAS

Santiaga estás esperando que la llamen para ser operada de la vista. No ve casi nada. Mucho menos que su marido Pío. Le digo que yo traigo una tortilla y otras cosas que nos la podremos comer como hicimos el otro día. Le digo que voy a esperar un poco por si Pío se presenta y si no, me iré a buscarlo.
- Pero es que yo hoy tengo interés en hablar con Juana. ¿Dónde estará?
- Pues yo que sé. Seguro en su casa y por la casa de alguna vecina.
- Si me dices donde vive voy a ver si la encuentro.
- Ahora te acompaño. Mucho, no puedo moverme, pero vamos a ver si la encontramos.

Santiaga deja de pelar las patatas, busca un bastón y encorvada se mueve hacia la calle. La calle donde ella vive precisamente este mañana me he dado cuenta que tiene el mismo nombre del río donde nació. Calle Aguamulas y ellos nacieron en este río hace ya muchos años. Se mueve hacia la esquina de arriba, la sigo y cuando llegamos a la casa donde vive Juana, golpea con su bastón y no está. Le preguntamos a la vecina y nos dice que se ha ido a la casa de una amiga suya por la parte de arriba del poblado, junto a las escuelas. Un niño pequeño que juega en el patio, sale corriendo a buscarla y mientras la esperamos volvemos otra vez a la casa de Pío.

Casi a la par llegamos los tres. Saludo a Juana y le digo que hoy quiero que ella me hable de la tierra donde nació. La vi el otro día con mucho deseo de contarme sus recuerdos, pero como estábamos todos juntos, su hermano Pío no le dejaba entrar en profundidad en las cosas que ella quería contar.
- ¿Y qué quieres que te diga?
Me pregunta algo emocionada, pero ciertamente satisfecha de que en esta ocasión la halla elegido a ella.
- Podríamos empezar por la mudanza. Como fueron los últimos días en aquellas tierras y cortijo tuyo y cómo fue luego el momento de cargar con los bártulos y salir de la tierra para siempre.
- Del tema tú ya has odio algo de boca de mi hermano Pío. Pero en fin, me experiencia particular sí que la tengo y aquellos días los viví con especial emoción por el gran ajetreo y la cantidad de sensaciones

desagradables que a todas horas sentías. ¿Qué es lo que a ti te han contado?

- Lo que a mí me han contando coincide un poco con lo que me dices. Las personas vivisteis unos días llenos de confusión. Tristes lo más de los ratos, llenos de entusiasmos en algunos momentos, desconfiados y perplejos a todas horas. Cuando ya se acercó el momento en que de verdad tenías que dejar las tierras, por lo que me han contado, a muchos les pidieron que se concentraran en este pueblo. Por lo visto tenían preparado algo así como un autobús y subidos en él, os iban a llevar a lo que vosotros llamabais una excursión a lo desconocido. Ellos os dijeron que os pagarían todos los gastos y que tardarías tres días en llegar. Bueno tres días en llegar, no era por la distancia, sino que aprovechando el viaje os querían llevar a sitios que nunca habías visto para que así os empezara a gustar vuestra nueva vida.

EL VIAJE

Y lo que me dijeron fue que en los cortijos y aldeas la gente empezó a preparar las cosas para el viaje. Maletas viejas, costales, talegas, algún bolso un poco deteriorado y con ellos acuestas o sobre los lomos de las bestias bajabais por los caminos hacia este valle. Tristes en vuestras almas y con la curiosidad a flor de piel porque la novedad os mantenía en vilo. Cuando llegaban al poblado algunos fueron a no sé que casa a preguntar no sé qué cosa. Le dijeron que al caer la tarde saldría la primera expedición y que el viaje, en principio, no iba a ser muy largo. Se tenían que parar en no sé qué punto para recoger a otros y cuando ya llegara el momento saldríais todos rumbo a esas tierras desconocidas. Tres días os dijeron que duraba el viaje y aquello fue lo primero que algunos comenzaron a sentir molesto.

- Si andando yo con mi yegua estoy allí en un día.
- ¿No será que quieren experimentar alguna cosa con nosotros?
- Eso no pueden hacerlo porque ¿cómo nos van a engañar a tantos juntos?
- Pero lo que más me duele y ahora me molesta que lo tranquilos que hasta hace poco hemos estado en nuestros cortijos y tierras y el quebradero de cabeza y la cantidad de disgustos que en pocos días nos han traído. Yo lo que estoy ya es deseando llegar a donde haya que llegar a ver si todos estos disgustos y trastornos pasan y volvemos a tener paz y sosiego como antes.
- En eso tienes razón porque hay que ver la revolución que de pronto ha venido a estas sierras. Ayer todos tan tranquilos por los montes con el ganado y labrando las tierras y hoy, mira como andamos.

Esto es más o menos lo que a mí me fueron contando unos y otros. Lo que desde este punto sigue tú lo sabes mejor que yo.
- Lo que yo sé, porque lo viví en mis propias carnes, es que después de este vieja que acabas de contar llegué a la casa de mi hermana. En una cochera en el pueblo de Canena metimos las cosas. En su casa estuve viviendo unos años poco más o menos. Por aquellos días mi hermano empezó a resistir en el molino de la Casa de las Tablas y al final se tuvo que venir. Después de él todavía quedaba otro con la fortaleza y la ilusión de quien se dispone a vencer o morir y también fue vencido el pobre. Como los bichos se comían todo ya se cansaron de luchar. El se llamaba Juan y su mujer no hace mucho que ha muerto en este pueblo. Uno a uno todos fuimos entrando por lo que ellos querían.

LA HERMANA DE PIO

- Yo vi el otro día, por las tierras del cortijo donde tú viviste tanto tiempo, unas colmenas. ¿De quién eran?
- Esas eran mis colmenas. Las cuidaba mi marido y cuando empezó a ponerse malo fue por allí un señor. Le preguntó si las vendía y se las vendió. Me quedaron algunas y cuando él murió, seguí con ellas. Cuando ya me vine del cortijo, aunque las dejé allí, no he dejado de seguirlas. ¿Tú las viste el otro día?
- Las vi y según nos acercábamos parecían como si tuviera repletas de abejas. Cuando ya nos acercamos comprobamos que no. Seis o siete colmenas quedan por la puerta, muy bien puesta sobre la repisa de tierra por delante del cortijo, mirando hacia las cumbres del Banderilla, pero ninguna tenía abejas.
- Se habrán muerto por el frío, de alguna enfermedad o porque algún turista de los que ha ido por allí, las haya molestado.

- ¿Tu te acuerdas de aquello mucho?
- Pues mucho porque es que es aquella la tierra donde he nacido yo. Y aunque me da pena sentirme fuera de aquel rincón, me consuelo cuando voy. El río crece mucho cuando llueve y como no hay puente no puedo cruzarlo así es que cada día encuentro más obstáculos para acercame a mi cortijo y consolarme aunque sólo sea viéndolo roto y abandonado. Aquello es nuestro aunque ellos digan que nos lo expropiaron. Lo sigo viendo nuestro y así será para siempre aunque la distancia y los años vayan poniendo barreras. Fue mi primo, el cojo de la Fresnedilla el que no vendió y por eso sigue el cortijo en pie. Se caerá con el tiempo, pero todavía se mantiene firme. Aun todavía conservo las llaves. Las guardo en mi casa como si fuera el tesoro

más grande. Ya sé que está abierto y que por sus puertas ahora sin dueño, puede entrar cualquiera, pero las llaves de la entrada de mi cortijo es mi único tesoro para mí.

- De cuando tú pisabas la tierra amada ¿de qué te acuerdas?
- Que mi marido era muy trabajador. Arreglaba las olivas muy bien y cogíamos tanto aceite que hasta podíamos vender. También recogíamos mucho trigo y garbanzos. Vivíamos felices aunque trabajáramos mucho. Dinero se cogía poco, pero sin él íbamos pasando. Cuando esto de los sellos, le decía a mi marido: "Mira, contigo que te apuntes, es lo suficiente". Y él me decía, no porque fuera mi marido, pero era una excelente persona y un talento: "No hija, no tenemos hijos ni tenemos nada, pues nos apuntamos los dos y si llegamos a cobrar, pues solamente con la paga vivimos felices".

OTRA VEZ CON LOS RECUERDOS

- Y cuando tú eras pequeña ¿qué hacías, además de ir y venir por los camino?

En estos momentos llegando a la puerta se siente la burra de Pío. Se le siente a él y enseguida asoma por la puerta. Al entrar me saluda. Como ha oído la pregunta se apresura a responder.
- Ella iba a regar a los piazos y todo eso. Vamos cuando era más chica, pues jugar allí con los otros. Con los primos que el otro día vinieron los nueve que todavía viven. Hasta el de Francia. Eramos dieciocho primos y no creas que nos lo pasábamos bien.
- ¿De qué juego te acuerdas?
- Pues jugábamos a las chinas, a la comba. Mi hermano que era músico pues cogía la guitarra y nos alegraba la vida. Un artista que ha sido mi hermano con la guitarra. Ya porque nos vinimos y se la dio a un sobrino que vive en Cananea, que sino todavía sabría el tocar.
- ¿Ya no tienes ninguna guitarra, Pío?
- Ya no. Porque ya, lo que pasa, la vida ha venido más tirante y no hemos hecho por comprar. Hasta se me ha olvidado a mí tocar la guitarra. Si me pongo y ensayo, pues de algo me iría acordando, pero seguro los dedos no los muevo con tanta agilidad como antes. A estas cosas han logrado que vayamos perdiendolas. En estos lugares y este mundo de ahora es distinto.

Hace ya cincuenta años que no he tocado. Como tú dices estas hechos no se debían olvidar porque son bonitas, pero es que la vida ha traído muchas cosas en contra de nosotros. Todo se ha roto y ahora ya con tantos años como tengo ¿a ver cómo lo compongo? Eso de querer tener una cosa porque se la quita, a otro eso no es de persona. Una persona de orden no deber quitarle al otro lo que tiene y es suyo.
- ¿Tú sabes lo que le dieron a mi marido por la casa y las tierras?
Miro a Juana y le digo que no lo sé y que quiero que me lo diga.
- Pues primero empezaron a expropiar por Bujaraiza, por las Lagunillas y por esas tierras. A nosotros nos quitaron las tierras cuatro o cinco años después. Por parte de mi marido eran tres hermanos, porque eran cuatro, pero una había vendido su parte. Y quedaban tres en la casa. Pues les dieron veintiuna mil pesetas. Aun tengo yo todavía los papeles donde escribieron lo que les correspondía. Partieron a siete mil pesetas cada uno. Que tanta rabia le dio que no quiso ni ir a cobrarlas. ¡Qué te perece la miseria que se pusieron a darle después de tanto como nos estaban haciendo pasar!

CUANDO AQUELLO
DE LOS GUARDAS

Pues vivíamos de lo que hacia de madera: mesas, sillas, ubios... en fin, de todo. Cuando ya nos echaron, le dijeron que podías seguir trayéndose la madera de allí. Pues ni para una cosa ni para la otra quiso ir a su casa. Y fue el último que firmo. ¡Tú te crees la miseria que se pusieron a darle! Tenían unas tierras que eran buenísimas, dos hectáreas o tres, por la Cañá el Fraile. Pues se la pusieron de pinos y tubo luchas con los guardas, porque como hacían lo que les daba la gana. Ya ves tú, salir el agua de ahí y esto ponerlo de pinos, fíjate qué faena. Era mejor sembrar habichuelas, patatas, trigo... en fin, cosas para comer y no los pinos.

Pero él, mira como sería, que había allí un guarda, lo cogió y hasta los botones de la camisa saltaron. ¡Hombre, porque aquello no lo tenían que haber hecho! Pero como hacían lo que les daba la gana, pues ya está. El rifle y todo se lo quitó. Luego fueron al juicio y lo ganó mi marido. Me contaron que el guarda, estando sentados en el juicio, se levantó y se puso a arraglarle la ropa a mi marido. Como vio que se equivocó, pues quería arreglar las cosas. Es que se llenaban de autoridad más que les pertenecía. Yo soy partidaria que cumpla cada cual, en el puesto que ocupe, con su deber, pero sin abusar de nadie. El abuso no debe de existir, porque produce malas cosas.

DE CUANDO PEQUEÑA

De lo de aquella tierra mía y cuando yo era pequeña, me acuerdo especialmente de un paisaje muy bello que recorrí mucho de pequeña. Era el trozo de tierra que se recoge entre los dos arroyos. No tiene nombre

ese trozo de tierra, pero por la casualidad o no, fue uno de los terrenos que más anduve de pequeña. Lo comenzaba a recorrer entrando siempre por la parte de abajo, donde se junta los dos arroyo que es donde forma como un ángulo. Subía ladera arriba y como la tierra no estaba muy pendiente me gustaba a mí mucho remontarme por allí enmedio hasta lo más alto del collado. Aquella tierra, por aquel entonces, no tenía mucho monte. Casi estaba pelada y por eso lo animales la tomaban con tanta querencia. En cuanto caían las primeras lluvias del otoño, todo el suelo se llenaba de hierba y ya permanecía verde todo el año.

Mucho de aquellos días yo le entraba al rincón remontándome por el lado de la derecha. La ladera de los voladeros que cae en picado hacia la junta de los arroyos. Me subía despacio y justo donde nace la fuente me paraba. Desde este punto miraba hacia lo que yo llamaba el valle y aquello era maravilloso. Justo desde mis pies nacía la fuente de las rocas, la del agua más buena y cristalina de toda la sierra. Se despeñaba por el primer voladero y enseguida caía al gran cauce del arroyo. La corriente seguía cayendo y unos metros más abajo de la cascada se extendía el gran charco. Un charco largo que parecía todo un mar por su anchura y su profundidad. Las aguas eran azules tirando a transparentes y aquello resultaba preciso verlo desde el rellano pequeño de la fuente.

Mas que agua la superficie ancha de aquel embalse azulado parecía la montaña derretida meciéndose a los pies del valle. Y aquel cuadro adquiría su máxima belleza cuando por allí entraban el hatajo de marranos. Llegaban desde el lado del cortijo y como tú sabes que los marranos siempre son valientes para el agua, al llegar al charco no se paraban. Desde la orilla de la fuente una detrás de otro se iban tirando al agua y en un abrir y cerrar de ojos todos estaban nadando por entre las aguas del charco. Por completo unidos cada uno de ellos y con l cabeza fuera del agua avanzaban por la superficie en busca de la otra orilla. ¡Que espectáculo más bonito y a la vez qué emocionante por la cantidad de sencillez y vida que todo aquello exhalaba!

Pero con el tiempo pasó lo mismo que con el resto de aquellas tierras. Las tuvimos de dejar en manos de ellos y lo primero que hicieron fue llenarlas de pino. Prohibieron luego, que por allí pastara ningún animal de los nuestros y soltaron los bichos. A la fuente ya no pude subir más ni tampoco pude gozar del nado de los marranos atravesando el charco en busca de la otra orilla. No puede meterme por las tierras que se recogen el en pequeño valle porque los pinos comenzaron a crecer y tampoco pude asomarme al otro lado del collado. Las sendas se borraron por no usarlas y la tierra, aunque la seguía considerando mía, ya no era igual. Notaba que les pertenecía y en el fondo, hasta un poco de miedo sentía andar por allí no fueran a complicarme la vida.

LA RESERVA

Uno de los muchos días que después de venirnos del cortijo, he vuelto por el lugar, me animé y subí hasta el rellano de la fuente. Nos sentamos en aquellas rocas blancas y nos pusimos a contemplar las tierras que se recogen entre los dos arroyos. Uno de los vecinos de aquellos cortijos que como yo, sentía la añoranza de la tierra y por eso me acompañaba, me dijo:
- ¿Sabes lo que es ahora ese trozo de tierra?
- Un bosque de pinos y un desierto para los bichos.
Le dije. Nosotros siempre hemos llamado animales a las cabras, vacas, ovejas y marranos que teníamos en los cortijos y bichos a los ciervos y gamos que ellos soltaron por el monte.
- Un desierto para los bichos sí que es, pero, además, ellos dicen que este rincón es también “La Reserva”. No sé qué es lo que reservan ahí, pero por lo visto lo que les interesa es que el monte crezca mucho, que se borren todas las veredas que en otros tiempos hemos andado nosotros y que los bichos anden a su antojo por donde quieran. Y si te fijas bien te darás cuenta como las tres cosas primeras ya son realidad.

El monte ha crecido mucho. La pequeña vega que antes era casi pura tierra color naranja, ahora mismo está cubierta por un espeso bosque de matorral y pinos. Las sendas ya no se conocen y aunque nosotros sí sabemos por donde van, si nos pusiéramos a recorrerlas, seguro que nos perderíamos. Y bichos salvajes son los únicos animales que se ven por esas tierras. Todas aquellas manadas de cabras, vacas y cerdos que en nuestros tiempos pastaban por ese mágico rincón entre los arroyos ya son puro sueño en la imaginación de nuestros recuerdos.
- ¡Hay que ver lo que pueden conseguir los que tienen el poder a pesar de lo fuerte que es el cariño que nosotros sentimos por estas tierras!
Fue lo que yo le dije. Luego, aquel día, durante largo rato estuvimos sentados en las rocas que rodean la fuente. Despacio y mudos estuvimos contemplando la deliciosa belleza que en silencio duerme por el rincón de los arroyos. Estuvimos gozando del dulce sonar del agua cayendo por la cascada desde la fuente hasta los charcos alargado y azules donde nadaban los marranos y cuando ya la tristeza nos inundó el alma, nos fuimos.

¿Qué íbamos a hacer? Los recuerdos nos barrenaban y nos barrenan el alma y la añoranza nos tiñe de amargor el aliento y a pesar de que poco a poco nos vamos muriendo, el único consuelo que encontramos es ir por el rincón de vez en cuando. Ya hemos aceptado que las tierras no nos pertenecen y como en la lucha ellos vencieron, lo único que trae un poco de felicidad a nuestras vidas son los recuerdos. Eso y los trozos de alma que tenemos enganchados en cada una de las piedras de estos montes, no habrá nunca nadie ni nada en este mundo que pueda arrebartánosla.

LA UNICA CABRA

- Y lo de aquella única cabra que os dejaron cuando os quitaron todas las demás ¿por qué fue Pío?
- Mi mujer ya estaba enferma. Delicada como ahora, pero entonces no podía comer la mayoría de las cosas. Teníamos la cabra para darle la leche y vino el médico. Hizo un papel en el cual indicaba que necesitaba la leche de la cabra para alimentarse. Fui al ingeniero, le pedir ese favor y me lo concedió. Me firmó el papel y a partir de entonces sólo nos quedó una cabra. Don Mariano Menlendo fue aquel ingeniero. Ese fue el que mandaba, por aquellos tiempos en toda estas sierra. Pero claro, ya se vez que esto y otras muchas cosas, eran favores que ellos nos concedían y de este modo nos iban demostrando que teníamos que estar sometidos a su voluntad. Que la sierra era de ellos y que si nos dejaban todavía un poquito más andar por algún sitio, era porque querían portarse bien con nosotros. Es lo que decía mi hermana.
- ¿Qué es lo que decía tu hermana?
Juana que está sentada en una de las sillas casi de juguete, junto a Pío en el patio de la casa de Santiaga, habla y dice:
- Yo decía y sigo diciéndolo que si hubiera tenido hijo no habría firmado jamás los papeles que me entregaron para la "dexpropiación" de mis tierras. Si no hubiera firmado hoy me alegraría. A las colmenas le eché yo mucho dinero. Me gasté lo poquito que nos dieron. En el Poyo de la Higuera mis padres tenían una gran propiedad heredada de mi abuela y todos sus hermanos.

LA COMIDA

De pronto, la amena conversación con que Pío y su hermana Juana me están obsequiando sentados en su silla pequeña en el mismo centro del patio de su casa, es interrumpida por la voz, algo débil, de su esposa Santiaga.
- ¿Cuándo venís?
Pregunta desde dentro de la pequeña concina donde desde hace un rato ella trajina preparando un arroz para la comida. Yo no me doy cuenta, pero a los oídos de Pío sí llena el sonido de la conocida voz. Según está hablando, contesta diciendo:
- Ahora cuando termine este párrafo.
Pero como ya es tarde y me doy cuenta que Santiaga ha sido la menos presente en esta reunión de hoy, le digo a Pío, que podemos atenderla.
- Nos sentamos a comer y mientras tanto sigue con aquellas cosas que recuerdes y te guste contarme.
- Pues también vale.

Nos levantamos, entramos a la pequeñas estancia y enseguida descubro que Santiaga ya tiene preparada la mesa. Una mesa pequeña, casi de la altura de las sillas y en el centro se encuentra la sartén con el arroz humeante. Un arroz muy sencillo, sólo con cuatro patatas, unos pimientos rojos secos, que es como ellos siempre han usado estos pimientos en sus cortijos, unos trocillos de "chicha", como ellos la llaman y nada más.
- Esto tiene buena cara.
Le digo para animarla y porque de verdad la tiene.
- Yo no sé cómo habrá salido, pero es que ya no valgo para nada. Ni veo ni tengo gusto para preparar las cosas como cuando era joven. ¡Hijo mío, los años me pesan mucho!

Nos sentamos en las mismas sillas chicas y con el plato a la altura de las rodillas, empezamos a dar buena cuenta del tan simple, pero rico guiso. Pío sigo con sus recuerdos y aunque estamos comiendo, le presto toda la atención que puedo.
- ¿A qué ibas al lugar llamado las Lagunillas?
- Te lo estaba contando antes. En la Cabañuela vivía una tía mía, que es la última que ha muerto de toda mi familia y una prima hermana. Yo iba allí y fue cuando entonces conocía a mi primera novia. Era del Aguadero. Cuando vine de la guerra me hice amigo de esas familias, que antes nunca había estado yo por aquellas tierras. Pues me agradó y me puse novia con ella.
- Pero desde el Mulón al Aguadero ¿cuánto tardabas tú?
- Pues que echara un para de horas o tres. Siempre iba con la yegua y muchas veces tenía que bajar a Bujaraiza. Más allá de Bujaraiza, más allá de las Huertas Perdidas, por aquel laico de la Fuente de los Frailes, me agarraba arriba, a salir al Cubo. ¿Te lo conoces?

- Me lo conozco y sé que está lejos.

- Era joven e iba montado en mi yegua. Si hubiera ido andando, ya habría sido otra cosa.
- Y cuando volvías de noche ¿cómo te las arreglabas?
- Cuando iba me estaba unos cuentos días. Aquello era parecido a cuando me iba por los Campos de Hernán Pelea con los animales. Me subía a principio de verano y hasta que no llegaban las nieves no me bajaba.
- ¿Todo el verano solo por aquellas soledades?
- Estaba mi padre también. Nos llevábamos hato y yo, pues acudía al hato. Estaba de día con los animales, me los dejaba para que durmieran donde fueran y junto a mi padre comía y dormía.
- ¿Tú te acuerdas cuántos animales tenías?
- Pues sí llevaba algunas veces diez o doce. No eran todos míos. Juntaba los de las otras familias y a todos les daba careo. Nunca se me perdió ninguno.
- De todos los animales que conoces y a lo largo de tu vida has guardado tanto, para ti ¿cuales son los mejores de guardar?
- Para mí las vacas. Son unos animales tan inteligentes como las personas. Las cabras, no son malas tampoco. Y las ovejas, para el que le gusta, pero eso de estar durmiendo todo el día y caminar a lo largo de la noche para comer, no me gusta a mí. Pero claro, los animales se hacen a lo que los pastores les consiente. Pero a mí es que no me gustan tanto las ovejas.
- ¿Tú las has guardado alguna vez?
- Muchas veces. Pero que me gusta más guardar cabras y vacas. Las cabras son muy andarinas, pero no tanto como las ovejas. La cabra de noche no anda. La vaca, pues sí anda, pero tienen otras cosas que me gustan mucho. Las echa uno a dormir, donde tienen una majá reconocía y ellas se acuestan y no da guerra ninguna. Son unos animales muy inteligentes. La vaca come de día y de noche se acuesta.

A BUSCAR LAS VACAS

Mientras nosotros hemos dado buena cuenta del apetitoso arroz que Santiaga ha preparado, Juana va a su casa.
- Ahora vuelvo.
Pero como después de acabar con el postre, un simple tomate, no ha vuelto todavía, Pío me dice que quiere ir a ver cómo están sus vacas. Las que hoy guarda por las orillas del Guadalquivir.
- Pues nos vamos y luego al final charlo con tu hermana.

Salimos fuera. Montamos en el coche y siguiendo la carretera que lleva hacia el arroyo del Zarzalar, subimos despacio.
- Las dejé por aquí y creo que no se han ido muy lejos.
En el hotel damos la vuelta, dejamos el coche en la misma orilla de la carretera y nos metemos hacia el río por un sitio que le dicen el sumidero. Mientras bajamos me cuenta lo de la tormenta aquel día por los Campos de Hernán Pelea.
- Estaba con uno que le decía Julián el del Cesáreo. Tenía los animales justo por Pinar Negro. Se presentó una nube y no tuvimos más valimiento que pegarnos a un riscalillo muy chico, pero era sólo para que el aire no nos diera. Pues que nos hacían daños las piedras que nos caían en lo alto de la cabeza.
- ¿Piedras?
- ¡Vaya! De la nube. Unos granizos grandes como huevos de lomas y duros como piedras y daban unos porrazos que sonaban como calabazas. ¡Pasamos un rato jodío!
- ¿En verano fue eso?
- En verano. Ahí en esos campos, las nubes son de miedo. Es que ahí no hay sitio donde meterse. Esta todo pelado. No es como donde hay covachos. Eso en el invierno hay que abandonarlo. Ahí no se puede estar. Llevamos unos años que no nieva mucho, pero antes, caía unos nevazos que antes que se quitara uno caía otro.

RECORRIENDO EL RIO

En una llanura sembrada de nogueras que luego más tarde me dirá cómo se llama, nos encontramos las vacas acostadas. Al verlas las llama y los animales lo miran confiados. Seguimos un poco más y frente a la misma llanura, sobre una pequeña lomilla, nos sentamos de cara al río. Le pregunto por los nombres del rincón este, partiendo desde el Borosa.
- Pues más abajo del Borosa, lo primero son los llanos esos de la Loma, en la punta de abajo “enderecho” a la Loma, donde se cuela el río, está Acicaperales. La Huelga Parra es la que le sigue a Acicaperales, sólo que la segunda está en aquel lado y la segunda se encuentra en el lado de la Hortezuela. Luego el Soto, la Huelga Potra, un poco más abajo la Huelga Carretera, la Huelga el Tomillar, esta y por debajo del Vado del río, eso de la Golondrina que le decían el llano de la Farfolla, el llano Arance, el llano Curica y los Brígidos.

- Y eso de la boda de la Sixta ¿cómo fue?
- Era una que vivía por la caseta forestal de Roblehondo. Hasta me acuerdo de la copla que le cantaba ella al novio.
- ¿Cómo era la copla?
- Pues decía así: “Tres días hace con hoy y cuatro con el del mañana, eso hace que no te he visto ni tampoco tengo ganas”. Y cantaba muy bien. La que cantaba era una que le decían Francisca. Era del Campillo del Royo Frío. Una finca muy grande que había allí. En esas tierras antes sólo se veían habichuelas blancas y panizos. Aquello eran unas tierras muy buenas. Hasta me acuerdo cuando era la feria de Burunchel, un feriazo de miedo, que todo el mundo iba con sus guitarras y platillos. Era muy grande esa feria. En cuanto llegas por lo alto de la cuerda se sentía la orquesta de guitarras. Aquello era precioso.

- ¿Y cómo fuiste tú a la boda de la Sixta?
- Que fuimos desde la Hortizuela. Eramos un tío mío, una hermana que es la que ha muerto y no me acuerdo si iba otro con nosotros.
- ¿Pero aquello fue para cantar en la boda?
- Es que eramos amigos del novio.
- Ya lo entiendo, pero fíjate que ahora que estamos con los recuerdos de una boda, se me viene a la mente algo que he oído muchas veces por estas sierras. Eso de que algunas veces, se ha dado el caso de hombres que velan para trabajar y para todo menos para hacer uso del matrimonio ¿qué es?
- La historia puede ser verdad, pero para contartela, tengo que empezar por el principio.
- Pues empieza que te escucho con mucho interés.

ALGO DE BRUJAS

- Te voy a decir que este asunto lo viví yo en mis propias carnes. Fui un día a casa de un amigo mío que era de Ibros y se ganaba la vida de recovero. Porque claro, no me cobraba nada y es que dinero no había para ir a la posada. Esto se dio en Villacarrillo. Estaba yo allí cuando llegó una mujer dijo: “Mi marido, vale para trabajar, vale para cualquier cosa menos para hacer uso del matrimonio”. Y entonces salto ese amigo mío Ibreño: “Eso es que estará “travao”. Que está ligado. Pues claro, es que lo dejan inutilizado.

Pasó el tiempo y una vez me veía yo que las cosas no funcionaban en mí con tanta facilidad como otros años antes. Ni que agarrara a una mozuela, ni que fuera de baile, ni que me liara de bromas con una mujer, nunca pasaba nada. Yo ya veía que aquello era que me había inutilizado. Se me pusieron unos tan grandes como los faros del ese coche. Como becerros colorados. Unos y otros me preguntaban: “¿Qué te pasa en los ojos?” Siempre respondía: “Esto es del picante”. A mí me gustaba el picante y siempre les echaba ese achaque. Porque es que no son cosas para irlas contando a todo el mundo.

Pero yo me encontraba mal. A este asunto los médicos no le dan solución. ¿Qué hacía yo? Una mujer que había en Beas que le decían la ciega y tenía gracia, pues se había muerto. “¿Qué hago yo en este caso?” Era lo que a todas horas me estaba preguntando. Pero había una pajarica que siempre que me veía le daba una risilla que era para verla. Ya no me pude contener y le pregunté: “¿Es que está mal hecho algo?” Ella siempre me decía que no.

Es que yo me había enterado que su abuela había hecho cosas de brujerías. Y claro, pues no fiándome, comencé a acecharla y así estuve una larga temporada. Hasta que un día la cogí sola, como “ende aquí” a la puerta esa de la alambrada de las parcelas. Retirada de su familia. Como no lo sabía fijo, pero me dije: “A esta la sosaco yo de tal manera que me tiene que decir la verdad. Hoy me entero si lo que me pasa a mí ha sido ella la autora”. Me planté y le digo:

“Mira muchacha, te voy a decir una cosa: a cualquiera le da una mala idea y hace cualquier cosa que no esté bien. Pero si la corrige, pues no tiene delito. Esto te lo digo por lo siguiente: yo para vivir quiero ser hombre y para no ser hombre, no me interesa vivir. Así es que si tú quieres que viva, pues me quitas lo que me has “echao”, te guardaré secreto, no se le diré a nadie lo que ha pasado y seremos amigos toda la vida. El favor que te pueda hacer no se me irá de las manos. Pero claro, si no me quitas lo que me has echado, pues me queda muy poca vida, porque yo me la quito. Pero no vayas a creerte tú que es que te vas a burlar de mí. Que me he quitado yo la vida porque tú has estudiado de quitarmela. Que no. Que unos minutillos, aunque sean pocos, delante de mí te vas. Cuando te haya quitado a ti de enmedio me quito yo la vida y ya está todo ventilado”.

Pues creo que ella no me vería con muy buena cara. No es que aquello no fuera a hacer, porque como no lo sabía fijo, pero aquello fue para ver si se le escapaba algún detalle. Fue preparando el terreno de la mejor manera. Lo que pretendía era que si ella me acercaba aquel favor, para siempre ya íbamos a ser

amigos y allí no había pasado nada. Pero también le había dejado claro que si no quería, pues que yo iba a vivir poco, pero ella iba a vivir menos. Cuando se dio cuenta de mis prontos, contestó diciendo: "Hay, mira, yo no te he hecho nada. Si te he hecho algo habrá sido sin saberlo". Enseguida me di cuenta que había sido ella. Pero seguía diciendo: "Si te he hecho algo habrá sido sin saberlo y ya verás como se te quita".

Al decirme esto me dije para mí que ella había sido. Pues antes de las veinticuatro horas era yo un hombre. Me lo quitó.
Sorprendido y sin acabar de entender casi nada le pregunto a Pío:
- Y eso ¿en qué consiste?
- Yo no sé lo qué harán. No sé qué cosa. A mí me han contado después que a habido matrimonios bien casados a punto de "separtarse" y han ido a la ciega que te decía y ella le ha dicho que sí: "Tú estás ligado y ha sido fulana, pero no te creas que ha sido ella, que ha sido la madre". Pues así que fue a ella y le dieron lo que fuera pues se lo quitó como a mi y todo siguió normar. Pero antes, ni tener hijos ¿cómo iban a tener hijos? ni poder hacer uso del matrimonio. Después, ya quedaron bien. Y viven, pues como se debe vivir.

Lo más malo que existe en el mundo son las mujeres malas. Son mal ganado. Hay algunas que se dan al vicio porque les gusta, pero no son malas, tienen buen corazón, pero hay otras que tienen malos sentimientos. Van a hacer el daño que pueden. Y aquella era una.
- ¿Y ella de dónde era?
- No era de muy lejos, pero eso ya, yo le prometí que le guardaría el secreto y lo tengo que mantener hasta que me muera.

EL SOL VA CAYENDO

Por las altas cumbres de la sierra, el sol va cayendo. La tarde comienza a inundar los paisajes de tonos grises y de sombras alargadas. Los recuerdos no mueren. Revolotean por entre la oscuridad de los barrancos y el silencio de las sendas que se adivinan surcando las laderas y por entre el monte, ya rotas y olvidadas. El Guadalquivir remansa sus charcos entre alamos y zarzas. Cayada, casi indiferente a cuanto en estas sierras ocurrió a lo largo de los años e indiferente a lo que ocurre en esta época nuestra, se desangra el agua limpia hacia la profundidad del valle. Aquí, en este pequeño rincón del poblado de Coto Ríos, entre la sombra de los pinos y las nogueras, Pío y yo estamos dando por concluida la charla de esta tarde.

Sus vacas han dejado la cama fría que hace un rato recreaban entre el paso de la llanura. Cruzan la corriente y poco a poco los animales se van recogiendo hacia la querencia de la majada. El rincón que Pío les tiene preparado por entre los pinos al lado de las huertas. Nosotros también nos levantamos. Damos una vuelta por la laguna natural que en la curva del río duerme silenciosa. El me sigue explicando que desde tiempos lejanos este charco todo el mundo lo conoce por La Laguna. Desde aquí sube una sendilla y busca la carretera próximo a la construcción del hotel el Pinar. Como otras veces, me toma la delantera y aunque es cuesta arriba, no me deja cogerlo.

Ya en la carretera, subimos en el coche, bajamos hasta el cruce, torcemos a la derecha, cruzamos el río y entramos en las calles del poblado. Lo dejo en su casa despidiendo a su mujer Santiaga y les digo que volveré otro día.
- Ya te traeré el libro terminado o casi terminado para que lo leas.
- Pues se agradecerá.
Me dice. Juana su hermana, no está.
- Vino al poco de iros vosotros y como se quedó disgustada, se fue diciendo que iba a buscaros. ¿No la habéis visto?
Me dice Santiaga.
- No la hemos visto.
- Pues es que ella también quería contar cosas.
- ¡Cuánto lo siento porque me hubiera gustado oirla!
Me digo y les digo que otra vez será y poniendo el coche en marcha, recorro la calle, salgo a la carretera y al pasar por donde veo un todo terreno parado me doy cuenta que es de la cooperativa de excursiones Bujarkay. Me digo que un día de estos tengo que ponerme en contacto con alguno de ellos. Quiero conocerlos por si algunas cosas me pueden enseñar.

EL VIEJO SUMIDERO

Cruzo el río de nuevo y cuando ya subo por la carretera valle arriba, al pasar por la curva, me paro en la misma cuneta. Por el lado de arriba, en la ladera del pequeño cerrillo, Pío me ha dicho que "en otros tiempos ahí mismo había un sumidero". Veo juncos y otras matas de hierba y me pongo a curiosear con la

ilusión de explorar lo que por aquí haya. Mil veces he pasado por el lugar y hasta hoy no me he enterado de lo del manantial. Pero hoy tampoco descubro gran cosa. Sí se nota que por este pequeño hoyo en la ladera, en otros tiempos brotó agua. La tierra tiene vegetación propia de mucha humedad y las rocas son tobas, pero ahora mismo no brota por aquí ni un hilillo de agua.

Me vuelvo y comienzo a bajar hacia donde tengo el coche cuando al mirar hacia la carretera, veo a una mujer mayor que sube andando. La reconozco enseguida. Es Juana, la hermana de Pío.
- ¿Qué haces por aquí?
Le pregunto algo sorprendido.
- Como no me esperasteis me he venido a buscaros y como acabo de ver el coche, para acá me he venido. Más de dos horas llevo "buscandosos"
- Es que tu hermano tenía prisa por ver donde estaban las vacas. ¿Qué querías tú?
- Pues sólo que me hubiese gustado mucho estar con vosotros y contar cosas de mis recuerdos. Me gusta oír los recuerdos que cuenta mi hermano y como yo también tengo muchas vivencias, pues me distraigo charlando de ellas.

DE NUEVO CON JUANA

Al verla y oirla, lo primero que se me ocurre es que se sentiría feliz dandole la oportunidad. Enseguida pienso que puedo perder otro rato con ella y que cuente lo que le apetezca. Seguro que le placerá mucho al mismo tiempo que también creo, lo suyo puede ser interesante.
- Pues tú no te preocupes. Vayámonos para el pueblo y ahí, en la fuente que hay a la derecha de la carretera, nos paramos. Si quieres, cuentame todo lo que quería contarme.
- Pero es que se te va a hacer tarde.
- Para las cosas de estas sierras nunca es tarde y menos para esos recuerdos hermosos que tú guardas en tu alma.
- Pues como quieras.

Subimos en el coche, doy la vuelta y en la misma fuente nos paramos. Nos sentamos frente al chorrillo y le digo que hable. Que diga todo lo que quiera porque sé que todo es bonito y muy importante para mí.
- Pero lo que pasa es que yo, aunque tengo muchas cosas importantes, no sé como irlas sacando para que las entiendas y queden un poco claro. Lo que te decía mi hermano antes era eso: que cuando llegó la guerra, a todos los hombres se lo llevaron. Pero como nosotros siempre dependimos del campo y de los animales, mi hermana Dolores y yo, teníamos que atender el ganado, la huerta y la casa. ¿Qué ibamos a hacer? Si hombre no había.

Terreno sí teníamos mucho. Por eso tuvimos que buscar una muchacha que casi siempre estaba con nosotros que se llamaba Brígida. Un día íbamos a los pedazos que había por debajo de los Pardales y otro día a lo misma cumbre del Castellón de los Toros. Patatas, habichuelas, remolacha, de todo esto era lo que sembrábamos tanto en unas tierras como otras. Recogíamos mucho.
- ¿Cómo era el Castellón de los Toros?
- Un sitio llano en todo lo alto del monte al que se tardaba casi un día en llegar desde el cortijo del Mulón. Recuerdo que en una ocasión me quedé a dormir sola en aquel monte. Habíamos segado el trigo y como se me hizo tarde, me quedé allí a pasar la noche, cuidándolo para que los animales no se lo comieran. Cuando mi hermano iba con mi primo Máximo, el cojo del al Fresnedilla, pues ya tenía compañía, pero como ya te he dicho que en tiempo de la guerra a mi hermano Pío se lo llevaron, me quedé sola.

TESORO EN EL CASTELLON

- ¿Y no te daba miedo dormir sola, una muchacha, en lo alto de aquel monte tan alejado del cortijo?
- ¿Qué ibamos ha hacer? Animales salvajes, los únicos que había eran monteses. Lobos ya no existían y los zorros no hace daño a las personas. A mí lo que me daba miedo eran los encantamientos que decía había en aquel Castellón. Decían que había tesoros y que salían encantados. A un tío mío, una noche, le salió un toro. Estaba allí con los animales y le salió el toro. Después nos dijo que llevaba un manojo de llaves trabado en los cuernos. Pues si aquello hubiera sido cierto, aunque como él lo dijo, sería verdad, pero que si hubiera sido otra persona a lo mejor hubiera cogido las llaves y quién sabe si luego hubiera encontrado el tesoro.
- Pero eso del tesoro ¿Cómo se sabía?
- Es que una señora lo ensoñó.

- ¿Qué fue lo que enseñó?
- Pues según decía ella se trataba de un toro con un gran manojo de llaves en los cuernos. Ensoñó que el que tuviera valor y le quitara al toro las llaves, ya tenía el tesoro en sus manos. Pero claro, se ve que el toro

era para temerle.
- ¿Y qué era el tesoro?
- Pues una vez también contaron que estando arando las tierras aquellas a un arado se le enganchó el asa de una caldera. No le dieron importancia, pero luego empezaron a decir que a lo mejor era en aquella caldera donde estaba el tesoro. Mucho cavaron y todo, pero que no dieron con él. El asa dicen que era verdad. Luego, allí se han buscado muchos tesoros. Se han visto los pozos de tanto cavar, los cascos de las orzas y todo eso. Aquello es piedra y, sin embargo, donde los moros estuvieron, es de toba. Llevaron la toba desde el Royo el Hombre. Pero como había muchos moros pues dicen que la llevaron formando una cadena ladera arriba hasta lo alto del monte. Cogían una piedra en el barranco y se la iban pasando de uno a otro hasta lo alto del Castellón. ¡Pues ya habría moros! Que pudo ser, porque para llevar hasta ese pico tantas piedras, es complicado. Todo esto lo contaba.
- ¿Y nunca se supo de ninguna persona que hubiera encontrado alguna cosa que se pareciera a un tesoro?
- Pues dicen que vinieron personas que eran de por ahí ¿no sabes? Y también decían que en lo alto de aquel monte había aterrizado un "oroplano", y yo creo que como aquello es un haza, pues puedo ser. Y claro, se llevaron el tesoro. Decían que había visto allí hoyos de orzas que había sacado llenas de monedas.

- ¿Era por eso por lo que tú tenías miedo cuando por la noche dormías en aquellas alturas?
- Pues claro. Como todo el mundo decía que salía el toro, pues le temía. Me daba un poco de repelús, pero en fin, si hubiera salido tampoco le temía mucho. Porque era una cosa que podía haber sido. Me hubiera hecho rica, pero como nací para ser pobre no me salió ni la sombra del toro. Tampoco me hizo falta ¿Y si me daba un susto y me moría?
- Eso digo yo.
- Pero también alguna vez he llegado a pensar que a lo mejor el tesoro del Castellón estaba escondido en los trozos de teja que por allí hay tirados. Más de una vez las he partido, las he puesto al sol y las he visto brillar. ¿Qué será eso? Yo no lo sé, pero a lo mejor el oro estaba molido y lo habían puesto entre el barro de aquellas tejas para que así nadie lo supiera.

LAS LUCES DE LOS PEGUEROS

- A lo mejor era eso. Pero ahora, como estamos metidos en esto de los tesoros, dime si tú recuerdas que por las cumbres y las rocas de las Banderillas también hubiera algún tesoro.
- Por los Banderillas lo únicos que había eran los pegueros. Desde mi cortijo se veían por las noches las luces. Salíamos a la puerta y entonces decíamos: "Ya están los pegueros en el Hoyazo". Aquellas luces, trasladada a otros lugares, nos servían de contraseña. Como antes y allí menos, no había teléfono, pues nos apañábamos como podíamos. Cuando el cortijo del Aguadero se organizaba una fiesta o una matanza y nos quería avisar para que viniéramos, por la noche salían a la puerta del cortijo y encendían una o dos luces. Si nosotros la veíamos salíamos a la puerta de mi cortijo también encendíamos una luz. De esta manera ellos sabía que nos habíamos enterado y así, aunque las distancias eran grandes, nos apañábamos.

De aquellos tiempos me acuerdo yo de las grandes nevadas que caían por el cortijo del Mulón. Algunas veces, para poder ir a la fuente a por agua, los hombres tenían que coger una pala y abrir camino. Otras veces, cuando las nevadas ya eran más grandes, ni siquiera con palas se podía ir a la fuente. Teníamos que echar leña al fuego, cogíamos nieve y la derretíamos para poder apañarnos. Las nevadas por aquellas tierras siempre eran muy grandes. Duraban mucho. Cuando la nieve se iba, por las Banderillas se veían caer las cascadas y aquello era precioso. Una de las cosas más bonitas que en aquellos barrancos ocurría, era el arco iris. Cuando descargaban las tormentas y luego salía el sol, el arco iris adornaba las cumbres con una maravilla preciosa.

Me acuerdo que una ve me cogió una nube en el mismo nacimiento del río Aguamulas. Como teníamos tierras por todos sitios, en aquel rincón de mi abuelo, teníamos unos pedazos. A coger un saco de habichuelas y cuando ya lo tenía lleno, empezó a descargar la nube. Tuve que salir corriendo y meterme en el cortijo del la Fresnedilla. Aquello era de mi tía. El cortijo de acá era de mis abuelos y el de allá vivía mi tío. Yo siempre venía al de mi abuelo que era de mi tía. Pues aquel día me cogió la nube y tuve que dormir en aquel lado porque no podía pasar el río. Claro que me asustaba, lo que pasaba era que estábamos acostumbrados.

NO TENIAMOS QUE
HABER FIRMADO

Ahora, lo que te decía antes sí que me gustaría. Por todas las riquezas del mundo yo cambiaría otra vez mi cortijo del Mulón. Mi sobrino lo decía, que de todas maneras para lo que nos dieron, que no teníamos que haber firmado. Si nos hubiéramos quedado tampoco nos habríamos muerto. Mis primos se vinieron, mis padres se murieron y como eramos muchos, no daba la tierra para alimentarnos a todos. Cuando se casaron

mis primas, en la habitación que teníamos nosotros, se puso la cama. Luego se fueron a Santiago de la Espada. Otro fue guarda, el hermano de Alfonso también. En fin, las cosas fueron cambiando.
- De la huelga del río ¿qué recuerdas tú?
- Primero, cuando era pequeña, cuando estaba en el cortijo, a veces me mi madre me decía: "Hoy voy a hacer un guiso de tomates". Pues cogía mi cesta y en diez minutos bajaba y subía desde el río al cortijo con mi cesta llena de tomates. Ya que me casé, como mi marido era tan trabajador, de aquella tierra de la orilla del río recogíamos nosotros lo que no nos comíamos. Luego ya con los bichos, pues sembramos y no cogíamos nada.

EL NOVIO DE MI HERMANA

De cuando yo era mozuela recuerdo que una vez, a mi hermana que era un talento, la pretendió uno. Se fue a la guerra y cuando le llegaban las cartas mi madre le regañaba. Un día estaba ella llorando y fui yo y le dije: "Eso te pasa por ser lo tonta que eres". Me oyó mi madre y me pegó. Yo no dije nada, pero aquello no me gustó porque lo que pasaba era que a mi madre no le gustaba aquel hombre para mi hermana y quería que le dijera que no se acordara de ella. Yo le dije que como estaba en la guerra que no lo hiciera. Que tiempo tenía luego cuando viniera. Y es que mi madre, no encontraba hombre apropiado para mi hermana. Siempre la tenía acorralada y, sin embargo, a mí, no me decía nada. Me daba las cartas más bonitas para que le escribiera y a mi hermana no. Eso me daba lástima a mí. Mi hermana tampoco lo quería, porque no se casó con él y se podía haber casado. Lo que no quería es que nos llevamos bien como vecinos y claro, no quería darle ese disgusto.
- ¿De dónde era el novio?
- De un poco más arriba, de la Cueva del Torno. Pero mi madre era muy buena. A mi no me regañaba porque como era la más chica siempre me mimaba mucho. Ya cuando fuimos mayores, organizábamos sunas fiestas que pa qué. En el cortijo del Mulón habíamos cuatro mocicas catorce muchachos jóvenes. Por pocos que vieran, cuando organizábamos una fiesta, aquello era estupendo. Porque a pesar de todo, también lo pasábamos felices en aquel cortijo. Cuando no había una matanza, había un esquilo y sino otras fiestas. Lo de mi hermana, ya te lo he dicho, es que me daba pena. Era costurera y se pasaba el día encerrada en el cortijo cosiendo no sólo para nosotros sino para todos los vecinos. Antes no se compraba tanta ropa como ahora.

- Y de aquellos parrales que el otro día vi yo en el cortijo del Mulón ¿qué me dices?
- Pues que cuando era el tiempo de las uvas, después de las comidas, no teníamos nada más que salir a la puerta y de las mismas parras cogíamos un racimo y nos lo comíamos de postres. Si un año hicimos más de cincuenta arrobas de vino. Allí mismo había un hortal que le decíamos el Huerto de los Pepinos. Aquello daba pepinos para todos los del cortijo y no los acabábamos.
- Que estabais muy agusto en aquel rincón ¿verdad?
- Yo sí. Ahora te digo la verdad: si tuviera la posibilidad de volver a nacer otra vez y de escoger entre este pueblo de Coto Ríos y el Mulón, escogería mi cortijo de siempre. Sin dudarlo.

Por la carretera, mientras Juana me va desgranando sus recuerdos, no dejan de pasar los coches de los turistas. Uno de ellos se para. Nos mira y no para beber agua sino para curiosear, bajan y se acercan hacia nosotros. Le digo a Juana que ya nos vamos. Es tarde, casi empezando a oscurecer y su hermano puede que la eche de menos. Está conforme conmigo, la acerco hacia el poblado y poco más tarde ya subo por la carretera rumbo a mi destino por los cerros de Ubeda.

Ya se ha hecho de noche. En los charcos que se remansan entre los álamos del río, la luna se refleja. Y silencio, a lo ancho de los barrancos y las cumbres, se hace denso y la oscuridad parece que da paso a otro mundo. Quizá el mundo verdadero que al final de los siglos se extienda sobre este planeta para ser eterno. Cuando la noche cae sobre estas sierras, todo tiene un acento nuevo, mágico, misterioso y hasta un poco melancólico. Por eso mi por mi alma comienzan a correr las sensaciones que anoche sentí en el sueño que tuve.

EL RECUERDO QUE
SABA A MUERTE

Alguien, no sé quien o quienes, con más poder que yo, me querían echar de los rincones donde ahora vivo. Me ordenaban que me fuera a otros lugares. Una ciudad grande que queda muy lejos de aquí. A pesar de ser ciudad, grande y con muchas cosas modernas, no me gustaba. Esta tierra donde ahora vivo y sobre todo los paisajes que puedo gozar desde este lugar en que vivo, la tengo metido muy dentro. No quiero cambiarlo por nada del mundo aunque sean cosas muy modernas y muy grandes. No quiero irme de aquí. No deseo otro mundo que este y desde aquí, dejar que los días acaben conmigo y la tierra me convierta polvo, en el rincón justo donde ella me conoce y yo la conozco a ella.

Pero como en mi sueño, a pesar del gran sufrimiento que para mí suponía tener que irme de estos lugares, me obligaban a irme, me sentí triste. Muy triste y lleno de una profunda amargura. Como si me quitaran la vida sin darme muerte, pero dejándome sin aliento para que mi alma respirara. Pedí permiso para visitar por última vez la tierra amada y cuando me vi recorriendo los barrancos y las sendas por donde las aguas del Guadalquivir se alejan, me puse a llorar.

"Es mi última visita, mi último abrazo de amor con lo que para mí es la fuente que me conecta a la vida y a la inmortalidad de mi ser. Me separan, me alejan, me llevan a otros lugares que no conozco ni deseo conocer y ahora ya ni siquiera tengo ganas de vivir. Entre los paisajes de estos barrancos he encontrado todo lo que mi alma necesita para sentir el gozo y estar unida a Dios. Aquí tengo todo mi tesoro que no es otro que el reflejo de la belleza pura. No quiero, ni deseo ni apetezco ni lugares nuevos ni ciudades modernas. No quiero arrancarme de este mundo sencillo que tanto amo. No quiero irme de este río claro ni de la fresca sombra que sus montes derraman por los barrancos. No quiero y a gritos, llenos de amargura, lo estoy diciendo, pero no me hacen caso. Me arrancan de la tierra que tanto amo y me llevan lejos, a donde todo lo que existe, será pura amargura para mí".

Esto es más o menos lo que sentí en mí sueño cuando en silencio fui recorriendo las orillas del río la última vez que lo pisé. Después me alejé y ya todo terminó para mí. Lo único que recuerdo fue un mundo lleno de angustia, frío, sin aire para respirar y una amargura que me atravesaba el alma desde lo más hondo. Quise morir y entonces fue cuando empecé a comprender un poco, la tortura que estos amigos míos serranos vivieron cuando en aquellos tiempos los arrancaron de sus cortijos. Lo comprendí y hasta lo saboreé diciéndome que aquello y esto era cruel aunque hubiera razones muy nobles y grandes para hacerlo. Pobres amigos míos y pobre de mí mismo por el destrozo que a ello y a mí nos hacen. Nos machacan en vida y se quedan tan indiferentes y hasta dicen que es por el bien de la humanidad. Quizá deba ser así, pero si para tengan un poco de felicidad, los que luego vengan, es necesario privar de libertad y arrancar de sus raíces a los que ahora están y viven ¿no indica esto que es equivocado tanto el método como el camino?

DIA CUARTO

MIGAS SERRANAS

Hoy es ya doce septiembre y por eso el otoño empieza a pasearse por entre la vegetación de esta sierra. Hoy tenía que darme una vuelta por todo este valle del Guadalquivir porque lo del mapa. Resulta que la Editorial Alpina me ha pedido colaboración para a elaboración de un mapa de estas sierras. He aceptado y como ya estoy trabando en el proyecto, hoy que es sábado, me he dispuesto para darme una vuelta por este valle del Guadalquivir con objeto de pararme en varios puntos y preguntar cosas. Ahora necesito saber los nombres de todos los montes, arroyos, cañadas, fuentes y cortijos de todas estas tierras para así revisar bien el mapa al fin de sacar algo bueno.

Pues, en principio, quería pararme en el Pantano del Tranco y preguntar algunas cosas a mi amigo Nazario. Así lo he hecho y luego me he ido Guadalquivir arriba y en la Casa de Artesanía "Los Casares", también he preguntado a este otro amigo mío. No estaba hoy aquí ni José ni su mujer Mary Luz, pero sí su compañero. Con él he charlado un rato y después, como ya es tarde, sólo he llegado a la Venta de Luis para dejarle unas pruebas del trabajo de sus recuerdos. Luis no está y se las he dejado a su esposa. Desde aquí quería ir directamente a La Golondrina, pero son las dos y media y como otra de las ilusiones que hoy traigo por aquí es subir a la Hortezuela a comerme unas migas como las que probé el otro día, paso de largo. Llego a la Hortezuela y me dicen que hoy no tienen migas. Vuelvo en los apartamentos de San Fernando, sí tienen lo que busco.
- Buenas y auténticas migas serranas, tenemos en el menú de hoy.
Me dicen.

Me siento y en unos instantes me sacan un plato, que parece toda una fuente, lleno de migas con sus tropezones: un huevo frito, un trozo de chorizo, otro trozo de morcilla negra, un trozo de tocino y a todo alrededor de las migas trozos de melón.
- ¿Qué más va a tomar?
Me pregunta en el que me atiende. Le digo que nada más.
- Con este plato tengo más que bastante y agua hasta llevo que cogí hace un rato una buena botella en la Fuente del Macho.

Las migas están riquísimas y por eso doy buena cuenta de ellas en unos minutos. Pago, salgo, monto en el coche y unos metros más abajo, a la altura donde la otra tarde estuve con Pío cuando vinimos a buscar

las vacas, para. Me voy por entre los pinos mirando a ver si encuentro algún níscalo y sí: enseguida me tropiezo con varias setas, pero están secas. Las lluvias de este años, que han venido temprano, han sido buenas para que nazcan las setas. Después ha hecho calor, pero como no ha llovido, las setas que han salido se han secado. Una pena, porque podía haber sido un buen año de níscalos.

Me vuelto a coche y ahora voy directamente a Coto Ríos. Primero a casa de Pío, porque hoy también quiero saludarlo y dejarle varias hojas del libro que estoy escribiéndole y después quiero llegar a ver a los de Excursiones Bujarkay. Quiero preguntarles algunas cosas del rincón de las Canalejas y al mismo tiempo quiero hablarle de lo que de estos serranos mayores tengo escrito. Pienso que ellos serían importantes en el proyecto de estos escritos por el contacto que tiene con la gente que visitan este Parque. Me han dicho que son jóvenes, nativos de aquí y con muchas ganas de hacer cosas serías por esta tierra, sobre todo en la línea de ir a las raíces de las personas y cosas de esta sierra y dar a conocer la verdadera historia e identidad serrana. Pienso que podrían poner un buen grano de arena acogiendo los recuerdos que de los serranos mayores de estas sierras estoy recopilando.

LA CAIDA DE SANTIAGA

Así que con todos estos proyectos llego a la casa de Pío. La puerta está abierta y por eso al entrar llamo. En la pequeña cocina contesta Pío y en la otra estancia, la de la derecha, contesta Santiaga. Sale Pío primero y después de darme la mano me dice:
- Santiaga se cayó el otro día y está aquí sentada que no puede moverse. Pasa y la ves.
Lo sigo y en segundo estoy ante ella. La saludo comprobando que se alegra verme y enseguida me dice:
- Que me dio un mareo y me caí en el patio. Como estaba sola, aunque llamé a la vecina, nadie acudió a mi ayuda. Arrastrando me fui a la cocina y desde ahí me llevaron al médico de Ubeda. Me mirando y me dijeron que me había roto un hueso en la cadera, pero deseguida me echaron para acá.
- ¿Pero eso cómo puede ser así?
- Pues yo que sé. A mi no me han dicho nada ni tampoco me han mandado ninguna medicina. Aquí estoy sentada acompañada de las vecinas y sin poder moverme.

Me siento a su lado y mientras sigue dándome explicaciones tanto de su caída como del trato que ha recibido de los médicos, voy cayendo en la cuenta de lo desamparados que están. Pío tiene ya muchos años y aunque se nueve con agilidad, necesita cuidados y compañía. Santiaga además de los años, está muy delgada. Como poco y ni siquiera son comidas en condiciones. Su hija vive lejos y aunque las vecinas sí la rodean de atenciones y la atienden, al fin y acabo son dos personas mayores que están solos en su casa.
- Pero usted no se preocupe que entre nosotros nos tratamos bien.
Me dice de pronto María Dolores, una de las vecinas que acaba de entrar y se sienta al lado mío.

LA HIJA DEL TIO ALEJO

Me mira con interés y antes de los dos minutos me dice que ella es hija del Tío Alejo.
- ¿Lo llegó a conocer usted?
- Claro que no, pero sí he leído las páginas
- Pero es verdad que ahí sale mi padre. Por eso también a mí me hubiera gustado hablar contigo para contarte algunas cosas como lo ha hecho Juana y Pío.
- Pues para eso no existe ninguna dificultad. Porque tú ¿dónde naciste?
- También en el cortijo del Mulón. Pero mejor nos vamos a mi casa y charlamos un ratito.

Me doy cuenta que es lo mejor para así no molestar mucho a Santiaga. Así que salimos y en la misma puerta primero nos tropezamos con Juana y en la esquina con el marido de María Dolores. Subimos por la calle y en la esquina abra su casa, entramos y en el mismo patio nos sentamos. Le digo que la cas esa es muy bonita porque de verdad lo es y enseguida noto lo que tantas veces entre las personas mayores de esta sierra, he notado. La gran sencillez y el gran cariño con que siempre me tratan. Es como si me hubieran conocido de toda la vida y, además, como si estuvieran deseando encontrarse conmigo para poner, primero, todas sus cosas a disposición mía y para contarme sus cosas después. Es una delicia encontrarse con personas tan nobles, sencillas, de corazón tan limpio, tan trabajado en la vida y tan cargados de recuerdos.

MAS RECUERDOS

- Pues ya puedes empezar a contarme lo que tú quieras para que también tus recuerdos se queden entre nosotros para siempre.
- Empiezo diciendo que nací en el 1914, que me llamo Dolores Fernández García, que soy hija de Alejo y Antonio. En el cortijo del Mulón nos ha criado mi padre a todos y somos diez hermanos. Ahora mismo unos están en Castellón, en Gerona, en Francia, en Murcia, en Santiago de la Espada y en Villanueva del Arzobispo y mi hermana y yo estamos aquí en Coto Ríos. Resulta que cuando en vida de mis padres

estábamos en el Mulón, pues nos expropiaron aquello. Mi madre les dijo: "Pues lo que nos vais a dar en Coto Ríos, nos lo cambias por lo que nosotros os vamos a dar". Y entonces uno de ellos dijo: "Eso ni hablar. El estado no puede salir perdiendo".

Así que nos trajeron aquí, ya hace veintisiete años y desde entonces estamos pagando un alquilé. Hemos hecho muchas obras en las casas porque no estaban preparada para vivir como Dios manda y claro: con todo lo que le estamos haciendo aquí, si pasaran a ser nuestras muy bien, pero con no serán nuestras nuca, ya nos moriremos sin tener nada en este mundo. Nos quitaron las tierras que tanto queríamos y desde aquel momento nos dejaron desnudos y por completo en sus manos.
- Pero aquello del obispo cuando tus padres ¿qué fue?
- Vino una vez aquí a Coto Ríos. Era el día de la pilarica ¿sabes tú que los civiles celebran ese día?
- Claro, la Virgen del Pilar.

EL CEMENTERIO DE
COTO RIOS

Pues vino el obispo y dijo: "Pidan ustedes hoy todo lo que quieran que hoy se les va a conceder lo que pidan". Nadie hablaba y eso era del miedo que ya teníamos metido en el cuerpo de tanto palos como nos habían dado unos y otros. Hasta que se levantó mi padre con una garrotilla que tenía y al verlo el obispo dijo: "Que le den una silla al abuelito y dejadlo que hable". En la silla se sentó mi padre y el obispo le preguntó: "¿Abuelito, qué es lo que quiere usted?" De momento mi padre dijo: "Mire usted, señor obispo, yo no tengo don de palabras para hablar con usted, pero le voy a decir lo que quiero. Lo primero una escuela para que los niños no sean tan analfabetos como nosotros. Lo segundo un cuartel de la Guardia Civil para que haya orden y justicia. Lo tercero una iglesia para el que quiere, tenga religión y le tema a Dios y quiera estar bien con El, que vaya a misa. Y lo cuarto un cementerio para cuando ya estemos muertos no nos carguen en bestias como pasaba antes y así podamos descansar en paz en la tierra que tanto amomos".

Pues el obispo no dijo nada en aquel momento, pero pasado el tiempo, todas aquellas peticiones de mi padre, se han cumplido. Todo lo han hecho. El fue el que estrenó el cementerio. Primero hicieron la iglesia, luego el cementerio y a los cuatro día de inaugurarlo, se murió mi padre.

LO QUE DICE LA HISTORIA

- Aquello fue bueno, pero del cortijo ¿qué recuerdas?
- Pa criarnos allí, diez hijos, mis padres penaron mucho. A todos nos casó bien casado, con nuestras bodas más chicas o más grandes. Veinte y tantos años ha estado mi padre de guarda que luego si quieres te cuento lo que dice el libro para que sepas como fueron las cosas. Pero ya te adelanto que mi padre, a pesar de no poseer estudio, tenía una gran memoria. Eran trescientos veintinueve ganaderos y de me moria se sabía los nombres y apellidos de todos y número de ganado que tenía cada uno. Después tengo tres hermanos guardas de montes. Dos de ellos ya están jubilados y el otro, se jubilará pronto. En ese libro que te digo, de mi padre dice: "Nació en año 1.890, en la sierra de Segura en el cortijo de la Fresnedilla, a un paso de donde nace el río Aguamulas, con sus aguas de cristal y sus truchas. Su padre fue ganadero a la manera antigua, sencilla y autárquica y en la evocación que de él nos hace su hijo Alejo tiene el perfil humano de un patriarca sacado del Antiguo Testamento.

El Tío Alejo ha sido durante muchos años guarda de la Sociedad de Ganaderos de Santiago de la Espada y probablemente ya no quedan hombres que conozcan también como él aquella serranía áspera, sin pinos, desolada, de pastos muy dulces, rallando en los 2.000 metros de altitud de inviernos enormemente crudos. En aquellos años de las primeras décadas del siglo había infinidad de rebaños en la sierra: exactamente 293 ganaderos aprovechando los pastos mancomunados del término y el Tío Alejo lleva en la cabeza los nombres de cada uno de ellos y la relación numérica de todos los rebaños y cabezas de ganado que pastaban en aquella inmensa demarcación. Nombres, fechas, cifras y denuncias, todo era verbal y su palabra fehaciente.

Un anciano que lo conoce desde su mocedad, el tío Eusebio, molinero del río Aguamulas, que viene a ser más o menos de la quinta del Tío Alejo, dice de éste, ponderando su buena memoria: 'El Tío alejo tiene un almanaque en la cabeza que pocos pueden llevar'. Ahora vive los años de su vejez en el número tres de la calle del Río, en el poblado de Coto Ríos a orillas del Guadalquivir. Se sienta a su puerta, fumando, y mira pasar por el agua. Aunque esté muy viejo y achacoso se mantiene firme, vistiendo pulcramente su traje negro y camisa blanca. Tiene la voz profunda y el ademán grave y comedido y la distinción clásica de la gente antigua de la sierra. Todavía conserva los hombros anchos y las manos grandes, trasunto de la gran fortaleza física de una juventud y muy lejana. Y, además, tiene en sentido de la ironía. Si uno le dice al

saludarlo: 'Tío Alejo, hoy está usted más derechete'. Contesta sonriendo: 'Es que yo estoy muy bien hecho, sólo que hace muchos años que me hicieron".

LA MAYOR DE TODAS

Dolores, que sigue narrandome sus recuerdos, me dice:

- Yo, que era la mayor de todos, pues te puede imaginar lo que habré penado. Mi madre siempre tenía que estar en los huertos trabajando. He segado, he acarreado miel, he encerrado paja, he trillado y que te voy a decir más. De día tenía que hacer todas las cosas de los hombres y de noche tenía que coser porque si se rompía un pantalón, como no había otro, había que componerlo para poder seguir con él al día siguiente. La ropa también la lavábamos por la noche, las secábamos en la lumbre dejando mientras tanto a los niños desnudos para que al día siguiente llevaran las prendas limpias.

Hambre no hemos pasado. No como otros que se han comido la grama, las romanzas y lo que pillaban. Nosotros de hierbas, gracias a Dios, no hemos comido nada más que las collejas, lo que se come. Pero de ropa, sé hemos pasado muchas necesidades. Así que si me lio a contar todas las cosas que he pasado, no acabo nunca.

- Tú cuenta que aunque fueran duras en aquel tiempo, es bueno que muchos las conozcan.
- Pues a mí me da hasta "escuajo" de decirlas.

Cuando tenía ocho años, se fue mi madre a cuidar una tía mía, mi tía Consuelo que era hermana de mi padre y no teníamos pan. Decía mi padre: "Hija mía, si tú te 'Aterminaras' yo te pongo una silla, te subes y envuelves la masa. Si no puedes mucha, pues tres celemines de harina". Y me subí encima de la silla, amasé yo mi amasijo, mi padre caldeó el horno, él echaba el pan y luego él lo sacaba. ¿Cómo sería yo con ocho o nueve años? Cuando mi madre daba a luz, ya vez diez hijos en un cortijo, sin un médico ni nada. A mi madre nunca la tuvo que ver un médico. En el parto, una tía mía, la madre de mi prima Juana y Pío, la asistía. Tenía ánimo y ella le cortaba la tripa a crío, ella lo lavaba y ella se lo hacía todo.

Pero ya el último que tuvo nació muerta. Se asustó y la niña nació muerta. También mi madre lo pasó muy mal. Mi primo Pío tuvo que ir a Santiago de la Espada a llamar a mi padre. Sin ayuda de nadie ella se fue recuperando y siguió adelante. Algunas veces no teníamos ni pan. Y de estas ocasiones yo recuerdo que como teníamos ganado, mi padre cogía un choto, lo mataba y de aquello comíamos. Carne asada o carne frita porque no había otra cosa. Penar hemos penado mucho, pero nos hemos criado con vergüenza, con educación, no le hemos faltado a nadie. Mi padre nunca en la vida se ha visto enfrentado por mis hermanos. Ni ellos se han chispado a nadie nunca nada.

ALFORJAS Y LOS PANES

Uno de estos hermanos míos se encontró unas alforjas llenas de alimentos. Los suegros de esta señora que has estado hablando con ella hace un rato. Eran de la Hoyas de Albaldía. Subía un día por las veredas de la cuesta que lleva a las Hoyas y en el último mulo llevaba las alforjas. En el de "alante" iba subido el hombre y el segundo mulo lo lleva reatado. Se ve que a éste se la cayó las alforjas y el hombre ni se dio cuenta. Al poco, ya de noche pasó mi hermano por allí que venía de encerrar las ovejuchas y al ver aquello lo cogió. Lo miro y vio que dentro de aquellas alforjas había dos panes grandes de cuatro o cinco libras, jamón, una merendera con chorizos, una manta y unas sogas.

Cuando llegó a la casa dijo: "Padre, me he encontrado unas alforjas con pan y una manta". Preguntó mi padre: "¿Dónde están?" "Pues como nos tiene usted dicho que na que no sea nuestro que a la casa que no lo traigamos, pues allí se ha quedado". "¡Hombre, hijo mío, eso haberlo recogido!" Entonces mandó mi padre a mi hermano mayor, a mi Julia, lo colgó el un árbol y a los quince día apareció el amo de aquello y todavía estaba colgado en la rama del árbol. Entero el pan, el chorizo, la manta. El hombre le dice a mi padre: "Hombre Alejo, esto no se hace. Fíjate que el pan está ya "almocío" y ahora ni para los animales sirve. Os lo hubierais comido y buen provecho que la habrías sacado. Mi padre le dijo: "Si ahora valiera, se lo comerían mis hijos si tu nos lo daba, pero antes como no era mío, ahí se perdía" ¡Tú fíjate qué forma de ser los que antes vivíamos en la sierra!

Que eso digo. La educación que nos daban antes y mira la que hay ahora. Dicen que es que les temíamos mucho a nuestros padres, pero eso no es verdad. Yo no le temí nunca a mi padre. Yo me casé con veintiocho años y a mí no me había tocado mi padre nada más que una guantá que me dio una vez y con mucha razón. Porque nosotros siempre hemos tenido prohibido cualquier tipo de peleas entre los hermanos. Y aquel día, una hermana mía y yo, nos disgustamos por una manojo de flores. ¡Ya ves tú por un puñado de flores con las que había en aquellos montes! Y fui y le di a mi hermana una guantada. ¡Madre mía lo que a mí se me vino encima! Llegó en aquel momento mi padre. Nos cogió a las dos y nos arrodilló,

nos hizo levantarnos y besarnos y yo no quería. Todavía recuerdo a mi padre diciendo: “Muchacha, besa a tu hermana”. Y como no la besaba se quitó la correa para pegarme. Yo al ver la correa me voy hacia mi hermana y ella sí me besó a mí, pero yo, tanta rabia tenía encima que le di un bocado en la cara.

Enseguida le brotó la sangre. Mi padre me miró y con toda su energía descargó sobre mi una bofetá que no se me olvidará mientras que no me hechen encima la tierra. Esa es la Uncía vez que mi padre me ha pegado a mí y siempre digo que con toda la razón del mundo. No me volvió a pegar más. Yo le temía a mi padre más que miedo lo que le tenía era un gran respeto.

LUCHA POR LA VIDA

Antes de “expropiarnos”, cuando nos casamos, vivimos unos días de mucho penar. Teníamos una borricuja que era muy mala y “esmallá” que estaba, pues mi marido y yo nos cargábamos las piedras de yeso para hacer la casa. Las llevábamos hasta la carretera donde descansábamos y luego en otro tirón las subíamos hasta la casa. Hicimos un horno y allí cocíamos las piedras. Al volver del trabajo mi marido picaba las piedras para hacer el yeso y yo lo cribaba. Todo era para hacer la casa que hicimos, compramos un pajar e hicimos una casucha. Los palos los traía él arrastrando y cuando ya había que ponerlos en el techo, pues como eran muy gordos, los dos solos no podíamos. Llamamos a mi padre y a unos vecinos y nos ayudaron.

Todo esto, muy resumido fue lo que penamos para hacernos aquella casucha. Cuando luego nos expropiaron dijo: “Pues nos llevamos la teja al poblado”. Pues cuando nos expropiaron aquello nos “erribaron la casa y la teja se hizo polvo y ni siquiera nos dejaron recorgerlas. No nos dejaron nada.

Otra de las cosas que recuerdo fue la de la burra que le dio paralís. Después de estar mala parió una pollina. Lo digo por los trabajos que se han pasado. Mi padre nos dio una cabra y la ordeñábamos en la “palancana” y así se la bebía la pollina. De este modo la criamos. Al poco de casarnos mi marido cayó malo y como mis hermanos se los llevaron a al guerra todos los trabajos que los hombres. Me iba a echar el día y como mi marido estaba en la cama, así que llegaba el medio día, las otras se paraban a comer y yo, a levantarlo a él, a darle la comida, a lavarlo y si se había orinado y otra cosa, cambiarle las sábanas y encima echar otro medio día.

Así que ya no le digo más cosas porque no me salen del escuajo que me da.
- Y de hijo ¿cuántos habéis tenido?
- Pues que no hemos tenido hijos. Como entonces no había dineros para ir a ver lo que nos pasaba, pues nos hemos aguantado.
- Y de la Cueva del Torno ¿de qué te acuerdas?
- De chiquituja me acuerdo de ver allí a mi marido, a mi primo Pío y a don Alfonso. Donde nos criábamos en el Mulón no habíamos echado horno “tovía” y nos fuimos a amasar allí. Entonces mi marido pues era muchachote. Tendrían doce o catorce años y yo unos doce. Me mandó mi madre a por los trapos para tapar la masa. Habíamos amasado en lo de una tía mía que también era tan pobretica como nosotros. No tenía ni tendios ni nada. Dijo: “Anda y que te dé la tía Dolores los tendíos”.

COSAS DE NIÑOS

Y yo así que lo vi a él, me daba vergüenza de acercarme a la casa. Tenía unos perrujos y nos ladraban, pero yo no le temía a los perros de lo que me daba vergüenza era de él. Y me vuelvo y le digo a mi madre: “Madre, que no me ha querido dar la tía Dolores el tendío”. Arrea mi madre corriendo y le dice: “¿Dolores no le has dado a la chiquilla en tendío?” “¡Pero si aquí no ha venido!” “Pues si me ha ido diciendo que no se lo has querido dar”. “¡Será tuna la chiquilla esta!”

Es que siempre que me veía mi suegra me decía que yo iba a ser su nuera. ¡Que lástima! Yo le contestaba que no la quería para suegra. Y claro, por esto a mí me daba vergüenza de ir a donde estaba él. Si tú vieras la cueva donde nació mi marido y mi primo Pío te asustaría. Pues desde la Cueva del Torno íbamos a trabajar al Recó. Allí encendíamos una lumbre, allí cocíamos el puchero, allí sembrábamos tabaco, allí venían las monteses a todos aquellos piazos a comerse las cosas. Ya desde entonces nos conocimos y a la larga mi suegra se salió con las suyas. El tenía treinta y dos años y yo treinta cuando nos casamos. Juan José Rescalvo Muñoz se llama él, que es hermano de don Alfonso.

Y hablando de don Alfonso, mira como sería de chico que tenía siete u ocho años. ¿Si nacería para cura? ¿Tú sabes lo que son esas bolitas coloradas que hechan los enebros?
- Sé lo que son.
- Pues cogía una hebra y hacia rosarios con las bolas. Como las bolas eran coloradas pues donde le tocaba

el misterio le hacia un nudo de blanco y él decía que aquello era su rosario.

- ¿Y quién le enseñaba esas cosas tan pequeño?
- Pues su madre. Mis suegros y nosotros siempre hemos sido muy religiosos. Dicen que no hay cosa más tonta que un pobre querer a un rico. Pero mi padre siempre decía: "Nosotros más pobres ya no podemos ser, pero si me arrimo a uno como yo ¿cómo me va a dar para criar a mis hijos? Me tengo que arrimar donde me den". Claro que si tenía que ganar un duro a lo mejor con diez reales le hacían pago, pero comíamos. Pero mis padres siempre han sido muy religiosos. Muy amantes de la verdad y de las cosas buenas y limpias.

Y mi marido, donde lo ves ahora, no se acuesta uno noche ni se levanta una mañana sin rezar. Lo poco que lee es la biblia y un libro de cosas religiosas que le regalaron muy chiquitillo el otro día. Esa es su misión.
- Pero sigo pensando en quién os enseñó a vosotros todas estas cosas.
- Es que cuando mis suegros ya se bajaron de la Cueva del Torno a vivir en la Casa de las Tablas, ya tubo maestros de escuala. Todos los maestros, como no tenían casa, estaban pupilo en lo de mi suegra. De noche, cuando venían de las cabras, pues los maestros le enseñaba tanto a leer y escribir como las cosas religiosas. Mi marido ha sabido muy bien leer y escribir.

DIOS GUARDE A USTEDES

Por esto de mi gran creencia de Dios, en mi cortijo, tuve una vez un incidente que no olvidaré nunca. Mi hermana y yo estábamos en un sitio que se llama el Quejial, sembrando y recogiendo hortalizas de los hortales. Nos dejamos la masa del pan envuelta y cuando ya estaba para hacer el pan nos llamó mi madre: "Veniros que ya tenéis que hacer el pan". Pues veníamos cargadas de tomates, pimientos, cocotes, que entonces sembrábamos tabaco. Y al pasar el río me quedé "escarza". Una de las sandalias se me escalonó y la tuve que cogerla en la mano. Con un pie calzada, el otro sin sandalia y cargada con un saco de cosas del hortal.

Cuando llegamos al cortijo nos encontramos los de las comisiones. Siete u ocho hombres con sus escopetones. En aquellos tiempos había que decir "Salud" y al llegar yo dije "Dios guarde a ustedes". Me miraron y dijeron: "A ti, la de Dios guarde a ustedes, te vamos a preparar hoy". Mi madre se asustó. Gracia a que estaba mi hermana novia, con el marido que tiene hoy y venía con ellos. Pero él sintió decir: "A esta la vamos a preparar hoy", pero no sabía lo que me iban a hacer tampoco. El se vino con ellos porque pensó que mi madre y nosotras, al ver tantos hombres con fusiles, nos íbamos a asustar. Enseguida empezaron: "Venga, ahora mismo unas migas". Dice mi madre: "Si os la hacemos, pero esperaros a que hagan el pan para que no se pierda la masa".

Nos arrematamos para hacer el pan y mientras se venía para echarlo al horno, nos pusimos a hacer las migas. Teníamos dos jamones y los alcanzaron. Uno lo espiazaron y con las migas, se comieron la magra que quisieron. El tocino se lo echaban a los perros. Mientras comían no dejaban de pedir: "Danos aguas", y yo salía corriendo. "Ahora las cucharas" y allí que estaba yo. Todo lo que me mandaba tenía que hacerlo y mientras diciendo para mí "¡Dio mío! ¿Qué me harán?". Y a todo esto descalza y temblando de miedo. Una mozuela que era yo entonces.

Mi madre sin dejar de mirar y también asustada, dice: "Bueno, ahora dejarla un rato para que me ayude a echar el pan en el horno y coma un poco con nosotros". Enseguida contestaron: "No, ésta no, ésta no come ahora". Pues ni mi madre ni mi hermana quisieron comer tampoco. Terminaron de comer ellos y miraron a la guitarra que estaba allí colgada. Como mi cuñado sabía tocarla, le dijeron: " Tu, Julián, alcanza la guitarra que vamos a bailar". Cogió mi cuñado la guitarra y enseguida me mandaron que me pusiera a bailar. Temblando como estaba, descalza y muerta de hambre, me puse a bailar. Dos horas justa me estuvieron sin parar, bailando el suelto, que entonces el agarrado ni lo sabíamos ni mi padre nunca nos ha dejado bailarlo ni nada.

Delante de ellos y sus escopetones estuve bailando dos horas, sudando como un perro, escarza como mi madre me parió y sin catar un bocado. Cuando ya se cansaron se fueron y se llevaron el otro jamón que quedaba, se llevaron cuatro o cinco poyos que teníamos preparados para la pascua, rompieron un montón de tejas buscando la pistola que tenía mi padre y gracia que no la encontraron. La escopeta la llevaba él, como era guarda, sí tenía licencia de escopeta. Cuando ya se fueron hasta mala me puse de la panzá de bailar que me dieron. Escalza y sin comer sólo por decir "Dios Guarde a ustedes". Fíjate.

LA FAMILIA COMPLETA

Como esta tarde yo traía el plan de revisar el mapa y como ahora también esta tarde Juana nos acompaña, en unos de los momentos en que Dolores respira, nos llama.

- Es que quiero que veas el cuadro con las fotos.
- Sí, ven que te las enseñe.
Me dice también Dolores. Nos levantamos y entramos a la estancia de la casa. Sobre el muro de la pared principal, cuelga un bello cuadro. En él se recogen las fotografías de toda la familia. Un cuadro precioso que sólo verlo emociona. Frente a él le pido a Dolores que me diga los nombres.
- Empezando desde arriba y de derechas a izquierdas somos todos los hermanos y mis dos padres en el centro. Dolores, Bautista, Julián, Dionisio, Cristino, Baldomero, Santiago, Alejo, Antonia y Alejandro. Los dos del centro son mis padres que se llaman Alejo Fernández Quesada y Antonia García Muñoz.

Según el libro que se escribió para recoger las cosas de aquellos tiempos, la Fresnedilla por el año 1880, en palabras del Tío Alejo, era lo siguiente: “Nosotros nos hemos criado en el cortijo de la Fresnedilla, que le decían de Julián de la Fresnedilla, que ese era mi padre. Es un cortijo que se ve todavía subiendo por la carretera de río Aguamulas, en llegando al final, esa plazoletilla que hace la carretera donde termina y se asoma a un barranco donde nace el río y enfrente hay una ladera: ese cortijo que se ve allí abajo que tiene unas nogueras muy frondosas y muy frescas y una huerta. Allí nací yo y nos hemos criado nosotros.

Entonces no había carretera ni siquiera camino, sino tan sólo una sendilla para las bestias que venía subiendo desde el poblado de las Tablas, pasando por las majadas de los ganaderos y luego iba al sopié de nuestra casa y seguía remontando a transponer la rambla que da vista a Cubero, donde vivía y hogaño vive todavía el tío Josico. Mi madre, que en paz descanse, era muy guapa, y yo he oído contar, como se cuentan estas cosas en las casas, que la familia de mi padre no veía con buenos ojos a la de mi madre porque eran muy pobres; mi abuelo materno vivía muy pobremente de lo que ganaba haciendo miera, que es una medicina que se saca de la cepa de los enebros, y el hombre vivía en su miseria rebuscando plantas medicinales, que era muy entendido en eso, y sabía los sitios donde se criaba la terrailla, que son unas matas pequeñicas que se cuecen y son muy buenas para curar las heridas infestadas y se encuentran en muy poco sitios.

De manera que la familia de mi padre, como tenían unos hortales y una pizca de tierra, se creía muy encumbrada para emparentar con la de mi madre y la pobre sufrió mucho con esto. Pero mi padre se prendó de ella y se casaron, y la dote que pudo llevar mi madre a la boda fue de quince pesetas y de ellas su padre pagó un duro de compadrazgo, de manera que empezaron su vida de matrimonio con diez pesetas y los brazos para ganar de comer.

Se casaron y vinieron a vivir a la Fresnedilla y mi padre como era un tan vitalicio y mi madre joven, pues en pocos años se juntaron con nueve zagales. Eramos nueve hermanos todos pequeñicos y la vida no era fácil porque había que bregar mucho, mucho; pero el hombre está hecho para salir adelante con todo, y mi padre, que en paz descanse, de primeras vivió amargamente, pero luego Dios le protegió en suerte y adelantó unas pesetas en animales: a lo primero compraba corderos y los criaba hasta los dos años para venderlos luego de primales o de andoscos y le ganaba buen dinero porque este ganado segureño daba unas carnes muy blancas y lo preferían los marchantes.

Llegó a juntar una ganadería grande de ovejas, de vacas y cabras y nosotros, de zagalillos, ya íbamos con los hatos de mi padre por el monte y pasábamos miedo porque eramos pequeñicos y la sierra era muy grande y muy ariscada. Además, por entonces había muchos lobos y hombres malos desertados y nos atemorizaban”.

MIS AMIGOS DE BUJARKAY

Dolores, en poco rato, me ha contado no sólo algunas sino muchas de las cosas que ella quería. Le digo que otro día seguiremos porque esta tarde tengo que aprovechar para saludar a los de Bujarkay y salimos. Nos movemos por la calle y vamos a su casa. Me acompañan los tres: Dolores, su marido y Juana. Ya en la casa, la madre de Gonzalo nos dice que éste duerme y entonces espero un poco. Mientras dejo que pase el tiempo sentado en la puerta en el banco de madera que ellos han puesto para que los clientes esperen, observo a los que por la calle pasan. Primero me encuentro con Domingo Pérez. Sube a trabajar a los trozos de tierra que tiene por donde Pío encierra sus vacas.

Charlo un rato con él y en cuanto se va aparece Marina, la mujer de Miguel el molinero de Bujaraiza. Le digo que tenemos pendiente lo de ir un día al molino de Parrates y cuando ella sigue su camino también rumbo a los huertos, dos más que vienen desde los huertos. Cada uno de ellos empuja un carrillo de mano y estos vienen cargado de uvas. Las uvas de uno de los carrillos son blancas y las del otro negras. Me dicen que coja las que quiera y complacido cojo un racimo de cada carrillo.
- ¿Para qué queréis tantas uvas?

- Igual que en aquellos tiempos haremos vino.
Me alegra saber que todavía ellos siguen con las cosas de aquellos tiempos. Se les nota encerrados en este poblado que les construyeron, pero en lo que pueden, siguen con las costumbres y trabajos de aquellos tiempos. Las uvas las han cogido de las parras que tienen sembradas en los trozos de tierra que les dieron para que cultivaran.

De su casa sale Gonzalo. Nos saludamos y después de comentar lo del mapa nos ponemos a trabajar en él. Revisamos los nombres de los montes, arroyos y collados que rodean al pueblo de Coto Ríos. Revisamos toda la cuesta que desde el río Aguamula sube hasta Fuente del Roble y a las Canalejas. Revisamos todo el cauce del río Aguamulas hasta las Hoyas de Albaldía. Revisamos los montes, caminos y arroyos de los alrededores de los Centeneras y cuando ya empieza a oscurecer le hablo de los trabajos que este año he realizado con algunos de los vecinos que viven en este poblado. Gonzalo se interesa y me dice que ellos quieren implicarse en el tema. Que les interesa correr con la publicación de cualquiera de las cosas que traigo entre mano, sobre todo, aquellos temas que caigan por este rincón de Coto Ríos.

Le digo que me alegra y como, mientras hemos ido revisando el mapa, he descubierto que su madre vivió en la Casa de las Tablas, le digo que con ella también me gustaría hablar.
- Tendrá sus recuerdos y ya que te veo tan interesado en lo que de las personas mayores de este pueblo estoy haciendo, es bueno que tu madre también aparezca en estas páginas.
- Pues eso está hecho. Cuando quieras vienes y le preguntas lo que quieras.
Le digo que vendré un día de estos y fundamentalmente haremos dos cosas: hablaremos con Josefa, la hija de la Golondrina para informales de la publicación de su libro.
- Si ellos quieren publicarlo, le damos la oportunidad para que lo hagan y si no, le diremos que lo hacemos nosotros.
Es lo que me dice Gonzalo.

Se cierra la noche y ya lo despido. Le digo que me alegro tanto de una cosa como de todas las otras y lo despido. Despido también a Pío, a Santiaga y a las otras personas mayores que la acompañan esta tarde y me vengo. Me vengo contento. Hoy ha sido un buen día para muchas de la ilusiones que traigo entre manos y hasta siento como si el Señor hubiera estado dirigiendo las cosas. Como si El fuera el primero interesado en que las cosas salgan adelante. Me vengo contento por lo de Dolores, por lo de Pío porque su libro ya está terminado y ahora empieza a completarse y me alegro por la disposición que Gonzalo muestra en querer implicarse en la publicación y difusión de todos estos trabajos. Me alegro y doy gracias a Dios porque siento como si El estuviera dirigiendo y bendiciendo estos pequeños proyectos.

DIA QUINTO

PEPA, DE LAS TABLAS

Así que esta tarde, una de las muchas tardes que el otoño derrama por estas sierras y sobre las sencillas casas de este poblado, me he dado otra vuelta por el lugar. Busco a la madre de Gonzalo y como ya habíamos quedado en que un día de estos me contaría algunas cosas de las Tablas, se lo digo y en el pequeño despacho que estos jóvenes han montado para atender a los turistas, nos sentamos. Pepa, que así se llama la madre de Gonazlo, está nerviosa. Yo en su lugar lo estaría también, pero como en estos momentos siento que estas pequeñas charlas no son otra cosa que un secillo acto de cariño y respeto hacia ellos y su mundo, yo me siento tranquilo. Ni siquiera creo que estas cosas sean imporantes aunque sí siento por ellas y ellos un profundo respeto.

- Pues cuenta Pepa, como era aquello de las Tablas y vuetras vida cuando viviais por las tierras que tanto siempre habeis querido.
- Y yo qué le voy a contar. Que nos da mucha pena de habernos venido de allí, la verdad es esa. Aquí en el poblado mal no nos va tampoco, pero donde uno nace y se cría no se puede olvidar de la noche a la mañana. Cuando nos echaban de nos prometían que aquí nos iban a dar puestos de trabajo y esas cosas y que nos iban a atander en otras condiciones distintas a como ahora vivimos. Nosotros mismos teníamos allí bastantes terrenos y nos los despropiaron prometiendo que nos iban a hacer aquí una casa comercial. Esperando estamos todavía. Nosotros hemos tenido tienda de toda la vida.
- En las Casas de las Tablas ¿tenías tienda también?
- Primero la tuvieron mis abuelos, luego mis padres y luego ya me quedé yo con ella. Y la verdad es que de todo aquello que nos prometieron se ha quedado en una casa normal y corriente como a todos los vecinos y nosotros hemos tenido que gastar aquí mucho dinero en adaptarlo para poder vivir y esto nuestro.

Porque claro, nuestra vida de siempre ha sido la tienda. Nosotros hemos vivido con eso. De las tierrecillas recogiamos para el apaño y el aceite sufiente para el año. Con estas cuatro cosillas y la ayuda

de la tienda hemos ido viviendo. Así que a este poblado nos trajeron engañados. Los terrenos ellos los midieron. Nosotros tampoco dijos que era poco o mucho, lo que pasó es que nos quedamos hasta los últimos momentos porque ni queriamos que nos despropiaran ni nos queriamos venir. Pero ya, cuando te quedas sin vecinos, sin colegio y sin otras muchas cosas ¿a ver qué vas a hacer? Nos tuvimos que venir porque de tal modo plantaban las cosas que el que no quería lo pasaba peor.

- ¿En qué sitio de aquel rincón tenías vuestra casa?
- ¿Ha estado usted por aquel paraíso?
- El otro dia fue con Pío a su cortijo.
- Pues las primeras casas aquellas que se ve una asi a la derecha y otra a la izquierda que pasa la carretera por enmedio. Aquellas eran nuestras casas. Luego un poco más arriba teníamos otra. En las Hoyas de Albadía también teníamos otras viviendas porque aquello era herencia de mi abuelo.
- ¿Y aquello lo conoces tú?
- Iba yo mucho allí con mis abuelos. Era pequeña, pero me acuerdo que a mis abuelos les gustaba mucho que nos fueramos con ellos.

De los vecinos de la Casa de las Tablas me acuerdo de casi todos. En aquel trozo de tierra, tan lleno de vida y verde, había un poblaillo precioso. Más arriba de nosotros se alzaban otras casas, por debajo de la carretera ahora, donde vivía un señor que se llamaba Cirilo. Sus hermanas, se fueron a vivir fuera y alguna ya ha muerto. Dos hermanas le quedarán. Valeriana y Librada. Tenía varios hijos, se casaron y allí vivián también. Antes de llegar a nuestra casa, por la parte de arriba de la carretera, también vivía otro señor que vive en este poblado de Coto Ríos ahora, que se llamaba Jualián y era el cartero de aquella aldea. Estas personas ya son mayores, los hijos los tienen todos fuera y ellos viven aquí. En invierno se van una temporada a Castellón porque los hijos tienen allí un piso. Pero que ellos, como todos nosotros, les encanta vivir aquí.

Francisco Fernandez, eran seis hermanos que los que no han puerto viven aquí. Francisco, Primitiva, Manuela, Bernabé, Julio y Victoriano. Luego ahí abajo viven también otros vecinos, pero esos ahora no están aquí. Tienen los hijos en Lérida y se han ido con ellos. Si es que aquello era una aldea muy buena, ¿sabe usted? Lo que pasó es que cuando despropiaron, como todavía no habían echo el poblado aquí y trabajo no había, las familias estaban bastante neceista, pues se fueron para la parte de Cataluña, para la parte de Valencia y por ahí vive un montón de aquellas personas. Allí se iban y había trabajo tanto para los hombres como para las mujeres y después de todo, han tenido suerte gracia a su sacrifio y sus luchas. Luego había otros cortijos más arriba que se llamaban Majaldel Pino. Lo habitaban unas personas muy buenas. Emiliano se llamaba uno de la Campana que ya se murió, pero vive el hijo. Los del Majal del Pino, Mariano, Basilisa, José y Santiago.

Algunos de aquellos vecinos se fueron y ya casi no vienen a visitar esto. Será porque no quieroe volver a remover aquellos recuerdos.
- ¿Y de tuyos de niña?
- Yo fui poco tiempo al colegio porque era la mayor. Aunque allí sí hubo colegio hasta úlitma ahora. Eramos tres hermanas y como teníamos la tienda, yo tenía que ayudarles a mis padres. Lo que he aprendido ha sido de practicarlo más que de otra cosa.
- ¿Qué vendías en la tienda?
- De todo: alimentos, telas, hilos, apargates. Entonces no se vendía cosas de confección como ahora. Todo era a base de telas y había que coserlas.
- ¿Quién os compraba?
- Pues toda la vencindad y los que vivían en los cortijos que también iban. Era la única tienda que por estos contornos había. En Canalejas que la tenía mi suergro y en la Casa de las Tablas que la teníamos nosotros.

- Los productos ¿quién os los traían?
- Nosostros mismo y en caballerías. Todo eran caminso estrechos para andar sólo con bestías y lo más cerca , era Cazorla. Recuerdo que era a Linares donde mis padres iban mucho a comprar. Era muy durto todo. Yo me casé en las Casa de las Tablas. Mi marido era de las Canalejas y cuando nos casamos nos fuimos a vivir a Valencia. En Puerto de Sagunto nació mi hijo el mayor y el otro en Puzón, también provincia de Valencia. Después mi marido se fue a Holanda a trabajar. A los dos años de irse él, me fui yo también. Los niños los dejamos con mis padres y mis hermanas que estaban solteras aquí en la Casa de las Tablas. Uno tenía dos años y el otro cuatro.

Estuvimos un año entero trabajando allí. Al año volvimos con un mes de vacaciones y nos volvimos otra vez. Estuvimos otro año y ya nos vinimos. Y entonces fue cuando nos quedamos con la tienda ya nosotros.

Mis padre era mayores, mis hermanas ya se casaron y decían que no les interesaban la tienda.
- Eso era todavía en las Casa de las Tablas.
- Todavía era allí. En ese rincón estuvimos hasta que despropiaron y nos vinimos al poblado de Coto Ríos. Mis hijos se han criado ahí, en las Casa de las Tablas.
- Eso quiere decir que le tienen cariño a la sierra.
- Quiere decir que le tienen mucho cariño a la sierra.
- ¡Qué cosa más bonita! ¿Verdad?
- Eso sólo lo puede saber bien un auténtico serrano.

UN PASEO POR
LAS CANALEJAS

En la tarde que ha caido sobre las blancas casas del poblado de Coto río, Pepa, Pío, su mujer Santiaga, María Dolore y otros muchos vecinos más, nos vamos despidiendo. Ya no tiene más cosas que contarme. Tampoco yo quiero recoger más de sus bellos y a la vez tristes recuerdos. Pero antes de que la noche avance más, hasta mi se acerca otro de los matrimonios viejos.
- ¿Podríamos decir nosotros también dos palabras?
Me preguntan. Los miro y enseguida me digo que no puedo explicarles que esto no es para que todo el que quiera venga a decir algo.Esto no era ni para escribirlo ni para hacer un libro. Simplemente yo sentía la necesidad al tiempo que la curiosidad de enterarme de cosas de estas sierras. Simplemente quería oirlos y estar un rato a su lado sintiéndome amigo suyo. Pero enseguida comprendo que sí, ellos quieren decir cuatro cosas y creen que este es el momento que tanto han esperado. Creen que será importante contar lo que sienten.
- Podeis decir vuestras cuatro cosas.
- Pues yo me llamo Concepción García Pérez y allí he nacío, en las Canalejas que derribaron y mis padres también nacieron allí. Allí nos hemos criado todos. Hemos sido cinco hermanos. Dos hombres murieron ya y quedamos dos varanos y yo. Y así, con problemas de penar mucho.
- Pero lo que a mí me han dicho es que las Canalejas eran muy bonitas. Háblame de ellas si es que todavía recuerdas algo.

- ¿Recordar? ¡Madre mía del alma! Aquello tenía su iglesia, su cementerio que está todavía, su fuente de aguas limpias, sus tierras para sembrar tomates, sus viejos nogales, sus grandes hatos de ganado... en fin: aquello era un paraíso que nos rompieron para siempre. La iglesia no la derribaron, pero todo lo demás, sí. La casa donde yo he vivido era bonita. Muy bonita era aquella aldea de pocos vecinos, pero casi todos nacidos y con raices en aquellas altas tierras.
- ¿Por qué no hacemos una cosa?
- ¿Qué quieres que hagamos?
- Desde tu casa trazamos un recorrido y desde este rincón tan lejos y después de tanto tiempo, nos vamos por entre aquellas callejuelas hoy ya rotas. ¿Te acordarás?
- ¿No me voy a acordar? Es que vivo, sueño y hasta muero en aquel rincón aunque ahora esté en este otro.

A donde yo vivía le diciamos las casas de abajo. Así había un arroyo y teníás que colarlo y se llegaban a las casas de en medio. Ya tenemos dos aldeas. Luego estaban las casas de arriba y aunque parezca sencillo, con estos nombres nos apañábamos nosotros. En las casas de arriba era donde vivía el correo y donde estaba la iglesia. Recorriendo de casa en casa, puede que me acuerde los nombres de los que en ellas vivían. Salgo de mi casa y como decíamos antes, la tía fulana y el tío mengano. Decíamos esa frase así y de eso modo te lo voy a contar. Primero el tío Francisco que era un matrimonio sin hijos. Antonino, Juliana, el tío Rogelio y la tía Sebera que estos sí tenían hijos. Que nosotros así hablávamos. Luego el tío Perico y la tía Antonia. Tenía seis hijos: Francisco, Manolo, Manuela, Rafaela, Elisa y Antonio.

También vivía allí una prima hermana mía: fortunata, Pedro y cuatro hijos: Isabel, Francisca, Atilano y Eladio. ¡Madre mía, un montón! ¿Cómo sabré yo de todo eso? Pero claro, si yo he nacido en las Canalejas. Seguimos con la tía Lorenza y el tío Venancio. Tuvieron tres hijos que se llamaban Mercedes, Gonzalo y Ramón. Por la parte esta de acá, la tía Antonia, el tío Estefania con sus hijos Alejandra, Francisca, Estefania, Eugenia, Magdalena y Virginia. Esto todo una familia. Aquí por arriba la tía Ramona y el tío Juan y sus dos hijas, Isabel y Teodora. Seguimos con el tío Feliciano, la tía Antonia y cuatro hijas: Marcela, Juana, Pastora y Concepción.

A lo que se dedicaba cada uno de ellos era a la poquilla tierra que tenían. Con animaluchos, ovejas, cabras y así. Para buscarse la vida mal buscada. Allí vivía también el tio Cazagrillos, motes de aquellos que ponían. La mujer que era María de la Cruz, con hijos también: Lucía, Rosario, Pepa y Paco. Al otro lado del royo, le decíamos la “Bolea”. Había vecinos a los dos lados y enmedio estaba la bolea. Ahora ya cuelo el

royo a las casas de emendio porque aquí no me he dejado ningún vecino. Pues el tío Benito, la tía Pastora con los hijos Adolfina y Gonzala. Ahora voy allí para allá, para los triperos. Esto era un mote. Pero ya metían toda la familia. No los mentaban por su nombre. El se llamaba José María y ya los hijos, no se le mentaban por su nombre, nada más que los triperos.

Para ir de una aldea a otra se decía así: el Zurrión para ir a las casas de arriba. La Hoyica, eso otro nombre para ir a la hiyica aquella detrás de la escuela. Los sitios donde cada uno tenía sus huertos tenían sus nombres también. El Juncalillo, las Erillas, aquellas nogueras viejas que cortaron. Aquello era todo las Canalejas, pero lo que resulta es que aquí a lo mejor había un grupo de diez casas y en la de enmedio, a lo mejor lo había de veinte y ya en el último, otras veinte o veinteicinco, pero que era todo unido.

La fuente que tiene, que aquello es una maravilla, de siempre ha sido la Fuente de las Canalejas. En la aldea de abajo, estaba el Chorrete. Era una fuente que había allí donde íbamos a por agua. En la misma fuente teníamos nuestras pilas y una losicas que tenían unas rayas para “traspuñar” los trapos y allí lavábamos. A la noguera se le decía la Noguera de la tía Gabina, una noguera que hay en la aldea de abajo. ¡Aquello un montón de huertos! La Puente, Los Poyallatos, el Collao de los Aguaciles, las Perchas. Todo eso era de las Canalejas. Hay un montón de aldeas por aquellos barrancos.

Los Centenares, el Poyo de la Higuera, el Miravete, la Tiná de tío Silvestre, las Huelgas, los Praos, yendo para Poyo Salío, la Fuente de los Berros, yendo para la cañá. Ya desde Las Canalejas a los Centenares se gastaba pues unos veinte minutos. Los Centenares está, conforme estamos aquí, Canalejas se queda un poco más bajas y los Centenares en lo alto, pero al volcar. Si vamos desde Coto Ríos para allá lo primero que se encuentra son Canalejas.

La tarde va cayendo y como ellos ya me han contado casi todas sus cosas, las que recuerdan con tanto cariño de aquellos años, decimos que por hoy lo vamos a dejar. No dejar al modo en que ellos tuvieron que irse de sus cortijos, donde todo vino a las ruinas y al olvido. En este momento nosotros sólo interrumpimos durante un espacio de tiempo, pero manteniendo vivo y firme en nuestro interior el recuerdo, el amor y el deseo de que los serranos y las cosas de ellos por estas sierras, no mueran jamás. Aunque esto sea un tópico porque los serranos sí mueren y con ellos muchos de sus hermosos tesoros. Quizá este mismo invierno que ya se aproxima, algunos de estos que ahora ya son mis amigos, se vayan para siempre de estos lugares.

Paramos un momento para ver como a la sombra de las viejas encinas sigue creciendo la hierba y por entre ella aquellos hombres sentados y sus animales pastando. El sol cae, pero los arroyos siguen corriendo y por entre las madroñeras el rocío temblando. La presencia de lo que es eterno se adivina tanto que casi se palpa y de ahí que se toque también la pobreza y miseria de aquellas aciones de poder de los gobernantes contra los pequeñuelos. Se adivina y se ve brotar la verdad que trasciende y brilla con el fulgor de la estrella final.

Por un lado, la miseria de los que manda en una lucha silenciosa y cobarde contra los pequeños y que un día será patente. Y por otro lado, el dolor de los que han aguantado firmes en la sincera realidad que también será patente un día, para gloria de ellos y el Dios de la verdad suprema.

EL TESORO ESCONDIDO

AL OTRO LADO DEL MONTE

LA SIERRA CONTADA **RECUERDOS Y VIENCIAS POR EL RINCON DE**

POR LOS SERRANOS L O S V I L L A R E S

* FUISTE INMENSAMENTE RICO PORQUE PACIFICAMENTE TODO LO POSEIAS. EL HERMANO SOL, LA HERMANA LUNA, EL HERMANO VIENTO, EL HERMANO FUEGO, LA HERMANA AVECILLA. TODO FUE PARA TI COMO UN ABRAZO DE AMOR CON LO QUE ES TIERNO, AMABLE, SUAVE Y PODEROSO AL MISMO TIEMPO.

- Pues mi nombre es Ricardo Ruiz Fuentes. Nací en Los Villares de Roblehondo el día tres de abril de 1927. Hijo de Marcos Ruiz Díaz y de Concepción Fuentes López. Entré en quinta de veintiún año y me fui con Veintidós. Fue la primera vez que yo hablaba con personas desconocidas, porque a los de mi tierra siempre los he considerado como a hermanos míos. Hice la mili y vine y tan amante soy de mi tierra que de ellas no he salido todavía. He tenido la suerte de trabajar aquí y como los años corren, ya estoy jubilado. Los últimos días que el Señor tenga gusto de concederme, los estoy viviendo y gozando en uno de los rincones más bellos de este mundo. Donde el río Borosa entrega sus aguas al gran río Guadalquivir.

Al rincón he llegado ya cayendo la tarde. Y para penetrar en el rincón hay que entrar por la misma pista que trae al río Borosa, pero justo donde los turistas dejan sus coches para luego irse río arriba en busca de las maravillas que ellos sueñan, he torcido a la izquierda. En el bar Montero, donde he conocido a una sobrina de Ricardo, saludo a Mariano del bar Taxidermista. Hemos quedado en que otro día charlaremos un buen rato porque él nació en los Hoyos de Muñoz y según me ha dicho, conoce a fondo tanto las tierras del otro Roblehondo, el de Guadahornillos, como los caminos, los nombre y hasta muchas cosas del legendario Tío Loberas.

Unos metros más abajo del bar Montero he torcido a la izquierda. Por la pista de tierra bajo hasta el bar la Noguera y a la joven que ahí trabaja pregunto por el camino que debo seguir para llegar hasta la casa de Ricardo.
- Continúe todo resto y en aquel edificio que se ve al final, de color rojo y metido entre la vegetación, ahí tiene su vivienda.
El camino es de tierra, en muy malas condiciones y limitado a un lado y otro por una valla de alambres. A la derecha la zahúrda y en ellas los marranos, al olerme, gruñen pidiendo la comida. Más adelante, los pedazos huertas sembrados de maíz, tomates, habicholillas y otras hortalizas. El carril gira a la derecha y enseguida tuerce otra vez a la izquierda alineándose ya recto a la casa de Ricardo.

No puedo seguir porque una pequeña reguera cruza la pista y el coche que traigo es muy bajo. Al atravesar el surco las partes bajas dan en el suelo. Doy marcha atrás y en el rincón de la última curva , aparco. Busco las cuatro cosa que necesito para charlar con Ricardo y sigo andando dirección a donde vive. Su casa se encuentra toda rodeada de plantas, parras, árboles frutales, mesas y sillas por un lado y otro. Todavía no he llegado cuando ya me saluda Segunda, la mujer de Ricardo y enseguida lo llama.
- Que ya está aquí este señor.
Le dice en cuanto él le contesta por la parte de atrás donde anda ocupado en las cosas que que ahora le hacen feliz.

Ricardo es una excelente persona tanto por su amabilidad como por la agilidad de sus palabras y el cariño con que trata a las cosas que lleva dentro, que son los paisajes con sus río, las cumbres y las fuentes que tan bien conoce.
- ¿Dónde nos sentamos?
Me pregunta.
- En cualquier sitio, pero donde no nos molesten mucho.
- Pues lo mejor es que os vayais al Parque.
Aclara Segunda.

De pronto, me suena algo raro la palabra Parque por dos razones que enseguida aclaro: tengo conciencia que en estos momentos me encuentro dentro de lo que son tierras del gran Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas y de aquí que, con derecho, sienta que en el Parque ya estamos. Por eso senguida pienso que se trata de un parque particular que ellos conocen por algún rincón de las orillas de los rios. Pero miro y así de primeras, lo que enseguida veo son los alambres de la balla que limita sus tierras y eso sí, por el lado que pega al río, mucha vegetación. Un bosque espeso y verde que ni siquiera deja ver las aguas del río e incluso, las laderas de los montes al otro lado. Por estas razones enseguida hablo diciendo:
- Nos sentamos por aquí en la puerta donde ya estoy viendo nos vamos a encontrar agusto.
Ricardo se apresura a clarificar:
- Es que este rincón que cuido aquí tú no lo conoces. Nosotros lo llamamos Parque y como puedes observar, lo tengo bien disimulado y hasta cerrado con esta puerta. Es una cosa tan esquisita que no dejo yo entrar

a cualquiera. Ni siquiera mis nietos tienen acceso libre porque temo que me lo estropeen.

Habre la pequeña puerta de tela metálica que da entrada a un recinto ballado por el lado del río y por donde ya hace rato estoy viendo, la vegetación es muy abundante. Me invita a pasar y algo desorientado camino detrás al tiempo que recreo mi ojos por la verde espesura que a un lado y otro nos arropa. Vegetación expontanea de la que siempre creció por la orilla de estos ríos. Un pasillo largo y al final, un ensanche, un pequeño espacio algo redondo y en el centro un embalse, al nivel del suelo. Una piscina natura que más bien parece cualquiera de los mil charcos azules que se remansa por el cauce del río Borosa.

Al lado derecho, un asiento, una pequeña caseta, bastante camuflada entre la vegetación, un pasillo que reodea el remanso, fósiles recogidos por las montañas que a los lados nos rebasan, el agua que en un caño grande entra por el lado en que viene la corriente del río, peces que nada en el agua transparente, extrañas figuras de raices viejas también recogidas en los bosques que nos rodean, ramas de sauces que cuelgan, rumor de agua que corre y se va buscando el río, sombra, viento fresco y silencio. Mi alma asombrada porque no me esperaba un paraiso en pequeño en este rincón escondido y mis labios que barbucean palabras torpes. Se me viene a la mente lo que Eduardo, del Cortijo del Chaparral, me ha dicho en más de una ocasión: “Esto es gusto mío por la naturaleza”.

Y me digo que sí: es eso y mucho más. Es el cariño que siempre lo serranos han sentido por los bosques y paisajes donde han vivido. Es su expresión de gratitud a la naturaleza por tanto como la naturaleza, a lo largo de la vida, le ha dado a ellos. Es un puñado de amor sincero materializado en este sencillo respeto por las cosas hermosas y tan llenas de vida. Es un signo, un gesto, un decir: “Como nunca me hiciste daño, yo no te rompon, sino que te admiro, te rozo, te toco, me recreo en el verde de tus hojas meciéndose al paso del viento y te dejo en paz. Contemplo en ti la obra perfecta que el Creador ha modelado sobre esta tierra y te dejo que vivas porque te siento hermana mía. Ere hermosa y por eso no puedo romperte. Porque en el fondo, sin saberlo sé, que tu fragil ternura es igual al latido profundo que revolotea por mi alma. Somos una misma cosa en ese punto en que la materia se acaba y por eso no puedo romperte sin hacerme daño a mi mismo”.

Algo parecido a esto es lo que siento y como con las palabras no puedo expresar lo que con mis ojos estoy viendo, guardo silencio y sólo de vez en cuendo digo:
- Esto es muy bonito Ricardo. ¿A qué se parece?
- ¿A caso es que no lo has visto en otros lugares?
- Lo tengo visto a lo ancho y largo de estas sierras, pero sigo haciendote la misma pregunta: ¿A qué se parece?
- Pues aquí lo tienes: esto que ves ahora no es nada más que el deseo de exprasar lo que llevo dentro. Quiero decirlo, pero como no tengo palabras, de este modo me comunico. Sería yo el que tendría que hacerte la pregunta. ¿A qué se parece?
- Pues se parece a algo y no se parece a nada y al mismo tiempo es una realidad muy grande. La respueta la tienes tú y es la misma que desde hace millones de años tantos andamos buscando. La misma que palpo a cada paso que doy por cualqueiera de las sendas que surcan estas sierras. La misma que busco cada día y sólo, cuando por los paisajes de estas cumbre me muevo, siento que me envuelve. Por eso ahora mismo, aunque sea machacón, no se me ocurre otra cosa que hacerte otra vez la pregunta: este trozo de paraiso que junto al gran río tú has modelado, se parece a algo Ricardo, ¿dime a qué se parece?

Y como Ricardo no sabe responder, o sí sabe responder pero no de la manera en que yo quiero y espero, me dice:
- Ven, sientate en este sillón que se mece frente a las aguas del charco que con mis manos he tallado. ¿No ibas a preguntarme cosas?
- Quería yo preguntarte cosas, pero en este momento etoy desorientado. Hace un rato, cuando me acercaba a tu casa, venía como seguro de mi mismo, apoyado en mi soberbia y con las preguntas preparadas. Pero en un abrir y cerrar de ojos, ha sucedido lo que ni siquiera había soñado: sin que todavía hayas hablado, me has dejado no sólo sin palabras para preguntarte, sino hasta sin lugar en este universo serrano. ¿Qué quieres que te pregunte?
- Pues entonces hablo yo y escucha a ver si algo de lo que de mi boca salga, se parece, siquiera un poquito, a lo que tú querías saber.

Me encanta la naturaleza y de una forma especial, el sitio donde nací y me he criado. Lo que más me ha gustado ha sido, cada vez que he visto un cerro, ir hasta él y ver lo que había al otro lado. Explorar, descubrir, encontrarme con ese mundo escondido que siempre se oculta a otro lado del monte. Siempre soñé encontrarme con alguna persona que tenga la opinión que yo tengo y sienta, por los montes, el cariño

que siento yo. Pero como sé que lo que a ti te interesa, al principio, es saber de la aldea donde naci, te hablaré de Los Villares.

Aquello era una pequeña aldea con sólo unas veinticinco casa. Los vecinos que en la aldea viviamos nos tratábamos siempre de hermana fulana o hermano mengano. Con sus nombres de pila, pero nos tratábamos así. Cuando iba alguna persona importante, como un médico que iba en una caballería, nosotros con quince o deiecisies años, nos escondiamos en las cuadras y en los pajares. Era porque nos asustabamos de ver aquella persona. Siempre preguntaba: "¿Aquí no hay zagales?" Los mayores le respondían: "Sí que hay zagales, pero es que están por ahí con los animales". Pero no era verdad. Estábamos escondido vigilando y en cuanto se iba, corriamos a los mayores preguntanto: "¿Quién es, qué ha hecho, qué ha traido?"

De Isaac Sanchez me acuerdo yo mucho porque era un hombre muy bien explicado. Amaba mucho la naturaleza y se portaba muy bien con la gente. A mi me deba envidia de aquel hombre tan inteligente. Era muy sereno y siempre te trataba conn mucha simpatía. De mi padre me acuerdo que era de la quinta del diciseis, sirvió en Africa y lo sacaron para la escolta del rey. No este rey de ahora, sería el padre o el abuelo. Cuando volvió, a lo largo de toda su vida ha estado aquí. Mucho ha trabajado tanto él como yo, en las pegueras sacando alquitrán. Si luego quieres, me pregunta y ya verás como te explico todos los detalles de una peguera. Se hacerlo todo desde el principio hasta el final. Cortar la tea, traerla, partirla, encañarla... pero si quiere lo dejamos para luego ya verás como te lo digo con todo detalle. Las pegueras ha sido una de las actividades más importantes entre los serranos que siempre hemos vivido en estos montes. Ya verás que bonito.

Pues de esto y otras mil cosas sencillas, trabajosas y buenas, vivíamos allí. De los animales, algún trabajillo que salía en las sendas que reparaba el Patrimonio Forestal, luego la temporada de la aceituna. Que se vivía bíen, a pesar de lo que muchos creen, los serranos vivíamos bien y muy agusto en nuestras tierras tan libres y tan llenas de aire y sol. Se trabajaba mucho, pero todo era en un mundo tan libre, tan pequeño y tan grande al mismo tiempo, que éramos felices de verdad. Se estaba bien. Había menos dinero y mucha más alegría. Porque ahora con más dinero, las cosas son de otro modo. Si tú llegas ahora a mi casa a lo mejor dices enseguida "Ay que bonita esta casa", pero si no viene el panadero esta noche no hay pan. En aquellos tiempos, aquellas casillas de cuarto y cocina y arriba la cámara, siempre te las encontraba como una coleme. Repleta de comida hasta arriba.

"Caiba" una nevada y no le temíamos. Como un día que cayó un nevazo tan grande que hasta los Veintidós día no pudieron salir los animales de las cuadras. Para ir a la fuente tuvieron que hacer carrir por encima de la nieve. Y las casas estaban todas llenas de comida. No hubo que salir a ningún sitio a buscar nada. Parace que esa vida, lo que ahora recuerdo, me gustaba mucho. Y siempre llevo yo presente el rincón, los días y las luchas que por aquellos lugares experimentamos. Que me gusta a mi eso.
- La recuerdas tú con cariño.
- Eso es. Esa confianza de dcir: "Bueno, que se venga a dormir a mi casa tu hijo o tu hija, que parece que nos da miedo, nos juntamos a trasnochar y comernos un choto o lo que fuera". Y ahora la gente, cuando hay tres, se pierden dos. Cuando hay cuatro, se pierden tres. Parece que eso es que no... yo qué sé. Que lo encuentro yo raro.

He padecío mucho ¿no sabes? No me enseñaron nunca nada malo y ahora me alegro de haber padecido tanto. Ahora conozco este bien que hay y no lo aprecio porque me acuerdo de la necesidades que antes pasábamos. Ahora las cosas son distintas. Hay mucho "espifarro" tanto en la ropa como en la comida y en otras muchas cosas. Los que hemos conocido aquel mundo que vivíamos antes ahora no nos gusta este aunque sea mejor.
- Yo no conozco los Villares ¿cómo eran?
- Era una aldea de veinticinco o treinta vecinos. Al final del filo del Calarejo, en una morra que hay con muchas vistas hacia los barrancos del río Borosa, estaban las casas. Mucha agua que había allí y muchos animales. Había también muchas huertecillas y con estas cuatro cosas y el aire limpio, vivíamos bien, muy bien.
- ¿Cómo se llamaba la fuente aquella?
- La Fuente del "Royico". Aunque por allí hay mucho manantiales. Más para acá, conforme se está en los Villares, a la derecha está el royico y a la izquierda se cuentra la Tejilla. El Bonal se ve al frente, al pie de la risca, la Fuente del Bonal.

A la derecha del Bonal hay un sitio que se llama el Castillico. Desde allí se abre una hermosa vista sobre todo el valle del Guadalquivir. Aquello parece un castillico. Lo bautizaron así y acertaron mucho porque de

verdad parece un castillo pequeño.
- ¿Por donde está la casa forestal de los Villares?
- Por encima. Eso: el Castillico. Más allá se encuentra el Prao de la Solana y si seguimos caminando para allá, a la derecha nos encontramos el Puntal de la Solana y se llega al Collado de la Cierva.
- ¿Que es donde nace el arroyo?
- Eso. El arroyo de los Villares, que se llama. En en Collado de la Cierva empieza toda la vertiente. Por ahí se pasa uno a Collado de los Nevazos, por un sitio que se llama otro Calerejo. El Calarejo de los Nevazos y del Calarejo de los Villares. Todo eso es término de Santiago de la Espada.

Por ahí... "¿ande quieres que nos cambiemos ahora?
- Ya que vas con los nombres sigue adelante.
- Pues entonces te iba a decir que el Calarejo de los Nevazos parte, por un sitio que se llama el Puntal del los Borregos, un propiedad de un señor de Santiago que le dicen: "Los Cuchareros". A la derecha nos queda el terreno del estado y a la izquierda parte esa propiedad y aquello se llama La Campana. ¿Te suena?
- Sí que me suena y en la lista de un millón de cosas que de esta sierra esperan ser conocidas, pisadas y amadas por mí, la tengo.
- Pues entonces se sigue y a la derecha tenemos el Tranco del Perro, a la izquierda los Pardales, la Cuesta "El Muerto"y el Collado de la Basura. Desde allí mismo, recto nos encontramos la Baderilla Grande y la Banderilla Chica, la Soga está "entremedias".

De la Baderilla para acá, tenemos los Carasolillos, donde hay una salida que lleva a Viñuela. Al Collado de Viñuela. Al salir a este collado nos encontramos un sitio que se llama Los Tejos.
- Espera un poco Ricardo, porque tan aprisa vas, que no te sigo. Me estoy perdiendo. ¿Los Tejos quedan por la parte, por la Cumbre del Banderillas?
- Lo que estamos recorriendo ahora mismo es precisamente eso, la cumbre. Estábamos en los Tejos y desde aquí mismo, arriba, tenemos el Fraile.

Siguendo la cordillera desde el Freile para abajo llegamos a un sitio que se llama la Pasá del Maguillo. Desde aquí seguimos recto para abajo. Esto quiere decir que lo mismo es de Santiago lo que hay por el lado de allá que lo que estamos nombrando por este lado. Todo es término de Santiago de la Espada. Pasamos y llegamos al Puntal del Aguila, a la derecha porque a la izquierda se nos queda el Pasá del Maguillo. Un poquito más abajo a la derecha, el Puntal del Las Cabras. A continuación, el Recoblar, el Castellón del Haza, la Fuente de la Mantellina que se encuentra próxima al Castellón. Un poco más adelante, la Majá Martín y recto para abajo, por la Cruz de la Mala Mujer al nacimiento del Borosa que se llama Aguas Negras.

A la izquierda del nacimiento, subiendo por encima, se encuentran los Puntales de Carpio y Covacho del Infierno. A la salida del Covacho del Infierno está el Pozo de los Brígidos. A continuación, Cañá la Fojas y el Risco. Para abajo, Rambla Seca que viene a juntar otra vez al nacimiento. Ahora nos vamos a venir nombrando lo que queda río abajo hasta juntar con aquel tope. Cuando nos juntemos con aquel tope, nos colamos a la otra vertiente. ¿Vale?
- Sí que vale.
- Pues como hemos terminado en el nacimiento del Borosa desde Rambla Seca para abajo, nos venimos hasta la Huelga del Nidillo. Nos encontramos también con la Lancha Pilatos, Poyo Cerezo, el Canalón de la Víbora, las Rozas, las Cocotas, el Barranco de la Tabarrera, la Lancha del Espartal, Loma Emendio, la Central Electrica y el Cenajo de los Toros. Para abajo, a juntar aquí con la Piedra de los Hornos, la Bradá, el Castellón, cortijo de Guindas de la Cueva Infante al lado del castellón, a la izquierda.

Por ahí recto para abajo hasta el Vado de los Rosales. Pero ahora, como nos hemos dejado un poquito de rincón, lo vamos aprovechar para arriba para cubrir hasta la Central. Se sale al puntal de la Cerrá. Desde ahí al Covacho o Cueva del Chorreón, Puntal de los Arredraeros, cortijo de la Asomaica, Roblehondo y desde ahí para abajo, a la Piedra del Nidillo. Desde este punto salimos por la Lancha del Cornicabral y a la izquierda de los Villares nos queda el Collado Santos, Los Collados, el Collado Volante, que aunque parezca esto raro, es un nombre. Tenemos luego la Roza el Rabilargo, que tampoco sabemos este nombre por qué, pero que existe desde hace mucho.

Seguimos y tenemos La Canalica, el Collado del Lobo y la la derecha, La Tripa, que eso ya linda con ese coto que hemos nombrado. Por aquí nos tiramos para abajo a la Cueva del Puntal, recto Loma de María Angelas a las Juntas del Borosa.
- Y si ahora nos volvemos y nos vamos por la senda que sale desde la Fuente de los Astilleros ¿qué nos encontramos?
- Lo primero el Ruejo, que fueron unos cortijos y unos trozos de tierra que se cultivaban. Pasamos por el

Barranco del Coro y llegamos a Pedro Cano y torcemos hacia un sitio que se llama la Morra del Pesquesión que ya sale a los Villares. Pero antes nos ha quedado el Barranco Oscuro, a la izquierda la Laguna y a la derecha tenemos el Ruejo.

Siguiendo el río Borosa para arriba tenemos el Charco de la Cuna, el royo las Truchas, El Robliar, los Caracolillos, La Tabla del Vado, la Loma del Tejuelo, la Cerrada de Elía, el Canalón de los Pinos Blancos, Huelga Nidillo y la Central con el Salto de los Organos que no lo hemos dicho antes porque ese punto lo conoce todo el mundo. Es lo más popular porque aquí y entre los turistas. ¿Ahora ya podemos nombrar lo que nos queda por este lado?
- Podemos nombrar todo lo que tú recuerdes y te guste nombrar.
- A la derecha de la carretera que sube para Guadahornillos, nos encontramos con el Pecho de las Instancias, la Loma del Tejuelo, las Cabrerizas, el Castellón, La Plaza de Arma y la Cueva de la Sepultura.

Siguiendo para arriba nos encontramos con el royo de la Cabricuerna, que sale a la Fresnedilla. A partir de ahí, Los Cabezones, el royo de la Cueva de Higuera, los Poyos del Betún, el Barranco del Tío Lobera, cortijo Forestal de Roblehondo, Puente de Guadahornillos, Cuava del Agua o Cueva del aire, la Fuente de la Umbría que esta arriba, en el saliente. Las Navillas de Capa Azul, en lo alto, la lancha de Valdeazores, el Caballo de Valdeazores y La Cerrada entre Lanchas.
- ¿Eso dónde esta?
- Eso se encuentra al tirminar la Lacha de Valdeazores, donde hay una cerrada. Allí se encuentra también la Cueva de la Cerra de la entre Lanchas.

- La Cruz de la Mala Mujer ¿Por dónde se encuentra?
- Bajando por que lo que he dicho antes de la Pasá del Maguillo. Al salir justo del Castellón del Haza. Allí hay un pino grande y no sé por qué le llaman a este lugar de este modo.
- ¿Hay allí una casa o algo parecido?
- Aquello nada más que la Cruz de la Mala Mujer. Que tenía el pino una cruz. Tenía yo entonces cotorce o quince años cuando empecé a oir tal nombre. Seguro fue una pobre mujer que se heló, la mataron o sería una mujer perdida que tuvo algún mal tropiezo. De la cruz me recuerdo yo de verla en el pino. Algunas veces preguntaba: “¿Bueno y eso qué fue?” y todos me respondían: “Pues na, que na más que conocemos la Cruz de la Mala Mujer. No sabemos lo que allí pasó”.

- Por encima del Castellón hay un collado muy bello que desde hace tiempo me tiene intrigado. ¿Cómo se llama?
- Es justo por donde pasa la línea eléctrica que sale de la central de los Organos. Ese collado se llama precisamente El Collao del Castellón. Y saliendo para arriba se sale a Majá Cerbá, luego el Collado del hombrazuelo, Majal Izquierdo, las Praeras de Fuente Corrales, Las Navillas de Capazul, Fuente de la Umbría, La Peña, Al volcar la Cerrá de Entre Lanchas, que también la hemos dicho, una senda que va a salir a Fuente Bermejo.

Saliendo por el cortijo de Guindas se llega a un sitio que se llama La Bradá y desde ahí al Collado de la Bradá.
- ¿Ese es el que está arriba en todo lo alto donde se junta dos caminillos?
- ¿Tú has ido por ahí?
- Lo conozco un poco, pero no sé los nombres.
- ¡He dado más pasos yo ahí!
- Si nos venimos para abajo por el arroyo que viene a salir a la Cerrada de Elías, entre este arroyo y el siguiente, pegando a la casa de máquina ¿qué nombres hay?
- El segundo arroyo se llama Royo de las Pretinas y el primero el Royo la Bradá.
- ¿Y el puntal grande que queda en medio?
- ¿El puntal que se ve grande ahí en medio?
- Sí.
- Se llama La Piedra de los Hornos. Queda a este lado del Royo de las Pretinas. Por debajico hay un puente de madera y ya se cuela el río. El Puente Piedra es ya cuando se sale a la Huelga Nidillo.

- ¿Y el otro?
- Puente de Toba. Queda yendo para arriba, a mano izquierda más abajo de la central. Hay allí unas tobas y aquello fue un saltador. Por ahí baja otro arroyillo que viene del Castellón del Haza.
- ¿Cómo se llama ese arroyo?
- Su nombre es Royo el Jorro.
- ¿Pero no es el que viene desde el Collado de Roblehondo?

- No, ese es el de la Tinaica. Que viene justamente desde el Collado de Roblehondo para abajo. Es que ahí hay tres o cuatro arroyos. El que cae por lo alto de las riscas al pasar la central, se llama el royo de las Nugueras porque hay unas nogueras en lo alto. Algunos también le dicen el royo del Castellón porque nace allí mismo.
- Cae justo casi en lo alto de la central.
- Sí. Está aquí la tubería y el arroyo cae así.

Y siguiendo para lo alto hay otro sitio que se llama el Collado del Castellón, pero este es el del Haza. Por debajo viene un camino que se llama también la Pretina. Por arriba, por el collado mismo, ya sale el camino a Los Charcones, por la Cruz de la Mala Mujer. Lo sé todo. Al frente del Castellón del Haza, un puntal que hay por encima de la retención de las aguas de la presa, se llama el Puntal de Mateo. Por encima queda la Morra del Pinar. Para este lado de la laguna nos queda la Lancha de Valdeazores, que es todo ese espolón que se ve donde hay una casilla por la derecha. Por encima de la laguna hay un sitio que se llama La Hoya del Corral y ya se sale arriba a la Lancha de Valdeazores.
- ¿Es lo mismo la lancha que el caballo?
- No porque es que el Caballo de Valdeazores es por donde ya llega a la Cerrá de las Entre Lanchas. Está aquí el Caballo, por las Navillas de Capazul hace así la senda, por la Cerrá de las Entre Lanchas y queda aquí el Caballo.

¡Ay, todo eso lo tengo pataleado de arriba abajo!
- Ya estoy notando que te lo sabes de memoria.
- Con nieve y todo. Un día me encontré una placa y brillaba mucho. Iba comiendo nieve y metí la mano en un torco muy abajo para sacar la del fondo que estaba limpia. Veo una cosa relucir y la saco y vi que era Franco.
- ¡Franco!
- Una chapa de Franco con su imagen grabada y un rótulo que dice: "Cuarenta años llevo de decir lo que iba a pasar y no me habéis hecho caso". Eso dice el letrero. ¿Lo quieres ver?
- ¿La conservas todavía?
- Ahora mismo te la enseño.
- ¿Pero quién había llevado allí eso?
- Alguna persona que la perdió o que la tiró por lo que fuera. Aunque te digo que aquello es el sitio más malo de la sierra. Por allí no van ni los guardas.

Ricardo se levanta, entra a una de las estancias de su casa aquí donde el Borosa se entraga al Guadalquivir y al rato sale con la placa en las manos. Me la alarga y lleno de curiosidad la miro.
- ¿Cómo se llama la torca donde dices que te la encontraste?
- La Torca de la Cerrá de las Entre Lanchas.
La cojo en mis manos y observo que es una placa alargada, metálica color cobre con la figura de Franco grabada en ella y un rótulo por debajo que pone: "Cuarenta años advirtiendoos lo que os iba a pasar y no me habéis hecho caso".
- ¡Qué cosa más curiosa! ¿Cómo llegó esto a ese lugar tan lejano y difícil? ¿Cómo tuviste esa suerte?
- Pues que metí la mano, porque había nieve y quería sacarla de la punta de abajo. "Vaya que la nieve de arriba esté 'orugá' de los bichos de los pinos blancos", me dije. Una suerte que tuve porque tan difícil y en el sitio en que estaba aquello, no se la encuentra cualquiera. Yo tengo un carné de Franco que dice "Pronto volveré".

- ¿Pero seguimos repasando los lugares por si nos queda algo sin nombrar?
- La Cuesta del Muerto se encuentra al salir del Collado del Roblehondo, a la izquierda. A la derecha nos queda el Tranco del Perro. La de la izquierda va a los Pardales, pasa por debajo de las Banderillas por un sitio que se llama el Collado de la Basura, se mete a la Hoya por las Guitarras y por allí se da la vuelta y puede uno venirse por debajo de las Banderillas o por lo alto. Por Peña Plumera.
- ¿Pero por ahí eso es muy malo de andar?
- Y tan malo que es para decir que el que va una vez no lo cuenta más. Se mete por debajo de las Banderillas por donde hay un sitio que tiene menos de un metro para pasar.
- La Pasá de la Soga le llaman al lugar ¿No?
- Eso sí, por la Soga se pasa para acá a salir a la Umbría de Viñuela.

Pero en los Villares nos hemos dejado una cosa que para mí es importante. La Cueva de la Secreta. Se encuentra por encima del Castillico.
- ¿Esta es la cueva en la que tú te metiste?
- En la que yo me metí fue en la Cueva del Calarejo.

- Cuentame a ver qué pasó allí.
- En las Praderas del Calarejos hay una cueva que tiene unas pilas de agua, pero cuando vino esta sequí se quedaron por completo secas. Hogaño seguramente tienen agua. Al final de la cueva, que tiene siete u ocho metros, hace una puerta como si fuera un horno y entonces me metí yo arrastrando, pero dándome "rasquías" en el lomo. Cuando ya iba bastante para adelante, veo así una cosa allí. Me digo para mí: "¿Esto será un hombre?". Me acerqué con mucho cuidado y ya "vide" que era un animal. Pero que era tocarle y aquello se deshacía. Era un animal que se metió y luego para atrá no pudo salir y allí se murió.

Cuando ya me casé de observar aquello me dispuse a salir para atrás y me pasaba lo mismo que al aniama: no podía salir. Pensé un puco y me dije: "Pues los huesos, lo mismo que giran para adelante tienen que girar para atrás". En fin, puede salir. La linterna ya no me servía y entonces la tiré. Pero me alegré yo de hacer aquella travesura. Ahora que vivo aquí me acuerdo mucho de aquella tierra mía. Miro para arriba y me digo: "Es que tengo que ir allí". Y por eso ya poco a poco, es por lo que me he ido dando cuenta que la naturaleza es lo más fuerte y lo que nos matiene a todos. Si la apreciamos la conseguimos. Si no la apreciamos, se pierde.

Hay que nombrarla, hay que saber el camino, hay que visitarla. Más de una vez, desde que vivo en este rincón de la junta del Borosa, sueño con aquellos rincones. Te voy a contar uno de aquellos sueños. En mi sueño vi la Cueva de la Sepultura. Estaba yo dentro y se me apareció un hombre extraordinario. Tenía una barba rubia, una caja de dientes muy blancos y muy bien parecido. Lo miré fijo durante un rato y se me desapareció. Lo ensoñé dos noches y ya te digo que fue cuando ya vivía aquí abajo. Cuando luego llegaba el día no se me iba a mí la figura de aquel hombre de la mente. Hasta que un día le digo a la mujer: "A la Cueva de la Sepultura voy. Si tengo la muerte, pues aquí está mi cuerpo, desapareceré, será algo para la historia. Pero sino, quien sabe si tengo suerte y allí encuentro mi felicidad".

Es que yo no tengo miedo de nada. A mí me anochece ahí, en lo alto de una cuerda de esas y no sólo que no tenga miedo sino que me encuentro feliz. A mí no me apura pensar cuando va a ser de día ni la oscuridad, el viento o la lluvia. Yo me encuentro feliz aunque esté en lo más profundo de la sierra y a veinte kilómetros alejados de los seres humanos. Yo no tengo miedo ninguno ni a nada ni a nadie. Siempre me digo: "Si me encontrara algo raro, tampoco sentiría miedo". No tengo miedo porque nunca tuve malos pensamientos. El que no tiene malas ideas nunca tiene de qué temer. Yo pienso que eso es así. Que voy con esa buena fe y sé que no voy a encontrar nada malo, pero si voy con una actitud de venganza de lo que sea, 'que no voy yo bien ido por allí', entonces es cuando temo.

Pues ya verás, fui y le digo a Mariano: "Llévame a los Caracolillos". Estaba lloviendo y empezando a oscurecer. Y la mujer: "Que no te vas, que no te vas..." Y yo que sí quería irme. No me quedaba tranquilo mientras no viviera lo que tenga que vivir. Mariano me dejó en los Caracolillos y sigo por la pista arriba caminando con mi paraguas. Un poquillo más allá, en un sitio que se llama la Erica Alemán, más para allá del Pecho de las Instancias, se enganchó a llover con unas veras que aquello asustaba. Llené la cantimplora de agua en una fuentecilla que hay allí y sin parar.

Algo más arriba me fatigué un poco. Ya tenía esto del infarto que padezco ahora. Me paré un rato a descansar mientras no cesaba de llover a cántaros. Pero sólo aquello ya era la felicidad para mí. En lo más profundo de ese gran barranco de Roblehondo, en el centro de aquella noche de lluvia y oscuridad, en aquel mar de silencio roto sólo por el tintineo de la lluvia cayendo sobre las hojas del monte y aquella soledad, para mi alma era el gozo más grande. El paraíso más hermoso de todos los paraísos.

Pues cuando me despabilé de allí sigo tirando para la cueva. Treinta o cuarenta metros no había andando cuando me sorprende un ruido estremecedor. Un "atroper" de peñones rodando por la ladera hacia lo hondo del barranco. Aquello parecía que de pronto se estaba hundiendo toda la montaña. Y yo tan sereno. Sabía lo que era. Es un sitio que lo busca mucho la cabra montes y como había llovió y estaba lloviendo, ellas se vinieron allí. Al darles el aire de mi presencia, pues salieron huyendo.

Así que aunque la noche estaba cerrada en lluvia y la oscuridad no dejaba ver ni dos metros, antes aquellos escandalos de rocas y monte rodando yo ni me inmuté. Llegué a la cueva, que miquete la gabardina vieja que llevaba, una prenda que no valía para nada, pero que a mí se me atojaba que llevaba la prenda de un señorito, la colgue en las rocas de la cueva y me preparo la cama entre unos tallos de sabina. De seguida me quedé en silencio y con el ánimo preparado para ver lo que aquella noche se me presentaba en la cueva. Venga esperar y que nada. Pasó un buen rato y como estaba aburrido me levanté, me asomé a la puerta de la cueva y ví que se habían ido los nublos. Salió la luna por lo alto de las cumbres de las Banderillas y como estaba aburrido y allí no se me presentaba nada, me puse en camino. Salí andando y

traspuse a un sitio que le llaman el Collado de la Bradá, pero lejos de aquella cueva.

Me di un paseo por todos aquellos terrenos y de nuevo volví a lo que yo ya sentía como mi cueva. Me volví a acostar y allí se me pasó el resto de la noche esperando. No se me presentó nada, pero a otro día por la mañana, eran ya las nueve y a mí no me entraba ganas ningunas de salir de allí. Me sentía tan agusto en aquella cueva, tan lejos del mundo de los humanos que era feliz. Como cuando uno siente cariño por una cosa que le gusta mucho. Eran las nueve de la mañana cuando salí de la cueva para venirme y no quería hacerlo. Me venía así con una cosa como si no estuviera satisfecho.

Como llevaba dos bocadillos que me había hecho la mujer me dije: "Tengo tiempo y alimento. Antes de irme de aquí me voy a ir a explorar otra cueva". La Cueva Infante, aquí a este lado. Así que me puse en camino en busca de la otra cueva. En el fondo era como si me quisiera engañar a mi mismo para no venirme de allí. Cuando llegué a la segunda cueva, tuve que descarzarme para entrar por los maderos que había para entrar. Como había llovido pues tanto los maderos como la roca se escurrían mucho. Lo intenté una vez y otra y al final tuve que dejarlo. No había nanera de entrar en aquella cueva. Me puse luego a moverme de un lado para otro y cuando luego ya por fin me vine de aquel rincón me venía como vacío. Como sin ganas ninguna porque lo que yo esperaba era que me saliera alguna visión como la que había visto en mis sueños. Y esto es lo que me sucedió con aquel sueño y aquella cueva que todavía está allí como esperándome.

- Por lo que estoy notando es que a ti el monte te gusta de una forma nueva a como normalmente nos gusta a los otros.
- Para mi el monte es como la vida que le falta a mi alma para seguir existiendo. Quizá por eso me gusta tanto perderme por entre él algunas veces. Voy andando, me dejo el camino y digo: "Yo voy a salir desde aquí y ya veré a dónde llego". Esto lo he hecho muchas veces. Y otras tantas veces, cuando voy por el camino, me digo: "¿Y por qué tengo que andar por el camino tres kilómetros si yo sé a donde quiero ir? Porque ellos hayan hecho el camino no quiere decir que yo tenga que seguirlo".
- Pues lo que parece es que a ti te gusta explorar. Descubrir lo desconocido.
- Eso es asi como lo dices. A mi me gusta mucho explorar. Yo veo muy dificil que un hombre que haya nacido en la sierra, se pierda en ella. Pero si yo un día me perdiera, sería la aventura más bonita de mi vida.

Yo voy a los Villares y no necesito la senda. Y por ahí hay una senda para subir a lo alto de Juego de la Bola, pues yo no boy allí. A tomar la senda allí no voy. Salgo por ahí recto y por donde no halla camino por ahí me voy yo. Explorar lo nuevo es lo que a mí me gusta.
- Pero antes de retirarnos mucho me gustaría que me dijera qué es lo que tú crees era aquello que veías en tu sueño.
- Como la gente día que salía alguna cosa, me esperaba que a lo mejor era algo relacionado con tesoros. Pero en el fondo lo que me pasaba era que yo quería conocer algo sin tener idea de lo que fuera. Lo mismo que me pasa cuando voy andando por el monte. En el fondo es que tengo sed por lo desconocido, lo nuevo, lo que no es normal.

Casi todas las noches salgo por aquí a darme un paseo. Pues una noche iba yo por la pista del Borosa arriba y al pasar los astiellor veo una cosa que salta corriente y se me pierde entre el monte. Llevaba una garrotilla con un pincho al final. Al oir aquello enseguida pensé: "A esto no le doy yo con esta garrota que llevo. Sea lo que sea, puede ser algo incluso mejor que yo". Miré despacio y era un tejón. El animal es que quería subir por la ladera y "rulaba" porque no podía. Pues yo como si hubiera sido algo muy querido y amigo mio. No sólo tranquilo sino encantado de encontrarme con seres vivos que como te decía entes, incluso pueden ser mejores que yo.

Me acuerdo, en este momento, de una letras que el otro día leí en el períodico. Alguien se acordaba de que hace mucho tiempo hubo una persona que amaba mucho a los animales. El escrito decía así: "En estos tiempos en que todo es protesta, contestatarios de una u otra manera, asociaciones y grupos de toda índole, cabe destacar los ecologistas, que si bien dicen defender la naturaleza luego resulta que soterradamente apoyan a ciertos partidos. Aunque esto es lo de menos. Lo que quiero con estas líneas es demostrar que el ecologismo no es invención de este siglo, ni mucho menos. Hace unos seticientos noventa años San Francisco de Asís demostró cómo se practicaba el ecologismo.

Nació en la ciudad Italina de Asís en 1.182. A los veinticinco años renunció a sus riquezas y recorrió toda Italia con un grupo de compañeros organizando las primeras comunidades franciscanas. Más tarde hizo varios viajes por Francias, España y Egipto. Hasta los cuarenta y cuatro años estuvo en este mundo ya que falleció en 1226. Además de su fama de santo y milagros se hizo notar por su gran amor a todo lo que significara la naturaleza y las criaturas de Dios. Al sol lo llamaba hermano sol, a los animales y como ejemplo

el lobo, hermano lobo. Pero no sólo los llamaba de esta manera sino que entablaba conversaciones con ellos.

En ocasiones hasta iba más lejos: se dedicaba a cuidar del sustento de los animales y pedía que otras personas también se encargara de ello. San Francisco amaba locamente a la naturaleza porque en ella veía el amor de Dios para con todos los seres vivos de su creación. Hasta el burro le llemaba hermano burro. Sin embargo no ponía a los animales en el lugar de las personas porque él sabía bien que todos los animales y la naturaleza entera esta al servicio del hombre y no al contrario. El sabía que no hay nada tan hermoso en la vida que amar y respetar la naturaleza. Los animales no hacen daño al medio ambiente porque saben respetar su habitat y al mismo tiempo también nos dan buenas lecciones en otras muchas cosas".

Acordándome de estos y otros hechos de San Francisco y las criaturas de Dios y teniendo presente lo que en estos momentos me cuenta Ricardo, le digo:
- Quieres decir que tú no tienes miedo, que no te asusta de nada de lo que en la sierra te encuentres.
- Yo no tengo miedo de nada. No conozco el miedo.
- Pero es que me está intrigando cada vez más ¿Por qué no tienes miedo tú?

- Pues no tengo miedo porque verás lo que te voy a decir. Me gusta explicar el tema, pero nunca puedo expresarlo como yo quisiera. Porque como soy una persona que no he tenido mucha cultura, me faltan recursos para decir las cosas. Pero eso lo llevo dentro y mas o bien, las palabras me salen a cordón. Siempre me digo: "¡Lo que me gusta ver este arroyo! ¡Lo que me gusta ver aquella ladera! Allí se ve un "bujero", pues allí voy a ver que me encuentro. Luego en el otro sitio y en el otro". Me he dado muchas panzás de andar siguiendo los bujeros. Un día fue al nacimiento del Aguamulas y no me paré al principio. Seguí para arriba y "vide" allí unas paratas de estas, unas murallillas, como se quiere decir ahora y aquello me intrigó.

Enseguida pensé que allí había tenido que vivir alguien. Yo conocía a la gente de más abajo pero de aquel punto yo no sabía nada. Pues veo yn bujero así allí y me asomo y descubrí que aquello era precioso. Un bujero bonico de verdad. No me entraron ganas de otra cosas sino de santarme allí en la puerta y desde allí contemplar todas las tierras que por debamo de mí quedaban. Sólo me apetecía dejar pasar el tiempo y seguir gustando aquella felicidad que sentía dentro. De pronto me digo: "Si por aquí pasara alguna persona ahora y me echara una foto, se lo agradecería. Parece como si de pronto hubiera encontrado mi felicidad y por eso me apetece llevarme conmigo este rincón". Que no me quería ir de allí. Que ma parecía que allí habia a haber alguna persona.

Cuando de pronto siento hablar y me asomo así y los veo. Bajaba un mantrimonio. Les llamé la tención diciendo: "No tengan miedo, soy persona de paz. Estoy descansando aquí un poquillo". Enseguida ellos me dijeron: "Nososotros es que hemos salido por aquí como perdidos, desde el nacimiento y ya nos vamos para abajo". Digo: "Aquí no se pierde nadie. Y ahora que los veo les voy a pedir un favor. ¿Me quieren hacer el favor de echarme una foto aquí que parece que me encuentro en mi casa?" Enseguida contestan: "Eso está hecho sin de momento". Así que aquellas buenas personas me hicieron la foto conviertiendo en realidad la ilusión que en aquel momento tenía dentro de mí.

Como me habían hecho tan feliz, les digo: "Ahora les voy a pedir otro favor, dejen la máquina ahí y vengase aquí conmigo. Quiero tener otra foto en este lugar, pero en la que estén también ustedes". Me dijeron que también en esto me complacían y lo prepararon todo. Empezaron a subir para arriba y "arruniando" por aquí y por allí y que no podían llegar a donde yo estaba. Viendo sus aparos les digo: "¿Es que les da miedo del bujero?" Como con pena me dijeron: "Lo que pasa es que no podemos subir". Cuando echaban la mano se les iba el pie. Les digo: "Pues ahí mismo se quedan ustedes que yo me bajo y les hago la foto". Y así puede arreglar las dificultades de aquellas personas.

En más de una ocasión me ha ocurrido que yendo por un camino se me divide en dos o tres ramales. Me entran algunas dudas porque no sé por cual de ellos irme hasta que de pronto, sin pensarlo mucho, cojo y me voy por el primero que se me antoja. Siempre me alegro porque me encuentro cosas presiosas. Entonces es cuendo me digo: "La naturaza me ha llamado para que vega a conocer estas maravillas que no había visto antes". Miro a un lado y me alegro de lo que por allí veo, miro a otro lado y me alegro más todavía, sigo mirando y a cada instante más me alegro de todo lo que por allí voy encontrando. Hasta me alegro de tropezarme con sitios donde es muy dificil pasar.

- Y claro, de todas estas cosas, pequeñas anécdotas y vivencias tuyas a lo largo de tus años por estas sierras, tendrás muchas aventuras.

- Pues ya verás: cuando hicieron la presa para retener el agua que viene a la central del Salto de los Organos, yo viví una gran aventura que nunca olvidaré por mucho tiempo que pase. En las obras de la construcción de aquel muro estaba yo empleado trabajando y uno de aquellos días fue especial para mí. No porque se me olvidara es que tenía que ir al trabajo y no tenía nada en la casa que llevarme para comer. Pero yo me fui al trabajo. Con los demás hombres me puse y a lo largo de toda la mañana estuve cumpliendo con mi trabajo. Llegó la hora del medio día y paramos a comer. Comer los que llevaban algo, que yo, ya te lo he dicho, no tenía ni un trozo de pan que llevarme a la boca.

El uno se pone por aquí el otro se va por allí. Yo me aparté un poquito y como mi comida era sólo mirar el azul del cielo, me recosté sobre unas matas. Sería porque tenia mucho sueño o sería porque el cuerpo estaba agotado y al no tener alimentos, necesitaba descanso, el caso es que me quedé dormido. Entre cansado y el hambre, el sueño me venció y allí me quedé traspuesto. Claro, mientras yo dormía no supe lo que allí pasó, pero cuando desperté eran las once de la noche. Asustado o más bien sorprendido, durante un rato dudé qué hacer. Por allí no había nadie y además estaba muy oscuro.

Entonces me puse en marcha, me vine para abajo y al salir del tunel, pues pegado al castellón, vi un covachete. Allí me recosté y pasé la noche. A todo esto sin provar un bocado a lo largo de todo el día. Miedo no tenía nunguno. Lo único que sentía era hambre y cansandio. Al amaner del día siguiente me volví para atrás y cuando llegó la hora me incorporé al trabajo. Al verme el listero me dice: “Ricardo, ayer le puse un fallo porque pasé lista y usted no estaba aquí. Yo pensé que como otras veces, lo habían mandando a por algún recado a la casa de máquina ”. Le digo: “No fue eso lo que sucedió. A lo largo de todo el día no estave muy lejos de aquí. Ahora se lo explicaré: me paso esto... pero que mire, lo mismo voy a seguir para adelante o para atrás con un jornal más que menos. Tan amigos y aquí no ha pasado nada. El error ha sido mío. Uno más como otros muchos que todo el mundo tiene”. Al oirme el listero salta y me dice: “Pues bueno, para que lo sepa la gente o para que no lo sepa, a mi me da exactamente igua, te voy a poner dos jornales: el de la noche y el de el día”. Y cogió la libreta y me los puso. Era buena persona. A mi ya no me volvió a pasar esto nunca más.

Aquella buena acción del listero me produjo como un gozo grande. En lugar de castigarme el hombre lo que hizo fue premiarme. Yo vivía entonces en los Villares y esto fue en el año cicuenta que es cuando se construyó dicho pantano. El encargado general de aquellas obras era un hombre de portugal que se llamaba Manolico. Era un tío muy entendio. Aquello lo “lineraron” por la parte de allá y “ende” la parte de acá. Comenzaron por las dos puntas y juntaron sin equivocación ninguna. Donde juntaron había una escalaera que le pusieron la escalera de la muerte. Más de tres años tardaron en construir aquello. No sólo la presa sino el tunel y todo lo demás.

POYO SEGURA

En Poyo Segura de Pontones, en el Aguadero estuve viviendo. Sería sobre el cincuenta y ocho. Estuve sirviendo allí con un hombre que se llama Pablo que ahora está por la parte de Alicante. Estaba mal de vivienda. Había una cueva allí, que se llama la Cueva del Hoyacillo y en ella me metí. El punto exacto se encuentra más para arriba de Arelio que antes se conocía aquello por la Venta de Luis. El rincón se llama la Lancha del Esparto y está justamente por encima de la Loma de los Asperones. Cinco años estuve yo viviendo en aquella cueva.

Pues estando allí, un día tuve que ir a Pontones. Me quedá dos días en el pueblo y cuando regresaba, antes de llegar al rincón de la cueva, me dicen que la mujer ha tenido un chiquillo. La fecha exacta de este día era el veinte de octubre del 1.958. Pues a enterarme de la noticia me tome prisa por llegar a la cueva. Dentro de mí traía un lio de sentimientos. Por un lado alegría, por otro lástima y por otro lado no sé qué más sentía. Así que llego a la cueva no me encuentro a nadie. Me digo: “¿Dónde estarán? ¿Habrá pasado algo? ¿Habrá ido a la fuente a beber agua?”

Esto que te estoy contanto a ti ya se lo he contado a la gente. Muchos de por aquí lo saben y entre ellos domingo, porque es tío de mi mujer. Pues me acerco a la fuente y sigo mirando porque algo dentro de me decía que por allí estaban. De pronto, bajo las sombra de una higuera, veo un trapillo y encima una criatura que parecía un renacuajo. No tenía nada más que un trozo de trapo puesto en el suelo y con el doblez, arropaba a la criatura. Sigo mirando, porque no veia a la madre y de pronto oigo ruido por encima de mí. Miro para arriba y la veo subida en las ramas de la higuera. Al verla sólo se me ocurre preguntarle: “Nena ¿ Pues qué haces ahí?” Y me contesta: “Pues tendré que subirme aquí a ver si encuentro algo para comer. Tengo hambre y en la cueva no hay nada que llevarse a la boca”. Fíjate tú, una mujer recien parida, se tiene que subir a buscar higos verde para comer algo. Esto se cuenta así ahora, pero para mí es grave. Se me hace un nudo en la garganta porque aquello se me clavaba en el corazón. Y yo ¿qué podía hacer para aliviar

aquella situación?

Unos días más tarde me puse otra vez camino de Pontones porque quería poner el nene en el registro. Salí de la cueva y ni siquiera un trozo de pan me pude echar al bolsillo. Colé por ahí por Aguamulas, Mirabuenos y me fui derecho a las Espumaredas de Abajo. Cuando iba entrando por allí me dio un sudor por todo el cuerpo y sentir un malestar que me parecía que allí se me acababa la vida. Ya te digo que no lleva nada que comer, ni un duro y hasta la ropa era mala. Hoy no hay nadie asi tan mal vestido como yo iba en aquella ocasión. Me senté un poco allí junto al camino y cuando se me quitó aquel malestar me digo: “Pues yo me voy a acercar a esa casa y pido un trozo de pan”.

Me acerco y estaba la puerta abierta. Pero aunque mucha hambre llevaba yo, al acercarme a la puerta, no me atrevía llamar. Me costaba a mi mucho trabajo acercarme y pedir para comer. Conque sigo para arriba y en las Espumaredas de Arríba, al asomar al cerrillo, junto al camino, pero a la izquierda, había un tornajo y en él una señora lavando. Me acerco y le digo: “Señora, no sé cómo le voy a decir a usted una cosa, pero es que no tengo más remedio. La necesida me obliga”. Miró y la mujer me contesta: “Usted dirá”. “Pues mire, buena mujer, yo vivo en una cueva que se llama el Hoyacillo. Es una cueva muy buena. Yo estoy bien en ella. Pero ahora mismo allí tengo a mi mujer con un niño pequeño y yo voy a ponerlo en el registro de Pontones. Ni siquiera un duro llevo en el bolsillo ni tampoco nada que comer. Tengo que ir y volver. Si usted quiere darme un trozo de pan, yo se lo voy a agrader mucho. Ya apenas tengo fuerzas para seguir. Quizá esa poca de comida que usted me dé, me sirva para sostenerme con fuerzas y acabar bien el camino”.

La mujer me miró, dejó de lavar y enseguida me dice: “Lo que voy a hacer ahora mismo es ir a la casa y ponerle a usted de comer un buen plato. Yo sé lo que es andar por los caminos de esta sierra y lo que supene no tener un trozo de pan que llevarse a la baco. Ahora mismo se viene comingo y ya verá como recupera fuerzas”. Llono de agradecimiento miré yo a aquella mujer y enseguida le dije: “Se lo agradezco muchísimo, usted no lo sabe, pero tengo que ir y “golver” y no me queda tiempo para sentarme a comerme un plato de comida”. “De todos modos, venga comingo que le voy yo a alibiar el camino”.

Entra la mujer en la casa, saca un pan grande, me corta un buen trozo y como yo estaba viendo que aquello era mucho pan, le digo: “Mucho me está cortando usted. No me dé usted tanto que también lo necesitará”. Mientras seguía cortando un trozo de tocino me decía: “Ayer y hoy nosotros hemos comido. Si para mañana no hay, ya Dios nos echará una mano por donde sea. Hoy usted está necesitado y como yo le puedo ayudar, eso es lo que ahora mismo me importa. Además, con este buen bocado cae bien un trago de vino. ¿Le gusta a usted el vieno?” Le contesto y le digo: “Sí que me gusta el vino, pero en este momento eso para mí es un lujo. Me está usted dando el pan y tocino que tiene para su casa y con esto me conformo porque para mí ahora mismo es casa la vida entera”. “De todas maneras un baso de vino le va a sentar bien. Tómeselo y que Dios le ponga en su camino las demás cosas que necesita”.

Sin que yo quisiera la mujer me echó un buen vaso de vino. Me lo bebí y al darla las gracias le dije: “Vaya señora, pues con este baso de vino “me se” está liando un ardor que “pue” que cante por el camino. Que el cielo le pague a usted la buena acción que ahora mismo acaba de hacer”. La despedía y seguí me rumbo. Sin pararme ni nada me comi la mitad de aquel pan y aquel trozo de tocino y antes de dar Vista a Pontones, me aparté del camino. Busqué un sitio apropiado y en bujero escondí la mitad de aquel trozo de pan. Lo mismo que los animales esconde la comida igual lo hacía yo pensano en que luego tenía que volver y todavía me queda un buen trozo de camino. Reservaba aquella comida para la vuelta. Le puse una piedra y todo y allí lo dejé.

Llegó a Pontones, buscó el Ayuntamiento, tocó en la puerta, pido permiso y me dicen: -¿Qué se le ocurre a usted?
Digo:
-Mire usted, poner a un nene en el registro.
- ¿Dónde ha nacido?
- En la Cueva del Hoyacillo.
- ¿Cómo que en la Cueva?
- Sí, en el Aguadero.
- Pues será en las casas.
- No señor, quiero que le ponga usted que ha nacido en tal cueva.
- ¿Pero cómo es que usted vive en una cueva?
- ¡Ea! Pues en la Cueva del Hoyacillo es donde yo vivo.
- Pues con el permiso de usted, mañana mismo le escribo a las oficinas de Franco una carta y en veinticuatro horas tendrá una casa.

- ¿Y dónde me van a dar la casa?
- Le van a dar la casa por el Puente del Obispo o por Espeluy.
- Mire usted, yo en cuanto veo un llano, olivas y todo eso donde parece que toda la tierra es igual, como no estoy echo, no sé vivir. Ese no es mi mundo. Así que no consiento que me den una casa por aquellas tierras. Sé que en cuanto esté allí voy a desaparecer para venirme a estas tierras donde me voy a arrinconar otra vez en mi tierra, donde he nacido. Así que yo no puedo irme. Deja usted la cas para el Señor Franco que yo con mi cueva tengo de sobra.

Echo mano a los bolsillos de la ropa vieja que llevaba puesta y sacando en la mano, le digo:
- Mire usted lo que me encuentro en los bolsillos.
Abro la mano y hojas secas de sabina, hojas de enebro, de romero, de chaparro.
- Como esta es la ropa que tengo los bolsillos los llevo llenos de los tesoros que mi tierra da. Una peseta no tendré ni tampoco un trozo de pan para alimentarme, pero monte, arroyos limpios y aire fresco me sobra por todos sitios. No quiero cambiar este mundo por ninguna casa que ustedes me den aunque sea hermosa. Se me queda mirando y me dice:
- Pues vamos a lo del niño. ¿Cuando nació? ¿Ponemos a las veinticuatro horas de... ?
- Mire usted si yo no sé eso de veinticuatro horas de no sé qué. El niño tiene unos pocos días y eso es lo que sé.
- ¡Pero hombre que eso es una multa...!
- Pues haga usted lo que quiera. Si yo no sé lo que es una multa ni nada parecido. ¿Me entiende usted?

¡Hombre! Ya tan ignorante no era yo. Pero si no llevas nada ni eres nadie a un señor de carrera ¿cómo le tienes que hablar? Le tienes que hablar por escalones bajos para que así se crea más importante todavía de lo que es. Y me sigue preguntando:
- ¿El nombre del chiquillo?
- Le pone usted lo que quiera.
El mismo le puso el nombre y cuando me lo leyó le contesté:
- Pues estaba tamblando que me dijera cómo le ha puesto por si no me gustaba. ¿Cuanto vale?
- Veinteidos pesetas.
- Pues mire usted que no tengo ni un duro. Le he tenido que pedir a una mujer que me dé un trozo de pan para poder llegar hasta este pueblo. Usted esto se lo carga al ayuntamiento o si usted puede, lo paga de su bolsillo y a otro que venga con diez duros, le cobra uno de más para ir compensando lo que yo no puedo pagar. Como usted lo apañe, yo de eso que le voy a decir. Pero yo no se lo puedo pagar. Y si me lo deja sin poner a lo mejor se salva de ir a la mili, pero en fin, como eso no se estila todavía por aquí.

Aquel hombre me miró. Guardó un rato de silencio y luego me dice:
- Le voy a decir a usted una cosa: se ha explicado usted bien conmigo, pero que no se le ocurra asomar aquí más a poner un chiquillo en el registro.
- ¿Cómo le puso de nombre?
- Ricardo. Seguí hablando con aquel señor y a lo que él me dijo yo le conteste: “Pues si alguna vez nace algún hijo más, tendré que ir a otro sitio. Yo queria que todos mis hijos sean de Pontones por eso de pertenecer a la Sierra de Segura, pero en este caso a lo mejor me tiengo que ir a otro sitio aunque el nuevo niño nazca en tierras de este pueblo.

Pasado el tiempo, nació otro hijo mio. Justo en las Cabrerizas, al pasar el Pecho de las Instancias, en unas casillas que había allí. Ahí es donde nació mi madre. Mi madre tiene ya noventa y tres años y vive todavía en Baños de la Encina. También en esa misma casa de las Cabrarizas nación un ti mio que ha muerto en Coto Ríos con noventaiun año. Desde aquel tiempo para acá cuantas veces no habré ido yo a las paredes de esa casa que se deshace por la zona de las Cabrerizas, como te he dicho. Cada vez que voy por allí me paso el rato tocando las piedras de toba y dicíendome: “¿Con qué harían esta toba? ¿De dónde la traerían...?
- ¿Las Cabrerizas que es alguna cueva?
- Un sitio donde hubo casa. No del despropio este último sino hace ya el doble y el doble.
- ¿Eso está por Roblendo?
- Viniendo de Roblehondo para acá. Desde aquí mejor yendo para el Pecho de las Instancias. Por debajo de la Cueva de la Sepultura. Debajico de la cueva. Desde la casa se ve la cueva.
- ¿Cerca del camino?
- Muy cerca del Camino. La pista forestal que pasa así y por la parte de abajo, unas tapuelas que ahí entre el monte. Un poco más allá de un sitio que le dicen la Erica Alemán, más acá ¿has visto una casilla? Pues la casilla aquella, que está el horno y todo allí todavía. Las Cabrerizas es como se llama aquello y ya te lo decía: allí fue donde nació mi madre.

Pues este hijo mío que nació ahí fui a escribirlo a la Iruala. Me preguntó el secretario dónde había nacido y le dije:
- En una casilla que hay y allí es donde vivo yo. Pues ahí me puso el chiquillo. Porque claro, con todo aquello que tuve con el del ayuntamiento de Pontones, yo me decía: ¿quién asoma allí otra vez? Es lo que me pasa a mí. Según los papeles nacía en la Iruela, estoy bautizado en la Iruela y también casado en la Iruela, pero siempre fui de Santiago de la Espada.
- ¿Y eso por qué era así?
- Pues por lo mismo que estamo diciendo antes: Santiago cogía muy lejos y como la Iruela estaba más cerca, pues lo hacían así. Lo mismo que ahora pasa. Yo lo tengo todo en Cazorla y estoy empadronado en Santiago. Desde aquí a Santiago estamos a ochenta o más kilómetros y Cazorla la tenemos a cuarente.

- Y el chiquillo que nació en la cueva ¿qué dice ahora?
- Después este chiquillo ha venido a trabajar a lo de Aurelia, al centro ese que hay ahí. Fíjate la vida la vueltas que da. Diez años ha estado trabajando en ese centro. Y como yo le decía donde había nacido él ha ido allí a reconocer la cueva más de una vez. Fíjate, nacer allí e ir a reconocer la cueva así como también casi todos mis hijos. Una y otra vez ellos siempre me dicen: "Papa, si a nosotros también nos gustaría vivir aquí". Ha vivido gente de toda la vida allí. Pero en fin, es una cueva.

Recuerdo que en aquellos tiempos nosotros estabamos acostados y los chotos corriendo por lo alto. Teníamos que taparnos la cabeza porque se meaban y retozaban por lo alto de nosotros. Y parece que lo hace Dios: tenía una cabra que parió cuatro chotos y los cuatro del mismo pelo. Recuerdo también que por aquellas fechas en el Tranco había un cura que se enteró del sitio donde vivíamos y siempre que íbamos o venía, nos daba alguna cosilla. Era un hombre bueno que le ayudaba al prójimo. Porque hoy pueden ayudar más y no lo hacen. Yo qué sé por qué será porque el "probe" que habia antes es porque era de nombleza, de verdad, de necesidad.

Pero ahora hay probes pero es que se hacen por maldad. Hoy no viene nadie a que le dé uno de cenar o que les dés un trozo de pan. Hoy quieren dinero y como te descuides te quitan lo que puedan. Ni las cosas ni la gente de ahora son como las de antes. Por eso te decía que de todo aquello que yo pasé me alegro.

Mira lo que te digo: salí una noche de Pontenes lloviendo, sin linterna y sin nada, por las Espumaredas y el Molino de Parrates. Era una noche tan oscura que no se veía ni a tres metros. Me vine a las once de la noche y bajando por el gran barranco para abajo veo ya una oscuridad muy grande. Me paré y cogo una piedra, la tiro y observo. Porque tú sabes los barrancos que ha hecho el agua. Hay terreras de veinte y de más metros. Cascadas grandes que están junto al camino y que con esa oscuridad de la noche ni la vez. Yo noté que me desvié de la verea y claro, al ver aquel oscuro, lo noté. Pues al tirar la piedra me di cuenta que allí había un fallo en el terreno. Me quedé parado y para mí me dije: "¡Hay que ver si cauido por aquí a estas horas de la noche y tan solo!"

Pues bajé hasta lo más pronfundo del valle y seguí subiendo todo el Guadalquivir arriba. ¿Sabes donde me amaneció? En lo alto del Puerto de las Palamos, justo en un sitio que le llama la fuente del "Cucón". ¿Sabes dónde está eso?
- La fuente del Cocón se encontraba en lo alto de la cuerda del Puerto de las Palomas, un poco más acá del Cerro del Mosco. Nacia, que ya no nace, en lo alto de unas latras que se encuentra por el lado de arriba de la Cueva del Salto del Moro. Que por cierto, en ese fuente ya no nace agua. Hace ya mucho tiempo que dejó de manar y por eso, en el mapa que ahora esto haciado para la Editorial Alpina, lo tengo que revisar. En los mapas del ejército sí costa aquello como Fuente del Cocón, pero en este nuevo, escala 1/40.000, no costará porque esa fuente ya no existe.

- Pues mira como sabes la sierras.
- ¿Pero a dónde ibas tú en aquella ocasión para que estuvieras que estar andando toda la noche?
- Pues iba a unos asuntos familiares. A ver un hermano que ahora vive en Baños de la Encina. Andando toda la noche. Me amaneció en lo alto del puerto. Fíjate la travesía que me hice. Subí por Tejerina, por la Cruz del Muchacho y por todos esos repechos para arriba. Que se dice pronto, pero recorrerlo ya es otra cosa. Y todo esto te lo digo par venir a lo mismo de antes: que me alegro de haber padecido todas estas cosas tan duras y complicadas. Ahora aprecio más las cosas que tengo.

Ahora le tengo cariño a las cosas que viví de pequeño. Me alegra mucho de haber dormido en el suelto tantas veces porque ahora sé apreciar lo que es domir en una cama. Porque yo pienso que el que ha dormido en una cama buena de siempre, dirá: "¿Habrá otra cosa mejor?" Siempre está pensando que hay

otra cosa mejor. A mi no me pasa eso. Yo ya no pienso que hay otra cosa mejor. Me conformo con lo que tengo. No sólo me conformo con lo que tengo sino que me parece que esto es para mí la gloria.

Pero vamos a seguir la historia. Mi suguero compró el cortijo este de las Juntas del Borosa. Ahora lo tienen los hijos. Nos hizo las partes aqui y yo me hice la casa este donde vivo. Entonces vino, que tñu lo habrás sentido nombrar, un ingeniero aquí de Zaragoza que se llamaba don Mariano Melendo. Trabajaba aquí en la Torre, en los caballos y en el jardín. Cuando vino aquel hombre me sañalaron diez kilómetros de carretera y me metió de peón caminero. Trabajando en el oficio del peón caminero me he tirado treinta y tres años. Así que mi profeción, en el libro esto escrito, es peón caminero de Cazorla.

- ¿Qué trozo de carretera llevas tú?
- Pues yo tenía desde el Puente del Hacha hasta el poblado del Coto Ríos. Luego me lo fueron agrandando porque se iban jubilando los campañeros y ya no metían a otros nuevos. También tenía la pista esta de la central del río Borosa y la otra carretera que va a Montero. Al final me quedé solo en toda la carretera. Luego, cuando me quedaban dos años para jubilarmen, los eché por aquí. Treinta y tres años de sevicio me he tiraro. Que este invierno fui a acampoñar a don Mariano Melendo que ya está jubilado y vive en Cazorla.

Pues mira, he criado los hijos y yo estoy bien con todo el mundo. Que me acuesto siempre pensando: "Mañana voy a tal sitio". Como si fuera mí toda la sierra. Digo: "Mañana tengo que ir a tal sitio, pasado tengo que ir al otro".
- ¿Tú te acuerdas cuando hicieron el camino que va al Tranco del Perro por los Villares?
- Me acuerdo porque en él trabajé yo. Me acidenté cuando tenía dieciseis años. "En que" se le olviada a uno muchas cosas y, pero eso lo tengo vivo. Cuando me llevaron a Cazarla me pusieron en el papel que tenía deciseis años.
- ¿Cual fue ese accidente?
- Pues que se escapó una piedra. Trabajaba precisamente en el Tranco del Perro, colgado arriba echando barrenos. Yo también he sido barrenero, no de los mejores, pero tampoco de los más malos. Dos metros y dos metros y medio nos echaban de tareal y la mitad de los días me los pasaba colgado.

En la Cerrá de Elías, en los rotos esos, yo he trabajado también. Por donde ahora va el camino de tabla y lo de la fuente.
- Cuentame eso del accidente.
- Pues que estaba atado con una soga echando barrenos. Estábamos atados en un pino, una encina o lo que fuera. En el álbor más cerca de la pared que teníamos que barrenar. En un haz de barda nos sujetábamos para echar los barrenos. Se escapó una losa y me arrancó un dedo del pie. De seguida me llevaron a Cazorla y era la primera vez que en mi vida he visto el cine.

Estando alli en la posada, la única que había, me invitaron para que fuera al cine. Yo hasta entonces no sabía lo que era cine. Y como a mí me extrañaba mucho, pregunté: "¿Bueno y eso qué es?" "Pues eso gente que sale. Que estarán en Madrid y se ven aquí". Digo: "¿Y cómo puede ser eso? ¿Los habrá visto laguien venir?" Les preguntaba yo. Y el de la posá, el dueño, que se llamaba el Tío Quico Morales, un hombre muy bueno para todo el mundo, dice: "Ricardo, toma, pero para que no me lo pagues, te voy a dar yo para que vayas a ver el cine". Luego le decía yo: "Tío Quico, ya que no me lo fuera usted dado" "¿Por qué me dices eso?" "Por el miedo que he pasado después. Yo que nunca en mi vida le he tenido miedo ni a la sierra ni a nadia de lo que en la sierra hay, de los hombres estos que salen en el cine, me he asustado. "Que yo me pacía que esos tíos tan grandones venían a quemarnos la sierra". Yo le he cobrado a eso miedo. No me ha gustado eso, porque esas personas no se parecen a las personas que de esta sierra yo siempre he conocido.

Una vez o dos habré ido yo después al cine. Parece que aquella primera vez me sirvió como de escarmiento.
- ¿Pero tu has pesando alguna vez por qué te da miedo el cine y las cosas de la sierra no? - Algunas veces he ido por sitio muy pelibrosos y me he parado frente a la grandiosidas y he exlamado ¡oh! Siempre me preguntaba para mí: "¿Qué será el miedo? Como yo no tengo. ¿Será que como yo nunca hice nada malo? Será feo que lo digo, pero a mí nadie nunca me ha apuntado para nada ni por ningún motivo malo. Tengo amigos por todos sitos. Si tú lo preguntas ya verás como todo el mundo te dará buena razón de mí. Pues será por eso, porque nunca en la vida he ido con malda para nada.

Si vieras, aquí frente a este pequeño lago de mi pequeño paraiso: oscuro, oscuro, muchos días me vengo y me siento sin prisa a perder el tiempo sólo mirando las hojas de las plantas y el agua que se mueve. Cuando me levanto, sin intención de ir a ningún sitio y sin prisa ninguna, cuelo el río y me salgo por ahí, a

dejar que el viento fresco que danza por entre los árboles, me acaricien la cara y me perfume el alma. La otra noche a las tres y media llegué hasta allí abajo y ya te digo, no buscaba ni busco nada. Sólo el placer de sentirme en contacto con la naturaleza porque la siento parte importante de lo que soy. Ya que me cansé de bajar por la orilla del agua sintiéndola correr, me vine para arriba y así iba pasando las horas de la noche. Yo soy feliz con eso. Más feliz de lo que mucho piensan, porque aún sin tener nada, siento que lo tengo todo y además plenamente en armonía conmigo.

- ¿Y lo de aquellas manada de cabra y el monte lleno de flores?
- De vez en cuando lo recuerdo. ¡Qué bonito era aquel cuadro! Las cabras bajaban desde las partes altas y le entraban al monte por donde el cerrillo comienza. Pero como el monte por allí es tan espeso y alto, los animales se quedaban perdidos entre la vegetación. Pero a persar de eso, si te ibas por la parte de abajo, siempre las ibas siguiendo y aunque no las veías, las adivinabas avanzar ladera abajo. Si te ibas por el lado de arriba, lo mismo las veis de vez en cuando y si te asomabas a cualquiera de los muchos voladeros que por la ladera existe, te las encontrabas casi de frente. ¡Qué cuadro más bello aquel de las cabras avanzando por el monte al tiempo que saltaban de mata en mata buscando las flores más tiernas! Ahora, cuando en mis ratos de gozo sencillo y puro, me pongo a andar por algunos de los caminos que surcan las tierras que tanto quiero, a mi mente acuden aquel cuadro de las cabras tomando el puntal y repelando las flores tiernas de las matas.

También a mi mente cude el recodo de aquel barranco. El surco del cauce sube por el barranco y allí donde las paredes rocosas se levanta gigantes, trazando la barrera que llega casi al cielo, nace el barranco. Por la parte de abajo de las paredes rocosas y en lo más profundo. Luego la tierra se abre como cuando uno abre las manos para dar un abrazo y se ensancha hacia las hondonadas del gran valle. Pero allí donde el recodo muestra sus puertas frente a la nondonada del valle, las aguas saltan del borbotones limpios. Por entre aquellos agujeros y pequeñas covachas, surgen transparente y en tan sólo unos metros, se juntan. Enseguida se forma el río y con éste la cascada, la gran corriente y el hermoso manto de cristal derretedio que deslizandose por las rocas, cae hondonada abajo. Lo ves y aquello te asombra tanto por su grandeza como por su alegría, su transaparencia y los reflejos azules verdes que desde aquel cuerpo de agua sale. ¡Qué bello el río allí donde surgen y es puro borbotón despeñándose hacia el abarranco!

Una y otra vez, a cada paseo de estos míos por entre lo que tanto quiero y me gusta, me voy preguntando: “¿De qué es el miedo? ¿Por qué le dará a la gente miedo?” O no te gusta el monte, no te gusta salir de la casa, cuendo vez la luz te crees que allí ya tienes la verdad. Quizá sea por eso: la carencia a la luz, a la casa y a las cosas de la casa. Y la verdad es que yo en la casa no sé está metido. La livertad y el aire libre es lo que a mi me gusta y por eso lo busco tanto.
- Yo lo puedo entender, pero vamos a acabar con la senda de los Villares. ¿Para qué la construyeron?
- Para salir a Pinar Negro. No había ni hay otra salida y por eso lo constryueron.
- ¿Quienes eran los que tenía o quería salir?
- Eso fue un ingeniero que habí aquí que se llamaba don José María la Cerdad. Este verano pasado vino a la Golondrina. Ya está jubilado de mucho tiempo, pero todavía vive.

- ¿Ese ingeniero fue el que hizo el camino del Tranco del Perro?
- Estaba aquí un guarda mayor que se llamaba Pepe Puertas y construyeron la senda esta. Comienza en el Royo del Ruejo hasta los tornajos de los Charcones. Cruza por el Tranco del Perro, vuelca por el Puntal del Aguila y a los Tornajos que es donde termina.
- ¿Pero quién pasaba por ahí?
- Pues ellos para salir a esos campos y para que subiera y bajara tanto el guarda de los Pardales como el del Pinar Negro y el de los Villares.
- Que no fue aquello para que la gente de la aldea subiera.
- Ni mucho menos. Ese camino fue construido para uso casi particular de ellos aunque luego lo empezamos a usar muchos de nosotros.

Es que mira: si los Villares hubiera tenido una entrada de coche, mucha gente no, pero muche gente, sí. Muchos no se hubieran bajada para ningún sitio. Los Villares era un punto no sólo hermoso sino rico y tranquilo. Es que se pone uno alli y no sabe por dónde bajarse del cuadro aquel. Aquello acompañado de gente es muy grande. La tierrecilla que por allí se ve porque está todo arruinado, pero aquello es muy buena para sacarle cosechas de todo. Es un sitio que tiene muchas fincas, un sitio donde la gente se hacía muy vieja y eso yo siempre he pensado que por algo será. El agua de allí es buenísima. La fuente esa de la Tejilla tiene la mejor agua del mundo.

Oyendo a Ricardo hablar del pueblo perdido y ya para siempre roto en las tierras alta de la gran

montaña, se me viene a la mente el recuerdo del sueño que tuve la otra noche. En él vi un montón de pequeñas casas, sobre un trozo de tierra que era rica. A un lado de las casas se extendía una llanura toda sembrada de huertas y por entre los bancales se mecían verdes los tomates y los pimientos. Me acerqué algo asombrando por el perfume y la belleza que irradiaban tanto en puñado de casas como las tierrecillas y las aguas limpias que casi la bañaban y a uno de aquellos habitantes le pregunté:
- ¿ Es la primera vez que me encuentro con esta aldea dentro de las tierras de este Parque Natural ¿Cómo se llama este rincón?
- Si miras bien no es aldea aunque parezca pequeña. Son cuatro casas blancas y escondidas entre la vegetación, pero el rincón tiene categoria de ciudad. La ciudad más pequeña del mundo porque está escondida entre la vegetación y se alza en unas tierras que casi nadie conoce.

- ¿Pero cómo se llama?
- De siempre nosotros la hemos llamado la Ciudad que se mira en las aguas. Si miras bien te descubrirás por qué.
Miré bien y lo descubrir. Las cuatro pequeñas casas se alzaban, además, junto a varias corrientes de aguas limpias. Los charcos se remansaban y sobre la superficie de cristal de estas aguas azules, se reflejaban las paredes y las chimeneas de las pequeñas casas. "¡La Ciudad reflejada!" ¡Qué bonito nombre y qué bien le cuadra! Me dije para mí mientras intentaba conocer y al mismo tiempo gozar, un poco más de aquello que en forma de hermosura entraba por mis ojos.

Y en silencio, con la suavidad del viento fresco que al amanecer pasa dejando frangancia sin que se note, me fui dando cuenta de la gran belleza. Rodeada de muchos árboles, escoltada por columnas de rocas blancas y al borde de un par de arroyos que parecían ríos, se alzaba el puñado de las cuatro casas. En un rinconcillo que apenas tenía importancia, pero que era hermoso como pocas cosas sobre esta tierra. Por encima de los tejados se mecían las copas de los álamos y algo más abajo, donde las tierras se funden con el barranco, las aguas de los charcos, el viento celeste de las tardes y el silencio de la lejanía, la diminuta ciudad parecía desvanecerse entre los rayos de luz del sol que iba cayendo. Un cuadro que más parecía pura fantasía de un juguete nuevo entre las manos de un niño. Una realidad que desde el silencio de un rincón virgen, emergía a la luz de la tarde para perderse, unos sengundos después, entre las transparencias rizadas de las olas de los charcos.

Al que estaba junto a mí le segía preguntando:
- ¿La vais a poner en los libros para que la visiten los turistas?
- A los turistas nunca se le concederá el previlegio de gozar de esta ciudad. Ya vez que es casi puro sueño y lo demás, reflejos de agua meclada con el viento y el silencio.
Me recupero de este recuerdo mío y como sigo teniendo a Ricardo frente a mí, le pregunto:
- ¿Para qué me decías antes que sirve el agua de las Fuentes Negras?
- Donde se ve una fuente negra, eso es bueno. Donde se encuentre una fuente que se vea la caliza, pues lo mismo se agarra a las tripas que de eso se forman las piedras del riñón.
- ¿La que es negra es buena?
- Se pasa la mano y ya te da hambre. Ese agua la bebes y se lleba todo lo malo. Las aguas blandas son esas de la toba. Por eso mira: está el río este del Borosa y por mucho que la bebas nunca pillarás una piedras, de tan suave y buena. Es agua negra. Ya el Guadalquivir también, pero no es igual. Arrastra más tierra y es otra cosa.

EL ESPANTAPAJAROS
- ¿Y lo de aquel viaje a Santiago de la Espada?
- Tuve que ir para unos asuntos y me fui por el camino que va a salir a la Casa de las Tablas. Por el arroyo de las Grajas, los Aguaciles, frente de los Centenares a salir frente a las Espumaredas. Lleva un traje que aquello no era ni quiera ropa de trabajo. Al pasar por el cortijo de las Grajas, vertiente a la casa de las Tablas, veo unos huertos y entre ellos unos espantapájaros. Me gustó aquella ropa y cuando ya venía de vuelta, venga caminar aprisa porque tenía ganas de llegar a donde estaba el espantaparjos para coger aquella ropa.

Pero mira el miedo y lo que son las personas que no nacen para hacer una cosa. Pues que yo pensaba: "Pues me llevo la ropa de los espantajos esos y en su lugar pongo la mía". Y sin desapañar, porque tú sabes que se cruzan asi unos palos para que el espantapájaros parezca una persona de verdad. Desde el año que había hecho la mili, desde el cuarenta y ocho no había llevado nunca nada en la cabeza. Ni aunque lloviera o hiciera sol. Pues que llego al espantajo aquel y me lio a quitarle la ropa. Mientras, venga mirar para arriba y diciendo: "¡Si asomara el amo de este espantajo, qué verguenza para mí que nunca me han pillado en nada!"

Pero mientras esta contración de sentimientos chocaban contra la necesidad que llevaba en cima, me fui quitanto la ropa al tiempo que la iba poniendo en los palos del espantajo. Me fui poniendo aquella que me parecía mucho mejor que la mía. Todo lo que yo llevaba en el cuerpo, me lo dejé allí y lo que tenía aquel espantajo, me lo puse. ¿Qué clase de ropa llevaría yo? La única prenda que no pudimos intercabiar el espantapájaros y yo fueron los calconcillos. Ni aquel muñeco tenía ni tampoco yo. Y es que no se me olvida, aquella ropa que le dejé puesta al los cuatro palos del espantajo, le había llevado yo encima sin quitármela, sesenta y ocho días. No se me olvida. ¡Qué ropa dejaría yo allí!

Pues ahora vamos a dar un salto y luego volvemos porque tengo que decirte otra cosa que viene bien para completar esto de espantajo. Una vez estuve sirviendo en las ermitas de las Hoz.
- ¿Dónde está eso?
- Esto aquí está en la Sierra de las Villas, más pa bajo del Tranco, en un sitio que le llaman arroyo Martín.
- Eso lo conozco yo.
- Pues al pasar royo Martín, están las ermitas de la Hoz. Y decía la mujer: “Un pastor como usted, no lo he tenido nunca”. Entences le pregunté: “¿Y eso por qué me lo dice usted, señora?” Y me contestó ella: “Es que estoy comprobando que todos los días se lava. Una vez y otra veo que vien limpico. ¿Cómo no le voy a echar a usted una sábana”. Y yo le decía: “No señora, a mi no me pinta eso. Lo de que me lavo sí es verdad: cada día en cualquier arroyo o charco de los muchos que corren por estas sierras, me lavo. Aunque sea sólo para dormir bajo una piedra o entre unas matas de sabina, pero eso de acostarme en sábanas, no me pinta a mí”.

Siempre pensaba que si alguna vez amanecía muerto por las circunstancias que fueran, que a otro día me recogieran, pero limpios a mí me iban a encontrar. Los pies, la cara, las manos y todo el cuerpo, yo siempre lo he tenido tan limpios como las mismas aguas que corren por las arroyos de estas sierras. Estaba desnudo, no tenía casa ni un trozo de pan para comer, pero como frente a mí, por todos sitios que iba, me encontraba con la gran riqueza de manantiales y arroyo, limpio sí tenía yo siempre mi cuerpo. Mi madre siempre me decía: “Aunque duermas en el suelo, que la carne siempre esté limpia”. Y así es como yo he pensado siempre.

Si ahora vamos por ahí y me tuerzo un pie y tiene que venir el médico, que se vea la limpieza. Lo que es negro que se vean negro y lo que es balnco que se van blanco. Eso me ha gustado mucho. Que me pueda quitar un zapato y verlo como la mano. Las uñas limpias y la pies blanca. El que lo hace cuando va de viaje, eso no tiene valor. Para mí la limpieza es cada día. La ropa más mala o más buena, pero que esté limpía.

Pues aquel día cuando llegué a la casa me dice la mujer: “Madre mía que chaqueta traes. ¿Dónde te la han dado?” Digo: “En Santiago, unos amigos”. “Pues tienes que quitártela y guardarla para los viajes porque te cae muy bien”. Pero aquello era una chaqueta que estaba yo de pie y me daba dos vueltas enteras a todo mi alrededor. Era de esas que lleva dos hileras de botones y un pico que salía por el hombro. Yo tan chiquetajo y la chaqueta tan grande y ella que no hacía nada más que decirme que me caía muy bien. “Tienes que guardarla para los momentos importantes. Hay que ver la ropa que hemos juntado en poco tiempo. Nunca hemos visto tanta ropa como ahora. Tenemos el cajón que no coje más”. Y aquello era un cajón de la dinamita que mediría unos cuarenta por cuarente, poco más o menos.

Eso era lo que teníamos colgado en una estaca que habiamos metido en un aguero de la cueva. “Ahora sí tenemos ropa porque está el cajón lleno”. ¡Madre mía! Hay que darse cuenta, un cajón de dinamita para toda una familia entera.
- Pero es lo que tú dices: como en aquellos tiempos tenías poco lo que luego después habeis logrado poseer, lo valorais mucho.
- Ahora, algunas veces veo a la mujerque tira ropa y por eso le pregunto: “¿Dónde la has tirado?” No me lo quiere decir porque todavía me animo y guardo algo para cuando tenga que trabajar.

- Si volvemos a los Villares ¿te acuerdas tú hasta qué edad viviste allí?
- Allí viví desde que nací hasta los veinte y seis años. Me casé el once de enero del año cincuenta. En el mismo pico del Calerejo estuve tres meses de viginate. Veinteiseis años viví allí y ya que tuviera la suerte de haber estado otros tantos más. Porque yo, mira lo que he dicho muchas veces: “Creo que me dejarían vivir”. Si ahora tuviera treinta años, apañaba allí una cosilla y en aquellas tierras viviría solo. Serviría para conservar algo, no para destruir y por eso me dejarían.

No tienes nada más que mirar este entorno donde ahora mismo estamos. Aquí hay kilómetros de río, pero rincón como este, no se ven por ningún sitio. Que lo estoy cuidado hasta la misma orilla del agua. Si es que hay que cuidar de todo. La tierra que se cuida da vida. Un rincón que nadie lo pisa, se queda en la

ruina.
- Y eso de las pegueras en los Villares ¿qué era?
- Pues que era una actividad más de donde sacábamos para ir viviendo. En los Villares éramos personas divertidas, valientes para trabajar y duros para lo que fuera. Lo mismo nos estábamos un día sin comer que tres días de huelga si era menester. Desde que fui pequeño, con diez años o así, ya me iba con los animales por las montañas y hasta dormía con ellos. Cuando despertaban, muchas veces se me habían perdido.

Ya cuando fui mayor, me fui a vivir a Cortes de Baza y no pude estar allí más de tres meses. No me gustan las sierras muy peladas. Yo tengo que estar aquí. En un terreno que le parezca a este. Cuando salgo de aquí a algún viaje largo y veo un terreno que se parece a este, siempre me digo: "Aquí pue que me estuviera yo", pero no mucho tiempo. Cuando voy por el Borosa, siempre digo: "Ya no hay un sitio como este". Cuando me lo dice otra persona que no lo ha visto nunca y ha corrido más que yo, todavía me anima más. Cada paso se ve un paisaje distinto.

- ¿Qué recuerdas de tu madre?
- Ya te he dicho que nació en las cabrerizas. Se casó a los diecisite años y se fue a vivir a los Villares. Sus abuelos nacieron y murieron en los Villares. Mi madre vive todavía. Recuerdo de ella que con un borriquillo que teníamos iba a Santiago de la Espada a por la ración y le oscurecía por ahí. Las mujeres iban al pueblo y si les oscuricían andaban de noche y ellas nunca les temían a nada.

- ¿Y tú te acuerdas de uno que vivía en los Villares que se llamaba Sixto?
- Claro que sí. Ahora está en Cazorla. Sólo ha estado cinco años en los Villares, en la casa forestal y en los covachos. Tenía unas cabrillas y con ellas se entretenía. Luego ya las vendió y compró una casilla allí y se bajó de los Villares. Ese siempre ha estado solo porque no tenía familia. Nació en la Asomaica y ahora debe estar muy cerca de los ochenta y tantos. Siempre fue un hombre sin ambición y sin grandes deseos en la vida. Le daba lo mismo diez chotos que cinco.
- Y sí allí viviais tan agusto ¿Por qué os vinisteis del lugar?
- Es que los problemas empezaron cuando vino el Coto Nacional. Poco a poco fueron estrechando a la gente. No hacía nada más que decir: "Teneis que retirar el ganado, teneis que iros de aquí, hay que despropiar". Y a partir de aquello, la vida se puso muy mala. No nos dejaban cultivar las tierras, ya pusieron los canos, ya lo envolvieron todo con sus artimañas y poco a poco nos fueron acorralando. Entre tantas complicaciones que nos pusieron los ingenieros, los guardas y luego los bichos que no les podía tocar, la vida se nos hizo imposible. Como luego lo hicieron parque, pues peor todavía. Yo hubo que saltar.

Algunos viejos decían que sus tierras les venían de siglos y siglos atrás. Muchos tenían escrituras, pero como no las iban conservando, no puedieron demostrar lo que querían y necesitaban.
- ¿Y tú recuerdas si la gente cuando se vino, lo hizo contenta?
- No. No se vinieron contentos ni están contentos, porque aunque estén mejor, les gustaba aquella vida más. A cualquiera que le preguntes, a cualquier padre de familia que le preguntes, no te dice que esté más agusto. Puede que alguno porque dude algo, pero no. Yo conozco a los vecinos, yo me llevo bien con todos y hablando ellos siempre dicen lo que que yo: "Yo tavía estaría allí. Me podían haber dejado allí, que yo vivía a mi manera y era feliz". Sí. Y ahora que se vive mejor, mejor se estaría allí.

Como dice la copla de la cinta del Cabrero: "Como el águila real, quisiera vivir en la cumbre, apartado de la ciudad, como el águila real". Y eso me gusta. Eso me gusta a mí.
- ¿Y aquello que me decías del Haza de las Yeguas?
- Es por ahí, por la Tiná de las Majaicas, un poquito antes de llegar a Bujaraiza, por donde hicieron una cerca. Ahí trajeron los primeros animales para ir haciendo la recría para la repoblación. Me acuerdo que vinía un ingeniero que todavía vive, ya jubilado, al ver a los ciervos. Siempre decía: "Ay que bonicos". Nosotros nos reíamos y entonces él a vernos nos decía: "Hoy os reí de estos bichos, pero algún día os haran llorar". Dicho y hecho: pasado el tiempo la cantidad de sufrimientos que esos bichos han traido a los serranos. Pero en fin ¿dejamos esto y nos vamos otra vez para los Villares?
- Vámonos para los Villares.

Y estando allí, cuando eras pequeño ¿tú subiestes alguna vez al Calarejo?
- Claro que sí.
- Cuentame a ver cómo se sube a ese tan bonito monte.
- Pues se coge por un sitio que se llama El Prao de la Solana, un caminillo que va dando vueltas y llegua a la Hoya del Calarejo. Desde allí ya, la raspa arriba a lo alto. Y por aquí, se viene, se vuelca por el Collado de la basura, el Collado la Obradá, el Collado Santos, por donde te he dicho antes, el Portillo del Collado del Lobo a salir arriba.

Y aquí en la Sierra de las Villas hay un paisaje que me gusta a mí mucho.
- ¿Qué paisajes es?
- Pues fíjate: desde el Tranco para arriba, comenzando por la Venta de los Agustines, de ahí para arriba. Por donde se encuentra el Prado de los Chortales, la Majá de la Perra, el Collado de los Hermanillos, la Cruz de los Soldados, Cañá Somera, la Morra de Cañá Somera, aquel lado está El Poyo del Zorro, Las Nogueras, luego ya Gil Cobo. Mi hijos y los compañeros tienen la Cueva del Peinero. Pero claro, ese es otro rincón que según me dices, lo vas a hacer por otro sitio.
- Eso es lo que tengo pensado.
- Entonces ¿qué es lo que te interesa ahora?
- Aquello que me decías de los caminos.

- Lo que te decía de los caminos es que no sé esplicarlo. En mi sueños lo he visto muchas veces y según se me presentaban, los caminos en lugar de ser muchos que surcan las grandes extensiones de estas tierras, era como uno solo. Como un gran camino formado por la reunión de muchos pequeños que se perdían y al mismo tiempo surgían de cualquiera de los puntos de esta gran tierra.
- ¿Y a dónde te puede llevar o te llevaba este gran camino?
- Es como si naciera de ahí, de donde nace la tierra que puede ser cualquier punto y te llevara a todos los lugares. Por eso para mí el camino es tan importante. Como lo fundamental en la superficie de la tierra que lleva a la misma tierra al tiempo que también lleva a los secretos y bellezas que la tierra encierra.
- Pero el camino ¿quién lo ha trazado?

- No se sabe, porque parece como si estuviera oculto y algo perdido, al tiempo que se intuye grande y fundamental para sentirse uno presente en estas tierras.
- ¿Y ahora?
- Pues cuentame eso de los guardas.
- El refranillo de los guardas, es un refrán verdadero, el pastor no quiere al guarda ni el guarda al ganadero. Llega el día en que se junta y se dicen unos a otros: de la Jefatura Montes nos tenemos que quitar, porque no se puede tener ni siquiera un animal. El marrano que se mata, lo tenemos que comprar porque la cuadra cría pulgas y nos suelen de picar. Echa por esas montañas, corta ramas las que quieras y no le digas a nadie que tú mis cabras las guardas. Si te cojo haciendo leña yo te voy a denunciar, sino me dununcia usted yo también le doy un real. ¿Te gusta?
- Me gusta mucho.
- Pues si quieres ahora te voy a decir los mandamientos que sé yo.
- Quiero que me digas los mandamientos.

- Los mandamientos de la Ley de Dios son diez: el primero que no hay dinero, el segundo que está revuelto el mundo, el tercero, hay muchos ladrones entre los caballeros, el cuarto de robar no se ven hartos, el siete que la construcción no apriete, el ocho que no hay ningún hombre mocho, el nueve palos y palos y quieta la liebre, el diez que no se respeta ningún juez. Estos diez mandamientos de la Ley de Dios, se encienrran en dos: el rico no debe na y pobre lo paga todo.

Al termir de oir estas palabras de la boca de Ricardo, caigo en la cuenta que el otro día Pío de las vacas, Coto Río, el otro día me dejó un librito que le escribieron a él hace muchos años. No es ni bonito ni afortunado, pero entre sus veinteitres páginas leí unos párrafos que se parecen mucho a lo que Ricardo me acaba de contar. Se lo digo y él me contesta:
- Pues a ver como son los dos últimos mandamientos de ese librito.
- Dicen así: "Estos diez mandamientos se encierran en dos, quítate tú de ahí que me ponga yo, que bastante has comido tú, ahora voy a comer yo". ¿Qué te parece?
- Que también valen porque son bonitos.

- Así que ya podemos pasar a otra cosa.
- Vamos a lo que tú quieras.
- Yo quisiera que me hablaras de las pegueras.
- Pues mira salimos por la mañana con el hacha, el azadón y las cuerdas y hacemos la carga de tea. Hacemos la tea.
- ¿Cómo se hace la tea?
- Si está la tocona envuelta, se le escarva.
- ¿De qué es la tocona?
- De pino. Da igual que sean pinos blancos o negros, pero lo más corriente es el pino blanco. Cuando daban una corta salían a subastas las toconas para hacer alquitrán. "Traívamos" la tean, la poniamos hecha una acina en la puerta. La peguera era así un hoyo redondo en la tierra y por dentro se iba poniendo piedras y

barro. Se parte la tea, se hace un agujero por abajo, una cañería tapada por ahí y aquí hay un pozo que es un pozuelo.

Cuando ya está llena de teas así partidas, se van poniendo así, un poco de tendío al tiempo que se le da la vuelta como si fuera una orza. La peguera es igual que una orza: estrecha de abajo, ancha de arriba y luego junta la boca un poquito. Cuando ya se llena de teas, se le hace así un poquillo como unas piedras para que tenga la boca un poco más estrecha. Se le pegua fuego y lentamente va ardiendo. Por abajo sale el aquitrán aquí al pozuelo donde se le ponte un tanto.
- ¿Qué es un tanto?
- Un palo que se pone asi y se le hacen las rayas. Veinticinco arrobas, treinta arrobas, cuarentas arrobas, hasta sesenta arrobas y de ahí para arriba que daban algunas, según fuera la tea y según tenga cabida la peguera.

Por el tanto, ese palo que está señalado, sabes las arrobas que tienes. Es como si se metiera una roma y va marcando. Se le hace decir: “Aquí están las veinticinco arrobas, al palo”. Ya como se sabe de antes, cuando llega el alquitrán del pozuelo allí, veinticinco arrobas. Luego venían los harrieros, cogían aquello en las pieles con un cazo así parecido al de sacar la broza de los peces que tengo en este lago mío. Con un cazo y un enbudo llenando las pieles. Alzaban las pieles, las liaban, las echaban las las bestias y te la pagaban. A quince pesetas, a diciocho pesetas, hasta siete pesetas la arroba he hecho yo el alquitrán. Sé de otros que lo han hecho hasta por tres pesetas.

- ¿Iban allí a recogerlo?
- Iban los pegueros a recogerlo al monte.
- ¿Cuanto podía dar una peguera?
- Una peguera podía dar cincuenta,sesenta o sententa arrobas. Según era la peguera y la tea. Si iba limpia que no chupaba luego fuego, daba más alquitrán. Porque el alquitrán, si la tea llevaca cascara, se perdía mucho, pero su la tea no llevaba cáscara, todo escurría y aquello daba mucho alquitrán. Si tocaba mucho a la madera, ya salía menos cantidad. Normalmente dos cargas de tea, bien hechas, daba dos arrobas de alquitrán por carga. Así que de treintas cargas de tea sesentan arrobas de alquitrán. Eso no era siempre exacto, pero por ahí andaban las medidas.

- ¿Cúantos días se tardaba en hacer una peguera?
- Ahí se podía tardar... ya dependía de según al tío le condiera la tea. Pero se podía tardar unos quince o veinte días.
- La primera peguera que tú hiciste ¿dónde fue?
- La primera vez que yo hice una peguera fue en Majal Izquierdo.
- ¿Dónde está eso?
- Queda al volcar de la Lancha Pilatos, ahí. En un sitio que se llama Espinarejos y Majal Izquierdo. Y luego ya me fui aquí a Cañá Somera. Una peguerilla que hay ahí. Y ahí me salía muy bien. Me hice tres hornos de tea porque la calidad del terreno también influye mucho.

Donde hay mucha solana los pinos tienen mejor tea. Y como ahí había mucha solana a mí me fue muy bien en esa zona. Yo me hacía la tea y como no tenía bestias, me la acarreaba a cuestas, me metía en la peguera y mi mujer me daba la tea. Ella me echaba los haces por lo alto y yo los iba a pañando. Luego le peguaba fuego. ¡Madre mí qué lucha! Al final de la temporada me quedaron mil pesetas. Y yo me pacía que tenía un capitalazo.
- ¿En qué año fue eso?
- Pues fue, ya verás, en el año cincuenta y dos. Y decía yo: “¡Madre mía, mil pesetas encima de todo lo que me he llevado! Lo que he gastado y lo que me han llevado los harrieros”. Yo qué sé, me parecía que aquello era un dineral.

Es que casi siempre quedábamos en ras o debiendo. El que decía me ha quedado tanto, no te lo podías creer. “¡Hombre como te ha quedado tanto si yo he quedado a deber!” Pero a mí me quedaron mil pesetas y aquello me parecía imposible.

Pues la tea que me hacía, siempre la acarreba a cuestas. Que ya verás como no te miento. ¿No ves qué costuras tengo aquí en las carnes de las espaldas?
- Sí que las veo.
- “Matauras”, como se decía antes a las heridas que le salían a los burros. ¿Por qué? Porque tenían mal aparejo los burros. Pues eso me pasaba a mí. Pero ya verás tú. Se fue la mujer a ayudarme para hacer un horno de tea y se echó un haz de astillas acuestas. Bajaba por la ladera y cuando acordó cayó en un

barranco. Ni me di cuenta ni las voces que ella echaban yo las oía.

Pasaron unos pastores, un granamigo de la Cabañuela que ya ha muerto, la vieron allí en el barranco. Le dicen: "¿Qué te ha pasado?" "Pues ya estay viendo que me he caido". Como llevaba las hombreras atadas de allí no podía salir. La sacaron de allí y cuando luego yo vi aquello me dije que si no hubiera sido por ellos, allí se afixia. Allí con el haz de teas encima se hubiera afixiado. Cayó en unos de los barrancos de esos que hace el agua. Luego crece la hierba y pasas por allí y cuando acuerdas, caes dentro. Pues eso le pasó aquel día. Así que fíjate.

- Y desde la peguera hasta donde tenías que ir a por la tea ¿cuántos metros recorrías?
- Desde el Majal de la Perra, de la Cruz de los Soldados, del Cerro de los Calderones, más para acá de Cañá Somera, de todos esos cerros y toda esa solana, llevámamos la tea. Un día más cerca y otro día más lejos. Que se cansaba uno de acarrear tea a la peguera. Te cargaba con un has de tea y aunque te parabas a descansar, te agotabas. Era la vida dura, pero se iba tirando.
- ¿Y cómo os lo arreglabais para la comida?
- Pues hacíamos un chozo y en él teníamos cuatro cosuchas para hacer de comer. Una mala saltén, una talega de harina, un puñado de garbanzos, algo de tecino, si se podía y esa era la comida. Una vida dura de verdad.
- Cuando ibais por ahí a montar la peguera ¿cuánto tiempo estabias por el monte?
- Pues hasta que no llegaba el mes que señalado para el peligro de fuego en el monte. Solía ser tres meses o cuatro. En tiempo de invierno no dejaban. Las teas y las pegueras no pueden ser lloviendo.

Luego estuve ahí en los Poyo del Betún también y eso no se me ha olvidado. Cuando voy por ahí de excursión voy a ver la peguera. Frenta a donde ellas estuvieron ardiendo en aquellos tiempos, me paro y en silencio me digo: "¿Hay que ver aquellos tiempos con aquellas luchas tan llenos de necesidades!"
- ¿Había muchas personas que trabajaran en estos oficios?
- Mucha gente, sí. Lo que he conocido yo y no lo he visto hacer es la miera. Porque ahí más para acá de los Villares hay un sitio donde hubo una merera. Según me decían, metían las cepas y el fuego estaba por afuera y eso le hacía sudar. A mí el olor de la miera me gusta mucho. Dicen que no es malo para la salud de las personas. El otro día ahí, por ahí así me encontré yo una cepilla de enebro y la vine oliendo y me gustaba. ¡Qué bien huele eso!

- Pero volviendo a lo de las pegueras, ¿dime para qué usaban la resina que sacabais de las las teas?
- Pues yo creo que eso lo usaban para alquitranar las carreteras. La miera se usaba para curar a las ovejas. La echaban en la sal para el animal que estuviera enfermo, sanara y la que todavía no había enfermado, pues que no se pusiera mala. Que la llevaban los pastores en una cosa así como un cuerno. Como las cuernas estas que había antes de los guardas para tocar. Se la echaban en la sal a las ovejas y a las cabras.

Pues si yo no sé lo que me pasó con una cuerna de esas que yo había guardado de recuerdo. Tenía su palote y todo. Era el cuerno de un toro. Me la encontré en una de las muchas casas que derribaron. No recuerdo ahora dónde, pero tenía yo eso guardado y se ha perdido. Me dije: "Hay que ver que esto es de la miera". Tiene un tapón y aquí por este roto del palote le se la echaban en la sal.
- ¿Y en qué sitio estaba esa merera que me has dicho?
- Se encontraba en un lugar que se llama el Recó. Si alguna vez hubiera probalidad íbamos a los Villares y te lo enseñaría. Que yo no puedo andar mucho ya, pero como esto me gusta tanto, lo hariamos aunque fuera poco a poco.

A los Villares íbamos a ir un día de estos. Nos llevamos comida y estamos todo el día por ahí viendo y recordando cosas de mi sierra. Aquí cojemos la senda o nos vamos por otro sitio que yo conozco muy bien. Por el mismo vado por donde yo sé va el camino. Y allí por las Celdas también se sube muy bien. Porque no hay camino. Va un jorro, ¿lo has visto?
- Lo recorrí un día y descubrí que está muy malo.
- El jorro se deja. No lo pisa uno. Yo no lo piso porque esos caminos no son los buenos. Tú te vienes conmigo y seguro que te dices: "¿Puede ser esto?" El camino va por aquí. El jorro está así, pero el camino va por fuera, por la derecha y dando unas curvillas preciosas. Unas curvillas por entre las matas que eso es una delicias sólo recorrerlos.

Porque el jorro, malo es subirlo, pero luego bajar es que no se contiene uno allí.
- Yo lo he bajado y por pocas me mato por allí. Las lluvias lo han roto por todos sitios
- ¡Claro! Se viene uno por fuera. Buen camino por los muchos romeros y cosas. Se le va a uno los pies y antes de que caigas ya te has agarrado. A mí es que me gusta eso mucho. Pues tenemos que ir un día y

además de recorrerlo, hablar cosas de todos aquellos rincones. Eso hay que hacerlo muy bonito. Y a ver si viéramos algun bichillo que eso también es bonito.

Es que un día subí yo a los Villares y había una gamilla chica. Estaba acosada al pie de un árbol, a todo lo larga, como si hubiera estado muerta. Al verla yo dije: "Como subo a ver esto y no me canso de estar aquí, pues ahora que me la he encontrado yo no tengo prisa. Aquí me quedo hasta ver lo que hace. Que se ha quedado dormida y la madre se ha ido a comer". Pues me puse así enfrente cuando veo a la madre bajar, desde allí desde el royuelo. Ella dijo: "Allí como y bebo agua. Tengo comida y agua". Los animales son muy listos.

Y cuando bajó aquello chilló como un cristiano. Se levantó y chilló y de seguida estuvo la madre allí. Y salió tan bonica, tan bonica, tan bonica. ¡Qué maravillas las cosas de la naturaleza!
- ¿No te olieron?
- Nada. Yo creo que si hubiera sido otro le da por agarrala o cualquier otra cosa. La espanta si es que no se le hubiera ocurrido matarla. Es que van por el monte, ven un animal y ni siquiera saben compartarse. Y yo eso no. Eso no. Hombre, si no tienes hambre, no mates un bichillo que lo ha criado la naturaleza, Dios mío, tan bonico y tan lleno de libertad. Y lo matas ahí ¿para qué? Sólo por el gusto de matar y de presumir luego entre los amigos. Si estás harto de comer ¿para qué matas animales tan bellos y tan inocentes?

Si tienes hambre, no lo hagas porque quitas una vida. Yo pienso en eso. Yo creo que no tengo miego porque fíjate. Voy poco a la iglesia porque no hay probalidad, pero yo voy a lo alto de la montaña aquella cuando sale o se pone el sol y me digo: "Voy a rezar un padre nuestro aquí para darle gracias a Dios por tantas cosas como me permite gozar". Y eso me gusta. Mi alma se llena de gozo y parece como si la vida me entrara tanto por los ojos como por el aliento y por el corazón arriba. Qué cosas más sencillas y hay que ver lo agradables que son y lo bien que le sientan a uno.

A lo que tengo entendido "ende" que nací y ende que nacieron los seres hace ya tantos años, aquella gente se ponían a rezar al sol. A mi me han dicho que como no había iglesia ni nada, por eso rezaban al sol. ¿Qué trabajo te cuesta dar gracias por esto y por aquello? Te encuentras con unos y otros y los oyes decir: 'me cago en esto me cago en lo otro' y luego los ves que encuanto tienen un problema empiezan a exclamar: 'hay Dios mío...' Antes has dicho que no existía, que no creía ¿y ahora para qué lo nombras?

Yo soy creyente, a ver si me entiendes, creyente de buena fe. No de esos que dicen soy, soy y luego no hacen. A mí no se me da cuidado dar esta camisa que llevo puesta y venirme con las carnes al aire a mi casa, si fuera necesario. Eso lo hago yo. Eso es de la iglesia. Eso te hace más que si vas y luego no crees. Además, yo comprendo. La iglesia doma a mucha gente porque como hablan tambien, con esa experiencia, sus estudiso y todo y no da malos consejos, hay gente que se, pues por eso hay mucha gente que se recorta mucho y no son malos ¿Es metira? Por eso pienso que a la iglesia tenemos que ayudarle. Aunque yo no esté dentro, si estoy dentro y la debo respetar. La iglesia y la justicia son dos cosas que hacen mucha falta.

Tiene que haber un herrero para trabajar en el hierro, tiene que haber un hombre para poner la piedra, tiene que haber otro hombre para guardar el monte, tiene que haber otro más que le guste poner monte. Un para que lo guarde por si a otro le gusta de cortarlo. Si todos hicieramos lo mismo no habría variedad ni riquezas. ¿No es una bendición que las cosas sean así? ¿Es mentira? Que me gusta a mí de ir a los Villares y luego, cuando yo me muera, que haya otro que también le guste estas cosas. ¿Nos es verdad? Mañana nos morimos nosotos y las letras no mueren. Quiero esto decir que después de desaparecidos de esta tierra siguen hablando bien de nosotros. Si es verdad que morinos o no.

Yo le he contado esto sólo a unas cuantas personas. A las personas que yo he visto que tienen interés por las cosas que uno siente.
- ¿Y qué es lo que le has contado?
- Un día vino una mujer de Lineres al campamento este que hay por aquí junto al río. Nos pusimos a charla una tarte y en la conversación y salió en la conversación lo que existe y lo que no existe. Le dije: "Mire usted, yo un día enseñé que me había muerto y estuve una semana pasando "cochura". ¡Desde entonces anda que no le temo yo a la muerte! Una semana entera estuve yo pasando cochura. Usted me deja que le cuente y si sabe más que yo me contesta lo que sea. Cuando desperté y vi que era mentira qué tristeza me entró. Estuve luego una semana "roneando" en aquello".

Ensoñé que me habia muerto y vi una boveda muy grande, así como un túnel. Pero una bóveda como el que mira de aquí de cuerda a cuerdad. Con unos paseos, unos jardines, unos alumbrados, una maravilla todo aquello. Y yo paecía que iva así, flotando por el espacio sin peso y sin dolor. Y me decía para mí:

"¡Madre mía, esto sí que es bueno! ¿Por qué no he venido yo aquí antes? "
- ¿Y eso fue de verdad?
- De verdad, de verdad. ¡Ay que envidia, eso no es morirse, eso es vivir. Morirse es esto que tenemos. Está muerto es esto. Aquello es la verdadera vida. No se me olvida aquel sueño. Ahora voy andando por ahí y me acuerdo de esto y me digo muchas veces: "Pues si para ir a un sitio de esos no tiene uno que temer.

Y entonces me dijo la mujer: "Mire usted, eso se llama..." Ya no voy a saber explicarlo como ella me lo dijo. Dice: "La Bóvedad. Eso lo enseñé yo y se llama la bóveda". La bóveda de la gloria o la bóveda de no sé qué. Ahora no sé cómo ella me lo explicó. Pero me quedé más conforme porque ella también lo ensoñó. Entonces le dije: "Y usted ¿qué? ¿A usted le gusta ayudarle a la gente y hacerle el bien?" Dice: "Yo sí". "¿Y usted tiene miedo?" "Yo ninguno". "Pues puede que vayamos a parar allí. A un sitio así. Quizá por eso no tendré yo miedo. Que dicen que no morimos y todo eso".

Después yo he pensado mucho en aquello y siempre me digo que puede ser que sea verdad que no morirmos. Puede ser que haya una vida feliz. ¿Por qué no? Porque si decimos que no podemos mentir, no lo sabemos. Porque claro, si hay un poder para deshacernos, ¿porque no puede existir también ese poder que nos vuelva a hacer ota vez con más gloria? Ahora tenemos aquí un cuerpo inferior, digamos un cuerpo pequeño. Pero la intelegencia nuestra, mira lo que avanza. Si estamos aquí y vemos a una persona que hay en Madrid, lo otro ¿no puede ser más fácil todavía?

Que hay que ver lo raso que está y mañana pueden caer aqui doscientos litros de agua. También puede venir un sol que nos quema o una nevada que cubre todos los campos. Eso tiene que hacerlo algo. De la nada no hay nada. ¿No verdad? Por eso no que hay que decir que no se cree en nada. No hay que decir eso. Hay que creer o no hay que creer. Como lleves buena fe en la vida una va a Madrid sin dinero, pero robando no porque te pillan. Si no aquí, más allá. Pero pidiendo honradamente como desde aquí a Madrid y te llevan en un coche ¿Verdad que sí? Na más que de cien haya uno, tú llegas allí. Pero si vas por las malas no. De ahí sale el miedo.

Yo como estoy tranquilo de todo, pues me hago aquí mi mundo y no le temo a nada. Una noche estaba yo solico acostado y en aquel momento para mí que me parecía que no tenía ni corazón ni nada. Pero yo despierto. Y como me sentía tan bien me preguntaba: "¿Y cómo este bien estar tan grande? Si mejor que esto no hay nada. Encontrarme como si no tuviera corazón es lo más grande que nunca me ha ocurrido. Como un papel que lleva el aire que no lleva peso ninguno". Yo qué sé, una felicidad, una cosa que no puedo explicar ahora con palabras.

Cuando voy solo por ahí, por el monte, siempre me gusta pararme en los sitios bonitos y quedarme allí quieto mirando a las cumbres. Siento como si en aquel mismo rincón me fuera a ocurrir algo bueno. A otro día me dan ganas de ir a ese sitio. Yo me junto con mucha gente y al mismo tiempo con muy poca gente. A las personas que se amontonan en un campamento de estos que organizan por aqui junto al río Guadalquivir ¿qué les cuento de esto? ¿Me van a entender a pesar de los estudios, y otras cosas, que puedan tener?

¿Cómo le digo yo que esta mata es un rosal, esto una vigarra, eso un chopo, aquello un llorón, eso otra cosa y así hasta el infinito? Esto se come y aquello no se come. ¿Cómo le digo yo que esto y aquello no se puede cortar porque cuando llueva me puedo meter debajo para no mojarme? Si no hay un árbol como este no tengo sombra y sino tengo las ramas secas de aquella carrasca no me puedo calentar ni hacer comida. ¿Cómo le explico yo a las personas estas cosas? A muy pocos le puedo yo contar estas cosas. Es lo que te dije antes, que no me gusta la gente, pero claro, es la gente.

Me gustan según qué personas sean. Pero como estamos tantos y al mismo tiempo somos tan pocos, pues tienes que tener mucho cuidado. "Semos" muchos y semos muy pocos.
- Porque una cosa, cuando tú subías así, que me dices que ibas andando y veis un cerro y te gustaba asomarte ¿qué es lo que esperabas encontrar al otro lado?
- Siempre esperaba ver cosas mejores. Siempre me decía que tenía que ir al otro lado para encontrarme con otras cosas más bonitas. Siempre deseo de aquello que no tenía antes mi ojos. Como una gran envidia a la naturaleza. De verdad, de verdad que voy por un camino y me estorba una mata y no me atrevo a cortarla. Si lo corto, puede que al volver lo vea seco y ha sido porque lo he cortado yo.

- Como tú bien dices, todavía nos quedan muchas cosas, pero tenía yo una por ahí que no la vamos a dejar para otro día.
- ¿Qué es?

- El Calarejo tiene un agujero.
- Eso es verdad. El Calarejo tiene un agujero que da vista aquí y se ve desde la Torre. Se llama el Poyo de la Ventana. Es que tiene un poyo dentro, pero salida para abajo no hay. Hay que volver otra vez por arriba. ¡Eso es muy precioso! Se me había olvidado a mí a pesar de lo mucho que lo miro desde este rincón mío.

- ¿Tú has subido allí alguna vez?
- Por lo alto. Se algún día vas por allí verás que hay unas piedras puestas porque se metían los animales. Entraban por arriba y podían salir otra vez. Pero por abajo puede que tenga más de cien metros por algunos puntos. Aquello hace así redondo y tiene una hiedra pegada a la pared.
- ¿Y eso es bonito?
- Eso es lo más bonico del mundo. Una pequeña maravilla que el arquitecto Dios construyó en la cima de aquellas rocas por puro capricho. Y no está muy mal de subir hasta esa ventana. No, porque subimos al castillico ese que te digo y se agarra uno así un poquillo pa' riba, pa' riba y se sube. Como yo lo sé eso tambié... y luego tuerce uno así y de momento se encuentra enfrentico de la ventana.

Eso, un día que vayamos a los Villares, nos acecarmos a ver el poyo de la Venta y la Secreta. Desde allí nos emparejamos para acá.
- La Secreta ¿qué es?
- La Cueva de la Secreta que está más arriba del castillo. Una cueva, muy bajita , pero más grande que toda la charca esta que tenemos enfrente. Allí cuando la guerra se metían los maquís, los que se venían huyendo de la muerte. Pero eran muy listos, cuando amanecía se iban.

Aquí en el Aguadero hay un sitio que se llama el Covacho los Faciosos. Y eso es porque los cogieron allí. Como el covacho está así, le entraron por la cara de acá y cuando se dieron cuenta estaban acorralados.
- De eso he oido hablar.
- ¿Quién te lo ha contado?
- Uno serrano que se llama Juan Paco Fernandez, que vivió en los cortijos de Solana de Padilla.

- Y como ya vamos terminando ¿por qué no me cuentas aquello de la pesca en el río Borosa?
- Pues bájabamos a pescar por el Canalón de los Arredraeros y nos ibamos a dormis al covacho Papachín.
- ¿Eso dónde está?
- Muy cerca del río. Son unos covachos así.
- ¿Pero por la cerrada?
- Más para arriba de la Cerrada de Elías. Como algún día vayamos allí ya verás cosa hermosa. Y por encima nos hemos dejado una cosa muy bonita.
- ¿Qué es?
- La Cueva del Moro. Es un aguero redonde que se ve desde la carretera.
- Pero cuéntame como era aquella pesca.
- Pues bajábamos a pescar de noche. Con teas porque no existían las linternas. Con teas en una saltén llena de agujeros. ¡Ay que ver ahora los furtivos cuando sienta esto y descubran las travesuras que nosotros hacíamos en aquellos tiempos!

- ¿Qué crees tú que dirán?
- Pensarán que entonces si que éramos listos nosotros. Esto va a estar bonito y que es cierto. Entonces le quitábamos el culo a la saltén y ahí se ponían las teas, porque si llevaba las teas agarradas con la mano, cuando ya iba media, te quemabas y había que tirarlas. Se le quitaba el culo a la saltén y se le ponían un enrejado de alambre. Como una malla y ahí se echaban las ascuas. Uno iba así con la saltén y el otro iba pescando.
- ¿Con qué pescabais?
- Con la caña o con una manga.

- ¿Metidos en el agua?
- Pues claro. ¿Sabes lo que es una manga?
- Me la imagino, pero no la he visto nunca.
- Por aquí un palo, por aquí otro palo y en medio iba la red. El que la llevaba al mismo tiempo iba "furgando" en el agua y la trucha al salir, sin querer, se metía. ¿A ver si el tio de antes era más tonto o más listo? Dadle ahora a un hombre para que vaya a pescar al río. Se mete con las botas y la cucharilla así en la mano, como si la trucha estuviera allí esperando a que vaya a cogerla.

Pues ahora se meten el río arriba con las botas puestas y la caña así con la cocharilla corgando. Es como si fuera diciéndole a la trucha: "no te acerque que te pillo". Claro que entonces de día no podías

pescar, porque te pillaban y ya tenías en problema. Pero había más truchas que ahora.
- ¿Cogías muchas cuando ibais a pescar?
- Siempre cogíamos. Y de noche, cuando subían los barbos del río, poníamos así unas piedras y los pillábamos. Y hay que ver, ahora los tengo yo aquí, en esta charca de mi ricón, por lujo. El día que los saque, no los matamos, al río. Lo que hace no haber necesidad. Y claro, es lo que dicíamos: antes no eramos furtivos, sino por pura necesidad. Hoy sí es lujo. Cuando la trucha estaba en la mesa, por un lado y otro, siempre se oia: "Oyes, si tú te comes la trucha, dame a mi la cola". El otro: "Y a mí me dais la cabeza".

Y ahora: "Yo no quiero la cabeza, yo la cabeza no la quiero tampoco. Y la trucha tampoco me la voy a comer porque parece que tiene muchas raspas". Por lo que se deduce que aquello de furtivos, nosotros no lo éramos. Eramos personas que viviamos en estos montes, amantes de nuestra naturaleza y como teníamos necesidad, íbamos a ella y de ella cogimos lo que necesitábamos para comer. Si ahora, cuando cegen una trucha con la cocharilla esa, lo primero que le hacen es rajarle la boca al animal. Luego, si no les gusta, la vuelven a tirar otra vez al río. Puro deporte y juego sin necesidad ninguna para la vida. ¿Qué trucha va a vivir después de haber sido atrapada en un anzuelo? Más valía que se la llevaran porque yo, muchas veces las he visto muertas en esos charcos del Borosa. Otra manera de ver y e interpretar las cosas de estas sierras.

- Y aquello del que murió por lo noche ¿qué fue?
- Era de los Villares y ocurrió por debajico de las casas en un sitio que se llama el Picón. Se llamaba el hombre Francisco, de apodo El Picho. Se bajó a pescar al río Borosa a un sitio que se llama la Tabla de los Arredaeros. Salió por la lomica del Puntal de la Cerrá al Puntal del Cenajo El Chorreón. Cuando iba por allí el hombre se puso malo y comenzó a llamar a la mujer. Nadie lo oyó. Se sentó sobre unas sabinas junto a unas piedras. Se quitó la correa, se quitó las esparteñas y las puso allí juntas. Se acostó junto al tronco de un pino y allí estaba al otro día muerto.
- ¿Y qué fue aquello?
- Pues que el hombre se ve que había comío truchas de mala manera y tuvo este problema. Desde aquel día, siempre que paso por allí, como sé en el pino que estuvo y todo, siempre me persino y rezo un padre nuestro. Eso porque pienso que allí murió un ser humano. Hay que estar de acuerdo con las cosas ¿no verdad? No vamos a decir que Dios es esto o que lo otro y luego por un simple mosquito que se te meta en el ojo ya estamos diciendo: "Ay Dios mío". Ahora te has acordado y yo creo que es mejor acordarse antes por lo que pueda ocurrir.

En aquellos tiempos, en estas sierras había personas buenas que hacían muchas obras de caridad. Te pongo un ejemplo: íbamos con unas cabras y ovejas un muchacho de Coto Ríos que se llama Elogio y yo. Es del bar de los once hermanos, ya ha muerto uno, pero en fín, es el bar de los once hermanos. Nos hemos criado allí casi puerta con puerta. Otro hombre de allí de la aldea salía a donde estábamos nosotros y decía: "Elogio, agárrame las cabras que tú eres el bueno". Elogio corría, le agarraba las cabras para que se las mamara o le sacara la leche. Obras de caridad en aquellos tiempos que uno no tenía conocimientos para otras cosas, pero este hombre sí comprendía aquello. Por eso siempre decía: "Aunque me mate corriendo detrás de una cabra, a este hombre hoy le doy yo de comer". Son buenos sentimientos ¿no verdad? Y es que yo siempre he pensado que por ahí tiene que ir la vida. Las personas nos tenemos que ayudar unos a los otros y también respetar la naturaleza. Como dice el refrán ese: "dadle que coma al hambriento...." no sé nada más que eso, pero anda que la copla no está bonita.

Ahora traen y llevan para arriba y para abajo, a muchos técnicos e impectores de la naturaleza, según dicen ellos, pero no mira a la naturaleza con el cariño y la sabiduría que la mirábamos nosotros. Juegan con ella según les conviene. Me acuerdo cuando venían al parador y luego se les oía decir: "Ha matado el tío un macho montes, un ciervo, un jabalis". Y yo que he nacido aquí no he hecho nunca daño a nada ¿qué me dices a eso?
- Pues no sé qué decirte.
- Pues te digo esto para hacerte ver que di ahí arranca el furtivo. Si yo lo hago va a venir luego otro de fuera de estas sierras y pagando, va a matar lo que quiera y como quiera.

Dentro de unos días ampieza la berrea. Seguro habrá mil soliciantes y aprobarán quinientos, a don y a don. Porque claro, no me lo van a dar a mí que no tengo don. Se lo dan al jubilado de esto y del otro, al hijo, al sobrino y al nieto. Y claro, faltan persmisos para todos los que se han presentado. Pues ahora dice uno: "Bueno, si me aprueba, me aprueba y sino, yo lo voy a matar mejor que él". Y lo hace. Es que le da a uno rabia que siendo de estas sierras y no habiendo hecho daño nunca ni a los montes ni a los animales, me tranten con tan poca consideración. Como si uno hubiera estado toda la vida guardando las cosas para que luego venga el don y el don y se las lleve sin ni siquiera darte las gracias. A mí porque no me gusta. Nadie

me verá ni cazar ni con ninguna otra cosa. A mí eso no me gusta. Las armas no las han hecho para mí. Me gusta ver a los animales saltar y correr por su monte, llenos de vida y en libertad.

- ¿Tú has visto alguna vez nutrias por el río Borosa?
- Las he visto. Una noche sentía yo una cosa chillar ahí y me decía: "Pues eso qué será". Yo había visto ya las nutrias. Más para arriba del charco de la cuna, en el arroyo ese, iba una vez con ricardo, este que te he contado de la cueva, y de pronto me dice: "Papa, que se ha metido un perro ahí en río". Digo: "¿Ande?" Me indico que había sido debajo de la losa: "Si eso no será un perro". "Lo que yo he visto es como un perrillo negro". Nos pusimos a mirar y que aquello no salía por ningún lado. Dicen que no aguantan bajo el agua, pero yo me convencí de todo lo contrario.

Además, cuando una nutria se mete en el río debajo de un losón de esos, puede estar respirando. El agua puede estar más baja y ella sale arriba para respirar y ahí se queda todo el tiempo que sea necesario. Los bichos son muy "estutos". Y que aquello no salía. Pues por la noche nos fuimos a dormir al Vado de los Rosales. Allí en la casa. Llovió mucho aquella noche y al otro día estaba más abajo. Ahora hay algunillas, no tantas como antes, pero sí las hay también. Y en el río del Guadalquivir, por debajo de donde están los caballos "vide" yo otra. También lo que se ven por aquí mucho son patos y garzas.

DIA SEGUNDO

Hoy ya es casi final de septiembre. A la casa que Ricardo tiene junto al río Guadalquivir donde las aguas del Borosa se hacen remanso, yo tenía que haber venido antes. Eso que lo que acordé con él, pero las cosas ahora, no son como en los meses de verano. Ya tengo menos tiempo para decicarme a las bellezas de estas sierras y con ellas a los serranos y sus recuerdos.

Pero esta tarde de nuevo he vuelto a la casa de Ricardo. Y como esta tarde es ya pleno otoño, las hojas de las nogueras tapizan el camino que lleva a su casa. Los madroños ya cuelga rojos de las ramas verdes por casi todas las laderas de estas sierras, las setas pueblan los campos bajo las acículas secas de los pinos y las nueces ruedan maduras por entre la hiebecilla que empieza a brotar. Ha llovido mucho estos primeros días de otoño y por eso los campos están repletos de tonos dorados, de aromas húmedos y de frutos maduros. Es un buen otoño el de este año y por eso, en el fondo, un poco me lamento no poder recorrer los caminos que tan dentro llevo. Me estoy perdiendo uno de los más bellos espectáculos que se dan por estas sierras. Pero ya lo decía: con Ricardo quedé en volver y por eso esta tarde me acerco otra vez a su casa.

En la puerta, sentada, cose Segunda y él camina por entre las cosas que rodean el mágico edificio. Los saludo y también a sus dos hijos que hoy sí están aquí y en el mismo sillón que han puesto en la entrada, me siento.
- ¿Por dónde nos quedamos el otro día?
Me pregunta él.
- Si da igual. Lo mismo da seguir por donde el otro día os quedastei o contar las cosas que ahora recuerdes.
Aclara Segunda.
- ¿Da igual?
Pregunta Ricardo.
- Lo único importante es contar aquellos que vosotros tengais vivido a lo largo de vuestra vida.

- ¿Hablamos de las Lagunillas?
- De ahí no hablamos.
- Comienza primero Mojoque y luego arriba las Lagunillas. Pues recuerdos yo ahora que desde las Lagunillas, en una ocasión fue yo andando desde ahí hasta un sitio que le llaman los Ahocardos, por en cima de la Puerta. Fui en el día y volví. Dormí aquella noche en el Banderia y me dio ganas de un vaso de vino y a la una de la noche cogí por la Lancha de Mojeque, fue al bar del Tranco y estando allí dije: "Ya que he venido tendré que hartame. Me ha dado ganas de un vaso, pero ya tendré que beberme unos pocos más". Dice la mujer: "Pues luego me los pagarás". Se llamaba de mote La Cereza.

"¿Desde ande vienes, Ricardo?" Me preguntó. Le dije que bajaba desde el Banderilla de las Lagunillas. "¿No me digas que vienes desde este sitio, con esta noche tan oscura y sin linterna!" Y entonces le dije: "Yo veo. Hago cuenta que soy un bicho de noche que tiene ojos y se traslada sin problemas ninguno. ¿Yo por qué no voy a ir por donde va él?"

Y eso es verdad, yo aquí no gasto "lenternas" ninguna. Yo voy oscuro desde allí desde lo alto y yo no llevo lenterna por ningún sitio. Ahí el parque lo recorro todo de noche, que no se ve nada y yo no tropiezo

nunca. Si veo cualquier cosa que se mueve tampoco me asusta eso.

- Pero aquello que me decías del cargar el hato ¿qué era?
- Pues las veces que a lo largo de mi vida me he mudado de casa por los terrenos de estas sierra. El hato lo hemos cargado más de veinteiocho veces.
- ¿Te acuerdas de la primera vez?
- En el año cincuanta me ajuste el Bujaraiza de pastor. No había viviendo y yo dije que tenía que vivir con las ovejas en la tina que tenía una casilla. Eso era un sitio que se llama la Tiná Nueva por el cima de la fuente de los Frailes. Por allí me quedé mucho tiempo. Me empezaron a conocer y luego ya me "arreganché". Entre el Aguadero, la Cabañuela y las Laguinillas, como eran todos socios, cada uno me pagaba un mes o dos. Total que estuve ocho años que no puede salir de ese rincón. El día que decía que ya me venía, se alzaban contra mi diciendo: "¡Tú que te vas a ir!" Y me arreganchaba.

Segunda, que esta tarde esta con nosotros porque hemos puesto nuestro rincón de charla en la misma puerta de su casa, donde ella cose un pantalón de pana verde, pregunta a Ricardo:
- ¿Y recuerdas lo que ganabas cuando estas de pastor por esas tierras?
- El año que estuvimos en Bujaraiza, quince duros.
- ¿Pero ya estabas con tu familia?
Segunda responde diciendo:
- Solos los dos.
- ¿Todavía no había nacido ninguno de los hijos?
- ¡Que va!
- Sí, nena, ya había nacido Isabelita.
- Eso fue después, en la Cabañuela, mucho más adelante. Estabamos nosotros en la Tiná Nueva.

- Yo me quedé en estado, la primera vez, estando en Bujaraiza.
Afirma Segunda.
- ¿A que no le has contado cuando aquel día que saliste de la casilla a las cinco de la mañana para ir a Santiago?
- ¿Dónde estaba la casilla?
- Ahí más para arriba del Zarzalar. Se llamaba la Casilla y estaba entre Aguas Blanquillas y el Zarzalar.
- ¿Y qué pasó aquel la vez?
- Pues que salió de la Casilla a las cinco de la mañana y a las seis de la tarde había ido a Santiago de la Espada y ya estaba de vuelta. Cuando llegaba traía una borrachera que no se tenía de pie.
- Pero eso no se puede contar.
- Eso no pasa nada porque se diga. Venías borracho porque estaba "esmallao" vivo. La panzá de anadar que se pegó y luego al venir para acá, nosotros veíamos que hacía así: de un lado para otro y que se caía. Decía mi madre: "Borracho viene" y era verdad. Y lo que estaba era "esmallado". Traías una borrachera que por un gibantos que había por allí, por un camino, cayó. Lo que él andó aquel día, no lo anda nadia.

Segunda hace una pausa y al rato habla diciendo:
- Me estoy recordado, nene, que no vinimos aquí.
- ¿Ande fuimos?
- Entre muchas de aquellas veces que cargamos el hato, una de ellas fue al Aguadero. Desde allí nos fuimos al Tejuelo, ese. Desde lo del Parretero nos fuimos a Cortés de Baza. Que fue tu hermano a por nosotros.
- ¡Allí sí que penamos! Ricardo buscando trabajo por todas aquellas tierras y cuando lo encontraba no le pagaban ni nada. Con un panecillo de esos de medio kilo teníamos que echar tres o cuatro días. Ni más Dios ni más Santa María.
- Catorce día eché de trabajo en un cortijo y no me quisieron pagar.
- ¿En qué trabajabas?
- De pastor. Fui y le dije: "Con la casa tan buena que tienen ustedes ¿no van a tener para pagarme?" Me respondieron diciendo: "Eso no tiene nada que ver que la casa sea buena. Si quieres una pocas patatas, es lo único que podemos darte". Las patatas que me dieron estaban podridas y vacías de secas. Me fui de allí enfadado y estudiando una venganza para hacerles algo, pero como no nace uno para eso, pues me quedé en la misma miseria y engañado.
- ¿Cuánto tiempo estuvisteis por allí?
- Sólo siete meses. Y aquello eran todo cuevas bajo tierra. Un llano muy grande y sólo se veían las chimeneas para arriba. Estábamos todos bajo tierra. Pero eran unas cuevas muy bonitas.
- ¿Y cómo fue aquello de iros tan lejos?

- Es que tuvimos en el Tejuelo de pastores. Un cuñado mío fue a por nosotros y nos fuimos con él a

Cortes. Vendimos unas cabrillas que teníamos y uno que se llamaba Flores el del Coto y con dos burros, nos llevó el hato. Dos burros bien cargados, los chiquillos y yo que estaba embarazada. Cuando llegamos allí nos vendió una cueva justo por las quince mil pesetas que nos habían dado por las cabras. A los tres meses de está allí un día se presentó el verdadero dueño de la cueva que se llamaba Miguel. "¿Y ustedes qué hacen aquí?" Nos preguntó. Ricardo fue y le dijo: "Pues en la cueva que hemos comprado". Dice el hombre: "Esta cueva es mía. Así que se tienen ustedes que ir de aquí". Entonces Ricardo le respondió: "Pues haga usted el favor de dejarnos hasta ver si encontramos algún sitio". "Pues por lo buena persona que es usted se la voy a dejar otro poco de tiempo, pero ya saben que tienen que irse porque la cueva es mía".

El hombre nos dejó y no nos cobró nada. Hasta que nos vinimos otra vez a estas sierras. ¿Sabes cómo nos vinimos para acá?
- Me lo imagino.
- Pidiendo. Con las cuatro cosas que traíamos puestas y nada más. Nos vinimos por los Almiceranes, Guadalentín arriba hasta Poyo Manquillo. Allí dormimos que había una tía de Ricardo, una hermana de su padre.
Ricardo interrumpe a Segunda diciendo:
- Yo creo que aquella noche dormimos en el cortijo del Vado.
- Mira que te voy a decir: dormimos en un sitio que había caballos y fue en el pajar ¿No te acuerdas?
- ¿Que estaban de matanza y nos dieron una poquilla cena? En cortijo del Vado, en el Barranco de "Valentín".
- ¡A ves tú! Nos dieron un plato de habichuelas blancas que no se me olvidará nunca aquello. Y dormimos en un pajar. ¿Caballos eran o vacas?
- De todo tenían allí.

- Y a otro día salimos andando para acá por Fuente Acero y por ahí vinimos a Valdeazores, a Aguas Negras donde vivía una tía de Ricardo.
- ¿Una casilla que todavía se ve allá en lo alto de un puntalete a la derecha del pantano?
- Yendo de los Villares para arriba a la derecha, sí.
- Cómo se llama esa casilla.
- Aguas Negras. Sí, allí vinimos. Pero antes nos hemos dejado una cosa.
- ¿Qué nos hemos dejado?
- ¿Cómo se llama eso donde vivía tu tía?
- Poyo Manquillo.
- Pues yo cono venía en estado, se me hincharon las piernas y me cansé mucho. Allí también nos paramos a descansar y al otro día salimos para lo de la laguna. Desde la laguna vinimos a los Villares.

Luego nos fuimos a las malezas de Pontones y desde ese lugar fue cuando nos venimos aquí. Estuvimos quince años en la Loma de María Angela viviendo.
- Lo que no me acuerdo bien que vez fue aquella que llevamos un burro con los zagales en las aguaderas metidos dentro y cantando.
- Eso fue por las Ericas, cuando nos fuimos de aquí.
- ¡Iban los chiquillos más contentos!
- Cantando ¿Por qué?
- Entonces estábamos muertos de hambre y teniamos más alegría que ahora. Cuatro aguaeras que teníamos que nos la hizo el Topo y allí llevabamos metidos a los hijos.
- ¿Y qué y qué tenías una mula, borriquilla o qué era?
- Si llegó un momento que tuvimos hasta siete u ocho bestias de una vez. Caballos, burros y mulos. En las Erecas, ocho bestias tuvimos.
- No, nueve eran.

Ahora de últimas vendí nueve yeguas y dos burras y estaban paridas las burras. Desde el puerto al Tranco, todas las bestias que hay en la carretera, son mía.
- Cuando esté mi nieta aquí, que vengas otra vez, le voy a ir recordando poco a poco y le voy a pedir que me lo apunte. Cuando vengas otra vez te voy a dar los detalles correctos sin fracasar en nada.
- Esta sola se pone y recuerda todo lo que a lo largo de la vida hemos vivido.
- Sola sí me cabilo yo y me recuerdo de todo.

- Eso será algo muy interesante, pero esta tarde que estamos ya metidos en faena, podemos ponernos a recordar los vecinos que vivían en la aldea de los Villares ¿Te atreves?
- Todas las casas estaban juntas.
- ¿Te acuerdas de los nombres?

- Uno se llamaba José, otro Manuel, Victoriano, Juan José...
Segunda le echa una mano a Ricardo diciendo:
- Puesdes ponerlo de otra manera.
- ¿Cómo?
- Tú entra por el Tío Victoriano, por la Carrasca. La Tía Urbana y la Tía Roja.
- ¡No, ya verás! Al entrar a los Villares, a la derecha, el Tío Antón, al pasar, hermano Joseico, luego José, al siguiente, Martín, el otro que le seguía, Marcelino, al frente, ¿he mentado al tío Manuel?
- Ese ya está.

- Pues no vamos por la izquierda. El segundo, Alcadio, el tercero, Isaac, Ramón...
- Te has dejado al tío Panzón, que estaba en medio.
- Ese he dicho que era Manuel. A continuación de Ramón, viviamos nosotros.
- Estaba antes Marcos.
- ¿Ya están todos?
- Tú tira para la Isidra.
- Pero es que esos ya están "desaparaos".
- Ea, pues tú dí: "Unos metros más pa' allá, a la izquierda..."
- El Tío Lucio y el Tío Isidro que son padres e hijos. Luego estaba Rufino que era yerno y un poco más allá, en frente, estaban las chozas. Allí vivía un tío mío que se llama Leoncio que ha muerto ahora de noventa años.
- Te has dejado el Tío Julián.
- Es que ese estaba más lejos.
- Pero es igual. También es allí.
- Pues en la caseta forestal, Julián Lorente.
- ¿Y ya está?
- Es que a recordar tantas cosas se me juntan todas y luego no sé por donde seguir.

Segunda sigue aclarando y dice:
- Pues ve despacio, hombre.
- Es que ya están todos.
- Alfredo no lo has mentado. Y el marido de la Ti Rufina ¿cómo se llamaba?
- Es que ese murió en la guerra.
- Bueno, pero es vecino de allí.
- Pues también está la hermana Adolfina.
- Es fue una belleza.
- Y también estaba la Tía Marcela.
- ¿Y más para abajo, el Tío Juan Francisco?
- Ese está ya más lejos.
- Bueno, pero también es de los Villares.

- Pues por el Picón, Agustín y en Portillo de la Maleza, antes de entrar en los Villares ¿A quién ponemos?
- Bueno, y unos kilómetros más allá, calcuala los kilómetros que hay hasta los hermanos Sanches, a Roblehondo ¿No se pueden poner?
Como la pregunta me la hace Segunda, respondo que sí.
- Se pueden poner todos los que vosotros queráis. Todos los que eran.
- Pues ya puestos sacamos todas la vecindad.
Es Ricardo el que ahora habla diciendo:
- Pues en Roblehondo, el hermano Astasio, el Tío Angel y van dos. El hermano Lucio, tres, el Tío José María, cuatro, el Tío Inocente, cinco, el Tío Joseico, seis.

- Y los Coscorrones ¿cómo se llemaban?
- Esos ya he puesto el tío José María. Angel también está mentado.
- Entonces ya no hay más.
- ¿Y recuerdais vosotros a lo que se dedicaba cada uno de ellos?
- Pues a la pastoría, en las pegueras, en el carbón, puniendo los cepos para los turones, en la temporada esa de las pieles...
- Y entre todos los vecinos alguno que destacara por alguna cosa.
- Sí que como no teníms casi de nada, nos prestaban dinero para cuando se lo pudieramos pagar. Había mucha ayuda entre nosotros, mucha cominidad.
- ¿Pero ese quién era?
- Ese era el Manuel que por mote le decían el Panzón. Es es un mote que tenía y ya está.

- Y el Tío Victoriano también ayudaba mucho, que era muy bueno. Ese se juntó en la misma noche que nosotros. Y era viudo.

Estas últimas palabras las ha pronunciado Segunda. Sin buscarlo, de pronto se andentra en el puñado de recuerdos más bonito y emocionate de toda su vida.
- ¿Qué fue lo que pasó esa noche?
- Pues que se llevó una muchacha de allí de los Villares que se llamaba Consuelo. Cuando nosotros pasamos por la puerta oimos que tenían una gramola puesta. Y a mí se me caía la cara de verguenza de pasar por allí.
Ricardo entra en el tema diciendo:
- Pero yo lo sabía que se iba aquella noche con él. Y ella sabía que yo iba a por ti también.
- ¿Es que os fuisteis los dos en la misma noche?
- Ellos si lo sabían, pero ni Consulo ni yo sabiamos nada una de la otra.
- Yo se lo dije a ella. "Esta noche voy a Agua Blanquillas a por Segunda". Y me contestó diciendo: "Pues yo también me voy esta noche".

- Me estais diciendo que os fuieste, pero ¿a dónde os fuisteis?
- Ea, pero yo vivía ahí: en Aguas Blanquillas. Entre Aguas Blanquillas y el Zarzalar y éste, Ricardo, estaba en los pinos. Poniendo pinos que estábamos.
- El año cincuenta, el día once de enero.
- Pues cuéntame a ver como es eso.
- Yo estaba novio de "matuteo".
- Si Segunda estaba en Agua Blanquilla y Ricardo en los Villares ¿a dónde os fuisteis?
Responde Segunda y dice:
- A los Villares. El fue a por mí; echó los mecheros así para que yo viera las luces y me escape de mi casa.

Es que estábamos nuevos de furtivos. Sólo lo sabía un amigo nuestro.
- Pero si estábais novios de contrabando ¿Cómo os veiais?
- Pues que íbamos a poner pinos.
- Ella iba en una cuadrilla y yo en otra, pero yo la buscaba. Me escapaba a donde estaba ella y así nos hablábamos.
- Además es que somos primos segundos. Y fue a mi casa y todo.
- Fui una vez, pero no era como a verte.
- Bueno, fuiste a echarme el ojo. Como si fueras a visitar la familia y a quién querías ver era a mí.
- Pero a verla a ella no fui ninguna vez porque no ya sabes como era tu padre.

- Mi padre era muy farruco ¡Bueno! Se enteraba y me pegaba una paliza que me mataba.
- Y servir con un hermano de ella y yo le tenía mucho respeto a eso. Me daba mucho corte y por eso estábamos de furtivos. Y ya dije: "Bueno, tú te asomas a la puerta y cuando veas así unos chisques, te vienes conmigo". Chisques de mechero porque entonces no había de otra cosa. Yo venga hacer así chisque.
¿Y qué fue lo que dijo tu padre?
- Que habían visto una luz?
- ¿Y tú qué dijiste?
- Pues que serían algunos de mis hermanos que estubieran por allí. Que no, que no era.
- Y el acuerdo de esta huida ¿cómo fue?
- Bajábamos aquella tarde de poner pinos y nos vimos por el pinar ese de Mirasierra. Ahí quedamos en el acuerdo. Julio el guarda era el único que aquella noche sabía que yo me iba con Ricardo. Los pinos esos del pinar está puestos el once de enero del cincuenta.
- Y tú, Segunda ¿qué preparaste para irte?
- Pues nada. Lo que tenía puesto. No tenía nada más. Llevaba unas esparteñillas y ya está.

- Pues salió ella y nos fuimos. Estaba nevando aquella noche. Cuando llegamos a los Villares había un pie de nieve.
- ¡Pues vaya noche de bodas!
- Me acuerdo yo que aquella noche el río Guadalquivir llevaba una riada que pa qué. Tuvimos que colar por aquí, por el cortijo de Moreno que había una viga en el río. Por ahí colamos con teas. Cuando llegamos a los Villares dice mi nuera: "¿Qué has hecho, so loco?"
- Pero ya no había remedio.
- ¿Que iba a hacer?
- ¿Te quedaste en los Villares?
- Pues allí me quedé con Ricardo que a partir de aquel momento empezó a ser mi marido.

- Mi madre tiene noventa y tres años.
- Y ella estaba detrás de otro con el que se juntó también al poco tiempo.
- ¿Por qué dices eso?
- Porque se cuente no pada nada.
- De todos modos luego siempre tendreis tiempo de quitar cosas. Así que seguimos. La Consuelo ¿A dónde se fue?
- Como vivía en los Villares, allí se quedó.
- Y entonces ¿dónde se fue?
- Pues a la casa de él y ya está.
- ¿Y eso ya se entendía como que se habían juntado?
- ¡Pues claro!

- Y Segunda, tus padres cuando luego lo supieron ¿qué?
- A los once días. A él y a mí nos dijo todas las perrerías del mundo. Un rencillón, pero grande. Pero nos lo aguantamos y luego nos fuimos allí diez u once días con las cabras y todo lo demás.
- Y después nos hemos llevado muy bien.
- Mi padre es que era muy raro. Y como yo siempre había sido su guarda espaldas para todas las cosas, siempre iba detrás, pues a la que más quería era a mí.

- ¿Cuántos hermanos erais vosotros?
- Diez. Cinco niñas y cinco niños. Entonces era muy norma en la sierra hacer estas cosas. No se casaba casi nadie. Casis todos se llevaban las novias. ¡Si no había un duro!

Si mi hermano el mayor se casó y fuimos nosotros y juntó cincuenta duros en aquellos tiempos. ¡Y madre mía lo que fue aquello!
- Mi padre, en su boda juntó cinco duros.
- Se mataba una red, se hacía churros y chocolate y eso era lo que se ponía en las bodas. Ibas a las bodas para matar el hambre un poco. Yo he ido a muchas bodas a fregar platos y siempre iba para que me dieran lo que sobrara. Para los zagales y para nosotros. Como estaba la vida tan mala...

Ricardo inteviene y dice:
- ¿Hablé yo de Franco? ¿Hablé yo de Franco cuando estuve en la Torre?
- Bueno, ahora déjalo que estamos en otras cosas.
- Lo que vosotros queráis.
- Es que esto es bonito. A mi me gusta recordar aquellos años de mozuela. Yo me fui con Ricardo con dieciseis años. ¡Fijate qué joven!
- Con razón tu padre se enfadó.
- Yo tenía con veinteidos.
- Vueno, me fui en enero y cumplia los decisiete años en mayo, el día veinteinueve.
- ¡Eras muy joven, mujer!
- Pero si yo estaba muy mal. Todo el día me tenían tirada con los animales. Mi tío Pedro que era muy buena persona, un hermano de mi padre, me decía: "En cuanto te salga uno que vemos que medio vale, pillas y te vas con él".

Es que yo era el burro de la carga siempre. Decía: "Va a busar alguno de ti y después vas a ser una desgracia". Y era verdad. Y ya cuando Ricardo, pues yo se lo dije a mi tio y me dijo que me fuera. Y me fui con él y hasta hoy.
- ¿Cómo empezastei a rodar los primeros días?
- Pues ya ves tú; él estaba en el Salto de los Organos y ganaba trece pesetas ¿no?
- Yo ganaba más que los otros. Ganaba catorce pesetas porque era barrenero. Yo me quedaba a vivir en casa de mi suegra que me tenía la vida amargada viva.
- ¿Por qué?
- Porque mi suegra no ha sido aparente para las nueras. No las ha querido nunca. Lo de ella era que los hijos estuvieran siempre solteros. ¡Bueno, si Ricardo ha tenido un montón de novias!

Algunas de ellas le decían que se iban con él en pleno día, pero le temían a mi madre. Y yo porque no la conocía hasta que no me fui allí con él. Yo que encontes no sabía ni dar un punto y no me escondo para decirlo, porque mi padre me tenía sólo para guardar ovejas, cabrass, segando, escardando... Yo me he tirado las semanas y las semanas segando sin bajar a mi casa, durmiendo por ahí donde podía, metida en los covachos y las cabras comiendose el pelo de mi cabaza. Mi padre era muy raro.

Con trece años yo me subía a las carrasca cargada de nieve y con mi hacha le echaba ramón a las

cabras. En mis espaldas siempre llevaba el zurrón con las cuatro cosas de comidad. Igual que los pastores. Y mi padre decía: “Cuendo estés sola por el campo tú canta como los hombres y dar voces que nadie sepa que yo me he ido”. He guardado hasta doscientas y trescientas ovejas. Me acuerdo que cuando le vendiamos los borregos ibamos con una holla muy grande y ordeñábamos a las ovejas. ¡Nos pegábamos unas panzá de leche que pa qué!

- ¿Hacía queso?
- Entonces no hacíamos queso. Todo era beber leche y hasta malos nos poníamos. Si no teníamos otra cosa para comer. Si es que estaba la vida muy mala y penábamos mucho.
- ¿Y aquello de tu abuela?
- Mi abuela fue la tía Pascuala, hoy famosa por el nombre de la Fuente de la Pascuala donde vivió. Como mi padre era tan raro y me hacía penar tanto un día me fui con ella a su casa.
- Me acabo de llevar una sorpresa.
- ¿Por qué?
- No sabía yo que Pascuala fuera tu abuala.
- Pues lo es y te digo que fue la persona más buena del mundo.

Cuando ya los hijos empezaron a ser zagales, también se empleaban con el ganado. ¿qué ganaba el Ricardo?
- Quince duros.
- Eso fue en Bujaraiza, me refiero al Aguadero.
- Allí ganaba trescientas pesetas al mes. Yo me dejaba los chiquillos en una cueva y me iba a escardar trigo. En el Aguadero yo me he escardado llanos de trigo grandísimos. Escardar es quitar a la sementera las hierbas malas. ¿Tú conoces la Hoya de Miguel Barba?
- La conozco.
- Pues toda esa llanura, de un extremo a otro me la he escardado yo más de una vez. Hierba por hierba y a mano sin parar en todo el día. Me acuerdo ahora que un día me dieron una latilla de meloja y era de acuarto. Sólo eso después de todo el día trabajando y para comer yo y mis hijos. Otra vez creo que estuve cinco días escardando y me dieron diez pesetas. Con aquello me compré una falda negra. Otro día me dieron un trocillo de “salón” así de grande.

- ¿De qué?
- ¿No sabe usted lo que es eso?
- Creo que es tocino salado.
- ¡No! Es que se morían las reses o las mataban, las abrían y las hacían un salón y entonces las secaban en el horno con sal. Era la manera de conservar la carne para luego comérsela cuando fuera necesario. Claro, estoy hablando de las personas que tenían reses, casa, hornos y sal, porque nosotros no teníamos más que una cueva pequeña cuando la encontrábamos en algún rincón de la sierra.
- El caso es que aquel día un trozo de esta carne salada.
- Pero nada.

Recuerdo que unas de aquellas veces cuendo llegué a la cueva no estaban los chiquillos. Se había perdido.
- Eso, cuenta eso.
- Tenía yo entonces a mi Mary, mi Ricardo, ese que ha venido ahora y mi Isabel. Cuando volví de escardar vi que no estaban en la cueva. Llorarando, dando voces y gritos me puse a buscarlos y no los encontraba. Luego los ví y estaban debajo de unos garitos.
- ¿Qué hacían allí?
- Pues que se habían quedado dormidos.

A Segunda, en estos momentos, se le caen las lágrimas por la cara. Se le atascan las palabras en la garganta y no puede seguir. Ricardo la mira y dice:
- Ya se ha emocionado. Es que no puede ser para menos por lo tremendo que fue aquello.
- Y cuando viste a tus chiquillos en aquellos covachos ¿qué sentías?
- Lo único que pensé, al verlos tumbados entre aquellas rocas y bajo el grana voladero, es que se había caido y se habían matado los tres. Un voladero que tiene más de cincuenta metros de altura.

Tan mal andaban las cosas que mi marido estaba de pastor con un hombre que se llamaba Pablo y muchas veces venía a la cueva donde viviamos para ver si me habían dado a mí algo para comer él. Sólo le echaba un pucherillo así de chiquitillo y con aquello tenía que tener para todo el día. Unas veces tropezaba yo con buenas personas y me daban cosas. Con esto alimentaba a mis hijos y mi marido cuando venía. En

el Aguadero unos eran muy buenos, pero otros eran muy tacaños.
- ¿Y aquello de los piñones?
- Pues buscábamos piñas de esas gordas, las piniamos al sol, se abrían y cogíamos los piñones.
- ¿Y qué hacías luego con estos piñones?
- Pues comérnoslos. ¡Anda que lo les gustaban a los chiquillos! No te creas que eran de los pinos buenos, las piñas que recogíamos eran esas gordas de los pinos negros que tú sabes.
- ¿Os los comías crudos?
- Si eso está bueno así mismo. Otras veces cogíamos las piñas verdes y las asábamos para sacárselo y entonces sí estaban asados.

DESDE LA TORRE DEL VINAGRE
UN PASEO POR LA SIERRA

LA SIERRA CONTADA POR LOS SERRANOS

RECUERDOS Y VIENCIAS DEL MAPA DE VEGETACIÓN

La idea que tenemos o que tengo personalmente, es que siempre se ha hablado de la sierra antigua. Además, como una especie de fobia: de la sierra antigua. Todos quieren recordar cómo se vivía, cómo se hacía, cómo... y de eso hay una literatura, no es que sea muy amplia, pero si hay bastante. De cómo se vivía en la sierra, de cómo se hacía y de todo lo antiguo. Pero lo que hoy día, hace unas horas, es la sierra, eso prácticamente casi nadie, excepto las guías turisteras que eso no dejan de ser guía y eso lo sabes tú.

Entonces la idea que tenemos es narrar un poco, dentro de un grupo de personas trabajadores de la sierra, el trabajo realizado en los últimos años. Vamos a poner unos seis años. Cómo hemos ido recorriendo la sierra, cómo hemos ido conociéndola metro a metro, cómo nos han ayudado la gente de la sierra, los pastores, los serranos, los guías, los guardas, los viejos. Unos y otros nos han ido enseñando los nombres, los sitios, todo y todo los usos. Y luego el estado actual en que se encuentra la sierra. Esto sería la idea que se quiere plasmar en estas páginas.

- Pues entonces, podríamos empezar por las raíces.
- Teniendo en cuenta que unos datos bonitos serían también los de Pascual, mi compañero de Trabajo. Y Rufino también, pero Pascual ha sido el que más me ha ayudado en una lucha juntos y los compañeros los guardas. Somos todos de aquí. Unos de Cazorla, otros han nacido en la sierra, en los pueblos cercanos. Todos somos de la zona. Yo nací en Cazorla. Mi madre es de Cazorla y por parte de mi madre, mis abuelos maternos son, mi abuelo de Beas y mi abuela de Santiago de la Espada. Y ahí, precisamente en Santiago de la Espada se pierde los orígenes de mi abuela. Y de mi abuela lo mismo: en Beas de Segura se pierden los origines de mis abuelos maternos.

Y por parte de mi padre, te diré que viene del norte. Ellos son de Salamanca. Por parte de mis abuelos paternos, uno viene de Asturias y mi abuela Cari, de Cuba. De la Abana de cuando Cuba era española. Así que yo he vivido en Cazorla toda mi vida, excepto cuando salimos a estudiar a Linares y la mili en Madrid, el resto ha sido todo en Cazorla. Y los últimos catorce años he vivido aquí, en la Torre.

Así que el tema es empezar a hablar un poco de cómo hicimos el trabajo de flora, que ha sido lo más bonito. La sierra siempre se ha conocido. A mí desde chico me gustaba la sierra. Me gustaba mucho las romerías hasta que comprendía que más que las romerías lo que me gustaba era el día de campo. Ir a la sierra. Entonces empezamos a disfrutar la sierra como de verdad tiene que desfrutarse. De chico y de joven, los veranos nos los pasábamos en los Bonales. El guarda era muy amigo de la familia y en el Robledo. Ahí me pasé yo tres años. Nos íbamos en el mes de mayo, al acabar la escuela y hasta septiembre, depués de la feria, no nos veníamos del Robledo, por encima del Ojuelo. El cortijo Elena, le decimos. ¿No sé si conocerás un guarda que se llamaba Rufino el bizco? Vive todavía el hombre, en Hornos de Peal. El

siempre ha tenido la casa forestal del Robledo. Después nos íbamos a los bonales y ya por último, en Coto Ríos, cuando construyeron este poblado. Luego, algún verano que otro, en arroyo Frío, en el río Guadalentín, pero eso ya era sólo algunas semanas. Y luego todo el resto del tiempo, en Cazorla y sus alrededores.

La sierra siempre nos has gustado. De chicos siempre hemos andado, hemos hecho muchas excursiones. Como antes no teníamos dinero y sí eramos jóvenes, pues lo que teníamos era mucha fuerza, pues a andar. Los alrededores de Cazorla. Subir al Parador, subir al río a bañarnos. En un día subíamos. Por la mañana para ir hasta el Puente de las Herrería, nos bañábamos y por la tarde nos volvíamos andando. Eso lo hemos hecho un montón de veces desde Cazorla.
- ¿Por el Puerto del Tejo?
- ¡Claro! Salimos desde Cazorla, lo que es el camino de los Molinos, la Escaleruela, derechos por todas las riscas aquellas, saltábamos el Puerto del Tejo, al Parador, al río, te bañabas y vuelta.

Que no tenías mucha gana de andar y esperaba allí a algún paisano para que te bajara y sino, pues media vuelta y para arriba y a la caída de la tarde, al pueblo otra vez. Todo esto lo hacíamos nosotros porque como no teníamos coche y entonces coches había mas bien pocos, pues hacíamos esto. Cuando hacíamos zomga, en ver de ir a la escuela, nos íbamos por las tardes a la Magdalena, allí a bañarnos, a disfrutar de las cosas buenas de la naturaleza.
- ¿Cuál es la Cascada de la Magdalena?
- Está encima de lo que se llama toda la cuenta del Cerezuelo. Desde Cazorla, como si miraras hacia el sureste, Cazorla está a la salida de un vallejo forma una cuenca hidrográfica que es la cuenta del río Cerezuelo. Que nace en la Cerecera y que está deslindada por lo que sería todo el macizo del Gilillo. O sea, lo que sería el Puerto del Tejo, Cinta Prieta, los Castellones, Loma Gilillo, la Cerecera, la Loma de Caga Hierros y ya el Cerro de Salvatierra que es el castillo de las cinco esquinas. Esa sería toda la cuenca y por la otra parte de la Escaleruela, todo lo que es la Peña de los Halcones.

Pues toda esa cuenta, recoge aguas que van al río Cerezuelo. Por eso tiene tanta agua Cazorla. Tiene un manantial en Nace el río muy grande y claro, como tiene una zona de carga tan amplia, toda la zona del Prao Redondo y lo que sería la gran meseta del Gilillo, todo eso es una zona de carga grande y entonces las aguas sel filtran y abajo tiene muchos manantiales. Es la razón por lo que tiene tanta agua Cazorla.
- Pero la cascada ¿dónde cae?
- Es uno de los muchos arroyos que nacen allí. Se llama el arroyo de Riogazas. O sea: el arroyo que pasa por detrás de la casa de Riogazas, ese cauce desemboca en la Cascada de la Magdalena. Que un poquito más abajo se junto con el arroyo que viene de Nace el río y con el que viene por Despeña Zorras, que baja de la zona del Cerro de Caga Hierros. Ahí se junta todos los arroyos. Que eso es un camino que está lleno de molinos. Por eso se llama el Camino de los Molinos. Había por lo menos cuatro o cinco molinos. Había, porque ya no funcionan, que aprovechaban el agua para moler. El más cercano al pueblo es la Casa Madruga y un poquito más arriba está la finca de los ingleses. Ese era el molino más cercano al pueblo.

Al final del camino de los molinos se encuentra el salto de la Magdalena. Que es una casada que nunca falla. Y luego más, como si miráramos a la Magdalena, pero más arriba, se encuentra la Cascada de la Escaleruela. Que esa es temporera que quiere decir que no cae siempre. Es la que queda por encima de la carretera y el puente del cauce. Es muy alta y muy bonita. Y luego hay una que sale muy poco, sólo cuando llueve mucho, que está encima de Ríogazas. Que se llama Cinta Prieta. Esa casaca cuando sopla el viento salta para arriba, parece un guise. Más arriba no hay más cascadas. Ya baja lo que es el arroyo de la Cerecera, que es un barranco de alta montaña que termina en Riogazas y de allí sigue. Esta es toda la cuenca. Toda esta zona era nuestro lugar predilecto de excursiones. Es una zona que tenemos trillada metro a metro y piedra a piedra.

Otro sitio donde también nos solíamos ir mucho, era a la zona de Prao Redondo. Eso está encima por encima de la Virgen de la cabeza. Había por allí un viejo camino que sube por los merenderos de la Virgen de la Cabeza, pasa por detrás y sale a Prao Redondo. Allí se divide. Una senda va hacia la Iruela, otra que sigue de frente en busca de lo que es el Puerto de los Arenales y otra que busca el Puerto del Tejo, por encima de la Escaleruela y que es un paso de comunicación bastante grande. Además, es un camino que está muy trillado actualmente. Está lleno de pinturas de los turistas. Es una zona que se ha puesto de moda por eso de hacer senderismo. Aprovechan ese viejo camino tan bello para estropearlo. Este era el rincón que más trillado teníamos de jóvenes.

Hasta que poco a poco pues ya fuimos metiéndonos más en la sierra. Y luego más tarde tuve la suerte de sentar plaza en Icona por oposición, en el año ochenta y dos. Y entonces fue cuando empecé de verdad a conocer la sierra bien.

El primer proyecto bonito que tuve, porque yo entré para mantener las emisoras, fue revisar todos los puntos de vigilancia, los vigilantes, los fogueros, los que vigilan los fuegos. Se trataba de poner un para rayos en las garitas de fuegos. Eso fue un verano que estuve con todos los guarda mayores revisando todas las garitas. Yo el Cabaña no lo conocía. Cuando fue entra a Icona, el primer año, uno de los trabajos fue subir a este gran monte para poner un repetidor de radio enlace para las emisoras. Hacía una semana que había entrado, pues al Cabaña. Aquello fue muy bonito. Subir al Cabañas ese primer año y esa primera vez. Después subir treinta veces seguidas. Me aprendí el camino del Cabañas de memoria.

Ya empezamos a trabajar allí poniendo el repetidor, las antenas que si esta vale, que si no vale, que si sube otra que si baja. Había que hacer muchas pruebas y luego lo alimentamos con energía solar. Con dos paneles de energía solar y un molinillo de energía eólica, de apoyo. Como hacía mucho viento allí, el molinillo salió volando dos veces. El famoso molinillo del Cabaña. Un montón de veces subimos ese verano. Casi treinta. No conocía el Cabaña y me lo aprendí de memoria.

Una de las veces que subí, a fijar un cable al para rayos, llevábamos unos perrillos para atar los cables. Tú sabes lo que son los perrillos esos. Los perrillos eran para juntar los cables. Pues cogimos los cables y lo cogimos todo, pero los perrillos se nos quedaron olvidados. Tuve que bajar otra vez y desde entonces se me grabó a fuego que al monte tiene que llevar todas las cosas. Porque en el monte no hay ferretería ni nada y por eso tienes que hacer muy buena memoria para no dejarte nada. Porque lo que te olvides se puede convertir en un verdadero trauma. Desde que tuve que hacer dos veces, ese día, la subida al Cabaña, ye me aprendí la lección.

Subíamos derecho. Como decíamos nosotros, por la ventana. Desde Puerto Llano, en linea recta arriba derecho. Por aquel entonces, aunque me gustaban mucho los pinos, desconocía yo la gran riqueza botánica que tenemos en este Parque. Hoy me parece que aquello de subir al Cabañas tantas veces fuera hubiera sido una señal. Es precioso monte se ha convertido para mí en una de mis montañas predilectas. Desde Cabaña hasta el Calar, todo lo que es la cordillera esa, me la he andado metro a metro, piedra a piedra, agujero por agujero... toda. Hoy día es una de las montañas, junco con la Cabrilla y las Banderillas, de las que mejor me conozco.
- Por ahí hay muchos endemismo ¿verdad?
- Esta lleno. Lo que pasa que eso en los libros no se puede decir. Es el núcleo. Cabañas para la sierra de Cazorla es como Doñana para Andalucía. El núcleo más interesante de todo el Parque.

Y eso fue en mi primer año, en el ochenta y dos. Cuando empezamos con las emisoras para ponerle el repetidor. Recuerdo que unas de las veces era el día treinta y uno de julio por la tarde. Tuvimos que subir Javier Jareño, yo y un chofer, Valentín. Yo me lo sospeché y me eché un gabán, pero Javier Jareño y el chofer subieron con la camisilla. Era por la tarde y arriba estaban con lumbre. Pues hacía tanto frío que ellos dos tuvieron que meterse en la garita porque se helaban. Hacía un viento frío que cortaba el aliento y eso que era el treinta y uno de julio. Me acuerdo que cuando bajábamos Javier parecía un gamo. Ya en Puerto Llano sobraba la cabaña y sobraba todo, pero arriba, no.

Del Cabaña, por el mes de octubre fue la última vez que subimos a bajarnos todos los equipos que habíamos puesto allí. El eólico ya se había ido. Dos veces en septiembre vino un temporal y transpuso por aquellos barrancos. El día aquel de la bajada de los equipos era un día de niebla cerrada. Fue entonces cuando empecé yo a conocer ya la auténtica sierra, con las nieblas, con las lluvias y todo mojado.

Ya te decía antes que ese mismo año hicimos la revisión de todas las garitas cosa que para mí también fue muy bonito. La del Puntalón que teníamos que subir andando, la de las Banderillas. Cuando ese año subimos a la de las Banderillas a poner la placa, el para rayo llevaba una placa de tierra, fue toda una aventura. Era una placa de metal con unos picos que cortan como navajas. Es lo que se entierra todo lo se puede, hasta dos metros bajo tierra. Se le echa sal y tierra y de ahí sale la conexión del cable. Esto es la toma de tierra para el para rayos.

Porque en los picos los rayos caen a “brazás” no cae uno solo. Pero eso en aquellos tiempos poner para rayos era lo más importante en las garitas para protegerlas. El día que subimos a las Banderillas fue un día también bastante bonito. No se me olvidará. Quedamos con el vigilante, un tal Alfonso, que era manco. Tenía el brazo inutilizado porque había sufrido polio de chico, pero se manejaba en la sierra de maravilla. Cortaba lena y hacía de todo.

Pues ese se bajó con su yegua para subirse los materiales. El cable, la chapa y todo eso, porque ahora han hecho una pistucha que sube muy cerca del pico de las Banderillas, pero en aquellas fechas había que

subir, desde lo que es el cortijo de Pinar Negro, por el camino haciendo zigzag, por toda la loma que da a la sola hasta alcanzar la cumbre. Tú sabes ese camino. Y subimos con Cristóbal, el chofer que por cierto, aquel día tenía él pocas ganas de subir a las Banderillas. Cuando fuimos por la mañana a recoger el ingeniero Salas, que estaba en la Fuente del Oso, le dijo que no, que era mejor que se subiera a las Banderillas porque no había otro día para poner el para rayos. A Cristóbal no le hizo ni pisca de gracia. Renegando subía a las Banderillas, ese día. Pero en fin, al final como el ingeniero le dio la orden, pues no le quedó mas remedio que subir.

Javier Jareño y yo, pues los dos callados. Llegamos a Pinar Negro y me acuerdo que la casa estaba en ruinas. Era un caserón muy grande, no sé si la conocces. La entrada tenía unas escaleras muy grandes. Conforme entrabas, a mano derecha había allí una habitación que estaba más o menos cuidada. Había dos pastores con los monos llenos de manchas. Cristóbal les preguntó si por allí había poleo u otra cosa para entretenerse mientras nosotros subíamos arriba. "Nada, por aquí no hay nada más que víboras", le dijeron ellos. Debe haber víboras, pero nosotros nunca las hemos visto y eso que hemos subido muchas veces. Me acuerdo que tenían unas sillas desvencijadas, varios papelones puestos y una lumbre que no la habían limpiado por lo menos en tres años. Allí estaban los hombres asando sus cosas.

Ya nosotros cargamos la yegua, ya vino Alfonso el vigilante y tiramos para arriba. Montó la placa en la bestia y le dije yo: "Ten cuidado Alfonso, no te vayas a montar en la yegua porque la placa corta como navaja. O la baja la placa y te montas tú o al revés, pero los dos juntos no. Ten cuidado". "No, no. No te preocupes, yo voy andando". Me contestó. Total que empezamos nosotros a subir así muy derechos y él se fue con la bestia por la senda. Vemos que se iba quedando atrás hasta que nos damos cuenta que el hombre estaba estudiando la forma de montarse en la yegua para subir montado. Digo a Javier: "¡Verás tú si este no va a tener un problema!"

Seguimos para arriba y al rato lo vemos andando montado. Cuando al rato nos fijamos y vemos que se había vuelto. Dijimos: "Ya, ya le ha pasado algo". Y efectivamente, nosotros no nos enteramos hasta después y ¿sabes lo que le pasó? Se montó en la yegua, con el traqueteo de la subida, la placa le cortó en el muslo y le hico una raja. Lo vimos que se volvía y al verlo dijimos: "Para que se vuelva Alfonso ha de se grave, porque ya sabemos lo duro que es". Once puntos le tuvieron que dar.

Conque Cristóbal que estaba allí el hombre esperándonos, cuando bajó el otro echando sangre por toda la pierna, no tuvo más remedio que cogerlo, montarlo en el coche y él que quería estar tan tranquilo, tuvo que trasponer a Pontones. En el servicio de urgencias lo curaron, le pusieron los puntos y por la tarde volver otra vez para arriba. Su deseo de tranquilidad se convirtió en todo el día de viajes para acá y para allá.

Cuando nosotros llegamos arriba vimos que el otro ayudante había hecho un buen hoyo. Enterramos las placa e instalamos el para rayos, comimos las típicas migas, eso es una cosa muy bonita, comer las gachas migas de los fogueros, y nos volvimos.
- ¿Son buenas las gachas migas que hacen los fogueros?
- Ellos hacen muy buenas gachas migas. Unas de las mejores que hemos tomado nosotros ha sido en Cabañas, con el Yillo. El hombre estuvo doce años trabajando de ranchero en la Renfe. El hombre tanía unas manos para hacer las gachas migas, pero muy bunas, muy buanas. Tanto es así que después de probar las gachas migas que nos hacía en plan trabajo, yo he subido allí, en más de una ocasión con mi mujer, a comernos unas gachas migas. Quedábamos y subiamos. Siempre nos gusta subir una botella de vino, chorizo, porque todo lo que subas a las garitas, todo, te lo agracen.

Lo que no puedes hacer es ir a las garitas como hacen los turistas: siempre pidiendo agua y muchas otras cosas. ¡Dame agua! Si el agua la tienen que subir los hombres a lomo. Y como en el caso de las Banderillas, tienen que bajar a la fuente El Hoyazo. Como has visto en el mapa. Desde la caseta a la fuente se le va a una persona tres cuartos de hora. Que es un buen tirón y luego sube el agua a lomo. Está claro que puedes subir un número limitado de litros y con muchas fatigas. A las garitas así es como se sube el agua. Y los turistas: "dame agua, dame agua". ¡Vete a la porrra!

Pero claro, si los hombres no le dan agua siempre hay quien piense y dice que los fogueros son personas malas. Los pobres hombres casi siempre les dicen que: "El agua está fea aquí. No hay ninguna fuente que brote por aquí cerca". Para lavarse y para todo son verdaderas peripecias las que tienen que pasar los hombres. Esto que te estoy diciendo era en la época del ochenta y dos que casi en ninguna garita había coche. Hoy día sí se han destrozado ya muchos montes haciendo pistas para subir a las garitas, pero, aún así, todavía quedan algunas que hay que subir andando. Sin embargo, en las Banderillas, desde donde se queda el coche hasta la cumbre hay más de medio kilómetro.

Pues esto que te he contado le pasó a Alfonso aquella primera vez que yo subí a las Banderillas. Luego ese día también nos ocurrió una cosa con los famosos pollos de perdiz.
Cuando subíamos una banda de perdices salió, boom. De los chiquitines, de los poyos. Eso estaba prohibido cogerlo. Pero claro, lo típico, coger dos pollos. Dos porque se esconden que no se ven, ¡eh! Se escondieron y no se veían. No había forma humana de verlos. En fin, cogimos dos y nos los bajamos en una caja y ala vuelta, cuando veníamos de camino a Cazorla por la tarde, los pollos no hacía nada más que pío, pío. Javier Jareño le pegaba manotazos a la caja para que se callaran.

Pero cuando más manotazos les pegaban más piaban. Y ya Cristóbal, con la media sonrisa nos miraba y dijimos: "anda", y se los regalamos. El era muy cazador y a nosotros como no nos gusta ni la caza ni la pesca, pues nos desprendimos de ellos. Después los criaron. Bueno, Javi empezó a criar uno pero después de estar todo el verano pegando viajes a cazar saltamontes por la tarde para dárselos a los pollos, ya se cansó. Se lo dio a un cazador para que lo criara y ya no cazó más saltamontes. Porque eso es un rollazo, estar todo el día pendiente de cazar saltamontes para darselo al bicho. Porque tú ya sabes que si no le echas esta comida se te mueren. Saltamontes y grillos.

Esta fue la hazaña de los primeros años que estuve yo trabajando con las emisoras. Estaba yo recién casado y vivía en Cazorla. Al año siguiente fue cuando empezó a funcionar lo que era este Centro de la Torre del Vinagre. Empezaron a hacerlo en el año ochenta, en el ochenta y dos estaba casi terminado. El primer año que estuve trabajando con las emisoras vine aquí varias veces. Trajeron los equipos de proyección. Como nadie tenía ni idea de meterle mano, pues pensaron en mi, para que les ayudara. En el invierno del ochenta y tres estaba prácticamente acabado, el centro ya estaba listo para abrir. Le faltaban ideas a la gente de Icona entonces. Empezaron con un guarda y conmigo. Entre los dos, uno llevaba un centro y yo toda la cuestión técnica. La cuestión de proyección y todo eso.

Como aquí el Centro de la Torre tiene dos viviendas, una la ocupaba el guarda y la otra yo. Otra vivienda la ocupaban los que cuidaban la casa forestal, la famosa casa donde vivía Franco y que por eso que quedó en la historia. Era una casa forestal de ingenieros que tenían los guardas esos que vivían ahí: Victoria y Donato. A mí me dieron la vivienda, nos gustó, nos liamos la manta mi mujer y yo y en junio del ochenta y tres empezamos la mudanza. Me acuerdo que les dije yo: "Bueno, avisarme cuando se vaya a abrir el Centro". Me dijeron que sí, que ya me avisarían, pero al final fue todo de un día para otro. "Alfredo vente que mañana vamos a abrirlo..."

Pensaron que vinieran a la inauguración el rey, Alfonso Guerra, que viniera el otro. Total, que al final no vino nadie y el doce de julio del ochenta y tres Francisco Sala Trujillo, que le habían traído unos libros de la Editorial de Icona, el guarda y yo, abrimos las puertas de par en par. Abrimos por la mañana y empezamos a pensar el horario. Primero fue de diez a dos, después de once a dos, por la tarde de cuatro a ocho. Eran muchas horas, se calentaban los tubos, tal... Tras una semana de experimentos se acordó el horario que todavía mantenemos. Aquel día, como he dicho, se abrió este centro y hasta nuestros días. Aquí empecé a funcionar y fue entonces cuando principié a conocer las plantas. Descubrir el mundo natural que me rodeaba. Me gustaba mucho la fauna y las flores. "Esto es un chopo, qué bonito; esto es un pino, fijate que bello..." Poco a poco me enteré que tenían unos nombres científicos. Y así empecé con mis estudios de lo que era la flora. Empecé en el ochenta y tres, al llegar el invierno me acuerdo que decían que iban a cerrar. Me decían: "Vente a Cazorla y luego te vuelves". Llegó septiembre y como no había gente no se cerraba. Llegó octubre y en noviembre me fui de vacaciones. Las primeras vacaciones que yo cogía en mi vida oficialmente así y por eso me gustó mucho.

Llegó diciembre y como no nos bajábamos tuvimos que subirnos aquí un montón de cosas y habilitar la casa para el invierno. Pasamos el invierno abriendo por la tarde nada más que dos horillas y así transcurrió el año ochenta y tres. Llegó el ochenta y cuatro y empezó esto a tomar auge. Empezó esto a tomar forma de cómo iba a funcionar. Se creó una cooperativa de guías para que la tienda la llevaran ellos. En la primavera del ochenta y cuatro fue cuando se les dio la tienda. Eran cuatro libros de Icona y era un rollazo venderlos porque tenías que llevar la contabilidad.

Por estas fechas tenía yo ya ciertas nociones más amplias de la botánica. Empezamos a conocer el entorno y por esas fechas fue cuando empecé yo a conocer a un amigo mío, Rufino. Estaba yo en el sindicato porque por esas fechas a todos nos gustaba saber nuestros derechos por aquello de los convenios y demás. Era otra historia. Luego también, al final de este año, fue cuando empezó Icona a pegar "boqueás". Se creó la Junta de Andalucía y empezaron a decirnos que esto se iba a traspasar. El ochenta y cuatro pasó con mucha pena y poca gloria, pero para mí fue de disfrutar. No teníamos todavía a nuestro hijo y fue cuando mi mujer y yo nos recorrimos toda la sierra con el cuatro latas.

Conocimos mucha sierra, empezamos a conocer zonas. Nos dimos cuenta que la sierra era enorme. La primera vez que fuimos a Segura nos gustó mucho. Orcera, Siles, La Puerta, empezamos a conocer los pueblos poco a poco y como teníamos la base en la Torre del Vinagre, de aquí salimos e íbamos a todos los puntos. En el invierno del ochenta y cuatro fue cuando esto se vino abajo. No había dinero para nada. Decían que iban a cerrar la Torre, porque no había dinero para nada. Me acuerdo que en las Navidades se cerró esto y tuvimos que bajarnos a Cazorla. Subíamos aquí los fines de semana y bajábamos a trabajar a la oficina. En enero y febrero y era gracioso, porque como no había dinero para nada, nos juntábamos todos los que estábamos trabajando allí, llegábamos a las ocho de la mañana, nos sentábamos y allí todos sentados hasta las tres.

"No se puede gastar ni un folio". Era lo que nos decía. Pues allí todos sentados, leyendo el periódico, escuchando la radio y a las tres, a nuestra casa. Fueron días muy bonitos, pero pocos efectivos. Eso fue así, eh...

SI LAS AGUILAS GRITARAN

LA SIERRA CONTADA POR LOS SERRANOS

RECUERDOS Y VIENCIAS DE AQUELLOS TIEMPOS

- ¿Por dónde empiezo?
- Por donde tú quieres.
- Pues me llamo Mariano Franco Cuadros y mi abuelo se llamaba Pepe Cuadros. Era Guarda mayor en la Nava de San Pedro. Yo era un chavalete que por aquel entonces tendría entre cinco y ocho años. Me "arrecuerdo" que trabajaba en un vivero que tenían allí. Había una cuadrilla de hombres. El abuelo, como entonces ellos mandaban, me colocó de pinche. Fueron mis primeros jornales. Pinche era aquello de un cántaro de y una lata para darle de beber a la gente. "Nene dame agua, dame esto, dame de lo otro". Eché una temporada y ganaba seis pesetas de jornal. Con aquel dinero que yo gané allí mi abuelo me compró unas botas y unos pantalones.

Yo estaba casi siempre con los abuelos porque me gustaba mucho al caza. El abuelo era muy cazador y la abuela igual. Ellos me enseñaron a cazar. Los arrendajos que venían a comer bellotas, los mataba. Se quedaban colgados en aquellas carrascas. Todavía cuando voy por allí me acuerdo. Había muchísimos arrendajos. Mientras ellos se colgaban en las bellotas yo le pegaba el tiro y los mataba. Con escopeta de pólvora. Le pegaba el tiro y como yo era muy pequeño, del culatazo yo salía detrás, pero rodando. Pero en fin, no escarmentaba. Al rato a matar otro. Era mi papeleta.

En aquellos entonces, fue aquello de los desertaos. Gente de aquellos de la guerra que quedaron y que decía que unos eran capitanes, comandantes y generales. Gente de aquella que tuvo que escaparse a la sierra. Había diez o doce. Recuerdo que unos pastores dieron un cante. Eso era decirle a los guardas por donde andaban los desertaos. Le dijeron que en los Torcales del Lobo tenían un campamento aquellos desertaos. Pues dieron parte y vino un montón de guardias civiles. Yo era un chaval como antes te decía, pero me acuerdo de aquello como si hubiera ocurrido hace tres días.

De madrugada salieron y al amanecer ya estaban por aquel territorio. Vieron el humo porque habían encendido fuego. Se acercaron y vieron que tenían en la lumbre una gran olla llena de carne. Carne de cordero decían que era. Pero había un centinela en lo alto de una piedra con una metralleta. Yo la vi con mis propios ojos. Me acuerdo perfectamente que aquella metralleta la enseñaron los guardias civiles cuando vinieron a la casa. Le entra don de espaldas y mataron al centinela. La trajeron en una manta montado en un burro.

- ¿Adónde lo trajeron?
- A la Nava de San Pedro. La carretera sólo llegaba hasta la nava. Por aquel entonces no había coches. Había muchos camiones de la Renfe y eran de gasógeno. Perfectamente me acuerdo de todos aquellos líos.

Montado en un burro y liado en una manta de cuadros trajeron aquel hombre a la nava. Vi como estaba muerto y todo lleno de sangre. Asustado estaba yo, pero como era tan cucharon lo vi todo claramente. Luego ya no recuerdo cómo se lo llevaron de allí. En algún camión seguro. Lo que uno ve de pequeño nunca se olvida. Pero yo pienso ahora que por ahí, por El Almicerán que es la zona por donde más o menos caen los Torcales del Lobo, tiene que haber alguna persona mayor que recuerde con mucho más detalle estas cosas que te estoy contando. Aquello sería por los años cuarenta y algo. Yo nací en el treinta y seis.
- ¿Eso fue algo parecido a lo que ocurrió por el cortijo de Guinda?
- Lo de cortijo de Guinda ocurrió bastante después. Yo ya vivía en la Fuente de la Zarza con mis padres. Mi padre que todavía vive, tiene que recordarlo muy bien. Mi padre se llama Basilio Franco y ahora vive en Cazorla. Pero así por encima creo que lo de Guinda fue que vinieron y estuvieron cenando allí. Alguien dio cuenta de ellos. De madrugada rodearon el cortijo, pero por lo visto no los pillaron. No sé cómo terminó aquello porque no lo recuerdo bien.
- Y eso que tú me contabas antes de Justo Cuadros con los corzos ¿qué fue?
- Recuerdo que era cuando empecé a tirar tiros. No me podía colgar la escopeta, pero la llevaba al hombro. Salimos a cazar por las tierras esas de la Fresnedilla. Era guarda su padre, pero no él. Me invitaba a mí y nos íbamos a los monteses, a los machos.
- ¿No era todavía el Coto?
- Esto fue veinte años antes del Coto. Antes del coto cualquiera que fuera cazador podía matar una cabra montés. No había problemas. Algunas veces los guardas podían denunciar, pero no era lo que es hoy ni mucho menos. En estas sierra había corzos entonces.

Salimos un día a cazar con unos perros que tenía muy buenos. Una perra se llamaba Tula, aquello se me quedó a mí para siempre. Es que era un animal muy bueno. Por debajo de la Fresnedilla, en el Robledo del Toril, había un sitio que los corzos tomaban muy bien. No me acuerdo cómo se llamaba el morro aquel. A mí me tocó en una cuerva de la senda, por donde había unas bajadas de los animales. Tenía una escopeta de dos cañones, con postas, que me había prestao mi tío. El me dijo: “Nene, tú te quedas aquí y si viene el corzo, le tiras”. Yo no había visto un corzo en mi vida. Ni sabía lo que era.

Los perros se metieron y enseguida empezaron a ladrar. Tres o cuatro perros tiraron con el corzo para el río, luego del río para allá hasta un sitio que le llaman el Raso de los Hornilleros que está entre el Robledo del Toril y el puente de la Agracea. Allí se sembraba habichuelas y los corzos se la comían toda. Pues la vengan con aquellos animales era echar alguna corrida con los perros y matar alguno.

Estaba sentado con la escopeta preparada debajo de una carrasca. Desde el Robleo del Toril vuelven los perros otra vez para arriba y por allí se les pierde el corzo. Pero ellos me dijeron que yo no me moviera de allí hasta que vinieran a recogerme. Allí esperé hasta que siento un ruido. Miré y lo vi que venía trotando. La escopeta que llevaba era de gatillos al lado. Al montar un gatillo se produjo un crujido. El corzo lo oyó y se paró. Lo apunté bien a donde ellos me dijeron y disparé. Dio dos brincos o tres y cayó en una mata patas arriba. Me tiré corriendo a él y lo cogí lleno de alegría. Mi primera cacería de corzos y la última. El único corzo que yo he matado en mi vida.

Después seguí oyendo que había muchos corzos en estas sierras, pero aquello fue una casualidad que nunca más se repitió. Yo maté un corzo.
- Porque según he oído decir Justo Cuadros eran un buen tirador.
- Uno de los mejores tiradores que había en esta tierra.
- ¿Y cómo fue lo del Coto Nacional?
- De momento hicieron un descaste de alimañas. Mataron casi todas las zorras de estos montes y a muchas de las águilas reales.
- Lo de las águilas ¿Por qué?
- Se comían a las cabras monteses y a un buen número de chotos. Las órdenes que aquellos ingenieros dieron, don José María de la Cerda y don Jaime de Foxa, era matar a todas las águilas reales.
- ¿Y había muchas?
- No sólo muchas, sino muchísimas. Donde había un nido, se montaba guardia y se acababa tanto con el nido como con los padres. Tenían órdenes de Madrid que había que matar a las águilas para que se conservaran las cabras monteses y así el coto saliera adelante. Tanto se reprodujeron las cabras montes que por los años ochenta, ver un rebaño de doscientos machos monteses era lo más normal. Por los años sesenta y cinco o por ahí, en un sitio que le llaman La Lancha de la Luz, por el nacimiento del Guadalquivir,

conté más de doscientos sesenta machos monteses.

Por los años setenta, por Pinar Negro, se vieron rebaños de machos monteses de más de doscientos animales.
- ¿Y qué es lo que ha pasado hoy en día?
- Pues puede ser por la sarna u otras cosas, el caso es que ahora la cabra montés está casi extinguida en todo el Parque Natural. Algo así como las que había por los años cuarenta. Ahora hay muy pocas cabras monteses.
- Una buena historia.
- Poca cosa según lo que me estoy acordando. Si algún día tenemos más tiempos puedo contar muchos más datos que tengo por ahí.

- ¿Y eso de Justo Cuadro?
- Pues que aunque he dicho que era el mejor experto en caza dentro de la provincia de Jaén, me he quedado corto: era el mejor de España. Como entendido en caza se lo llevaron a Lugar Nuevo y luego a San Calixto, cuando fueron a coger los ciervos.
- ¿Qué ciervos fueron?
- Los ciervos que trajeron a estos montes fueron de esos lugares que te he dicho. Lo cogieron con redes y Justo fue el director de aquellas trampas. En un primer viaje fueron once ciervos que en una cerca aquí junto a la Torre del Vinagre, los guardaron durante algún tiempo. Se encargó de eso un guarda que se llamaba Pedro Palomares.

Estando en esto, por aquellos días se les escapó uno de aquellos ciervos. Y mira lo que te digo: aquel ciervo no era un animal normal. De manso que era atacaba a la gente y principalmente a las mujeres. ¿Tú has oído ya hablar de este asunto?
- Lo he oído en más de una ocasión y no me lo acabo de creer. No es normal eso de ver a un ciervo correr detrás de las mujeres.
- Este animal se metía en los hortales y en todo lo que pillaba. No se sabe quién, un día le puso un cencerro. Era una manera de saber por donde iba porque ya te lo he dicho, lo que más le gustaba era comerse los huertos que los serranos tenían sembrados. Y claro, nadie le hacía nada. Era una repoblación de caza.

Perdió el cencerro y entonces empezamos a creer que alguien lo había matado. Pero no fue así. Por aquel entonces yo, que era sobrino de Justo, tendría unos veinte años. Por eso un día vino y me dijo: “Nene, tenemos que buscar el ciervo. Si hemos traído un ciervo de repoblación y se ha perdido, no tenemos más remedio que buscarlo por donde sea”. Así que nos pusimos a buscarlo hasta que lo encontramos. Estaba por aquí detrás, en la solana esta que va hacia la casa forestal de la Fuente de la Zarza, en un sitio que le llaman El Prao de los Pinares. Por debajo de la Fuente de la Zarza. Desde la Torre del Vinagre vieja, se ha había venido el ciervo a esta zona. Pero te digo que este ciervo primero había estado por allí por Bujaraiza. Por la Torre Vieja lo vieron y luego se perdió su rastro hasta que lo encontramos en Prao Pinares.

Lo agarramos llamándolo y engañandolo con pan y con una soga que teníamos queríamos llevárnoslo otra vez a Bujaraiza. Hicimos un lazo con la soga, le pusimos pan para que se fuera por una verea y al pasar se enganchó en el lazo con los cuernos. Lo cogimos y aquello tenía una fuerza enorme. Entre los dos agarrados a los cuernos levantaba la cabeza y a los dos nos llevaba por delante en volanda. Pero nosotros no queríamos que se soltara el ciervo. Como pudimos lo liamos con la soga hasta que pudimos atarlo a un pino. Y ya liado contra el tronco del árbol, no pudimos con él. Rompió la soga de esparto que era nueva y grande y se nos escapó.

A otro día volvimos, lo llamamos otra vez, con cebá en una espuerta, lo fuimos engañando y así nos los fuimos llevando. Dejábamos que metiera un poquito el hocico en la espuerta y andábamos un trecho, luego otro trecho y así hasta que logramos, desde Prao Pinares, traerlo a la Torre vieja que está a unos cuatro kilómetros. Con mucho cuidado y una vara porque el ciervo atacaba. En el corral de ciervas que había allí lo metimos y en cuento vio a los otros animales ya se quedó.
- ¿Y qué eso de que atacaba?
- Pues lo que ya te decía antes: atacaba a la gente y sobre todo a las mujeres.
- ¿Y eso cómo se explica?
- Pues que olía a las mujeres y tacaba. En Torre del Vinagre había un ingeniero que tenía a su señora. Por allí se paseaba el ciervo y un día la señora fue a hacerle unas fotos. Salió detrás de ella y hasta la pisoteó y todo.

Cuando el ciervo estaba en Prao Pinares, mi padre que estaba en la Fuente de la Zarza porque era

guarda, tuvo un problema también con él. Bueno exactamente fue mi hermana. Había allí una mujer que le decíamos la tía Andrea y vivía en los Covarrones. Mi hermana tenía entonces unos seis o siete años. Mi madre le dijo: “Niña ve y le pides a la tía Andrea un pan que mañana, cuando amasemos, se lo damos”. Los Covarrones de la Fuente de la Zarza están a un kilómetro y algo. Pues salió mi hermana y se fue a por el pan. En medio del camino le salió el ciervo a la niña. Al verlo ella se asustó muchísimo. El animal salió detrás con el hocico alzado y entonces ella le tiró el pan. Al ver y oler el pan, el animal se paró, rompió la talega y se comió el pan. La chiquilla siguió corriendo y llegó a la casa llorando y tartajosa. Del susto estuvo mucho tiempo que no le salían las palabras. Esto que te cuento le ocurrió a una hermana mía que se llama Soledad Franco. ¿Y sabes lo que te digo? Pues que gracia a que llevaba pan que sino tiene un gran problema con aquel ciervo.

- Es que ya te lo he dicho: yo había oído cosas de este tipo, pero no me lo acabó de creer.